BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 189

FLAVIO JOSEFO

AUTOBIOGRAFÍA
•
CONTRA APIÓN

INTRODUCCIÓN GENERAL DE
LUIS GARCÍA IGLESIAS

TRADUCCIÓN Y NOTAS DE
MARGARITA RODRÍGUEZ DE SEPÚLVEDA



EDITORIAL GREDOS

Asesor para la sección griega: Carlos García Gual.

Según las normas de la B. C. G., la traducción de este volumen ha sido revisada por Paloma Ortiz.

Depósito Legal: M. 1580-1994.

ISBN 84-249-1636-0.

Impreso en España. Printed in Spain.
Gráficas Cóndor, S. A., Sánchez Pacheco, 81, Madrid, 1994. — 6622.

INTRODUCCIÓN GENERAL

I. Vida de Josefo

1. *Contexto histórico*

Desde el 31 a. C., o quizá más particularmente desde el 27, Roma y sus dominios estaban gobernados por un príncipe. Fue Octavio Augusto el artífice de la transición del régimen republicano al monárquico y en él se inicia la dinastía Julio-Claudia que pervivirá hasta la muerte de Nerón, ya en plena guerra judaica. Unos cien años por junto son los que suman los reinados de los emperadores julio-claudios. El segundo de ellos, tras Augusto, fue Tiberio, bajo cuyo reinado tuvieron lugar los más transcendentales proceso y ejecución de la historia, precisamente en Palestina: los de Jesús de Nazaret. Los judíos le tuvieron por blasfemo, los romanos por agitador social. Josefo, nuestro autor, no fue contemporáneo de Jesús por pocos años, pues nació al inicio del reinado del príncipe siguiente, Calígula. La vida de nuestro personaje coincidió con los mandatos de este emperador, de Claudio, de Nerón, de Vespasiano [1], de Tito, de Domiciano y... no sabemos más.

[1] A Palestina no llegaron efectos de los efímeros reinados de Galba, Otón y Vitelio, los perdedores de la breve guerra civil de la que Vespasiano saldría vencedor.

Las dinastías Julio-Claudia y Flavia, por lo tanto. El gobierno directo de Roma en Palestina, salvo el régimen especial de algunos territorios, lo atendían prefectos o procuradores desde el año 6 d. C. El más famoso de todos ellos, Poncio Pilato, había sido removido en el año 36, muy poco antes de que Josefo viniera al mundo[2].

Los avatares de la política de Tiberio y Calígula, a veces muy antijudía, así como los excesos de Pilato en su decenio de gobierno debieron de ser bien conocidos por el Josefo niño en memoria familiar, aunque no fuera en principio el entorno de nuestro autor demasiado proclive, bien al contrario, a una enemiga activa contra los dominadores romanos. Lo que personalmente pudo conocer un Josefo en uso de razón fue el período plácido de Claudio y luego el ya un poco más problemático de Nerón. En tiempos de este emperador estalló la guerra judaica, y por finta del destino fueron los dos generales —padre e hijo, Vespasiano y Tito— que dirigieron las operaciones del ejército romano en Palestina quienes sucesivamente ocuparían el trono del Imperio[3]. Josefo, como veremos, fue primero enemigo de Roma y luego su aliado; y la guerra acabó en derrota judía: destruido el Templo; el Sanedrín y los sacerdocios, carentes de autoridad y de sentido; Palestina bajo dominación de guerra; no pocas

[2] Obra básica al respecto es la de J.-P. LÉMONON, *Pilate et le gouvernement de la Judée. Textes et monuments,* París, 1981. En general, sobre el gobierno romano de Judea, véase M. STERN, «The Province of Judaea», en S. SAFRAI, M. STERN (eds.), *The Jewish People in the First Century,* I, págs. 308-376; E. M. SMALLWOOD, *The Jews under Roman Rule from Pompey to Diocletian,* Leiden, 1976, págs. 156 ss. y 256 ss., y M. SARTRE, *L'Orient romain. Provinces et sociétés provinciales en Méditerránée orientale d'Auguste aux Sevères (31 avant J.-C.-235 après J.-C.),* París, 1991, páginas 361 ss.

[3] Buena síntesis la de SMALLWOOD, *op. cit.,* págs. 293-330.

de sus gentes, prisioneras, desterradas o muertas; fiscalidad especial pesando sobre los judíos por el hecho de serlo... Esto y lo anterior es lo que Josefo conoce y vive; y el desastre es una de las cosas sobre las que nuestro autor escribe, intentando justificar siempre su extraño itinerario personal. Porque el dirigente judío de Jerusalén acabó sus días plácidamente protegido por los domeñadores y esclavizadores de su pueblo. Algunos particulares aparecerán con cierto pormenor en las páginas que siguen.

2. *Familia y formación*

Nació Josefo en el primer año del reinado de Gayo César[4], es decir, Calígula, por lo tanto en 37 ó 38 d. C. No nos consta dónde, aunque es posible que ocurriera en Jerusalén. Su padre era Matías, de casta sacerdotal, lo que hace muy probable la residencia familiar en la ciudad del Templo. Por otra parte, nos dice el propio autor que tras sus andanzas adolescentes en búsqueda de su identidad religiosa volvió «a la ciudad»[5], lo que no se puede interpretar como no sea en referencia a Jerusalén. Si en la capital de Judea tuvo su lugar de residencia como niño y joven y en ella es lo más probable que ejerciera funciones su padre, probablemente ese fue el lugar de su nacimiento. Josefo se refiere con orgullo a sus raíces familiares por padre y madre. La familia paterna era presumiblemente saducea y pretendía gloriosos entronques primordiales; la materna estaba de cerca vinculada con la casa de los Asmoneos, que había dado sumos sacerdotes y monarcas al pueblo de Israel en época relativamente reciente[6]. Hace Josefo breve reconstrucción genealógica de

[4] *Autobiografía* 5.

[5] *Ibid.,* 12.

[6] Fue ésta de la familia de Josefo la única rama Asmonea que mantuvo

la rama paterna, basándose, según nos dice, en los registros públicos para salir al paso de versiones calumniosas que rebajaban su linaje[7]. Y, aunque una de las notas características del quehacer de nuestro autor es la vanidad que destilan sus escritos y avisados especialistas han podido señalar posibles debilidades en el montaje genealógico[8], podemos aceptar como hecho cierto la nobleza hierocrática de sus dos costados familiares, por cuanto que no hay ninguna razón que nos lleve a la afirmación de lo contrario.

Recibió nuestro personaje educación en consonancia con su condición de vástago de familia sacerdotal[9]. Él mismo nos dice al respecto que hizo el correspondiente aprendizaje junto con su hermano Matías y que destacó por sus generosas dotes intelectuales[10]. Sin duda no estaba ausente de esta educación el aprendizaje de la lengua griega[11]. A poco de salido de la infancia, por los catorce años según él mismo concreta, recién superada la edad de su Bat Mitzvá[12], destacaba ya Josefo entre los doctores por sus notables conocimientos sobre la Ley y las cosas de Israel. Pero, tal vez contra lo que se podía esperar y violentando los deseos de su familia, inició, muy joven todavía, a los quince o dieciséis años, una andadura de búsqueda religiosa que le llevó fuera de casa e incluso de la ciudad. Quiso conocer las tres sectas judías y tuvo experiencia de las tres. Dado que su familia era presumiblemente saducea, supongo que buscó círculos fariseos y esenios lejos de Jerusalén. Ninguna de las tres sectas satisfizo al despierto e inquieto jovenzuelo, que acabó por seguir a un santón del desierto —al estilo de lo que había sido el Bautista evangélico—, que se llamaba Bano. Con él estuvo tres años, pero le dejó, cuando frisaba ya los diecinueve años, por tanto entre 56 y 57, para volver a Jerusalén decantado ya hacia el grupo de los fariseos. Si anduvo fuera desde más o menos los dieciséis a los diecinueve años y fue discípulo de Bano durante un trienio, su previo ensayo de las sectas, aunque penoso, debió de ser muy rápido. Compara Josefo a los fariseos con los estoicos del mundo griego[13], lo que me impulsa a suponer que la opción final del personaje, al margen de las razones intelectuales que le movieran hacia el rabinismo, pudo basarse en el aprecio del rigor moderado que era propio del fariseísmo. No es posible descartar, de todos modos, que la elección la efectuara nuestro hombre más que por convencimiento, por puro cálculo[14]. Si, como es probable, la familia de Josefo era saducea, la elección última del joven vástago sacerdotal debió de ser duro trago

---

importancia tras la caída de Arquelao en el año 6 d. C.; cf. M. GOODMAN, *The ruling Class of Judaea. The origins of the Jewish Revolt against Rome A. D. 66-70,* Cambridge, 1987, pág. 38.

[7] *Autobiografía* 6.

[8] Por ejemplo, T. RAJAK, *Josephus. The Historian and his Society,* páginas 15 ss.

[9] Sobre la educación, las escuelas y su organización y los métodos de enseñanza, S. SAFRAI, «Education and the Study of the Torah», en SAFRAI, STERN (eds.), *The Jewish People in the First Century* II, págs. 945 y ss. La verdad es que no sabemos muy al detalle cuál era la educación específica de los niños del grupo saduceo (pág. 946).

[10] *Autobiografía* 8.

[11] M. HENGEL, *Judentum und Hellenismus = Judaism and Hellenism. Studies in their Encounter in Palestine during the early Hellenistic Period,* I, Londres-Filadelfia, 1974, págs. 70 ss.

[12] Lo decimos con un poco de anacronismo, porque esta institución de paso, que marca el salto del creyente judío de la niñez a la mayoría de edad, es de fecha posterior a Josefo; cf. S. SAFRAI, «Home and family», en SAFRAI, STERN (eds.), *The Jewish People in the First Century,* II, págs. 771-773.

[13] *Autobiografía* 12.

[14] L. H. FELDMAN, «Flavius Josephus revisited: the man, his writings and his significance», en W. HAASE (ed.), *Aufstieg und Niedergang der römischen Welt,* II, 21, 2, Berlín, 1984, pág. 782.

para los suyos, en una época en la que todavía el saduceísmo era celoso de su ser y su papel y no había iniciado el declive y desdibujo que poco después le llevaría al descrédito y la desaparición.

3. *Dirigente en Jerusalén*

Si por la opción antedicha tuvo problemas en su círculo familiar y demás entorno, Josefo no lo dice, desde luego lo superó pronto, porque a no muchos años de su regreso a Jerusalén y su paso al fariseísmo le vemos representando papeles religioso-políticos de relevancia. El primer matrimonio, ocasión para institucionalizar sus aires de independencia, hubo de facilitar las cosas dentro de la familia; la capacidad de acomodación contribuiría a evitar roces con las altas esferas saduceas. Podemos deducir que Josefo contrajo nupcias a poco de la vuelta a Jerusalén del hecho de la temprana asunción de estado por los judíos de la época, puesto que eran normales en el varón las bodas a partir de dieciocho años, según indicios rabínicos expresos, y de un detalle que muy perspicazmente destaca la especialista francesa Hadas-Lebel: en un concreto paso de la *Guerra* leemos que la esposa y la familia del autor estaban prisioneras en la Jerusalén asediada[15]. Como no puede tratarse todavía de la mujer que le entregó Vespasiano, debemos concluir que hubo un enlace matrimonial anterior, en principio sin hijos[16],

[15] *Guerra* V 419. Cf. M. HADAS-LEBEL, *Flavius Josèphe*, págs. 57-58.

[16] Josefo *(Autobiografía* 5) da el tiempo de nacimiento de sus tres hijos, todos ellos habidos durante el reinado, ya avanzado, de Vespasiano; son, por tanto, posteriores a la guerra judaica. Es simple lucubración de HADAS-LEBEL, *Flavius Josèphe*, pág. 58, la sugerencia de que nuestro personaje pudo tener hijos que no resistieron el asedio y sobre los que el atribulado padre echó piadosa capa de silencio.

situable en la edad aproximada en que normalmente se casaban los jóvenes judíos situados.

Ignoramos cuáles fueron los menesteres desempeñados por Josefo en sus años de juventud adulta, aunque sin duda se trató de altas funciones relacionadas con el servicio del Templo, cual correspondía a su casta sacerdotal. De Josefo echan mano las autoridades judías para una misión en Roma, cuando los problemas del prefecto Félix con algunos importantes sacerdotes. Ese viaje, cuya finalidad era sacar de prisión a los detenidos por el gobernador y luego enviados a la capital del Imperio, tuvo lugar en tiempos de Nerón, quizá en el año 63 ó en el 64, a los veintiséis de edad del futuro escritor[17]. Josefo presenta como propia y personal la iniciativa de tal viaje, pero encaja en el talante del personaje la magnificación de sí mismo y parece poco probable que la gestión particular de un muy joven sacerdote judío de la perdida Palestina tuviera la virtud de abrir las puertas de la corte imperial y lograr la liberación de los presos, aunque fuera por la intermediación de algunos afortunados lazos de amistad cuyo estrechamiento le deparó el viaje[18]. Aunque Josefo lo cele, tal vez llevara misión oficial del Sanedrín jerosolimitano. Conocemos algún que otro caso de este tipo de embajadas, cual es el caso de la que el mismo Josefo narra en el último libro de *Antigüedades*[19] y otras a que se hace referencia en el relato de la guerra judaica. La aludida de *Antigüedades*, embajada institucional sin duda, tuvo lugar en una circunstancia remotamente similar producida por una dura arremetida del gobernador Festo, y aunque por lo

[17] *Autobiografía* 13.

[18] *Ibid.*, 13-16.

[19] *Antigüedades* XX 189-196.

general los autores tienden a negarlo o lo ponen en duda[20], ha tentado a veces la consideración de que Josefo se refiere en la *Autobiografía* al mismo acontecimiento de *Antigüedades*, confundiendo a los sucesivos gobernadores Félix y Festo[21]. Si esta identificación estuviera en lo cierto, habría una razón de más para afirmar que el memorialista ha convertido en personal lo que fuera misión oficial judía.

Si el Sanedrín encomendó a Josefo la responsabilidad de abogar en Roma por los sacerdotes, fuera solo o acompañado, en este último caso fuera o no la cabeza de la embajada, es porque se le consideraba con la suficiente habilidad y el requerido bagaje instrumental como para que la misión tuviera unos mínimos de posible eficacia. Debía de ser brillante, negociador y capaz de hacerse entender. Incluso cabría decir que tal vez tuviera el joven sacerdote fariseo una cierta popularidad a distancia entre los judíos de la comunidad romana. Es claro que éstos, peregrinos a Jerusalén con frecuencia, tenían conocimiento bastante sobre lo que ocurría en los aledaños del Templo y sobre las personalidades de la hierocracia de la ciudad davídica. No en latín, lo más seguro, pero es innegable que Josefo se manejaba en griego. Aunque no lo diga en sus anotaciones autobiográficas, debió de comenzar su aprendizaje todavía niño, como ha quedado señalado páginas atrás. La lengua helénica era la generalmente utilizada en la parte oriental del Imperio Romano. Todas las personas de cierta cultura con pretensiones de modernidad y las llamadas a una vida de relaciones adquirían en Oriente, cuando no era su lengua materna, el conocimiento siquiera

[20] Ver Rajak, *Josephus*, págs. 39-40, y Hadas-Lebel, *Flavius Josèphe*, págs. 50-60.

[21] Ver al respecto, por ejemplo, las observaciones de M. Stern, «Chronology», en Safrai, Stern (eds.), *The Jewish...*, I, págs. 74-76.

instrumental del griego. En griego funcionaban los dominadores romanos en las regiones mediterráneo-orientales y asiáticas. Para un israelita, además, la helénica era la lengua primera de muchos judíos de la dispersión, lo que la hacía más importante aún que para cualquier otro asiático semítico-hablante[22]. Josefo, pues, hablaba griego ya en la época, lo que no desmiente el que años después necesitara ayuda para redactar en aceptable griego la versión helénica de su *Guerra*. Todos sabemos que no es la misma posesión de una lengua la requerida para hacerse entender bien y para escribir correctamente.

Sus recursos aparte, trabajaron a favor de Josefo como embajador de Jerusalén en Roma circunstancias favorables cuales la vitalidad del núcleo judío de Roma, algún encuentro afortunado durante el camino, que le facilitó el acceso extraoficial, el difuso ambiente judiófilo que se respiraba en la Urbe, las altas relaciones de los sucesivos Herodes Agripa y las veleidades y exotismos de la emperatriz Popea. La misión logró lo fundamental de sus objetivos. Fuera o no el presidente de la embajada, Josefo debió de regresar a Jerusalén con su prestigio recrecido, aunque unas circunstancias políticas cada vez más preocupantes, que abocarían a la rebelión y crudelísima guerra, no permitieron a nuestro hombre sacar de su éxito el partido esperable, de haber sido más normal la situación de Palestina. Ignoramos cuánto pudo dilatarse la estancia de Josefo en Roma y cuándo exactamente volvió a Jerusalén. Pudo ser en el 64 ó 65, a la vuelta de la esquina del estallido bélico en cualquier caso. El enrarecimiento de

[22] Para el uso de la lengua griega en Palestina, véase Hengel, *Judaism and Hellenism*, I, págs. 65 ss.; A. Díez Macho, *La lengua hablada por Jesucristo*, Madrid, 1976; G. Mussies, «Greek in Palestine and the Diaspora», en Safrai, Stern (eds.), *The Jewish...*, II, págs. 1040 ss., y Hadas-Lebel, *Flavius Josèphe*, págs. 60 ss.

las relaciones entre Roma y los judíos palestinenses no era lo que más podía ilusionar a quien venía deslumbrado de la capital del Imperio, de la Corte y de sus fáciles andanzas por los salones palaciegos. No era el estado de ánimo del joven embajador exitoso el más propio para desear la ruptura de hostilidades con los dominadores. Y, sin embargo, tuvo que afrontar la irreversible situación y amoldarse a ella.

4. *Contra Roma*

Aunque, cual ha quedado dicho, Josefo era personalmente contrario a cualquier clase de ruptura de hostilidades entre los judíos y los romanos, el imparable estallido revolucionario[23] le puso necesariamente en la alternativa de tomar partido, y lo hizo por los suyos. Josefo era dirigente de judíos y, en guerra los judíos, nuestro hombre asumió sus correspondientes responsabilidades. Ello no quiere decir que no intentara todo, aunque inútilmente, desde la plataforma de su popularidad, para aquietar a sus paisanos y evitar lo que podía acabar en desastre, que no en balde Roma era la invencible gran potencia del mundo conocido. El autor nos habla en la *Autobiografía* de sus esfuerzos y de sus razones, así como del escaso éxito de sus iniciativas ante los partidarios de la revuelta[24], y una y otra vez va a llamar bandidos a los más decididos revolucionarios[25]. No hay razones para pensar

[23] Es indudable que había problemas sociales y económicos muy profundos que avivaban la ideología nacionalista. Sobre la subyacencia social de la revuelta judía, M. STERN, «Aspects of Jewish society: the priesthood and other classes», en SAFRAI, STERN (eds.), *The Jewish...*, II, págs. 577-580. Compleméntese con las páginas de S. APPLEBAUM, «Josephus and the economic causes of the Jewish war», en L. H. FELDMAN, G. HATA (eds.), *Josephus, the Bible and History*, Leiden, 1989.

[24] *Autobiografía* 17-18.

[25] RAJAK, *Josephus*, págs. 84-85.

que tengamos en esto una más de las autojustificaciones de Josefo. Es verdad que, entregado a Roma cuando escribe, pudo tener necesidad de compensar, pretextando resistencias iniciales, el haber sido dirigente militar destacado al frente de los judíos sublevados; y cabe que las razones que dice haber esgrimido entonces puedan responder a un análisis posterior, a hechos pasados. Quizás haya algo de esto, pero tal cosa no quita que fuera cierta la inicial actitud contraria del personaje a la aventura de provocar una guerra que no podía dejar de ser trágica. Téngase en cuenta que acababa de pasearse con éxito por las salas romanas en las que se cocía el poder y que volvía más deslumbrado y halagado que molesto y resentido. El fracaso a la hora de convencer a los suyos, sazonado con una cierta dosis de miedo a que le tuvieran por connivente con el dominador[26], le hizo plegarse y asumir lo que viniera. La cara siniestra del Imperio, el gobernador Floro, pudo facilitar la resignación de Josefo ante una guerra que no quería y temía, y su traición a los influyentes amigos que dejara en Roma, al rey Agripa II, que movió tropas contra los insurrectos, y al sumo sacerdote Ananías, asesinado por los radicales alzados.

Lo que vino y asumió nuestro personaje fue el gobierno y el mando militar supremo de Galilea, en los que no le escasearon las dificultades. La guerra había comenzado mal, por un conato de enfrentamiento civil entre los insurrectos. Un zelota, de bien conocidas raíces revolucionarias, de nombre Menahem, había dado con los suyos un eficaz golpe de mano en la fortaleza de Masada, arrebatándosela a la guarnición romana, y había hecho acto de presencia en Jerusalén sin disimular sus pretensiones reales. El dirigente sublevado de la ciudad santa, Eleazar, se deshizo del atrevido y ambi-

[26] *Autobiografía* 19.

cioso personaje[27]. Estos gérmenes de desunión y la euforia enloquecida de los éxitos iniciales acabarían marcando el sino de la guerra[28]. Josefo advirtió sin duda la falta de sentido de la realidad que derrochaban sus paisanos. El poder supremo que ejercía sobre la administración independiente y las tropas de Galilea le tenía atrapado. Enemigo declarado, ahora, de Roma, con difícil marcha atrás, distaba mucho de ver horizonte claro y de estar convencido de su propia causa.

Josefo hizo lo que pudo: unificar, organizar, administrar, subvenir y aprestarse a la defensa, porque un levantamiento independentista contra Roma debía abocar necesariamente a una guerra defensiva. Sus esfuerzos, de todos modos, no le liberaron de la sospecha de los más radicales, sin duda porque nuestro personaje no había conseguido hacer olvidar las reticencias de antes y ocultar las dudas del momento. Además tuvo gestos concretos que podían presentarle como claudicante y traidor a la causa. De hecho, queda muy pronto abierto un abismo de incomprensión entre el gobernador y el líder radical zelota Juan de Giscala, lo que comporta nuevas fisuras en el bando de los insurrectos[29]. El de Giscala y Josefo quedan pendientes en sus querellas de la actitud que asuman las autoridades de Jerusalén. Envían éstas, con misión de investigar, a un fariseo llamado Jonatán, a quien Josefo, que no carecía de partidarios, recibe con desplantes. Parapetado en la fortaleza de Jotapata, nuestro personaje aparenta estar decidido a seguir su propia guerra al margen de zancadillas provenientes de su mismo bando,

[27] Los acontecimientos en *Guerra* II 433 ss.

[28] GOODMAN, *The ruling Class of Judaea*, pág. 152 ss.

[29] La narración de las desavenencias de Josefo con Juan ocupa gran parte de su *Autobiografía*, desde el capítulo XIII en adelante.

no sin dejar de anotarse significados éxitos y sensibles fracasos en una circunstancia particular cada vez más ambigua, que al final no se sabe si combate contra Roma, a favor o en contra de Agripa, o a sus propios compañeros de sublevación. Quizás está luchando sólo por la paz interior, ante la incomprensión de quienes le tienen por blando e irresoluto[30]. Cuando Roma pone al correoso general Vespasiano al frente de las operaciones y éste hace acto de presencia con sus tropas en la Palestina del norte, Josefo se encuentra metido entre dos guerras: la intestina, complicada, y la que lleva contra Roma, ahora convertida en auténticas palabras mayores[31]. Y, tras la resolución del asedio de Jotapata por los romanos, acabado en derrota para Josefo, nuestro personaje encuentra la para él más beneficiosa salida: pasarse descaradamente al enemigo.

No era éste, el de pasarse a Roma, designio preconcebido de Josefo, quien, una vez abiertas las hostilidades, pese a sus reticencias iniciales, seguramente pensó siempre llegar hasta el final, incluso cuando comenzó a tener problemas con facciones de los suyos, como se desprende de la enconada y ocurrente defensa que hizo de Jotapata contra los sitiadores romanos y de su intento, poco gallardo, de esconderse en una cisterna cuando las cosas estaban perdidas[32]. Fue una vez descubierto, cuando se las arregló para hacerse perdonar y sentar las bases de una amistad con el vencedor que sería de por vida. Quien tiene la intención de echarse en manos del enemigo no lo exaspera como hizo Josefo con los romanos en la defensa de Jotapata. Pese a las dificultades múltiples, entre las que la falta de agua no era la menor, Josefo, con

[30] HADAS-LEBEL, *Flavius Josèphe*, pág. 105.

[31] A partir de ahora nuestra fuente principal es *Guerra* III 115 ss.

[32] *Guerra* III 341.

denuedo e inteligencia, hizo lo posible por poner difíciles las cosas a los romanos. Los defensores se emplearon a fondo y los atacantes hubieron de hacer lo mismo. Josefo nos habla de la dureza de un asedio del que ahora comenzamos a tener apoyatura arqueológica significativa[33]. Sólo muy al final pretendió el personaje romper el cerco so pretexto de conseguir ayuda exterior, lo que a la postre no le permitieron hacer las circunstancias. Buscaba sin duda su propia seguridad, pero no entre los romanos, como lo prueba el hecho de que pretendiera zafarse de ellos, inútilmente, procurándose un escondite. Su cambio de bando fue una finta *in extremis* tan oportuna como habilidosa, de efectos duraderos ulteriores como es bien sabido[34]. Labor por la que no estuvo Josefo fue la del suicidio, solución por la que optaron tantos de los suyos.

[33] Contamos tan sólo todavía con notas de prensa. Como la de *ABC*, 14-8-1992, despacho de prensa de Jerusalén: «Excavaciones en Yodfat resucitan una batalla que contó Flavio Josefo. Un grupo de arqueólogos israelíes ha anunciado el hallazgo de los primeros vestigios de la batalla librada entre romanos y judíos en el siglo I (año 67), en Yodfat, la Galilea israelí. Una rampa construida por las legiones romanas, piedras utilizadas como proyectiles y numerosas puntas de flecha, son algunos de los vestigios encontrados [...]. Los restos encontrados coinciden casi totalmente con la descripción que hizo de esa batalla el historiador Flavio Josefo [...]. Se trata de la única batalla de los judíos contra la conquista romana *(sic)* en la que participó Flavio Josefo, y en ella murieron 40.000 judíos, 1.200 fueron hechos prisioneros y varios cientos se suicidaron. En la batalla, que duró 47 días, lucharon 60.000 soldados romanos, mandados por el que poco después se convertiría en el emperador Vespasiano [...]».

[34] «L'art de survivre», titula muy significativamente HADAS-LEBEL, *Flavius Josèphe*, pág. 107, el correspondiente capítulo. Véase el interesante ensayo, muy antropológico, de P. VIDAL-NAQUET, «Flavius Josèphe ou le bon usage de la trahison», en P. SAVINEL (ed.), *Flavius Josèphe. La Guerre des Juifs*, París, 1977, págs. 7-115.

5. *A favor de Roma*

No pocos soldados de Roma habrían degollado con gusto a aquel cabecilla rebelde, tan buscado, que tras denodada y sangrienta resistencia al asedio había querido escapar metiéndose en la cisterna. No faltaron de hecho quienes intentaron sofocarle con fuego en su escondite, aunque Vespasiano no lo permitió[35]. Se estableció entonces una curiosa negociación entre los vencedores de arriba y el escondido de abajo, los primeros deseosos de obtener la rendición y entrega del rebelde y el segundo procurando salir del trance con las mejores expectativas posibles, aunque el panorama no se le presentaba en absoluto halagüeño. Los dos primeros intermediarios fracasaron. Sólo cuando Vespasiano llevó las conversaciones a través del tribuno Nicanor, un conocido y amigo de Josefo[36], éste se dejó convencer. Quienes con él estaban, sin embargo, no le permitieron que se entregara. Y éste es el momento de un episodio que no se sabría decir si es histórico o ficción del propio personaje: la rueda de suicidios. La cuarentena de judíos copados junto con Josefo se dispusieron a morir por la espada de un compañero por riguroso turno hasta que no quedara más que uno, quien se daría muerte a sí mismo. Josefo se las arregló para ocupar el puesto que le permitiera llegar al final de lo ronda y, contra lo previsto por todos salvo él, mantenerse vivo[37]. Sea o no cierta la argucia inteligente del futuro historiador, Josefo no se suicidó sino que acabó cautivo de los romanos. O no le pareció incompatible salvar el honor y a un tiempo la vida o prefirió la vida al honor. Cuando tantos de sus subordinados se daban muerte, Josefo hizo cuanto pudo por vivir.

[35] *Guerra* III 350.

[36] *Ibid.*, III 346.

[37] *Ibid.*, III 387-391.

En aquellas poco favorables circunstancias surgieron las bases para una amistad, que sería larga, entre Vespasiano y su hijo Tito y el prisionero judío. Éste era joven, ilustrado y menos bárbaro de lo que los romanos pudieron suponer; no en balde había sido embajador de su pueblo en la propia Roma. Su conversación debía de ser agradable y excepcionalmente inteligente. Su juego mental y su simpatía, entre la adulación y el ocultismo profético, le facilitaron las cosas ante el general vencedor. Llegó Josefo a anunciar a Vespasiano y a Tito que ocuparían el solio imperial, lo que muy poco después sería rigurosamente cierto[38]. El cautivo, aun sin dejar de serlo, pasó insensiblemente a protegido. En Cesarea, la capital romana de Palestina elegida como cuartel general por Vespasiano, estuvo Josefo durante meses, entre la enemiga romana y las deferencias del general. Vespasiano llegó incluso a proporcionarle una cautiva por esposa; probablemente sea éste el segundo matrimonio del personaje, que luego contraería tres más. Aunque la mujer era a no dudarlo judía, las circunstancias hacían de estas bodas, si algún carácter oficial tuvieron, algo bastante en pugna con las tradiciones religiosas de Israel[39]; pero Josefo no estaba entonces para frenarse ante minucias. Su cautiverio, en fin, fue llevadero y en él iría poniendo los cimientos para el inicial relato, en arameo, sobre la guerra de su pueblo contra Roma. Seguramente le llegaba suficiente información de la marcha de los acontecimientos: los triunfos romanos, las

[38] *Guerra* III 399 ss. La tradición judía atribuye un episodio similar al rabí Johanan ben Zakkai; para las cuatro versiones y bibliografía, cf. RAJAK, *Josephus*, págs. 188-189. Sin duda se trata de una adaptación rabínica tardía de la historia de Josefo. SUETONIO, *Vespasiano* 5, hace suya la versión josefea.

[39] Los problemas legales, resumidos por HADAS-LEBEL, *Flavius Josèphe*, pág. 142.

escisiones civiles entre los judíos, el próximo e inevitable fin del propio conflicto.

Dos acontecimientos supusieron cambio de suerte para el prisionero —ya iba para dos años— de Cesarea: la reducción de la guerra a Jerusalén y a algunos bastiones del sur y, tras la muerte de Nerón y la consiguiente breve guerra civil entre pretendientes, la accesión de Vespasiano al principado del Imperio. Se cumplía la predicción de Josefo, quizá más por influencia de la predicción que por capacidad de prognosis de nuestro personaje. Vespasiano fue, como otros proclamados de la guerra civil, elegido y apoyado por sus propias tropas. Las palabras de Josefo pudieron haber sido el determinante. Su protector era, en cualquier caso, dueño del Imperio, y su amigo Tito, príncipe heredero y general en jefe responsable de los asuntos de Palestina. Lo menos que podía venirle de ello a Josefo era la libertad. Josefo viajó con el nuevo emperador hasta Alejandría y en el camino le dejó —o murió— la mujer de Cesarea que recibiera de su protector. En la gran ciudad egipcia contrajo el futuro escritor nuevas nupcias[40]. La campaña contra Jerusalén y los demás bastiones de la resistencia, Masada es el más significativo, supuso la inminencia del final de una larga guerra de cuatro años y para Josefo la ocasión de volver a su ciudad, aunque en compañía de los enemigos y trabajando en favor de ellos; como negociador para conseguir la rendición judía, su lema es que Dios está ahora del lado romano[41]. Le tocó incluso en suerte resultar herido por un proyectil lanzado desde la muralla por los defensores, para regocijo y alegría de los que le consideraban traidor[42]. Dentro de las defensas, tal vez sin

[40] *Autobiografía* 415.

[41] *Guerra* V 367-368.

[42] *Guerra* V 541.

que los detalles llegaran hasta el exterior, una creciente división interna[43] ponía a los familiares de Josefo en la más extrema dificultad. Cada vez más decidido prorromano, aunque en el ejército de Tito había muchos que desconfiaban del obsequioso judío, entró en Jerusalén como vencedor sobre su propio pueblo y no tuvo más remedio que, acabada la campaña, marchar a Roma en compañía del príncipe triunfador. Lo que los horrores de la guerra y los excesos romanos habían hecho e hicieron padecer a los judíos fue asumido por Josefo entre la indiferencia y alguna que otra lágrima. Se conforma con salvar la vida y lograr la libertad de algunos judíos, entre ellos su propio hermano, y con el obsequio por Tito de algunos libros sagrados salvados de la destrucción[44]. Ni siquiera la destrucción del Templo fue razón suficiente para que nuestro personaje se desviara de su amigo romano. Más le afectaron los holocaustos voluntarios, al estilo de Sagunto o de Numancia. Ni héroes ni desesperados sin salida; para Josefo eran criminales, sólo porque no habían hecho lo que él.

El viaje a Roma se hizo por el Sinaí en dirección a Alejandría, para embarcar desde allí hacia las costas itálicas. En la gran ciudad grecoegipcia reencontró, tras el final de la guerra, a la que desde poco antes era su nueva mujer, conforme más arriba se dijo. El salto a Italia lo hicieron los casados en el séquito de Tito. En Roma les esperaba la celebración del triunfo del Imperio sobre Israel, sus pretensiones políticas y sus tradiciones religiosas, y la concesión a nuestro personaje de la ciudadanía romana[45], lo que comportó para él en adelante el gentilicio de *Flavius,* el *nomen*

[43] Lucha entre facciones estudiada por GOODMAN, *The ruling Class of Judaea,* pág. 198.

[44] *Autobiografía* 418-419.

[45] *Autobiografía* 423.

del Emperador, su protector. Josefo llevaba la carga de sus azares y sus remordimientos, de las incomprensiones y de sus nostalgias; y la esperanza de una nueva, plácida y prometedora vida a la sombra del Emperador y de su hijo, heredero a su vez del Imperio.

6. *Últimos años*

Los años postreros, oscuros, de la vida de Josefo no son los de su provecta y ya decrépita ancianidad. En principio podemos decir que Josefo tocó la vejez, pero no la vivió. En rigor, los últimos años de nuestro autor son los de su madurez. Inicia su retiro en Roma, dejando atrás definitivamente la Palestina de su juventud y de sus azares, a los treinta y tres años de edad, que no es precisamente el momento de retiro de un anciano. Bajo la cobertura, amistad y mecenazgo de Vespasiano y su casa[46], dedicó los decenios que le quedaban de vida a narrar los hechos de que había sido testigo y a divulgar y ensalzar las tradiciones de Israel. Es ahora cuando escribe sus obras, probablemente en este orden: la *Guerra de los judíos,* las *Antigüedades judaicas,* la *Autobiografía* y el *Contra Apión.* Vive tranquilo, beneficiado sin duda del régimen económico reservado por los emperadores flavios a los intelectuales merecedores de subvención pública. El conflicto lo tiene en su casa y en su corazón. Sabemos que los problemas domésticos le llevan al divorcio de su mujer, que no es la primera, la joven judía de que se separara con tristeza cuando el estallido de la revuelta, sino la que ha tomado en Alejandría. Y el problema interno es el que desgarra al dislocado: depende de Roma y tuvo un decidido

[46] Sobre el patronazgo de los Flavios sobre las letras, véase el clásico H. BARDON, *Les empereurs et les lettres latines d'Auguste à Hadrien,* París, 1968 (= 1940), págs. 289 ss.

pasado antirromano; combatió con la revolución y abandonó a sus correligionarios; es judío y está entre paganos; fue vencido y está con el vencedor, de espaldas a los suyos; añora su tierra y su tradición, pero está en el exilio, aunque dorado exilio, olvidado y despreciado de los suyos. Es un patriota judío bajo patronazgo romano, la gran paradoja[47]. Todo Josefo se explica por dos necesidades internamente sentidas: la de autojustificarse siempre y por todo y la de seguir apegado, con más fuerza si cabe, a las tradiciones de Israel.

La esposa alejandrina, de la que se divorcia, le deja un hijo, Hircano, nacido el año cuarto del reinado de Vespasiano[48], es decir, en el año 73 ó 74; otros dos niños no lograron sobrevivir. Ignoramos cuáles pudieron ser las causas profundas de la ruptura. Su mujer era, desde luego, también judía, y de esta condición compartida, pero tal vez entendida diversamente, pudieron venir las dificultades. Cuanto se ha dicho de que sería pagana y disentirían en lo tocante a la educación del único vástago es pura lucubración sin fundamento. Josefo se limita a manifestar inconformidad con su conducta[49]. Prueba nuestro hombre nueva aventura matrimonial, ahora con una cretense, de la que dice que estaba dotada de envidiables prendas y pertenecía a familia de abolengo[50]. Esta unión le dio dos hijos más, Justo y Simónides Agripa, más jóvenes respectivamente que el hermano mayor en tres y cinco años.

Las contradicciones del desplazado no generaron problemas capaces de provocar cambio en el trato con la casa

[47] Más o menos así titula RAJAK, *Josephus*, pág. 185, uno de sus capítulos.

[48] *Autobiografía* 5.

[49] *Ibid.*, 426.

[50] *Ibid.*, 427.

imperial. Josefo siguió fiel a la amistad y benevolencia de Vespasiano y nada varió cuando accedió al trono Tito, el príncipe amigo, y más tarde Domiciano. Los emperadores Flavios mantuvieron al sacerdote escritor judío y hasta le desembarazaron de enemigos correligionarios. Domiciano en concreto le hizo honor de concesiones fiscales muy generosas. Mientras tanto iba nuestro autor redactando y publicando sus obras. Tras la salida de *Antigüedades* y luego de *Contra Apión*, tiempos ya de Domiciano, perdemos del todo la pista a nuestro personaje y los proyectos literarios que por entonces anuncia[51] no se convirtieron en realidad o, si alguno lo hizo, se perdió sin dejar rastro. Es muy probable que sobreviviera al segundo de los hijos de Vespasiano y que conociera por tanto el efímero y benéfico reinado de Nerva, que supone un cambio de Roma al respecto de los judíos domeñados; ni siquiera se puede descartar que su muerte tuviera lugar en los primeros años del imperio de Trajano frisando la sesentena. En rigor habría que asumir el laconismo de Hadas-Lebel: «Après 95, sa trace se perd»[52]. El final de Josefo se produjo oculto en una nube de la historia.

II. Obra de Josefo

1. «*Guerra de los judíos*»

Es ésta la primera obra escrita por Josefo, si no tenemos por independiente de la redacción griega conservada la versión

[51] *Antigüedades* XX 267-268. Pretendía escribir un tratado sobre Dios y las Leyes en cuatro libros y continuar la historia del pueblo judío desde la toma de Jerusalén, es decir, partiendo de la *Guerra* y de un breve ensayo nuevo sobre las causas del conflicto.

[52] HADAS-LEBEL, *Flavius Josèphe*, pág. 237.

original aramea publicada con anterioridad. El mismo autor, al comienzo de la *Guerra* escrita en griego, nos informa de la existencia del previo texto arameo y de las ayudas que precisó para una aceptable traslación a la lengua helénica. Dirigidas a diferentes tipos de lectores, una y otra de las versiones hubieron de tener matices distintos, aunque el grueso de la información recogida y su presentación fuera coincidente. Es el texto griego el conservado y de él dependen las versiones antiguas testimoniadas. La *Guerra* está compuesta en siete libros de desigual extensión, que los editores articulan en capítulos y parágrafos asimismo desiguales numéricamente hablando. El libro I, el más largo, consta de treinta y tres capítulos y seiscientos setenta y tres parágrafos; el de menor longitud es el penúltimo, el libro VI, de cuatrocientos dos parágrafos en diez capítulos. El título con que el propio autor se refiere a esta obra en otros escritos, es el de *Perì toû Ioudaikoû polémou*[53], a saber, *Acerca de la guerra judaica,* aunque la tradición indirecta le atribuya denominaciones distintas[54], los editores desde Niese hayan preferido titular *Historia de la guerra judaica contra los romanos,* siguiendo a un solo manuscrito, el *Parisinus gr.* 1425 (P), normalmente se la conozca simplemente como la *Guerra de los judíos.*

Esta obra de Josefo narra la historia de los judíos de Palestina desde Antíoco IV Epífanes, rey helenístico de Siria, y las guerras de los Macabeos, hasta la guerra en que sucumbieron los últimos focos de resistencia contra Roma, la fortaleza de Masada el más importante, una vez producidas la caída y destrucción de Jerusalén ante el asedio de Tito; es

[53] Así en *Antigüedades* XX 258, y en *Autobiografía* 412.

[54] Muy frecuentemente empleando el término *hálosis,* «captura», en obvia referencia a la toma de Jerusalén.

decir, entre aproximadamente 170 a. C. y 73 d. C. No es preciso decir que la mayor parte del relato, cinco de los siete libros, se ocupa de la primera guerra judaica desde que estalla en tiempos de Nerón hasta su definitiva resolución. En sus párrafos introductorios ensaya el autor un esquema bastante prolijo de su obra para orientación del lector que, si se va a ver, refleja sólo muy parcialmente lo que es el contenido real de cada libro y de sus partes[55]. O el cálamo le llevó a veces luego por otros caminos, o adelanta un sumario seleccionado, siendo esto último lo más probable.

Podemos resumir el contenido de este escrito josefeo de la siguiente manera: el libro I se abre con las advertencias introductorias de rigor, objeto e intención y el antedicho sumario, y repasa los acontecimientos palestinenses desde el atentado de Antíoco IV sobre Jerusalén y el Templo hasta la muerte de Herodes el Grande, pasando por las guerras macabeas y la sucesión tempestuosa de la serie de monarcas asmoneos. Se detiene, pues, por el año 4 a. C. El libro II parte del advenimiento de Arquelao y toca el cambio fundamental que en el gobierno y administración de Palestina se produce a la caída de éste en el año 6 d. C., las relaciones de Roma con los tetrarcas y la actuación de los prefectos romanos hasta los tiempos de Nerón, señalando la inquietud judía y las concreciones liberacionistas de los grupos más extremados, los zelotas, desde Judas el Galileo hasta Juan de Giscala, contemporáneo riguroso y enemigo político del autor. Una vez resumida la historia inmediatamente precedente y presentadas las causas remotas y próximas del conflicto, viene el corto libro III a presentar el estallido propiamente hablando de la guerra: Vespasiano al frente de las tropas de Roma, Josefo con la responsabilidad de Galilea, el

[55] *Guerra* I 19-29.

asedio de Jotapata y la entrega de Josefo al vencedor y el anuncio al general de su accesión futura al trono imperial, así como la paulatina pérdida de la mayor parte de Galilea. El libro IV arranca de la caída total de esta región septentrional palestinense y se interrumpe en el momento en que Tito avanza hacia Jerusalén; a lo largo de los capítulos van apareciendo las actuaciones desesperadas de los zelotas y su caudillo Juan de Giscala, con la consiguiente división dentro del bando judío, y se hace referencia a la muerte de Nerón, la breve guerra civil romana y la proclamación de Vespasiano como emperador. En el libro V tenemos la primera parte de la guerra de Jerusalén; en él quedan descritos la ciudad, la situación política, militar y social de los sitiados, muy delicada, y el ejército romano sitiador, así como las medidas adoptadas, las primeras escaramuzas y el papel que correspondió desempeñar al propio Josefo. El desarrollo definitivo de la defensa y del asedio, hasta la toma de Jerusalén por los romanos, es el contenido del libro VI; pasan por sus capítulos las dificultades de los sitiados, el asalto a las murallas y la entrada de Tito en Jerusalén, cerrándose, a modo de apéndice, con una breve relación sobre las veces y circunstancias en que Jerusalén fue capturada a lo largo de la historia. El libro último, el VII, redondea el relato de la caída de Jerusalén mediante la descripción de las circunstancias que inmediatamente la siguen, especialmente la destrucción de la Ciudad Santa y del Templo, y del tratamiento dispensado a los vencidos, y continúa presentando las operaciones del ejército imperial contra los últimos bastiones de resistencia, en especial Masada, a cuya heroica defensa y drástica resolución final dedica pluralidad de parágrafos [56], no sin referencias a algunos

[56] D. J. LADOUCEUR, «Josephus and Massada», en FELDMAN, HATA (eds.), *Josephus, Judaism and Christianity*, págs. 95 ss.

sobresaltos en comunidades judías norteafricanas. Un breve epílogo al final de este libro VII viene a ser el cierre conclusivo de toda la obra, en el que hace protesta de puntualidad y verdad y se somete al juicio de los lectores.

La *Guerra* es formalmente un clásico relato de historia, más en particular el de un conflicto, atenido sin duda conscientemente al estilo marcado por los autores antiguos, especialmente por Tucídides y por Polibio. El gran historiador ateniense del siglo V a. C. le proporcionaba un cumplido modelo por dos básicas razones: por su indiscutible saber hacer y por narrar una guerra no sólo contemporánea sino incluso vivida en parte activamente por el propio autor desde unas responsabilidades militares de gran relieve. Polibio, historiador corintio del siglo II a. C., podía ofrecer a Josefo una imagen como de espejo, porque también él había luchado contra los romanos, había pasado a la Urbe una vez vencido su pueblo y había establecido lazos de amistad con los más conspicuos de los vencedores. Josefo, sin embargo, no puede sustraerse de sus propios fantasmas. Polibio no pretendió ser el compositor de un relato de guerra, notable diferencia. De Tucídides, el profundo y casi imparcial gran historiador ático de la guerra del Peloponeso, nuestro escritor judío queda, desde luego, a considerable distancia. Tres son, en resumidas cuentas, los objetivos de Josefo, los tres imperiosos: primero, agradar a sus protectores; segundo, contribuir a evitar algún otro levantamiento de compatriotas de la diáspora, y tercero, desde luego no el menor de sus afanes, ensalzarse y autojustificarse. Esta obra fue un acto de servicio de Josefo a sus protectores, pero no desdeñó su autor la ocasión del mayor beneficio personal posible.

No se puede establecer con seguridad la fecha de composición y publicación de la *Guerra de los judíos*. Es probable que Josefo echara las bases a su relato en la cautividad de

Cesarea y se convierte ya en cosa segura que tomaba notas en el campamento romano ante Jerusalén[57] y que, nada más llegado a Roma, comenzó a escribir de modo sistemático para justificar el mecenazgo que disfrutaba del Emperador. Como más arriba se dijo, comenzó por redactar en arameo. No sabemos cuándo pudo salir al público esta versión original; a no dudarlo, unos cuantos años antes que la griega. Para verter a la lengua helénica, tuvo Josefo dificultades y necesitó ayuda de colaboradores varios; pero el borrador en griego, sobre el que trabajarían sus ayudantes, tuvo que componerlo él, cosa que le llevaría bastante tiempo. Tanto se demoró la salida definitiva de la *Guerra*, que en el momento de su aparición ya circulaba algún que otro relato del enconado conflicto, muy poco del gusto de nuestro autor[58]. Parece que la publicación del texto griego se produjo al final ya del imperio de Vespasiano[59], entre 75 y 79 d. C. Fecha *post quam* es la de 75, pues en este año se produjo la erección del *Templum Pacis,* que aparece mencionada ya en el texto de Josefo[60]. Fecha *ante quam,* la de la muerte del primer emperador Flavio, pues es seguro que Vespasiano conoció el texto[61]. A lo más, cabría decir que Vespasiano pudo tener copia con anterioridad a la publicación propiamente hablando; ésta, en cualquier caso, hubo de tener lugar antes de 81, año de la muerte prematura de Tito.

[57] *Contra Apión* I 49.

[58] *Guerra* I 1-2, y *Antigüedades* I 4.

[59] Ver RAJAK, *Josephus,* pág. 195.

[60] *Guerra* VII 158.

[61] En *Autobiografía* 361, dice Josefo que entregó su texto a los emperadores; se refiere a Vespasiano y a su hijo Tito, asociado al trono desde 71.

2. «*Antigüedades de los judíos*»

Es éste el más voluminoso de los escritos de Josefo. Estamos ante un extenso tratado en veinte volúmenes sobre la historia del pueblo de Israel desde los orígenes hasta empalmar con la parte inicial de la *Guerra.* Precisamente lo que hace aquí Josefo es tratar aquello que, por excesivamente remontado en el tiempo, le parecía fuera de lugar incluir como pórtico de su anterior obra[62]: la vieja historia de los judíos, su origen como nación y sus avatares de siglos. La intención es clara: evidenciar la gran antigüedad de los israelitas, que es tanto así como demostrar su excelencia y nobleza. El título original es *Ioudaikè archailogía,* en traducción latina *Antiquitates iudaicae,* de donde deriva la manera usual por que se le conoce entre nosotros. Preciso es entender «arqueología» en el sentido primigenio del término: relato de la historia más remota[63]. Así se aplica en referencia a los capítulos primeros de Tucídides y en el título del trabajo histórico de Dionisio de Halicarnaso: *Romaikè archaiología.* En este caso la designación ordinaria de la obra de Josefo responde a la pensada por el propio autor.

Los veinte libros de este largo escrito son de extensión diferente, aunque dentro de un cierto equilibrio general. Los editores organizan cada uno de ellos en un número variable de capítulos y parágrafos, que oscilan respectivamente entre los ocho y los veintidós y entre los doscientos sesenta y ocho y los cuatrocientos noventa y uno. El libro I se abre con un prólogo en el que el autor explica sus propósitos y sus razones, así como la básica dependencia bíblica de sus pági-

[62] *Guerra* I 17.

[63] Sobre los valores del término y sus concreciones helenísticas, A. MOMIGLIANO, «Ancient history and the antiquarian», *Studies in Historiography,* Londres, 1967, págs. 3-4.

nas, y entra en materia tocando las raíces de Israel —y de la humanidad toda— desde la creación hasta la muerte de Isaac. Completa el libro II la historia, ya iniciada, de los patriarcas, arrancando con la historia de Jacob y de sus hijos y llegando hasta la huida de Egipto y el paso del Mar Rojo. El libro III está dedicado al vagabundeo de Israel por el Sinaí, conducido por Moisés, hasta la llegada a las puertas de la tierra prometida. En el libro IV, que narra los primeros conatos de conquista en tierras aledañas, se cierra la historia de Moisés hasta su muerte. La conquista propiamente dicha es el contenido del libro V, dedicado a la historia de Josué y de los primeros jueces. El VI cierra el relato de la judicatura y le hace seguir el de la historia del primero de los monarcas, Saúl. La historia del rey David llena por completo el libro VII, mientras que el VIII se refiere a los hechos de Salomón y a la primera parte de las monarquías independientes de Israel y Judá, hasta la destrucción de Samaria por los asirios. El libro X sigue con el repaso de las presiones orientales en Palestina, ahora sobre el reino de Judá, e incluye la conquista de Jerusalén por los neobabilonios de Nabucodonosor y la cautividad en Babilonia. El período persa, hasta Alejandro Magno, es el objeto del libro XI, y en el XII se trata la historia helenística de Israel hasta las guerras macabeas. El libro XIII arranca después de la muerte de Judas Macabeo y acoge todo el período de la dinastía Asmonea hasta la muerte de Alejandro Janeo y sus inmediatas consecuencias. Continúa en el XIV la historia de los Asmoneos hasta las discordias romanas de la guerra civil, de las que sacará partido Herodes el Grande. Los libros XV, XVI y XVII completan la historia de Herodes hasta su muerte y sucesión por Arquelao. Arranca el XVIII refiriéndose a los gérmenes de los nuevos movimientos nacionalistas encabezados por Judas el Galileo y narra los acontecimientos de Judea, ya

convertida en provincia romana, hasta el intento de profanar el Templo por parte de Gayo Calígula. El libro XIX completa la historia de la Palestina romana de tiempos de Calígula y continúa con el período de Claudio hasta la muerte de Agripa I, y el último, el XX, resume el período que va desde el gobierno de Agripa II y del prefecto Fado hasta las puertas de la primera guerra judaica contra los dominadores romanos.

Se trata de una magna obra que sintetiza toda la historia bíblica más los dos siglos previos a los momentos en que vivió Josefo. Bastante más de la mitad del escrito es una paráfrasis de los textos bíblicos, aunque altamente interpretativa, de tal manera que nuestro autor merece sin duda que se le tenga por exegeta de la Escritura[64]. Los últimos libros aportan un caudal de información inapreciable. Lo que pretende Josefo, que no escribe para sus correligionarios sino para los gentiles —como ocurre con la versión griega de la *Guerra*—, es presentar a quienes no la conocen la historia de Israel, la antigüedad y la importancia del pueblo judío, así como la excelencia de su religiosidad y el aprecio por los romanos, salvo excepciones, de su secular tradición. *Antigüedades* es a un tiempo una historia y una apología[65]. El judío afincado en Roma y protegido de romanos expresa en esta voluminosa obra cuáles son sus raíces y cómo éstas, del todo nobles, no son discordes con la sociedad del Imperio, sino que, bien al contrario, constituyen una indudable aportación de grandeza religiosa y humana. Incorpora nuestro autor una gran riqueza de *haggadot* o tradiciones judías

---

[64] Ver G. VERMES, «Bible and Midrash: early Old Testament», en P. R. ACKROYD, C. F. EVANS (eds.), *The Cambridge History of the Bible*, I: *From the Beginnings to Jerome*, Cambridge, 1970, págs. 204-220, *passim*.

[65] HADAS-LEBEL, *Flavius Josèphe*, pág. 251.

entremezcladas con la síntesis histórica, que no en balde está escribiendo en momentos de auge de la compilación y reflexión rabínicas, en las que eran maestros los fariseos, y que fariseo de formación y ejercicio había sido él mismo en su juventud y primera madurez. Ello hace que esta obra exceda con mucho en interés de lo que pudo ser el originario designio de Josefo; pudo escribir para gentiles, pero resultó un caudal inagotable para los judíos. Indudablemente la composición histórica de los períodos helenístico y romano y el material interpretativo y tradicional aprovechado, sin olvidar las fuentes que utiliza y nosotros conocemos tan sólo a través[66], hacen de *Antigüedades* una fuente fundamental para la historia del judaísmo.

Componer *Antigüedades* debió de suponerle a Josefo un trabajo de bastantes años; un esfuerzo en solitario de manejo del material y luego una labor de equipo para conseguir un griego escrito de suficiente calidad. Los especialistas creen cosa segura que también tuvo ayudas aquí, del mismo corte de las confesadas para la *Guerra*. No faltan quienes, apreciando detalles y rastreando reminiscencias, pretenden identificar a algunos de los ayudantes de Josefo en la redacción última de *Antigüedades*, y así hablan convencionalmente del secretario tucidideo o del secretario sofocleo[67]. La fecha de

[66] Un caso sobresaliente es el de los *Anales de Tiro*, crónica que Josefo conoció en la traducción griega de Menandro de Éfeso. Sólo conocemos este importantísimo documento a través de nuestro autor (*Antigüedades* VIII 144-146 y 324, y IX 283-287) y de la utilización que de él hace. Cf. J. VAN SETERS, *In Search of History. Historiography in the ancient World and the Origins of biblical History*, New Haven-Londres, 1983, págs. 195-199.

[67] Algunas referencias de TACKERAY, padre de la teoría, en la introducción a *Antigüedades* de su edición de Josefo, vol. IV, págs. xiv-xvii. Ver sobre todo su *Josephus. The Man and the Historian*, Nueva York, 1967 (= 1929), cap. 5. Disintiendo parcialmente del anterior, FELDMAN, «Flavius

terminación de tan magno escrito de Josefo aparece expresamente en las líneas que le sirven de cierre. Dice el autor que coronó su obra cuando alcanzaba la edad de cincuenta y seis años y corría el año décimo tercero del reinado de Domiciano. Estas dos referencias cronológicas nos llevan hasta 94 d. C. Se introduce aquí, sin embargo, una cuestión que puede alterar todo lo referente a datación de la obra de Josefo excepto la *Guerra:* la de si hubo una o dos ediciones de *Antigüedades* y la conexa y consecuente de la fecha de publicación de los escritos menores, especialmente de la *Autobiografía*. Sin adelantar lo que se dirá en los apartados inmediatos, diremos aquí que una obra ya clásica de Laqueur, hace bastantes decenios[68], pretendió ver dos conclusiones de *Antigüedades*[69], una que sería la del año expresamente señalado, el 94, y otra que correspondería a la reedición de momentos posteriores. No pocos autores han seguido esta hipótesis, que ni está suficientemente fundamentada ni deja de tener alguna que otra dificultad. Quienes piensan que hubo una segunda salida de *Antigüedades* la sitúan en el salto de siglos, pasado el año 100[70]; quizá sea más prudente quedarse con la letra de nuestro autor y desechar la idea de las dos ediciones[71].

Josephus revisited», en HAASE (ed.), *Aufstieg und Niedergang der römischen Welt* II 21, 2, pág. 860, cree que los influjos sofocleo y tucidideo no se limitan en Josefo a las *Antigüedades*, sino que resultan evidentes en todas las obras de nuestro autor.

[68] R. LAQUEUR, *Der jüdische Historiker Flavius Josephus. Ein biographischer Versuch auf neuer quellenkritischer Grundlage*, Giessen, 1920, páginas 3-5.

[69] XX 259 y 267.

[70] El motivo, la muerte de Agripa II como fecha *post quam*, lo tocaremos en el apartado que sigue.

[71] En esto me inclino por RAJAK, *Josephus*, pág. 238.

3. «*Autobiografía*»

Como ha señalado ajustadamente Momigliano, no ha legado la Antigüedad significativo caudal del género autobiográfico[72]. A lo más, algunos discursos autodefensivos con referencias vitales propias, y reflexiones e introspecciones que de alguna suerte son desvelamientos del sí, como podrían ser los *Pensamientos* de Marco Aurelio y las *Confesiones* de San Agustín; o, sería posible añadir, algún relato de acontecimientos concretos vividos por el autor, pero narrados con aparente distanciamiento, como los de Julio César. La presentación del propio itinerario vital, completa, minuciosa y en primera persona, no es cosa que se dé. La *Autobiografía* de Josefo es, pues, un *hápax* literario en el mundo grecorromano. La importancia de esta excepción es grande, porque la personalidad de Josefo y su itinerario vital son fascinantes, y porque nuestro autor pertenece y se refiere a unos acontecimientos y a un mundo tan atractivo como complejo. A esto se añade, ya en otro plano, la gran significación psicológica del género, que nos va presentando fenómenos siempre ilustrativos cuales la reinterpretación de la propia niñez, la autopresentación como figura singular[73] y el desvelamiento muchas veces inconsciente de la propia verdad interior; filtros e iluminación a un tiempo de la realidad personal y de contexto que es la referencia fundamental del autobiógrafo. Estamos pues, por varias razones, ante un opúsculo de subido interés.

[72] A. MOMIGLIANO, «Il posto della storiografia antica nella storiografia moderna», *Sui fondamenti della storia antica*, Turín, 1984, pág. 54.

[73] Sobre el particular, en concreta relación con *Autobiografía* 7-9, ver C. PELLING, «Childhood and personality in biography», en C. PELLING (ed.), *Characterization and Individuality in Greek Literature*, Oxford, 1990, págs. 222-224.

Los editores presentan la *Autobiografía*, título que obviamente no se remonta al autor, como un solo libro organizado en setenta y seis capítulos y cuatrocientos treinta parágrafos. A lo largo de su texto va haciendo Josefo memoria selectiva y desigual de los avatares de su vida, arrancando de su nacimiento y su entronque familiar y acabando con la sucesión de Tito por su hermano Domiciano y los favores que la nueva pareja le dispensaron, al surco de lo que habían hecho los anteriores mandatarios de la dinastía Flavia. Es curioso que el autor antiguo cuya vida nos es mejor conocida, gracias a este texto, sea al mismo tiempo uno de los más enigmáticos en lo referente a sus últimos años, precisamente los no incluidos en el relato. La *Autobiografía* es, pues, fuente fundamental para el hombre Josefo, y dado que el hombre desempeñó destacado papel en su momento, también para la circunstancia histórica. Esta importancia que destaco no está reñida con la debilidad indiscutible de muchos pasajes del escrito. Por una parte, son claras las divergencias y aun contradicciones entre esta y otras obras del autor, en especial la *Guerra;* de otro lado, los tics egolátricos y patológicamente autojustificatorios tan patentes en este texto obligan ya, sin más, a desconfiar de ciertos extremos de lo que se afirma y apurar la crítica posible, aunque sólo sea por el próximo riesgo de hipérbole y de manipulación interesada. Josefo escribe presionado por su discutida conducta y, más particularmente, polemizando con un implacable contradictor que le ha salido, Justo de Tiberíade[74], autor de un relato de la guerra judaica que produjo a nuestro autor profunda indignación, no sólo por

[74] A él se dirige, airado, en *Autobiografía* 336 ss. Sobre este oponente de Josefo, T. RAJAK, «Justus of Tiberias», *Classical Quarterly* 23 (1973), 358-363.

la presentación general de los hechos, sino también por alusiones concretas a su persona que le dejaban malparado. Quizá porque no lo pudo evitar, Josefo se rebajó a polemizar con Justo en unas páginas que, como bien dice Hadas-Lebel, no se puede decir que le favorecieran y favorezcan[75]; lo que no contradice el interés que encierran para nosotros, leídas con la crítica que requieren. Es el calor de la polémica y la debilidad de algunas piezas del universo político de Josefo lo que explica los aducidos contrastes entre lo que en *Autobiografía* afirma y lo escrito anteriormente en la *Guerra*.

No es fácil fijar el momento exacto en que Josefo compuso su *Autobiografía*, aunque es indiscutible que el escrito pertenece a los últimos decenios de la vida de su autor, es decir, a la etapa de residencia en Roma. La última referencia datable es la antedicha de la subida de Domiciano al trono del Imperio, que ocurrió en el año 81 d. C. Lo más probable es que la publicación del texto sea posterior a esa fecha, bien porque la redacción también lo sea, o porque, iniciada antes, pudiera quedar coronada después de ella. Es cierto, de todos modos, que la composición de este relato autobiográfico es posterior a la de la *Guerra*, texto éste que, cual ha quedado ya dicho, es el primero de los de Josefo, y no menos cierto es que circuló o desde el principio o desde muy pronto como apéndice de las *Antigüedades;* y, dado que el texto de *Antigüedades* ha hecho pensar a muchos, como vimos en el anterior apartado, que presenta dos conclusiones[76], correspondientes a dos redacciones distintas, no es arriesgado afirmar, bien al contrario, que, si la teoría de la doble redacción responde a los hechos, la *Autobiografía* quedó añadida a la segunda de las ediciones de la obra larga, pues líneas antes de la segunda conclusión anticipa el autor que va a proceder a decir algo sobre su linaje y sobre los hechos de su vida[77].

[75] HADAS-LEBEL, *Flavius Josèphe*, pág. 256.

[76] *Antigüedades* XX 259 y 267. La observación es originariamente de LAQUEUR, *Der jüdische Historiker Flavius Josephus*, págs. 3-5, como más arriba se dijo.

Los dos pretendidos cierres de *Antigüedades* enmarcan la presentación y explicación de la *Autobiografía* que se edita aneja, y el segundo lleva referencia cronológica muy precisa: el presente del Josefo que escribe está en el año decimotercero del reinado de Domiciano y en el cincuenta y seis de su propia edad. Estas dos concreciones temporales apuntan a 94 d. C. Suponiendo que el cierre segundo sea el más reciente, ¿es esa de 94 la fecha *ante quam*, o la *post quam?* Porque podría ser que de hecho no se esté anunciando el comienzo de su redacción, sino que la *Autobiografía* está terminada y se edita en añadido. Si la verdad corresponde a la segunda posibilidad y el relato de la vida de Josefo está ya cerrado en el 94, ignoramos si fue escrito poco o mucho antes. Recuérdese que la última alusión temporal interna es el advenimiento de Domiciano en el 81. Pero ¿la segunda conclusión es la que se escribió después o la de la edición original? La verdad es que, si atribuimos cronología inversa a las dos conclusiones, la dificultad nos queda un tanto atenuada. Normalmente veremos en los autores que *Autobiografía* es posterior a 94 y que se editó tras el salto de siglos, porque Agripa II murió en el 100 y en uno de los pasajes se le da ya por desaparecido[78]. Eso comportaría que la conclusión fechada en 94 no es la segunda sino la primera y original, cosa posible, ciertamente, pero que no llega a

[77] *Antigüedades* XX 267.

[78] *Autobiografía* LXV 359.

[79] T. RAJAK, *Josephus*, págs. 237-238.

verse demasiado clara. Además, se ha señalado la discutibilidad de la fecha del 100 para la muerte de Agripa, que no tiene apoyos anteriores al siglo IX[79]. Por el otro extremo, propuso hace decenios Laqueur que este texto debía de ser el más antiguo de los escritos por Josefo, anterior a la *Guerra* y, por lo tanto, no del tiempo de la segunda publicación de *Antigüedades*, y que se trataría originalmente del informe redactado por Josefo para justificarse ante el Sanedrín[80], pero esta temprana fecha propuesta y ese carácter prácticamente oficial del documento que se sugiere para la *Autobiografía* —y que exigiría redacción original en arameo y, por tanto, índole lingüística muy diferente a la de *Antigüedades*— no han recibido la común aceptación de los críticos, aunque no le ha faltado algún que otro seguidor. Así, Cohen, uno de los más recientes, ha propuesto que Josefo redactó muy pronto un borrador (él no habla de documento oficial, como Laqueur), que luego utilizó en la *Guerra* y más de cerca en la posterior *Autobiografía*[81]. Pero no es bueno asirse a arriesgadas o extravagantes hipótesis como solución de un problema que se resiste a dejar de serlo. Tal vez lo mejor, por más simple, sea aceptar el punto de vista de Rajak: la *Autobiografía* se publicó en el 94 d. C. como añadido a la única edición de las *Antigüedades*[82]. Sólo aceptando las dos ediciones de *Antigüedades* y la fecha tras el año 100 de nuestro escrito, ambas cosas muy dudosas, se puede decir que *Autobiografía* es la última obra terminada de Josefo, como hace Hadas-Lebel en principio equivocada-

[80] LAQUEUR, *Der jüdische Historiker Flavius Josephus*, caps. 3 y 4.

[81] S. J. D. COHEN, *Josephus in Galilee and Rome. His Vita and Development as a Historian*, Leiden, 1979, págs. 80-83.

[82] T. RAJAK, *Josephus*, pág. 238.

mente[83]. Tal circunstancia parece corresponder al tratado *Contra Apión*, del que se ocupa el apartado siguiente.

4. «*Contra Apión*»

Si *hápax* es el género literario de la *Autobiografía* de Josefo, no menos ejemplo único es el opúsculo llamado *Contra Apión*, pues no existe, perdido el texto de la de Filón de Alejandría, ningún otro modelo de apología projudía. En cambio, sí tenemos algunos precedentes del género en la tradición griega, aunque sea a través de manifestaciones distintas de la polémica, como la oratoria o la diatriba[84]. Estamos ante un escrito en dos libros, que los editores organizan respectivamente en treinta y cinco capítulos y trescientos veinte parágrafos, y en cuarenta y un capítulos y doscientos noventa y seis parágrafos. El título de uso, *Contra Apión*, es convencional y desde luego no se remonta ni mucho menos al autor[85]. Apión es el nombre del personaje con el que Josefo polemiza. Las referencias indirectas[86] nos llevan a suponer un título que más o menos sería *Acerca de la antigüedad de los judíos*. En los parágrafos introductorios relaciona Josefo su *Contra Apión* con *Antigüedades judías*[87]; porque uno y otro pretenden demostrar la antigüedad de las raíces históricas de Israel y porque, más precisamente, el

[83] HADAS-LEBEL, *Flavius Josèphe*, pág. 235.

[84] Sobre esta última modalidad literaria, St. K. STOWERS, «The diatribe», en D. E. AUNE (ed.), *Greco-roman Literature and the New Testament*, Atlanta, 1988, págs. 71 ss.

[85] Deriva de San Jerónimo, *De viris illustribus* 13. Cf. L. TROIANI, *Commento storico al «Contro Apione» di Giuseppe*, Pisa, 1977, págs. 25-26.

[86] ORÍGENES, *Contra Celso* I 16, y IV 11, y EUSEBIO DE CESAREA, *Historia Eclesiástica* III 9, 4.

[87] *Contra Apión* I 1-3.

escrito que ahora comentamos es una respuesta a las reacciones adversas que *Antigüedades* suscitara. Dice Josefo que su obra anterior probó suficientemente cuánto se remontan en el tiempo los orígenes de su pueblo y cómo no pocos lectores dieron escaso crédito a sus razones basándose en que los autores griegos no se hacen eco de tal pretendida antigüedad. Se ve forzado, pues, a escribir de nuevo y refutar las sinrazones de sus contradictores.

El punto de partida de Josefo es diametralmente contrario a la opinión de aquellos contra quienes polemiza. Si criticaron la presentación de hechos de *Antigüedades* porque los griegos no conocieron a los judíos, evidencia de que eran anteriores, nuestro autor dirá que es el pueblo helénico el más reciente y que los escritos griegos documentan lo bastante de los judíos como para que sea posible afirmar su origen remoto y la falsedad de las ideas de sus lectores adversarios. Pero hay otra cosa, relacionada con lo que precede, que para Josefo es muy importante: los judíos no constituyen una amalgama de gente baja, marginal y advenediza, sino que presentan timbres de nobleza en dilatada historia. Al defender la antigüedad, está defendiendo Josefo la nobleza de su pueblo. Dedica el libro primero a insistir sobre la posterioridad helénica y la prioridad judía. La historiografía griega queda presentada como tardía y deficiente[88], mientras que se alude a la atávica redacción de registros y crónicas, cuidados y fidedignos, en los ambientes sacerdotales de Israel[89]. Podrán no hablar los autores griegos de los judíos, lo que no es del todo exacto, como apunta Josefo, pero ello será más por desconocimiento que por precedencia[90], y nos recuerda

[88] *Contra Apión* I 7 ss.

[89] *Ibid.*, I 29 ss.

[90] *Ibid.*, I 58 ss.

cómo los viejos pueblos orientales sí han dejado en sus escritos memoria de Israel y de su vieja raigambre[91]. Todo lo más, los judíos han sido víctimas de la malquerencia envidiosa o despreciativa de algunos, especialmente de los egipcios.

En el libro segundo abre ya Josefo polémica directa contra el gramático Apión, su principal oponente, precisamente un egipcio. En casi la mitad exacta del libro, hasta el parágrafo 144, no hace nuestro autor sino refutar los errores y especies malevolentes al respecto del pueblo de Israel que propaga el alejandrino. Es evidente que Apión es su principal referencia polémica —de ahí el falso título que luego se haría popular—, pero no su adversario activo. Apión no es un contemporáneo estricto, el más conspicuo de quienes hayan podido manifestarse expresamente contra la tesis de *Antigüedades*, sino que se trata de un autor del pasado, aunque sea de un pasado relativamente reciente. No hay que pensar, pues, que Josefo escribe contra Apión porque éste hubiera publicado un texto contrario a las *Antigüedades*, entre otras cosas porque apenas habría habido tiempo, como se desprende de la cronología relativa de las dos obras josefeas, cuestión a que llegaremos en seguida. Apión, en todo caso, es la autoridad principal de los discrepantes, y es tan rigurosa y sistemática la polémica de Josefo con él, que no han faltado quienes hayan creído posible recomponer en sumario bastante explícito lo que fue el panfleto antijudío del alejandrino[92], del que también tenemos, por cierto, tradición indirecta fuera de Josefo[93].

[91] *Ibid.*, I 69 ss.

[92] Así B. MOTZO, «Il *Katà Ioudaíon* di Apione», *Atti della R. Accademia delle Scienze di Torino* 48 (1912-1913), págs. 459 ss.

[93] Por ejemplo, en CLEMENTE DE ALEJANDRÍA, *Stromateis* I 101, 3; EUSEBIO, *Historia Eclesiástica* III 9, 4, y SAN JERÓNIMO, *De viris illustribus* 13 y *Epístolas* 70, 3.

La otra mitad de este segundo libro se desentiende ya del tono polémico y pasa a ser una minuciosa y pausada exposición de lo que es el judaísmo: su idea excelsa de Dios[94], sus leyes[95], su articulación política, sus instituciones y sus costumbres, sin dejar de insistir en la dimensión religiosa de toda la vida israelita, de modo que de Dios —y su ley— vendrán castigos a los transgresores y de Dios se espera cumplida compensación para los fieles observantes[96]. Y, desde luego, si de algo hace gala el israelita es de respeto a la tradición[97] y de fidelidad a los preceptos[98], muy humanos por lo demás[99], de su tradición religiosa. No deja Josefo de descender a la comparación directa del universo religioso de Israel con el del paganismo grecorromano, politeísmo inmoral y ridículo a toda vista censurable. Frente a una religiosidad, la pagana, que no resiste el más suave análisis de un hombre exigente y sabio y que, por consecuencia de su misma debilidad, no ha sido capaz de humanizar al hombre griego[100], el judaísmo ha logrado la captación auténtica de la naturaleza de Dios, goza de unas leyes indiscutiblemente superiores y ha demostrado estar en condiciones de expandir sus ideas y suscitar seguidores.

El *Contra Apión* toma como referencia para el contraste el ambiente cultural griego, tanto griego antiguo como griego helenístico. Roma, salvo en la medida en que sea deudora del legado helénico, no es para Josefo el blanco para la

[94] *Contra Apión* II 190-192.

[95] Presentadas por Josefo como las más antiguas del mundo; *Contra Apión* II 154 ss.

[96] *Contra Apión* II 215-219.

[97] *Ibid.*, II 182-183.

[98] *Ibid.*, II 220 ss.

[99] *Ibid.*, II 211 ss.

[100] *Ibid.*, II 236-254.

controversia. Lo que aquí encontramos es un testimonio personal y apasionado de lo que es el judaísmo para un israelita del momento y cómo lo ve, más precisamente, un creyente ilustrado; pero siempre con el contraste de la radical debilidad del helenismo. Es como si en Roma se estuviera ventilando la pugna entre dos tradiciones, la helénica y la oriental —su más depurada representación, Israel—, y Josefo pusiera toda la carne en el asador en respaldo de la segunda. De hecho, el mundo romano se encontraba en lento proceso de orientalización y el antijudaísmo radicaba por entonces en los ambientes ciudadanos griegos. La tarea que se da Josefo, amigo de los romanos y afincado en la propia Roma, es dar a conocer la excelencia de la religiosidad y del humanismo judaicos y mostrar su superioridad sobre lo que Grecia legó a través de su dilatada, aunque reciente, y sobrepreciada tradición literaria. Hasta Homero queda rebajado en tiempo y autoridad por Josefo, quien en esto abre camino y suministra razones a un sector humanista minificador de los grandes poemas épicos primitivos de Grecia[101]. Egipto no es más que una cantera de apoyaturas, que Josefo naturalmente explota, gracias a sus anales antiguos, y el lugar en que, al presente y al próximo pasado, más claramente se manifiesta la inferioridad helénica y la malquerencia antijudaica. El enemigo, evidentemente, es Grecia.

Uno de los aspectos que más interesante hace el *Contra Apión* para nosotros es su gran caudal de citas de autores antiguos, acotaciones literales, resúmenes o meras alusiones. Se trata, pues, de un regalo para lo que conocemos como tradición indirecta. Unas veces se trata de autores y obras

[101] A. Grafton, «Renaissance readers of Homer's ancient readers», en R. Lamberton, J. J. Keaney (eds.), *Homer's ancient Readers*, Princeton, 1992, pág. 162.

conocidos, otras de autores u obras para nosotros perdidos. En algunas ocasiones se nos dan las referencias con toda precisión, en otras de forma inconcreta e incluso anónima. Y, en diferente pero no menos importante dimensión, a veces nuestro autor es respetuoso con aquellos a quienes menciona y utiliza, a veces los manipula y traiciona. Una primera pregunta que procede formularse es la de si Josefo tuvo contacto directo con todos los escritos a que se refiere o si, con mucha o alguna frecuencia, cita de segunda mano, a través de otros autores o de antologías circulantes. Desde luego, llama la atención la enorme representación de autores anteriores que tenemos en este escrito. Hay un pasaje en concreto que ha hecho pensar a algunos que Josefo utiliza un florilegio de citas textuales de muchos autores referidas precisamente a la cuestión de la antigüedad judía: aquel en el que dice que el siguiente autor que hay en el «texto» es Beroso [102]. ¿Huella de esa supuesta antología? ¿Tan sólo una inoportuna glosa? No es fácil saberlo, y los autores modernos han tomado partido por una y otra de ambas posibilidades [103]. Estén o no en lo cierto quienes prefieren pensar que Josefo ha utilizado recopilaciones, es innegable la importancia de las citas de escritos que sólo conocemos por estos testimonios indirectos, como tampoco podemos negarle a nuestro personaje que hubiera sido lector directo de numerosas obras antiguas y, por descontado, de los escritos antijudíos que le eran cercanos en el tiempo.

La fecha de composición del *Contra Apión* es bastante fácil de establecer. Por una parte, sabemos de su posterioridad

[102] *Contra Apión* I 134.

[103] Ver TROIANI, *Commento storico al «Contro Apione»*, págs. 39-41. El autor italiano, contra lo que hacen otros, no excluye el elemento dudoso en su traducción (l. c., pág. 232).

con respecto a *Antigüedades*, dado que el propio autor así lo manifiesta al decir que escribe para salir al paso de las reticencias suscitadas entre los lectores de dicha obra, y la cronología de ese otro escrito de Josefo es prácticamente segura: 94 d. C. De otro lado, tanto el primero como el subsiguiente de los textos de Josefo sobre la antigüedad de su pueblo están dedicados a Epafrodito, un liberto imperial que fuera secretario de Nerón y que, caído en desgracia, sería ejecutado por Domiciano en el año 96. El *Contra Apión* tiene, por tanto, el 94 como fecha *post quam* y el 96 como momento *ante quod.* El tracto temporal para la redacción y publicación de este escrito es en consecuencia bastante corto, más todavía si ubicamos la muerte de Epafrodito no en el 96 sino en el 95, como hace Troiani [104]. Esos dos aproximados años parecen suficientes para pulsar las críticas del ambiente a la primera obra y para redactar holgadamente la segunda, siendo así que ésta no es en exceso larga y que muchos de sus elementos se encuentran ya en *Antigüedades*. Lo que parece difícil es que fuera tiempo bastante para que Josefo se las hubiera visto con críticas escritas y publicadas.

5. *Ideología*

Cual se puede desprender de lo anteriormente visto, tres son los compromisos sobre los que descansa la obra de Josefo y que la hacen comprensible: sin que el orden signifique gran cosa, el primero con sus protectores romanos, el segundo con las tradiciones judías y el tercero consigo mismo. Los tres se imbrican en un curioso equilibrio general, que sin embargo se distorsiona si atendemos en particular a cada una de las obras. Así en la *Guerra* pesa más el compromiso con Roma, en *Antigüedades* y *Contra Apión* el que tiene

[104] *Ibid.*, pág. 27.

con el alma israelita y en la *Autobiografía* se impone el que le empuja a la defensa de su persona y de su actuación. Pero este sobresalir de cada aspecto no comporta la desaparición en cada escrito de los otros dos. En la historia y religiosidad del pueblo judío encuentra Josefo sus raíces; en su entrega a Roma, la solución de su vida, y en sí mismo, el problema con el que este hombre, entre vanidoso y acomplejado, está condenado a vivir. Todo esto explica que los escritos de Josefo sean una glorificación de Israel, una justificación del Imperio y una autoexaltación personal. Sus contrarios son, y es obvio, los sustentadores de la tradición helénica despreciativa del pueblo judío, los enemigos de Roma y quienes personalmente le tachaban de sospechoso y de traidor. En Roma se le enfrentan quienes no simpatizaban con Israel; dentro de su pueblo Josefo no puede entenderse con los independentistas radicales.

Al margen de esto, que es el entramado ideológico básico de nuestro autor, debemos considerar la forma que Josefo tiene de aproximarse tanto a la esencia de Israel cuanto a la realidad del mundo y de los hombres. Quedó ya dicho que su opción última, allá por la primera juventud, fue la del fariseísmo. Pues bien, no dejó de ser nunca un fariseo. Y no sólo porque en sus escritos hace exegesis rabínica a un tiempo que historia o polémica, sino porque evidencia fidelidad a las líneas maestras de la filosofía y la teología fariseas. La secta elegida por Josefo, sin duda la más respetable y respetada de las cuatro grandes del judaísmo del momento, se caracteriza por un régimen de vida sobrio y gratificante, un cuidado especial en el estudio de la Ley y una sabia conjunción de dos principios aparentemente contradictorios: la libertad humana y la providencia de Dios[105]. Josefo confiesa que una de las cosas que le atrajeron del fariseísmo fue su sensato y exigente tenor vital, un tanto próximo a lo que era el estoicismo de los griegos. Sin duda a lo largo de su vida laboriosa fue consecuente con esta opción. Por otro lado, toda la historiografía de Josefo refleja ese reconocimiento de que la sucesión de acontecimientos tiene por determinante la necesaria conjunción de la voluntad de los hombres y los designios actuantes de Dios. Por esto último se separa Josefo de los historiadores clásicos que le sirven de modelo.

[105] HADAS-LEBEL, *Flavius Josèphe*, pág. 37.

Lo que en la obra josefea hay de particular es esa idea de que la voluntad divina planea sobre la historia[106] y, sin anular el libre albedrío de los hombres, la condiciona y la dirige. Nuestro autor es un decidido providencialista. No es que los hombres y las causalidades inmanentes sean juguete de un ciego azar o de un capricho demónico, sino que una inteligencia y una bondad transcendentes va contribuyendo a marcar las pautas del devenir histórico. Eso le lleva a conjuntar en su relato una doble dimensión etiológica: la causalidad en el plano humano y la causalidad en el plano transcendente[107]. Josefo tiene claro que la historia de Israel es resultado en gran medida del seguimiento que Dios hace de su pueblo, unas veces propiciando el castigo, las más de ellas concediéndole respiros de liberación. Y si, en plenas dificultades de la guerra, él resuelve pasarse a los romanos, es —nos lo refleja insistentemente— porque cree firmemente

[106] F. TRISOGLIO, «L'intervento divino nelle vicende umane dalla storiografia classica greca a Flavio Giuseppe e ad Eusebio de Cesarea», en HAASE (ed.), *Aufstieg und Niedergang der römischen Welt*, II, 21, 2, en particular sobre Josefo, págs. 978-993.

[107] Ha estudiado este aspecto, muy pormenorizadamente sobre la terminología, P. VILLALBA I VARNEDA, *The historical Method of Flavius Josephus*, Leiden, 1986, págs. 5 ss.

que Dios ha decidido favorecer al gran Imperio dominador. El Dios providente de Josefo no es ni reservado ni traicionero; bien al contrario, nunca deja de comunicar mediante signos las alternativas siempre fundadas de su voluntad [108]. En esto es nuestro personaje un hijo del Libro, pero claramente en versión farisea.

La gran lección que Josefo extrae y comunica es la grandeza de Dios como modelo, el mejor, para el hombre. En el fondo, Josefo es un moralista; y habría ejercido de tal de manera más expresa, si hubiera podido escribir alguna de las obras que tenía en proyecto. El resultado de su quehacer como historiador es lo más lejano de la imparcialidad, porque el providencialismo tal cual lo asume el escritor judío es un sólido cimiento para convertir la estructura mental básica sobre la que se apoya en voluntad divina y, por lo tanto, en incontrovertible certeza. Así, Josefo es a la postre puro dogmatismo, que impregna cuanto escribe, y su pretextado servicio a la verdad histórica, que le lleva al convencimiento de que es imposible hacerlo mejor [109], acaba en imparcialidad imposible [110]. Su principal y más admirado modelo, Tucídides, queda absolutamente traicionado.

[108] *Guerra* VI 310. Sobre los signos en Josefo, P. FORNARO, *Flavio Giuseppe, Tacito e l'Impero*, Turín, 1980, págs. 25 ss., y O. BETZ, «Miracles in the writings of Flavius Josephus», en FELDMAN, HATA (eds.), *Josephus, Judaism and Christianity*, págs. 212-235.

[109] Ver lo que dice en *Antigüedades* XX 262.

[110] Quizá la distinción entre verdad histórica y objetividad a cuenta de Josefo constituya un exceso de sutilidad en HADAS-LEBEL, *Flavius Josèphe*, pág. 247. Me da la impresión de que Josefo no sólo reclama la primera sino que, de haber podido, habría reclamado la segunda. Lo que sí es cierto es que nuestro autor pretexta atenerse a la verdad histórica y ante el crítico moderno se presenta como lo contrario del historiador objetivo.

6. *Método histórico*

Para los contenidos que le interesan, en gran parte muy lejanos de lo que es la tradición helénica, sin perjuicio del providencialismo de raigambre judaica que informa su modo de interpretar la concatenación de los hechos, Josefo emplea una expresión formal típicamente griega, al menos para los dos relatos grandes, los históricos, ya que *Autobiografía* y *Contra Apión* son en ellos mismos escritos carentes de estrictos paralelos en la tradición clásica precedente. Nuestro autor se atiene al modelo historiográfico griego y utiliza un griego de *koiné* muy respetuoso con sus antecedentes áticos. Posiblemente gracias a la ayuda de sus colaboradores de redacción y estilo, la lengua que Josefo maneja es lo bastante rica y ajustada, ornada incluso de reminiscencias y expresiones hechas o sentenciosas, como para que sea legítimo hablar de suficiente calidad formal. No es Josefo de los que se conforman con comunicar lo que se quiere sin preocupación por la forma de hacerlo; como en algún lugar manifiesta, en referencia a la recomposición de acontecimientos remotos y nebulosos, tanto importa acertar con un estilo que haga agradable la narración como atenerse a la verdad de los hechos [111]. Es el afán por que el estilo resulte cuidado y hasta elegante, en la medida de lo posible, lo que llevó a Josefo a utilizar ayudas, pese a que su conocimiento de la lengua helénica hubo de alcanzar cotas de suficiencia y a que sus lecturas llegaron a ser muy vastas [112].

Aunque algunos adornos de su prosa pueden deberse al saber hacer de sus ayudantes de estilo, no sería justo privar a Josefo de cualquier mérito formal. Aunque uno de ellos, por ejemplo el auxiliar convencionalmente llamado «tucidi-

[111] *Antigüedades* XIV 2-3.

[112] Ver lo que dice en *Antigüedades* XX 263.

deo», pueda haber introducido detalles del gran historiador ateniense, es indudable que el propio Josefo conocía lo bastante a Tucídides como para tenerle por modelo. De él es deudor, como otros muchos historiadores helenísticos y romanos, en su afán de concatenar los acontecimientos y fenómenos mediante una compleja explicitación etiológica, así como en el juego de las piezas oratorias intercaladas. Como en Tucídides, los discursos de Josefo son construcciones literarias en las que el historiador construye retórica y dramáticamente una escena, en la que, partiendo de una verosímil proximidad a lo que un personaje concreto pudiera manifestar en una circunstancia determinada, el propio autor expresa sus puntos de vista o lo que le interesa poner en esa boca ajena. Al surco de este modelo, los discursos que salpican los relatos de Josefo son más del autor que de aquellos a quienes quedan atribuidos. La proximidad formal de Josefo a Tucídides es incontrovertible, aunque algunos detalles apuntan ya en nuestro autor más bien hacia historiadores posteriores como Polibio y Dionisio de Halicarnaso. Habría que establecer, de todos modos, una diferenciación entre la *Guerra* y las *Antigüedades*. La primera es la historia de un conflicto directamente conocido y vivido por el autor, como ocurriera con Tucídides y la guerra del Peloponeso; la segunda es una gigante modalidad de la «Arqueología» tucididea. El gran historiador ateniense da la medida de sí mismo sobre todo en lo que escribe con conocimiento directo; Josefo se acerca más al extraordinario modelo de aquél en su escrito basado en información menos mediatizada. Hasta los discursos suenan con calidad diferente en una y otra de las citadas obras del escritor judío; mejor construidos y encajados los de la *Guerra* que los de las *Antigüedades*.

En lo que a vías de información se refiere, las obras de Josefo admiten simple clasificación a pares. La *Guerra* y la

Autobiografía dependen más del conocimiento directo, y *Antigüedades* y *Contra Apión* son sobre todo deudoras de escritos anteriores. Resulta curioso, sin embargo, encontrarse con notables divergencias no entre textos derivados de información indirecta o entre éstos y otros basados en testimonio directo, sino en pasajes de las dos obras fundamentadas en autopsia del autor. Entre *Guerra* y *Autobiografía* hay claras incoincidencias, que a veces van no poco más allá del detalle, en particulares referentes a lo directamente vivido por el personaje. Ello puede indicar, y habrá de las tres cosas, deterioro de la memoria, reconstrucción de los recuerdos o variación interesada. Preciso es tener en cuenta, de todos modos, que para narrar una historia rigurosamente contemporánea e incluso de la que se ha sido protagonista, se necesita con frecuencia de información ajena, que llena vacíos o ayuda a mejorar apreciaciones. Para los acontecimientos de la Palestina en guerra, Josefo dispuso de escritos precedentes y hasta quizá de documentación más o menos oficial. En consecuencia, incluso para la recomposición de lo más inmediatamente vivido hubo de proceder nuestro historiador a un manejo de fuentes.

Las páginas de Flavio Josefo reflejan una heurística muy ambiciosa, sobre todo *Antigüedades* y *Contra Apión*. Es tanto el material ajeno citado que se hace difícil admitir que haya podido utilizarlo sin una cierta proporción de ayuda; y no me estoy refiriendo a secretarios, sino a instrumentos que le aportaran ya algo de elaboración: estudios anteriores o, más especialmente, antologías en mayor o menor medida monográficas. Para cuanto tiene que ver con la antigüedad judía el empleo de estos materiales selectos y organizados parece cosa segura, como también lo es que los autores fenicios que Josefo menciona los conoce a través de Polihístor. En nada se opone esto a la rica erudición del rabino

historiador, que es indiscutible; Josefo leyó mucho, supo mucho y redactó desde un caudal ingente de lecturas, desde las más lejanas a su espíritu hasta las de un autor tan próximo a él en tantos sentidos como Filón de Alejandría [113]. La obra de Josefo es una mina de tradición indirecta, lo mismo de autores explícitamente citados, de quienes a veces se nos dan interesantísimas citas —es el caso, por ejemplo, de Manetón [114]—, que de los muy utilizados, pero sin citarlos, como ocurre con Nicolás de Damasco, fuente principal para los libros de *Antigüedades*, del XIV al XVII, que tratan sobre Herodes y Arquelao [115]. No es preciso decir que fueron los libros bíblicos, sobre todo los del canon judío, los que proporcionan más inagotable fuente de información a Josefo; conocía la Ley muy bien, como buen fariseo, y de ella arranca para la redacción de gran parte de sus páginas. En los bastantes libros de *Antigüedades* dedicados al pasado remoto de Israel, digamos que hasta el XIII, lo que tenemos es básicamente un seguimiento flexible de la documentación

[113] Filón trató sobre Calígula y su política antijudía años antes que Josefo, concretamente en sus *In Flaccum* y *Legatio ad Gaium*, y coincide con nuestro autor en que era providencialista y escribía también para que los gentiles conocieran y respetaran a los judíos; cf. M. STERN, «The Greek and Latin literary Sources», en SAFRAI, STERN (eds.), *The Jewish People in the First Century*, I, págs. 18-19, y E. M. SMALLWOOD, «Philo and Josephus as historians of same events», en FELDMAN, HATA (eds.), *Josephus, Judaism and Christianity*, págs. 114 ss. A pesar de lo que les acerca, las discrepancias entre Filón y Josefo son tales, que no podemos estar siempre ciertos de si se refieren a lo mismo o a cosas distintas. Así ocurre, por ejemplo, con algunos episodios del gobierno de Pilato.

[114] Piénsese en la larga cita de *Contra Apión* I 75-82, que constituye el fr. 42 de los *Aegyptiaca* de MANETÓN. Cf. B. D. REDFORD, *Egypt, Canaan and Israel in ancient Times*, Princeton, 1992, págs. 98 ss.

[115] STERN, «The Greek and Latin literary Sources», en SAFRAI, STERN (eds.), *The Jewish People in the First Century*, I, págs. 21-24.

bíblica. Josefo cita y aprovecha, extracta y amplía, parafrasea y selecciona, respeta y corrige, altera e interpreta [116]. Hace crítica bíblica, en la medida en que cabe, aunque lo cierto es que la crítica más libre la reserva nuestro historiador para la literatura ordinaria, digamos helénica en sentido amplio, y sobre todo para la que es enemistosa con el pueblo judío o la recentísima que a él le deja en lo personal escasamente airoso. En algunos casos ni siquiera critica, sino que desautoriza sin contemplaciones o se emplea a voluntad e interés en el juego de la polémica. El prólogo a la *Guerra* es muy riguroso con los predecesores, a quienes reprocha su desconocimiento y su parcialidad [117]; en *Antigüedades* acusa a los autores de dejarse llevar por varios intereses, pero no por el amor a la verdad [118], y en *Contra Apión* minusvalora, generalizando, la tradición histórica griega [119]. Atribuye, en cambio, valor probatorio a determinado tipo de autoridades y a la documentación oficial romana [120], como la que jalona el libro XIV de *Antigüedades*.

Para valorar sus fuentes y proceder a una crítica histórica que le permita aproximarse a esa verdad que es su meta, acude Josefo a un vario puñado de criterios, unos más explícitos que otros. Prefiere la autopsia a la dependencia; atribuye más autoridad a quien escribe de acontecimientos contemporáneos que al que ensaya reconstrucciones históricas de pueblos y tiempos remotos; sospecha de quienes rezuman fobias; juzga los escritos por el valor de la antropología que

[116] Ver FELDMAN, «Josephus revisited», en HAASE (ed.), *Aufstieg und Niedergang der römischen Welt*, II, 21, 2, págs. 788 ss., y VILLALBA I VARNEDA, *The historical Method of Flavius Josephus*, págs. 268 ss.

[117] *Guerra* I 1-2.

[118] *Antigüedades* I 2-4.

[119] *Contra Apión* I 6.

[120] Véase, por ejemplo, lo que dice en *Antigüedades* XIV 188.

los impregna; aprecia la coherencia y desecha cuanto da pruebas de contradicción o anacronismo; antepone el documento a la opinión y entiende que la verdad religiosa apuntala mejor que el error una determinada presentación de hechos; acepta como salida válida la composición de testimonios o síntesis de distintos, y por último, de una serie de mecanismos críticos susceptible todavía de alargarse más, confiere un gran peso a lo que la teoría moderna de la historia denomina atestación múltiple.

7. *El «Testimonio Flaviano»*

Preciso es decir algo, aunque sea brevemente, sobre una cuestión que ha hecho correr mucha tinta durante siglos y sigue siendo todavía una de las piedras de toque de la crítica aplicada a los textos que nos han llegado a nombre de Josefo. Me refiero al problema que constituye el tradicionalmente denominado *Testimonium Flavianum.* Josefo nació muy pocos años después —tal vez siete, quizá sólo cuatro— del proceso y muerte de Jesús, que tuvieron lugar en su misma ciudad, Jerusalén. Creció, pues, y se inició en el judaísmo activo cuando la memoria del rabí de Nazaret, su predicación y los acontecimientos que tuvieron que ver con su final, estaba todavía intacta y sin duda era objeto de conversación y de juicio. Fue riguroso contemporáneo del nacimiento del cristianismo y en concreto de la comunidad primitiva de Jerusalén. Conoció sin duda a los discípulos del ejecutado, proclamado por muchos como mesías resucitado. Es indudable que Josefo estaba muy interesado por las sectas judías de su tiempo —él mismo habla de búsqueda personal entre ellas—, y no menos cierto es que el cristianismo es en origen un movimiento surgido en el propio judaísmo. Dado que nuestro autor escribe sobre la historia del judaísmo

de su tiempo, incluidas las sectas, podemos preguntarnos si de su cálamo salió algo referente al cristianismo embrionario, sus personalidades y los hechos relacionados. El texto transmitido de las obras de Josefo ahí está, pero sabido es que puede haber mucha distancia entre lo escrito por un autor y lo que al final nos lega la tradición manuscrita. Interesa saber lo que hubo en los originales josefeos que tenga que ver con el cristianismo, si es que hubo algo. En caso afirmativo, importaría saber qué exactamente. Si nada escribió al respecto, se impone la pregunta de por qué guardó silencio.

En el libro XVIII de *Antigüedades*, precisamente el mismo en que dedica largo pasaje a las sectas judías y recoge algunos hechos de Poncio Pilato, tenemos una referencia a Jesús: el *Testimonium Flavianum* en sentido estricto; un pasaje ensalzatorio del nazareno [121]. En el XX está el episodio de Santiago, el tempranamente ejecutado primer responsable de la iglesia de Jerusalén, en el que hay mención marginal de Cristo [122]. Pero esto que encontramos en los códices, ¿se debe al propio Josefo o es interpolación posterior de un piadoso copista cristiano [123]? El problema se complica, cierto que no en exceso, con la pluralidad de alusiones al cristianismo que nos ofrecen las diferentes versiones de la *Hálosis,* como es el caso de la veterorrusa. Este material fuerza a un juego

[121] *Antigüedades* XVIII 63-64.

[122] *Ibid.,* XX 200.

[123] El estado de la cuestión en Z. BARAS, «*Testimonium Flavianum:* the state of recent scholarship», en M. AVI-YONAH, Z. BARAS (eds.), *World History of the Jewish People,* VIII: *Society and Religion in the Second Temple Period,* Jerusalén, 1977, págs. 303 ss. y 378 ss., y del mismo, «The *Testimonium Flavianum* and the martyrdom of James», en FELDMAN, HATA (eds.), *Josephus, Judaism and Christianity,* págs. 338-348. Ver también FELDMAN, «Josephus revisited», en HAASE (ed.), *Aufstieg und Niedergang der römischen Welt,* II, 21, 2, págs. 821-838.

crítico prolijo, aunque lo tardío de los testimonios y la ausencia de paralelos en el texto griego suponen motivos muy fuertes para decantarse hacia la no autenticidad [124]. La cuestión fundamental gira sobre las antedichas referencias transmitidas en el Josefo griego. ¿Son genuinas de nuestro autor —las dos, una sola— o no? La polémica al respecto estalló cuando los críticos del siglo XVI comenzaron a manifestar dudas sobre la autenticidad de los pasajes cristianos de Josefo, creció en el XVII [125] y ha seguido hasta nuestros días. Han sido muchos los autores que han defendido que estamos ante una *pia fraus*, un piadoso fraude de los cristianos. Los más hipercríticos dudan sobre la autenticidad de ambos pasajes; por lo general se descargan más dudas sobre el pasaje de Jesús que sobre el de Santiago.

Salta a la vista el contraste que existe entre uno y otro texto. En el relativo a Santiago se nos dice que «el hermano de Jesús, llamado el Cristo» recibió la muerte junto con otros compañeros. Teóricamente eso puede haber salido de la pluma de un judío. En el otro pasaje leemos que «Jesús fue un hombre sabio, si es que es posible llamarle hombre, porque realizó obras extraordinarias y fue maestro de quienes acogen la verdad con alegría»; sigue el texto en cuestión afirmando que Jesús era el Cristo y aludiendo a su muerte y a que «apareció resucitado, como lo anunciaran los divinos profetas». Esto es ya más fuerte para aceptarlo como original

[124] Véase L. HERRMANN, *Chrestos. Témoignages païens et juifs sur le christianisme du premier siècle*, Bruselas, 1970, págs. 104 ss.

[125] Recientemente hemos visto exhumado un interesante documento al respecto: la carta de un prestigioso judío que, a mediados del siglo XVII, tercia en la polémica a favor de que *Antigüedades* XVIII 63-64, es un pasaje apócrifo. Cf. HADAS-LEBEL, «Une lettre en français de Menasseh Ben Israel. À propos du *Testimonium Flavianum*», *Revue des Études Juives* 149 (1990), 125-128.

de Josefo. De ser original de nuestro autor judío, tendríamos aquí un verdadero *Testimonium Flavianum*, es decir, Flavio Josefo nos habría dejado testimonio explícito de su convencimiento acerca del mesianismo de Jesús. Ni que decir tiene que es altamente improbable que nuestro hombre estuviera en condiciones de emitir tal testimonio [126]. Por eso los autores tienden más a dar por original el pasaje de Santiago, aunque secluyan el inciso «llamado el Cristo», que a admitir el de Jesús, y a lo sumo aceptan de éste la posibilidad de un núcleo original generosamente glosado luego por algún autor o copista cristiano. Hay críticos que van todavía más lejos, por ejemplo quienes rechazan de manera radical por íntegramente espurios los dos textos y quienes ponen en duda también algún otro, cual el pasaje, también de *Antigüedades*, sobre Juan el Bautista [127]. Si al menos en el pasaje de Jesús estamos ante una interpolación, ésta debe de ser antigua, porque la conoció ya Eusebio, que la menciona y recoge [128], y tal vez posterior a Orígenes, crítico de Josefo por no haber reconocido en Jesús al Mesías [129], lo que parece excluir el *Testimonium Flavianum*.

Mas, si reducimos a nada el «testimonio flaviano», ¿no habrá que explicar el silencio de Josefo [130]? Porque desde

[126] Aunque un investigador judío de hoy pueda pensar que al menos expresiones como «hombre sabio» o «hechos maravillosos» son originales e incluso de falsificación improbable: G. VERMES, *Jesus the Jew = Jesús el Judío* [trad. J. M. ÁLVAREZ FLÓREZ, A. PÉREZ], Barcelona, 1977, pág. 85.

[127] *Antigüedades* XVIII 116-119. Es el caso de HERRMANN, *Chrestos*, págs. 99-100.

[128] *Historia Eclesiástica* I 11, 7-8.

[129] *Contra Celso* I 47, y *Sobre Mateo* X 17.

[130] «¿Por qué calla Flavio Josefo?», es uno de los epígrafes del precioso ensayo de W. TRILLING, *Fragen zur Geschichtlichkeit Jesu = Jesús y los problemas de su historicidad* [trad. C. RUIZ GARRIDO], Barcelona, 1968, págs. 62 ss.

luego es muy extraño que un contemporáneo del cristianismo naciente del judaísmo, interesado como sabemos que estaba en las sectas y en los acontecimientos ocurridos en su propia tierra, no diga nada —ni para criticarlo, quien tanto se permite criticar— de ese movimiento que tantas fricciones había provocado y seguía provocando cuando la redacción de *Antigüedades*. Suponer conspiración de silencio o designio personal de callar, ante el delicado problema que está generando la Iglesia naciente en y frente al judaísmo, se antojará a algunos explicación satisfactoria, pero no faltarán quienes entiendan que no parece haber para ello motivación suficiente.

III. Fortuna de Josefo

1. *Estimación*

Pocos de los autores antiguos grecorromanos, que no sean los clásicos privilegiados del verso o de la prosa, han tenido tan extraordinaria suerte como Flavio Josefo. Josefo es, entre los secundarios, uno de los primeros en aprecio y utilización, por no decir que el primero absoluto. Si no hubiera sido por algún período de sospecha en el ámbito católico de la Contrarreforma, que hubo de provocar la pérdida de muchos códices, su tradición manuscrita nos habría legado muchos más ejemplares de sus escritos de los que tenemos. Josefo fue muy leído casi desde el principio entre los paganos y especialmente entre los cristianos; sólo sus correligionarios del israelitismo le ignoraron o despreciaron, sin duda por razones de carácter político y por vehemente sospecha de traición a la causa del pueblo judío. Las tradiciones magisteriales rabínicas que abocaron a la colección talmúdica no tuvieron en Josefo una de sus referencias, y no es, por tanto, a los judíos antiguos a los que debe agradecer nuestro autor judeorromano lo principal de su fortuna. Josefo fue ignorado por su pueblo y canonizado por los cristianos, ha venido a decir un autor moderno [131] con toda razón. El autor de las *Antigüedades de los judíos* y del *Contra Apión*, tratado sobre las remontadas en el tiempo raíces de Israel, escritos que son exponentes del pensamiento tradicional judío, aunque bajo forma grecorromana [132], no ha merecido de los suyos ni la más parcial indulgencia por una de las dos caras de la *Guerra* y sobre todo por el itinerario vital del personaje. Sí se puede decir que han sido los círculos ilustrados del cristianismo los que han hecho posible la integración de Josefo en la cultura occidental durante siglos, con insignificantes soluciones de continuidad. Y no sólo ha influido nuestro autor en los círculos literarios, sino también en los artísticos, porque es evidente que los escritos de Josefo han inspirado no pocos particulares de la plástica cristiana durante siglos [133].

Esa canonización, o cristianización, de Josefo es frecuentemente atribuida a Eusebio de Cesarea. Y es verdad que, con sus numerosas citas y la utilización que de ellas

[131] H. R. Moehring, «Joseph ben Mattia and Flavius Josephus: the Jewish prophet and Roman historian», en W. Haase (ed.), *Aufstieg und Niedergang der römischen Welt*, II, 21, 2, pág. 865.

[132] Sobre Josefo como combinación de la tradición israelita y del realismo tucidideo, aunque en referencia primordial a la *Guerra*, M. Stern, «Josephus and the Roman Empire in *The Jewish War*», en Feldman, Hata (eds.), *Josephus, Judaism and Christianity*, pág. 78. Ver también G. A. Press, *The Development of the Idea of History in Antiquity*, Kingston-Montreal, 1982, pág. 52, sobre la influencia formal de Tucídides y Polibio en los autores judeohelenísticos, entre ellos el Josefo de la *Guerra*.

[133] G. N. Deutsch, «The illustration of Josephus' manuscripts», en Feldman, Hata (eds.), *Josephus, Judaism and Christianity*, pág. 398.

hace el historiador eclesiástico de época constantiniana, Josefo adquiere el título de autoridad indiscutible para cuanto tiene que ver con la historia de la salvación cual la asume la Iglesia primitiva. Sin embargo, escritores cristianos anteriores habían acudido con frecuencia y con reconocimiento de autoridad a las obras de Josefo, por lo que de Eusebio cabe decir que sigue y potencia una tradición que le precede desde bastantes decenios antes, incluso desde el propio siglo I, últimos años, si es que aceptamos una cierta influencia de Josefo, por algunos sugerida, sobre el autor del *Evangelio* de Lucas y de los *Hechos de los Apóstoles*[134]. Schreckenberg, el estudioso que más atención ha prestado al uso de Josefo por los autores cristianos primitivos[135], deja bien claro, partiendo de alusiones y reminiscencias, que nuestro autor fue muy leído por los tratadistas cristianos anteriores al siglo IV, como lo seguiría siendo en dicha centuria y las siguientes. No a todos interesa lo mismo, cual no sería difícil explicar, y así, por ejemplo, Teófilo de Antioquía menciona repetidas veces el *Contra Apión*, e Hipólito de Roma se limita exclusivamente a la *Guerra*, mientras que Orígenes, gran lector de Josefo[136], a lo que más frecuentemente se refiere es a las *Antigüedades*. En los autores de los siglos IV y V ocurre lo mismo. Porfirio cita normalmente la *Guerra*, y San Juan Crisóstomo reparte sus referencias entre *Guerra* y *Antigüedades*, pero lo más frecuente —Eustacio, San Basilio, San Jerónimo, San Agustín y Teodoreto de Ciro— es encontrarse con la utilización del segundo de ambos escritos. Ni que decir tiene que Eusebio de Cesarea constituye caso especial por la magnitud de la presencia josefea en sus escritos, especialmente en *Historia Eclesiástica*, en *Crónica* y en *Preparación evangélica*[137]. Es curioso que Eusebio, que se refiere a *Guerra* y *Antigüedades* con gran frecuencia y en niveles numéricos muy parejos, tenga el *Contra Apión*, una de las obras breves de Josefo, como el escrito más citado; sus referencias son casi tan numerosas como las de las otras dos obras sumadas. Aunque no fue el primero en utilizarlo como fuente, cual ya se dijo, Eusebio convirtió a Josefo en autoridad y fundamento para la identidad histórica cristiana[138]. Hubo pasajes de Josefo que quedarían con el tiempo incorporados a la colección bíblica, cual es el caso de la versión eslava y ocurre también con la tradición siríaca.

Los autores bizantinos siguieron esta misma pauta; entre ellos los de Flavio Josefo fueron escritos respetados y de uso. No sólo aportaba elementos numerosos y válidos sobre el judaísmo y sobre la emblemática caída de Jerusalén, el fin en signo visible de la antigua Ley, sino que representaba además un modo de hacer historia formalmente atenido a la tradición griega, pero también referido a los acontecimientos sagrados del tiempo bíblico y sazonado de la conveniente dosis de providencialismo[139]. Con menos fuerza que en

[134] Desde M. KRENKEL, *Josephus und Lukas*, Leipzig, 1894.

[135] H. SCHRECKENBERG, «Josephus und die christliche Wirkungsgeschichte seines *Bellum Iudaicum*», en HAASE (ed.), *Aufstieg und Niedergang der römischen Welt*, II, 21, 2, págs. 1106-1217; «The Works of Josephus and the early Christian Church», en FELDMAN, HATA (eds.), *Josephus, Judaism and Christianity*, págs. 315-324, y *Die Flavius-Josephus-Tradition*, págs. 68 ss.

[136] W. MIZUGARI, «Origen and Josephus», en FELDMAN, HATA (eds.), *Josephus, Judaism and Christianity*, págs. 315-324.

[137] Las innúmeras citas, en SCHRECKENBERG, *Die Flavius-Josephus-Tradition...*, págs. 79-88.

[138] S. BOWMAN, «Josephus in Byzantium», en FELDMAN, HATA (eds.), *Josephus, Judaism and Christianity*, págs. 363-364.

[139] S. BOWMAN, «Josephus in Byzantium», pág. 377 y, en general, 362-385. Véanse algunas concreciones en A. MOMIGLIANO, «Pagan and christian

Oriente influyó Josefo en los círculos culturales cristianos del alto medievo occidental, pero es evidente que también en esta otra parte se le aprecia y, aunque sea por traducción latina o indirectamente a través de las citas de Eusebio, se le utiliza. Más adelante mencionaremos las iniciativas traductoras de Rufino y de Casiodoro; ahora podemos aludir, junto con el mismo Casiodoro, a San Isidoro de Sevilla y, más todavía, a San Beda el Venerable, deudor muchas veces de las *Antigüedades*.

No hubo cambios notables al respecto de lo que decimos en la Edad Media avanzada, salvo uno, que supone real y destacable novedad: los judíos comienzan a interesarse por su antiguo correligionario. Por lo demás, Josefo siguió gozando en todas partes de bastante popularidad. Proliferaban los manuscritos en Oriente y Occidente. La época de las Cruzadas, de miras puestas en Tierra Santa, tiene a Josefo, y es fácil comprenderlo, como breviario y guía, pues no en balde aportaba información nutrida sobre Palestina [140]. Y la importancia de nuestro autor como informador y modelo para la historiografía medieval es incontestable [141]. En concreto, la *General Estoria* de Alfonso X el Sabio hace gran empleo de Josefo [142]. Álvaro de Córdoba conocía y manejaba las versiones latina y hebrea, a saber, el Pseudo-Hegesipo y

historiography in the Fourth Century A. D.», *Essays in ancient and Modern Historiography,* Middletown, 1977, pág. 116.

[140] L. H. FELDMAN, «Flavius Josephus revisited. The Man, his Writings, and his Significance», en HAASE (ed.), *Aufstieg und Niedergang der römischen Welt,* II, 21, 2, pág. 771.

[141] B. SMALLEY, «Sallust in the Middle Ages», en R. R. BOLGAR (ed.), *Classical Influences on European Culture, A. D. 500-1500,* Cambridge, 1971, págs. 165 y 170.

[142] Al respecto, L. GIL, *Panorama social del humanismo español (1500-1800),* Madrid, 1981, pág. 188.

el *Josippon,* de que se hablará en el siguiente apartado. Cuando más adelante estalla el espíritu humanístico del Renacimiento, Josefo es uno de los autores privilegiados. No sólo se le sigue copiando, pues existen manuscritos de sus obras fechados en el siglo XV, en el XVI y aún más tarde, sino que se le edita, se le lee, se le estudia y se le aprovecha en función de los intereses del momento. Es un autor clásico, es un autor asumido por la tradición cristiana, hace historia providencialista, aporta datos numerosos sobre el viejo Israel y trae, aunque se trate de interpolaciones y glosas, testimonios de interés sobre los orígenes de la Iglesia. Se le valora, en consecuencia. Josefo se encuentra, y no puede extrañar, entre los autores estimados por Chaucer [143], entre los conocidos por Ciriaco Anconitano [144], entre los que han aportado elementos a Dante [145].

Con la escisión que provoca la Reforma, nuestro autor pasa a ser muy pronto y provisionalmente víctima. Martín Lutero conocía muy bien los escritos de Josefo y son no pocas las referencias a ellos que tenemos en los textos del reformador [146]. Esta y similares circunstancias, la vuelta a la vieja costumbre de incluir a Josefo en la Biblia y las sospechas consecuentes a los criptojudaísmos, reales o fantasmas, de algunos países puede explicar que el autor judeorromano pasara a engrosar, todo él o al menos parte, el número de los prohibidos. Desde luego, la *Ratio Studiorum* de los jesuitas, en sus diversos estadios de composición, y los documentos

[143] E. R. CURTIUS, *Literatura europea y Edad Media Latina,* I, Méjico, reimpr. 1981, pág. 370.

[144] J. COLIN, *Cyriaque d'Ancône, le voyageur, le marchand, l'humaniste,* París, 1981, pág. 462.

[145] CURTIUS, *Literatura europea...,* II, pág. 522.

[146] Ver B. HALPERN-AMARU, «Martin Luther and Flavius Josephus», en FELDMAN, HATA (eds.), *Josephus, Judaism and Christianity,* págs. 411-426.

relacionados prescindieron de indicar el estudio del Josefo griego o latino, con lo que ello tiene de significativo. Y más evidencia aporta la expresa prohibición de las traducciones de *Antigüedades* en índices flamencos y españoles del siglo XVI [147]. Tal vez esta actitud de reserva contrarreformista hiciera algo de mella en la transmisión, la edición y la utilización de Josefo en el ámbito católico, pero no pudo con él; sus escritos siguieron circulando, aunque es verdad que con menos dificultades en los países que habían roto con Roma y en los que no tenían problemas de judaísmo clandestino. De todos modos, no llegó a ser autor del todo maldito. El helenista del s. XVI Pedro Simón Abril no olvida a Josefo en la relación de historiadores antiguos que se podían manejar en la enseñanza del griego [148], y lo mismo ocurrirá con el dieciochesco Casimiro Flórez Canseco [149]. El hecho es que la popularidad de Josefo se mantuvo relativamente intacta [150]. Así, por traer algunos ejemplos, influyó en los escritores españoles clásicos, siguiendo larga tradición desde la literatura bajomedieval [151]; la producción de nuestro autor continuó interesando, a la altura de la de los grandes

[147] GIL, *Panorama social del humanismo español...*, págs. 508 y 533.

[148] J. LÓPEZ RUEDA, *Helenistas españoles del siglo XVI*, Madrid, 1973, pág. 247.

[149] C. HERNANDO, *Helenismo e Ilustración (El griego en el siglo XVIII español)*, Madrid, 1975, pág. 108.

[150] Sobre el aprecio de Josefo, dentro del concierto de la antigua historiografía griega y latina, en esta época, véase P. BURKE, «A survey of the popularity of ancient historians (1450-1700)», *History and Theory* 5 (1966), 135-152.

[151] Y. MALKIEL dio a conocer el estudio póstumo e inacabado de la gran hispanista M.ª Rosa Lida, «El libro infinido de M. R. L.[ida] de M[alkiel]: Josefo y su influencia en la literatura española», *Filología* 13 (1968-1969), 205-226.

historiadores griegos paganos [152]; el humanista lovaniense Petrus Philicinus se inspiró en Josefo tanto como en el relato bíblico para su *Dialogus de Isaaci inmolatione* [153] y lo mismo podemos decir, para algo después, del *Die sieben Brüder* de Andreas Gryphius [154]. Posteriormente, mucho más cerca ya de nosotros, los pioneros de la exploración palestinense y de la arqueología bíblica contaron con Josefo como una de sus más preciadas fuentes de información [155]. Los manuscritos del siglo XVI y posteriores —que se siguieron haciendo, ya en papel—, las ediciones, las traducciones y las referencias de los estudiosos aportan las más claras evidencias de que Josefo no acabó desapercibido, sino que continuó siendo uno de los autores que suscitaban interés. Algo de ello reaparecerá en apartados posteriores de estas mismas páginas introductorias.

2. *Versiones*

Sin duda como consecuencia de su popularidad, así como por las dificultades de acceso que muchos tenían al texto griego, los escritos de Josefo conocieron versiones antiguas o medievales a distintas lenguas. Obviamente, estas viejas versiones cuentan con su propio itinerario de transmisión. Así pues, la difusión de los escritos de Josefo tiene lugar básicamente mediante el texto griego y a través luego de

[152] A. MOMIGLIANO, «The place of ancient historiography in modern historiography», *Les études classiques aux XIXe. et XXe. siècles: leur place dans l'histoire des idées*, Vandoeuvres-Ginebra, 1980, pág. 128.

[153] J. A. PARENTE, *Religious Drama and the Humanist Tradition. Christian Theater in Germany and the Netherlands, 1500-1680*, Leiden-Nueva York-Copenhague-Colonia, 1987, pág. 68.

[154] PARENTE, *Religious Drama...*, págs. 170-171.

[155] J. BEN-ARIEH, *The Rediscovery of the Holy Land in the Nineteenth Century*, 2.ª ed., Jerusalén, 1983, pág. 12.

cierto número de versiones parciales a otras lenguas. Hubo, sin embargo, al menos para la *Guerra de los judíos*, una versión aramaica original de la que no ha quedado más rastro que la noticia que el propio autor nos proporciona[156], diciendo que la destinó a consumo de los «bárbaros del interior». Quería referirse, sin duda, a los judíos —y a lo mejor también no judíos— de la parte oriental asiática del Imperio romano. La versión al griego, que no era a lo que parece literal, sino adecuada a un diferente tipo de público, tenía por destinatarios a los eventuales lectores helenófonos y a los círculos cultos, conocedores del griego, del área latina del Imperio. Josefo manejaba, con ciertas limitaciones, el griego y, aunque con ayuda hizo traducción de sus escritos al griego de *koiné* para darles la difusión conveniente, no pudo sino partir de una originaria redacción en arameo, su lengua materna y de uso. El texto griego acabó siendo el, digamos, oficial y de él se harían las posteriores versiones, antiguas o medievales, a otras lenguas, indoeuropeas o semíticas. Esto, que es seguro para la *Guerra*, puede aplicarse también a la otra gran obra, las *Antigüedades*, escrito a cuyo respecto es más indiscutible que utilizó ayudas para redactar en griego que el hecho de que hubiera primitiva redacción, o incluso primitivo borrador, en arameo.

Importante papel representó la versión latina, libérrima y desde luego cristianizadora del original, realizada en el siglo IV por un autor que se decía ser Hegesipo[157]. Esta

[156] *Guerra* I 1, 3. Véase RAJAK, *Josephus*, cap. VII, titulado «Josephus as an Aramaic Writer».

[157] Podría ser que el nombre de Hegesipo para este adaptador del siglo IV avanzado —por lo demás, el de Hegesipo es nombre conocido de un historiador cristiano del siglo II— haya salido de una interpretación falsa del título del propio texto latino: *E Josippi historia*. Cf. SCHRECKENBERG, *Die Flavius-Josephus-Tradition*, pág. 58.

traslación de Josefo al latín, en cinco libros, es tan escasamente fiel al original, que más bien resulta una redacción nueva con Josefo como fuente[158]. Al menos contribuyó al conocimiento y la aproximación a nuestro autor en el Occidente tardorromano. Se ha señalado una relativa diversidad de interés entre lo que escribió Josefo y lo que tradujo, un tanto a su aire, el pretendido Hegesipo; incoincidencia de motivos que explica las infidelidades de la versión: mientras que la intención de Josefo es básicamente política, la de Hegesipo es religiosa[159]. Si Eusebio de Cesarea ha cristianizado a Josefo, al citarlo, para los lectores de la *pars* oriental, Hegesipo lo ha hecho al traducirlo para los de Occidente. Entre fines del siglo IV y comienzos del V se hizo la traducción al latín de la *Guerra* atribuida a Rufino de Aquilea. El traslado no es siempre fiel ni el original griego utilizado bueno, pero al menos el latín de su autor es de calidad suficiente. Otra versión latina de Josefo, complementaria de la anterior, es la del círculo de Casiodoro, ministro de Teodorico, realizada en la primera mitad del siglo VI en la Italia ostrogoda[160]. Comprende las *Antigüedades*, con el apéndice de la *Autobiografía*, y el *Contra Apión*, pero no la *Guerra*. Estos textos latinos complementarios fueron los que tan populares se hicieron en la Edad Media de la Europa latina, conforme quedó ya sugerido en el apartado anterior. Son varios los manuscritos del Josefo latino[161] y contamos con ediciones desde 1470. Existe otra versión latina de los

[158] A. A. BELL, «Josephus and Pseudo-Hegesippus», en FELDMAN, HATA (eds.), *Josephus, Judaism and Christianity*, págs. 349 ss.

[159] Ver FELDMAN, «Flavius Josephus revisited», en HAASE (ed.), *Aufstieg und Niedergang der römischen Welt*, II, 21, 2, pág. 770.

[160] Editada por C. BOYSEN en el *Corpus Vindobonense*, 37, Viena, 1898.

[161] Véase SCHRECKENBERG, *Die Flavius-Josephus-Tradition*, págs. 59-61 y 15 ss.

escritos de nuestro autor, pero es un tanto atípica, en cuanto que reciente y cultista: me refiero a la que realizara el dieciochesco inglés J. Hudson[162]. Algunos autores han propuesto y ensayado la utilización de las viejas versiones latinas como apoyos para el establecimiento del texto griego, lo que en principio es teóricamente aceptable y en la práctica de difícil aplicación y magros resultados. La versión del siglo VI es de escasa calidad y literalidad notable; lo primero es de lamentar, lo segundo le confiere un cierto carácter de testigo para el texto helénico. Se puede echar mano, por ello, del texto latino casiodoriano, y de hecho así lo hacen los editores para elegir entre variantes, hacer alguna que otra enmienda y, sobre todo, para rellenar laguna de la tradición griega donde la hay, cual es el caso de *Contra Apión* II 52-113. El valor del texto latino casiodoriano del *Contra Apión* queda realzado por la circunstancia de que para este escrito no tenemos sino prácticamente un único testigo griego, como se verá en el apartado siguiente.

Otra versión destacable es la medieval a una modalidad de eslavo que podríamos denominar ruso antiguo. Es de difícil datación, por lo que algunos autores la sitúan en los siglos X-XI y otros prefieren retrasarla hasta los siglos XII-XIII. Habría sido de más interés del que tiene, si hubiera cabido al traductor la fortuna de contar con un texto helénico de calidad, que no fue el caso. Un aspecto que preocupa a los investigadores es si los pasajes de la versión eslava que no aparecen ni en los códices griegos ni en los latinos son antiguos o interpolaciones absolutamente ajenas a los originales y a los primeros siglos de su tradición. Desde luego es rechazable la idea de que en la versión veterorrusa tenemos la huella del perdido texto arameo original. Las divergencias

[162] Oxford, 1720, y Amsterdam, 1726.

más sobresalientes con respecto a la tradición griega no lo prueban, sino que nos llevan a la delicada cuestión de las manipulaciones a que estuvo expuesto el Josefo original; por el contrario, no pocos detalles apuntan a un manuscrito griego como base. Es fundamental la aportación que de este texto hizo Istrin hace una sesentena de años[163]. Contamos con una edición válida de esta curiosa versión[164] y, lo que en principio podría resultar más útil al no versado, con traducción ajustada y asequible[165].

No faltaron las versiones semíticas, al margen de la aramaica original a que nos hemos ya referido. Conservamos trazas de dos: una siríaca y otra árabe. Aunque pudo haber traducción completa de la *Guerra* al siríaco, conservamos sólo el libro VI de este escrito[166], que quedó incorporado como Libro V de los *Macabeos* en la Biblia vulgata siríaca. Algunos han pensado, como lo hizo su citado editor, que esta versión siríaca pudo derivar de la primitiva redacción aramea, pero hoy los especialistas no lo creen probable, pues todo apunta a que parte, como la generalidad de las otras versiones, de un manuscrito griego, aunque recoja significativos elementos ausentes en la tradición helénica conservada. En versión árabe tenemos el llamado *Testimonium Flavianum*[167], con lo que ello tiene de interés por el problema y la polémica que rodea a este controvertido

[163] V. ISTRIN, *La prise de Jerusalem de Josèphe le Juif. Texte vieux-russe*, I-II, París, 1934-1938.

[164] De N. A. MESCERSKIJ, San Petersburgo, 1958.

[165] La de N. RADOVICH, «Il testo russo antico della *Guerra Giudaica*», apéndice de la ed. de G. VITUCCI, Vicenza, 1974, II, págs. 619-676.

[166] Edición de H. KOTTEK, Berlín, 1886.

[167] S. PINÉS, *An Arabic Version of the «Testimonium Flavianum» and its Implications*, Jerusalén, 1971.

pasaje, si bien es de lamentar la cortedad del Josefo arábigo llegado a nosotros.

Ha tenido también nuestro autor su versión al hebreo medieval, concretamente de la *Guerra*; el escrito titulado *Josippon*[168]. Es ello exponente del interés de los judíos medievales por su antiguo correligionario, tan en contraste con el silencio del israelitismo al respecto de quien no podía ser tenido sino como traidor. Esta versión hebrea no es tanto una traducción cuanto un seguimiento, entre la síntesis y la paráfrasis, del relato de Josefo. Se debe a un autor judío del sur de Italia y del siglo x. El escrito es concretamente del año 953. El *Josippon* ha tenido su propia tradición y fortuna[169]. Tuvo temprana traducción al árabe y ha sido vertido también al latín, al ladino, al jidisch, al alemán, al inglés y a algunas lenguas eslavas. No poco de su popularidad, notable en época humanística, radica en que se pensaba que respondía la redacción a la letra del propio Josefo, siendo así que nuestro autor no es sino inspirador y fuente.

3. *Transmisión*

Dada la popularidad de Josefo entre los autores cristianos primitivos, de la que tan numerosas pruebas tenemos en riquísima tradición indirecta, estamos en condiciones de afirmar que circularon numerosísimas copias de sus obras a lo largo y ancho del Imperio romano, sobre todo de Oriente. No han sido, sin embargo, muy afortunados los escritos de nuestro autor en lo que se refiere a documentación papirológica. El único papiro significativo de Josefo es el *Vindobonense* 29810, de finales del siglo III d. C., que contiene fragmentos de *Guerra* II 576-579 y 582-584[170]. La tradición directa de Josefo es medieval. Conservamos cerca de un centenar y cuarto de manuscritos, ninguno de ellos con los escritos completos, lo que indica una indiscutible tendencia, ya desde antiguo, a la circulación independiente de cada obra. Es más, los libros I-X de *Antigüedades* tuvieron vida propia en la transmisión, de modo que existen numerosos manuscritos integrados por sólo esa parte, al tiempo que el resto de la obra desde el libro XI, más la *Autobiografía*, aparece independientemente en pluralidad de códices. Verdad es que no faltan los manuscritos que tienen las *Antigüedades* completas y aun los que además suman a esta obra el texto de la *Guerra*, pero podemos de todos modos afirmar, cual ya estableciera hace veinte años Schreckenberg, la transmisión independiente de la *Guerra*, las dos partes de las *Antigüedades* y el *Contra Apión*, mientras que la *Autobiografía* ha tenido tradición conjunta con el segundo segmento de *Antigüedades*.

La transmisión del Josefo griego, pues, se ha efectuado en cuatro bloques, aunque luego algunos manuscritos hayan hecho adición de dos o incluso tres de los bloques; nunca de los cuatro. Esos cuatro bloques básicos nos permiten distinguir sendos grupos de códices puros, más los correspondientes mixtos. Los grupos son: 1. Los manuscritos que contienen la *Guerra de los judíos;* 2. Los manuscritos en los que sólo está la primera parte de *Antigüedades*, a saber, los libros I-X; 3. Los códices que traen la segunda parte de *Antigüedades*, libros XI-XX, y la *Autobiografía*; y 4. La tradición manuscrita

[168] D. FLUSSER, «*Josippon*, a medieval Hebrew version of Josephus», en FELDMAN, HATA (eds.), *Josephus, Judaism and Christianity*, págs. 386 ss.

[169] Ver D. FLUSSER, *The Josippon (Josephus Gorionides)*, ed. comentada, I-II, Jerusalén, 1978-1980. La obra de Flusser utiliza el hebreo.

[170] Véase SCHRECKENBERG, *Die Flavius-Josephus-Tradition*, páginas 54-55.

de *Contra Apión*. Como se comprende fácilmente, la tradición epitomística, en principio menos interesante para nosotros, es independiente. La suma de bloques en manuscritos únicos está testimoniada en ejemplares de antigüedad diversa: así, tenemos códices de la modalidad 1+2 desde el siglo XIII; del tipo 2+3 desde el siglo XIII-XIV; de la modalidad 1+3 desde el siglo XI-XII; y de la modalidad 1+2+3 desde el siglo XIV. Las composiciones de bloques en códices unitarios resultan, pues, ser intentos en principio anteriores a la filología renacentista.

Los manuscritos griegos de Josefo más importantes, bien sea por su antigüedad, bien sea por su calidad, bien sea por lo que contienen o por contar con colaciones completas utilizadas en las ediciones críticas que existen, son los siguientes[171]: el *Lipsiensis gr.* 16 [361], de los siglos IX-X, de la modalidad 2; el *Vaticanus gr.* 148 (V y B), de los siglos X-XI, con los bloques 1 y 3; el *Vaticanus gr.* 147 (V)[172], de los siglos XIII-XIV, tipo 2+3; el *Lipsiensis gr.* 37 [783], de los siglos X-XI y del tipo 4; el *Palatinus gr.* 284 (R), del siglo XI y del tipo 1; el *Oxoniensis Novi Collegii* 44 (NC), del siglo XI, de la modalidad 3; el *Urbinas gr.* 84 (C), del siglo XI, tipo 1; el *Parisinus gr.* 1429, del siglo XI y del tipo 1; el *Parisinus gr.* 1425 (P), de los siglos X-XI y de la modalidad 1; el *Parisinus gr.* 1419 (P), del siglo XI, tipo 2; el *Parisinus gr.* 1421 (R), del siglo XIV y del tipo 3; el *Chentalhamensis* 6459 (T), de los siglos XI-XII y del tipo 1+3; el *Vindobonensis hist. gr.* 20 (S), del siglo XI, de la modalidad 2; el *Ambrosianus* 234 (A), del siglo XI y del tipo 1+2; el *Ambrosianus* 370 (A), del siglo XI y del tipo 3; el *Laurentianus* 69, 22 (L), siglo XI y modalidad 4, del que deriva el resto de la tradición manuscrita del *Contra Apión*, por lo tanto, testigo único; el *Laurentianus* 69, 19 (L)[173], del siglo XII y de la modalidad 1; el *Marcianus* 383 (M y B), siglo XII y modalidad 1+3, y *Bodleianus* 186 (O), del siglo XV y del tipo 2+3. Los manuscritos de la modalidad 1, aquellos que recogen el texto de la *Guerra*, admiten asignación a dos grupos, a saber, uno, el mejor, formado por A, P, L y M, y otro al que pertenecen R, V y C, aunque M, L y C evidencian conatos de contaminación. Para *Antigüedades*, la mejor tradición es la representada por R y O. Sin embargo, para la *Autobiografía* que sigue de apéndice Niese prefirió seguir la pauta de P, que es el manuscrito más antiguo. Sobre todos estos códices citados, salvo aquellos que no llevan su correspondiente sigla, han establecido principalmente los editores los textos críticos desde Niese, de forma más o menos ecléctica.

[171] Véanse datos más completos en SCHRECKENBERG, *Die Flavius-Josephus-Tradition*, págs. 10-51.

[172] De los dos *Vaticani*, el primero lleva sigla V para *Guerra* y el segundo la misma sigla para *Antigüedades*. Para la parte de este último escrito del *Vaticanus gr.* 148 se utiliza la sigla B.

En España tenemos tres manuscritos de Josefo, dos en El Escorial, descritos por G. de Andrés en su catálogo, y uno en la biblioteca del Pilar de Zaragoza. Se trata del *Escurialensis gr.* 307, muy tardío (siglo XVI), del *Escurialensis gr.* 462, del siglo XII, y del *Caesaraugustanus*[174] 253; el primero y el tercero pertenecientes al grupo mixto 2+3, y el segundo que conserva parte correspondiente al bloque 2. El *Escurialensis gr.* 307 contiene las *Antigüedades* completas más la

[173] Ambos *Ambrosiani* y los dos *Laurentiani* llevan la misma sigla, respectivamente A y L, porque se utilizan para ediciones distintas; unos para la *Guerra*, otros para ambas partes de *Antigüedades* y otro para el *Contra Apión*. Aplíquese similar razón al hecho de que dos *Parisini* lleven sigla P y otro *Parisinus* comparta sigla R con un *Palatinus*.

[174] Podemos denominarlo así, entiendo, aunque SCHRECKENBERG, *Die Flavius-Josephus-Tradition*, págs. 41-42, lo registra como «*Saragossa Nr. 253*».

Autobiografía, mientras que en el *Escurialensis gr.* 462 sólo tenemos I 237-241 de *Antigüedades*. El *Caesaraugustanus* 253 incluye los veinte libros de *Antigüedades*. Ninguno de los tres aporta cosa significativa a los escritos de Josefo en lo que se refiere al establecimiento del texto.

4. *Ediciones*

El texto de Flavio Josefo, que ha sido muy publicado durante siglos[175], conoció la imprenta desde prácticamente su invención por Guttenberg, como consecuencia natural de la gran popularidad que el autor judío tuvo siempre, sin que fuera excepción el período del primer humanismo. Si el impresor maguncíano murió en 1468, existen ediciones de Josefo, al principio el latino, desde 1470. Significación especial tienen la de A. Arlenius y S. Gelenius editada por el impresor Jerónimo Frobenius en Basilea, en 1544, por ser la primera del texto griego[176], y la de la *Guerra* con comentarios del Rabbí Aben Esra, aparecida en Basilea, en 1559. Inglaterra daría mucho después la edición de Oxford, con anotaciones y nueva traducción latina de J. Hudson, publicada en 1720; Holanda la de S. Havercamp también con el texto latino de Hudson, Amsterdam, 1726, y Alemania la de Fr. Oberthür, salida en Leipzig, entre 1782 y 1785.

Interesa ahora sobre todo a esta Introducción, cual es fácilmente comprensible, dar breve noticia de las más importantes ediciones del texto griego que responden a las exigencias de la moderna crítica textual y que por tanto vienen a ser mejor o peor logrados instrumentos de solvencia para el trabajo del estudioso filólogo o historiador. Un

[175] Selecciono en este apartado sólo las ediciones que me parecen más importantes.

[176] Reeditada en Francfort, 1617.

verdadero hito no superado todavía lo constituye la gran edición de B. Niese, que abarca todas las obras de Josefo en siete volúmenes y que se publicó en Berlín entre 1885 y 1895. Se abre el trabajo de Niese con ajustada, e importante para la época, introducción estrictamente filológica. El texto tira a conservador y el aparato crítico es de gran riqueza. Lo único que cabría lamentar de la edición de Niese es su escasa disposición a un eclecticismo que pudiera aglutinar, en beneficio de una más adecuada reconstrucción crítica del arquetipo, las *variae lectiones* sugerentes que aportan las diferentes familias de códices; en ello era el filólogo alemán deudor al modo de hacer establecimiento de texto imperante en la época: seguir básicamente un manuscrito habido por mejor, o una familia de manuscritos con exclusión de las variantes de las otras. No fue ésta la única edición de las obras de Josefo que nos dejó Niese. Frente a la anterior, conocida como *maior*, dejó una *editio minor* de casi simultánea preparación y publicación, ya que salió de imprenta, también en Berlín, entre 1888 y 1895. Distribuye las obras del historiador judío en seis volúmenes, y su texto es algo menos conservador que el de la gran edición anterior.

Otras ediciones completas, una alemana y otra inglesa, son las de S. A. Naber y H. St. J. Thackeray y continuadores, esta segunda integrada en la Loeb Classical Library. El Josefo completo de Naber, seis volúmenes, fue saliendo en Leipzig entre 1888 y 1896. La composición es, por lo tanto, a un tiempo simultánea y ligeramente posterior a la *maior* de Niese. Su contraste con ella es, sin embargo, grande; el texto es indudablemente peor, en exceso conjetural, y el aparato crítico, no dispuesto a pie de página como es usual, sino al comienzo de cada tomo, es escasamente de fiar. La edición inglesa de la Loeb, dependiente de la colación y del texto de Niese, aunque en ocasiones ensaya el eclecticismo

mediante la opción de otras variantes, consta de diecinueve volúmenes que han ido apareciendo en Londres y Cambridge (Massachusetts) entre 1926 y 1965. La apoyatura crítica es muy somera y lleva traducción y notas, como es norma de la colección en que se insiere. Thackeray preparó el *Contra Apión*, la *Autobiografía*, la *Guerra de los judíos* y los ocho primeros libros de las *Antigüedades*. Continuó la tarea R. Marcus, responsable de *Antigüedades* IX a XVII aunque los libros XV, XVI y XVII requirieron complementación y edición de A. Wikgren debido a que Marcus no los dejó terminados. Ha completado la obra, que se cierra con ricos índices finales que abarcan a todo Josefo, L. H. Feldman, editor, traductor y anotador del final de *Antigüedades*, a saber, libros XVIII a XX.

No faltan las ediciones parciales de Josefo. No ha tenido nuestro autor particular fortuna en la Colección de las Universidades de Francia. Lo que de él se ha publicado en la serie de la Fundación Budé es bastante menos de la mitad, tal vez ni siquiera una tercera parte. La primera entrega fue el *Contra Apión*, editado y anotado por Th. Reinach en 1930, y no hubo nueva aportación hasta 1959, año en que el jesuita A. Pelletier publicó el volumen correspondiente a la *Autobiografía*. El mismo autor ha acometido la edición de la *Guerra*, de la que contamos en la fecha con tres volúmenes, el primero publicado en 1975, por descontado en París, correspondiente al libro I, el segundo, aparecido en 1980 e integrado por los libros II y III, y el tercero, de 1984, con los libros IV y V. El método de esta edición es el ecléctico en lo que respecta a establecimiento del texto, aunque es clara la dependencia de la colación de Niese. Otras ediciones parciales dignas de que se las tenga en cuenta son las de la *Guerra* preparadas por O. Michel y O. Bauernfeind, Munich, 1959-1969, y por G. Vitucci, Vicenza, 1974.

5. *Traducciones*

Uno de los apartados anteriores recoge breve referencia a las antiguas versiones de los escritos de Josefo, es decir, a las traducciones que se hicieron a otras lenguas en la Antigüedad o en el Medievo. Aquí nos vamos a referir a las versiones a lenguas modernas, por lo tanto a las realizadas desde el Renacimiento hasta nuestros días. No ha tenido en esto nuestro historiador, y es comprensible, la suerte de los grandes clásicos, vertidos una y otra vez sobre todo en tiempos más cercanos a nosotros, pero tampoco cabe en el apartado de los autores escasamente traducidos. Tantas son las viejas traducciones de nuestro autor y a tantas lenguas, que no puedo sino sólo hacer referencia a las más importantes. Ha sido mejor, sin embargo, su fortuna en centurias pasadas que en la presente. Preciso es tener en cuenta el gran aprecio que la Europa culta del humanismo y del neoclasicismo tuvo de Josefo y el sólo regular atractivo formal, literario, de su obra, tan distante de lo que a los filólogos traductores proporciona hoy gratificación y supone irresistible reto.

Francia, que tiene traducciones de Josefo desde la parisina de autor discutido de 1492 y la anónima de 1516, cuenta con una antigua y clásica versión completa, dada a estampa en París por A. d'Andilly en 1667, muy reeditada y que sigue todavía al alcance en las librerías de los países francófonos en la adaptación al francés moderno que de ella hiciera J. A. C. Buchon. Esta actualización del texto de D'Andilly apareció en París, 1968, con un ajustado prefacio de V. Nikiprowetzky [177]. Existe otra versión casi completa [178] de Josefo en lengua francesa, la de Th. Reinach y colaboradores publicada en París, entre 1900 y 1932, en siete volúmenes. No se trata

[177] Asequible hoy la impresión de Éditions Lidis, París, 1973.

[178] Falta en ella la *Autobiografía*.

sólo de una traducción, de autores solventes por lo demás, sino de un trabajo filológico de altura, bien manifestado por el interés y riqueza de los paralelos talmúdicos que se aducen. No se utilizó, sin embargo, este esfuerzo coordinado por Reinach para la Colección de las Universidades de Francia, si prescindimos de que la edición de Josefo comienza con texto del *Contra Apión* establecido por dicho autor y que le acompaña la traducción de L. Blum correspondiente a la magna obra auspiciada por la Société des Études Juives. No siguió la Colección Budé el camino emprendido, pues se desentendió inmediatamente de la empresa de Reinach, quizás como consecuencia del fallecimiento de éste cuando el primero de los volúmenes estaba en fase de corrección de pruebas. La continuación de Josefo en esta serie Budé, *Autobiografía* primero, lo publicado de la *Guerra* después, se debe a A. Pelletier, el mismo filólogo responsable del establecimiento del texto. De la *Guerra* existe nueva traducción directa al francés debida a P. Savinel y publicada en París en 1977.

La versión más antigua de Josefo al inglés es la de T. Lodge, publicada en Londres, en 1602, pero la clásica por antonomasia a la lengua inglesa es la de W. Whiston, aparecida en Londres en 1737, muy reimpresa desde entonces hasta nuestros días. Su interés radica en haber sido durante mucho tiempo la única traducción existente a la lengua de Shakespeare y en la fluidez y ajuste de su estilo, aunque adolece luego de inconvenientes derivados de la insuficiencia del texto original manejado [179] y de las frecuentes libertades que se fue permitiendo el traductor. Desde 1889-1890 se reimprime con la revisión de R. A. Shilleto. De la *Guerra de los Judíos* existen una traducción decimonónica, notable,

[179] La edición de S. HAVERCAMP, de 1726.

debida a R. Traill [180]; una versión de nuestros días, realizada por G. A. Williamson y publicada en Baltimore, en 1959, más recientemente reeditada en 1981, con introducción, anotaciones y apéndices de M. E. Smallwood, y otra más reciente de G. Cornfeld, que salió en Grand Rapids, 1982, con apoyaturas histórico-arqueológicas de buenos especialistas judíos. Especial atención merece, obviamente, la traducción completa que acompaña la edición de la Loeb Classical Library, de la que son responsables Thackeray, Marcus, Wikgren y Feldman, filólogos mencionados ya en el anterior apartado. Ha constituido esta versión la más importante referencia al texto de Josefo durante este siglo, por su solvencia y su accesibilidad, hasta el punto de que incluso algún que otro traductor parcial denota en su trabajo haberla seguido tal vez demasiado de cerca.

La lengua alemana, en la que hay versiones de Josefo desde 1531, tiene su traducción clásica en la completa de H. Clementz, que fue apareciendo entre 1899 y 1900. Se publicó primero *Antigüedades*, en dos volúmenes impresos en Halle en el primero de los años mencionados. Al siguiente, cierre de siglo, y en la misma ciudad se editaron sendos volúmenes de la *Guerra* y de los escritos menores. Esta versión ha sido posteriormente reimpresa [181]. Nueva traducción germana de la *Guerra*, muy reimpresa, es la de H. Endrös, que salió en Munich en 1965-1966. En italiano, lengua que inició la traslación de Josefo con la de Venecia de 1532, tenemos dos traducciones de la *Guerra*, la que sacó G. Ricciotti con comentario y en cuatro volúmenes, impresos en Turín entre

[180] No la conozco publicada, pero la maneja y cita H. St. J. TACKERAY en su edición.

[181] En Colonia: 1959, para las *Antigüedades* y la *Guerra;* 1960, para la *Autobiografía* y *Contra Apión*. Este último volumen se cierra con *Ueber die Makkabäer*.

1937 y 1963, y la de G. Vitucci publicada en Vicenza, en 1974, y más recientemente reimpresa [182], así como una del *Contra Apión*, de L. Troiani, publicada en Pisa, en 1977, cerrando el estudio y comentario realizado por el autor. La lengua portuguesa tiene traducciones antiguas, cual la de Jozé Roberto Monteiro de *Antigüedades*, Lisboa, 1783, y otras recientemente publicadas, como las de R. dos Santos para la *Autobiografía* y el *Contra Apión*, impresas con comentario y anotaciones en Belo Horizonte, en 1981 y 1982, respectivamente.

Merecen siquiera sea brevísima referencia otras tres traducciones a lenguas modernas un tanto atípicas: el griego tardobizantino, el japonés y el hebreo. La traducción al griego vulgar del siglo XVI la hizo el eclesiástico cretense M. Chartophylax y se nos ha transmitido no impresa sino manuscrita [183]. Son los traductores a la lengua nipona actual H. Shinmi y G. Hata, el segundo de ellos reputado josefólogo; la versión se publicó, hace poco más de una década, en el salto de los setenta a los ochenta. Espléndida es, cual se me informa, la traducción al hebreo de A. Schalit de los diez primeros libros de *Antigüedades* [184], aparecida en tres volúmenes en Jerusalén, entre 1944 y 1963.

España ha sido una adelantada en la versión de Josefo a modalidades romances; primero fue la traslación de la *Guerra* al antiguo catalán, publicada por el impresor Nicholas Spindeler en Barcelona, en 1482, y luego la traducción al castellano de Alonso de Palencia, que vertió, sólo diez años después, el *Contra Apión* y la *Guerra* y los editó en Sevilla en 1492.

[182] La tercera edición es de 1983.

[183] SCHRECKENBERG, *Die Flavius-Josephus-Tradition*, pág. 64.

[184] Quedó incompleta por fallecimiento del autor, también reputado especialista.

Existen al español del siglo XVI dos traducciones verdaderamente clásicas de la *Guerra de los judíos*, ambas recientemente reimpresas. La primera de ellas se publicó en Sevilla, en fecha tan remota como 1532. Es esta la que con prólogo de S. Marichalar ha publicado en 1982 la mejicana Editorial Porrúa [185]. Debemos la segunda, salida en Madrid en 1549, a nuestro humanista Juan Martín Cordero, y ha sido versión de gran fortuna, pues ha contado con bastantes republicaciones, como las de 1657 y 1791, la de la Editorial Albatros de Buenos Aires en 1944, la reciente de la Editorial Clíe [186], y las de la Editorial Iberia hasta la nueva edición de 1972, posteriormente también reimpresa [187]. El resto de Josefo, *Antigüedades* [188] y *Autobiografía*, tuvo su primitiva traducción a nuestra lengua en Amberes, año 1554 [189]; viene a ser, pues, esta traducción complemento tanto de la sevillana de la *Guerra* cuanto de la de Martín Cordero. Estas dos mismas obras y *Contra Apión* conocieron posterior versión castellana realizada por José Semah Arias y dada a estampa en Amsterdam en 1887 [190]. Se ha hecho, ya en nuestros días, nueva traducción completa de Josefo: la de L. Farré publicada en 1961 en Buenos Aires. Cerramos esta nota mencionando varias traducciones parciales recientes: la de la *Guerra* de J. A. Larraya, impreso en Barcelona en 1952; la de E. C. S. J.,

[185] Reimpresa en 1988.

[186] En dos volúmenes, Tarrasa, 1988.

[187] La última reimpresión es de 1987.

[188] El *Contra Apión* como anejo.

[189] Reedición reciente en tres volúmenes por Editorial Clíe, Tarrasa, 1988.

[190] Existiendo la anterior versión de Palencia, no se puede decir, como hace el prologuista portugués y teólogo Isaac Abuab Da Fonseca, que había traducciones del *Contra Apión* en muchas lenguas, «eceyto na Espanhola».

también de la *Guerra*, traducción nueva directa encargada por Ediciones Elder para acompañar la versión española de la introducción y el comentario de Ricciotti[191]; la de F. de Paula Samaranch del *Contra Apión*, que sacara hace años, en 1966, la Editorial Aguilar, versión muy dependiente de la de Blum, y el del mismo opúsculo y de la *Autobiografía* efectuadas para Alianza Editorial, publicación conjunta de 1987, respectivamente por el jesuita J. R. Busto Saiz, buen conocedor del mundo judeohelenístico, y M. Victoria Spottorno Díaz-Caro.

[191] J. RICCIOTTI, *La Guerra Judaica*, Barcelona, 1960.

BIBLIOGRAFÍA

Sigue una relación bibliográfica referente a Josefo o de interés para su obra no más que selectiva. Ni se limita a lo citado en la introducción, ni recoge todos los trabajos que en ella aparecen. Sin obviar la subjetividad que es inevitable en estos casos, he pretendido aportar un limitado instrumento de valor general.

Ediciones[192]

B. NIESE, *Flavii Josephi opera*, I-VII, Berlín, 1885-1895. *Editio maior.*

—, *Flavii Josephi opera*, I-VI, Berlín, 1888-1895. *Editio minor.*

S. A. NABER, *Flavii Josephi opera omnia*, I-VI, Leipzig, 1888-1896.

H. St. J. THACKERAY, M. MARCUS, A. WIKGREN, L. H. FELDMAN, *Josephus*, I-IX, Londres-Cambridge (Mass.), 1926-1965.

Léxicos

G. BOETTGER, *Topographisch-historisches Lexicon zu den Schriften des Flavius Josephus*, Amsterdam, 1966 (± 1879).

K. H. RENGSTORF (ed.), *A complete Concordance to Flavius Josephus*, I-IV, Leiden, 1973-1983.

A. SCHALIT, *Namenwörterbuch zu Flavius Josephus*, Leiden, 1968.

[192] Damos sólo aquí las más importantes de las críticas completas. Más pormenor en el apartado correspondiente de páginas anteriores.

Estudios

L. ARMSTRONG, «A Renaissance Flavius Josephus», *Yale University Library Gazette* 58 (1984), 122-139.

H. W. ATTRIDGE, *The Interpretation of Biblical History in the Antiquitates Judaicae of Flavius Josephus*, Moussola, 1976.

J. R. BARTLETT, *Jews in the Hellenistic World. Josephus, Aristeas, The Sibylline Oracles, Eupolemus*, Cambridge, 1985.

T. S. BEALL, *Josephus' Description of the Essenes illustrated by the Dead Sea Scrolls*, Cambridge, 1988.

O. BETZ, K. HAACKER, M. HENGEL (eds.), *Josephus-Studien. Untersuchungen zu Josephus, dem antiken Judentum und dem Neuen Testament, Otto Michel zum 70. Geburtstag gewidmet*, Gotinga, 1974.

P. BILDE, *Flavius Josephus between Jerusalem and Rome. His Life, Works and their Importance*, Sheffield, 1988.

M. BOHRMANN, *Flavius Josèphe, les Zélots et Yahvé: pour une relecture de la «Guerre des Juifs»*, Berna, 1989.

S. J. D. COHEN, *Josephus in Galilee and Rome. His Vita and Development as a Historian*, Leiden, 1979.

D. DAUBE, *Typologie im Werk des Flavius Josephus*, Munich, 1977.

R. EGGER, *Josephus Flavius und die Samaritaner. Eine terminologische Untersuchung zur Identitätsklarung der Samaritaner*, Gotinga, 1986.

L. H. FELDMAN, «Flavius Josephus revisited. The Man, his Writings and his Significance», W. HAASE (ed.), *Aufstieg und Niedergang der römischen Welt*, II, 21, Berlín-Nueva York, 1984, págs. 763-862.

L. H. FELDMAN, G. HATA (eds.), *Josephus, Judaism and Christianity*, Detroit, 1987.

—, *Josephus, the Bible and History*, Leiden, 1989.

F. J. FOAKES JACKSON, *Josephus and the Jews. The Religion and History of Jews as explained by Flavius Josephus*, Gran Rapids, 1981 (=1977).

P. FORNARO, *Flavio Giuseppe, Tacito e l'Impero*, Turín, 1980.

T. W. FRANXMAN, *Genesis and the «Jewish Antiquities» of Flavius Josephus*, Roma, 1979.

H. GUTTMAN, *Die Darstellung der jüdischen Religion bei Flavius Josephus*, Breslau, 1928.

M. HADAS-LEBEL, *Flavius Josèphe. Le Juif de Rome*, París, 1989.

F. J. F. JACKSON, *Josephus and the Jews. The Religion and History of the Jews as explained by Flavius Josephus*, Nueva York, 1930.

D. J. LADOUCEUR, *Studies in the Language and Historiography of Flavius Josephus*, Ann Arbor, 1979.

R. LAQUEUR, *Der jüdische Historiker Flavius Josephus. Ein biographischer Versuch auf neuer quellenkritischer Grundlage*, Giessen, 1920.

J.-P. LÉMONON (ed.), *Flavius Josèphe. Un témoin juif de la Palestine au temps des apôtres*, París, 1988.

H. LINDNER, *Die Geschichtsauffassung des Flavius Josephus im «Bellum Judaicum»*, Leiden, 1972.

O. MICHEL, «Die Rettung Israel und die Rolle Roms nach den Reden im *Bellum Judaicum*. Analysen und Perspektiven», W. HAASE (ed.), *Aufstieg und Niedergang der römischen Welt*, II, 21, Berlín-Nueva York, 1988, págs. 945-976.

Y. MALKIEL, «El libro infinido de M. R. L[ida] de M[alkiel]: Josefo y su influencia en la literatura española», *Filología* 13 (1968-1969), 205-226.

H. R. MOEHRING, «Joseph ben Mattia and Flavius Josephus: the Jewish prophet and Roman historian», W. HAASE (ed.), *Aufstieg und Niedergang der römischen Welt*, II, 21, Berlín-Nueva York, 1984, págs. 864-944.

R. NEWELL, «The suicide accounts in Josephus: a form critical study», *Society of Biblical Literature. Seminar Papers*, 1982, págs. 351-369.

A. PELLETIER, *Flavius Josèphe, adaptateur de la Lettre d'Aristée. Une reaction atticisante contre la koiné*, París, 1962.

S. PINES, *An Arabic Version of the Testimonium Flavianum and its Implications*, Jerusalén, 1971.

T. RAJAK, *Josephus. The Historian and his Society,* Londres, 1984.

U. RAPPAPORT (ed.), *Josephus Flavius, Historian of Eretz-Israel in the Hellenistic-Roman Period. Collected Papers,* Jerusalén, 1982.

E. SANFORD, «Propaganda and censorship in the transmission of Josephus», *Transactions of the American Philological Association* 66 (1935), 127-145.

C. SAULNIER, «Flavius Josèphe et la propagande flavienne», *Revue Biblique* 96 (1989), 545-562.

A. SCHALIT (ed.), *Zur Josephus-Forschung,* Darmstadt, 1973.

A. SCHLATTER, *Die Theologie des Judentums nach dem Bericht des Josephus,* Gütersloch, 1932.

H. SCHRECKENBERG, *Die Flavius-Josephus-Tradition in Antike und Mittelalter,* Leiden, 1972.

—, «Josephus und die christliche Wirkungsgeschichte seines *Bellum Judaicum*», W. HAASE (ed.), *Aufstieg und Niedergang der römischen Welt,* II, 21, Berlín-Nueva York, 1984, págs. 1106-1217.

—, *Rezeptionsgeschichtliche und textkritische Untersuchungen zu Flavius Josephus,* Leiden, 1977.

S. SCHWARTZ, *Josephus and Judaean Politics,* Leiden-Nueva York-Copenhague-Colonia, 1990.

R. J. H. SHUTT, *Studies in Josephus,* Londres, 1961.

H. S. THACKERAY, *Josephus. The Man and the Historian,* Nueva York, 1967 (=1929).

F. TRISOGLIO, «L'intervento divino nelle vicende umane dalla storiografia classica greca a Flavio Giuseppe e ad Eusebio de Cesarea», W. HAASE (ed.), *Aufstieg und Niedergang der römischen Welt,* II, 21, Berlín-Nueva York, 1984, págs. 977-1104.

L. TROIANI, *Commento storico al «Contro Apione» di Giuseppe,* Pisa, 1977.

W. VAN UNNIK, *Flavius Josephus als historischer Schriftsteller,* Heidelberg, 1978.

—, «Flavius Josephus and the Mysteries», M. VERMASEREN (ed.), *Studies in Hellenistic Religions,* Leiden, 1979, págs. 244-279.

P. VIDAL-NAQUET, «Flavius Josèphe ou le bon usage de la trahison», P. SAVINEL (ed.), *Flavius Josèphe. «La Guerre des Juifs»,* París, 1977, págs. 7-115.

P. VILLALBA I VARNEDA, *The historical Method of Flavius Josephus,* Leiden, 1986.

W. WEBER, *Josephus und Vespasian. Untersuchungen zu dem «jüdischen Krieg» des Flavius Josephus,* Hildesheim-Nueva York, 1973 (=1921).

G. A. WILLIAMSON, *The World of Josephus,* Londres, 1964.

Bibliografías [193]

L. H. FELDMAN, *Josephus and Modern Scholarship (1937-1980),* Berlín-Nueva York, 1984.

—, *Josephus. A supplementary Bibliography,* Nueva York, 1986.

H. SCHRECKENBERG, *Bibliographie zu Flavius Josephus,* Leiden, 1968.

—, *Bibliographie zu Flavius Josephus. Supplementum,* Leiden, 1979.

Obras complementarias

P. R. ACKROYD, C. F. EVANS (eds.), *The Cambridge History of the Bible,* I: *From the Beginnings to Jerome,* Cambridge, 1970.

M. AVI-YONAH, M. STERN (eds.), *Encyclopedia of archaeological Excavations in the Holly Land,* I-IV, Oxford-Londres-Jerusalén, 1975-1978.

E. J. BICKERMAN, *The Jews in the Greek Age,* Cambridge (Mass.)-Londres, 1988.

W. R. FARMER, *Maccabees, Zealots and Josephus: an Inquiry into Jewish Nationalism in the Greco-Roman Period,* Nueva York, 1963 (=1956).

---

193 Téngase en cuenta también las ciento veinte páginas de bibliografía comentada por el propio L. H. FELDMAN en FELDMAN, HATA (eds.), *Josephus, the Bible and History,* Leiden, 1989.

S. FREYNE, *Galilee from Alexander the Great to Hadrian, 323 B. C. E. to 135 C. E.,* Notre Dame, 1980.

R. FURNEAUX, *The Roman Siege of Jerusalem,* Londres, 1973.

M. GOODMAN, *The ruling Class of Judaea. The Origins of the Jewish Revolt against Rome A. D. 66-70,* Cambridge, 1987.

M. GRANT, *The Jews in the Roman World,* Londres, 1973.

H. GUEVARA, *Ambiente político del pueblo judío en tiempos de Jesús,* Madrid, 1985.

M. HENGEL, *Die Zeloten = The Zealots. Investigations into the Jewish Freedom Movement in the Period from Herod I until A. D. 70,* Edimburgo, 1989.

—, *Judentum und Hellenismus = Judaism and Hellenism. Studies in their Encounter in Palestine during the early Hellenistic Period* [trad. J. Bowden], I-II, Londres-Filadelfia, 1974.

L. HERRMANN, *Chrestos. Témoignages païens et juifs sur le christianisme du premier siècle,* Bruselas, 1970.

A. KASHER, *Jews and Hellenistic Cities in Eretz-Israel. Relations of the Jews in Eretz-Israel with the Hellenistic Cities during the Second Temple Period (322 BCE-70 CE),* Tubinga, 1990.

J. P. LÉMONON, *Pilate et le gouvernement de la Judée. Textes el monuments,* París, 1981.

A. PAUL, *Le monde des Juifs à l'heure de Jésus. Histoire politique = El mundo judío en tiempos de Jesús. Historia política,* Madrid, 1982.

D. M. RHOADS, *Israel in Revolution, 6-74 c.e. Political History based on the Writings of Josephus,* Filadelfia, 1976.

S. SAFRAI, M. STERN (eds.), *The Jewish People in the First Century. Historical Geography, political History, social, cultural and religious Life and Institutions,* I-II, Assen-Amsterdam, 1974-1976.

M. SARTRE, *L'Orient Romain. Provinces et sociétés provinciales en Méditerranée orientale d'Auguste aux Sevères (31 avant J.-C.-235 après J.-C.),* París, 1991.

E. SCHÜRER, *Geschichte des jüdischen Volkes im Zeitalter Jesu Christi = Historia del pueblo judío en tiempos de Jesús,* I-II, Madrid, 1985.

E. M. SMALLWOOD, *The Jews under Roman Rule from Pompey to Diocletian,* Leiden, 1976.

M. STERN, *Greek and Latin Authors on Jews and Judaism,* I-III, Jerusalén, 1974-1984.

M. E. STONE, *Scriptures, Sects and Visions: a Profile of Judaism from Ezra to the Jewish Revolt,* Oxford, 1982.

V. TCHERIKOVER, *Hellenistic Civilisation and the Jews,* Filadelfia, 1961.

G. VERMES, *Scripture and Tradition in Judaism,* Leiden, 1983.

LUIS GARCÍA IGLESIAS

Septiembre de 1992

NOTA A LA PRESENTE TRADUCCIÓN

En nuestra traducción de la *Autobiografía* hemos seguido el texto establecido por A. Pelletier en su edición de «Les Belles Lettres» (París, 1983). En los escasos pasajes en que diferimos del texto citado lo hacemos constar en notas a pie de página.

La *Autobiografía* relata el período de la vida de Josefo en que ejerció las funciones de general gobernador de Galilea, sin llegar a dar cuenta del episodio conocido por la *Guerra de los Judíos:* el sitio de Jotapata, al final del cual Josefo se entrega al general romano Vespasiano. La *Autobiografía* y la *Guerra de los judíos* son dos relatos paralelos escritos con veinte años de distancia, el uno en primera persona y el otro en tercera. Por ello, en numerosas notas hemos indicado las similitudes o discrepancias entre estas obras.

Con el fin de facilitar al lector la localización y consulta de nombres propios hemos confeccionado un índice de los mismos con las correspondencias oportunas, siendo objeto de comentario a pie de página los nombres más relevantes. En un mapa hemos reflejado la mayoría de los topónimos mencionados por Josefo en la *Autobiografía.*

Para la traducción del *Contra Apión* hemos seguido el texto establecido por Th. Reinach («Les Belles Lettres», París, 1921). Esta obra es una apología del judaísmo donde

el autor acumula testimonios en favor de la antigüedad de su pueblo para refutar a los escritos antisemitas, concluyendo con una defensa de su legislador y de su ley. Es una obra de gran interés por el número de citas de autores antiguos, cuyas obras se han perdido en gran parte. En cuanto a las fuentes bíblicas, Josefo nos las presenta como escritos oficiales cuya redacción habría sido confiada a los profetas y después a los sumos sacerdotes.

En ambas traducciones hemos procurado guardar la máxima fidelidad al texto original aunque no siempre ha sido fácil si queríamos prestar cierta fluidez a la prosa castellana.

Por último, queremos testimoniar nuestro agradecimiento a Luis Macía, cuyas oportunas y atinadas observaciones han contribuido a mejorar la versión castellana.

MARGARITA RODRÍGUEZ DE SEPÚLVEDA

AUTOBIOGRAFÍA

AUTOBIOGRAFÍA

Genealogía

No es la mía una familia carente de distinción, sino que desciende de los sacerdotes. Cada pueblo tiene un signo de nobleza, y así, entre nosotros, la participación en el sacerdocio es prueba de un linaje ilustre. 1
Y mi familia no sólo proviene de sacerdotes sino también de 2
la primera de las veinticuatro clases (y en esto la diferencia es grande) y de la más noble de sus tribus[1]. Soy, además, de estirpe real por mi madre, pues los descendientes de Asmoneo[2], sus antepasados, fueron sumos sacerdotes y reyes de
nuestro pueblo durante muchísimo tiempo. Relataré la suce- 3
sión: fue nuestro tatarabuelo Simón, apodado el Tartamudo, que vivió en la época en que era sumo sacerdote el hijo de Simón, el primero de los sumos sacerdotes que ostentó el
nombre de Hircano. Simón el Tartamudo tuvo nueve hijos, 4
entre ellos Matías, llamado hijo de Efeo. Éste se casó con una hija del sumo sacerdote Jonatán, el primer hijo de

[1] Según el libro bíblico *I Crónicas* 24, 7, el rey David había censado y dividido en clases la tribu de Leví. Dentro de ésta, los descendientes de Aarón fueron distribuidos por sorteo en veinticuatro clases, la primera la de Jehoyarib. En *Antigüedades* VII 366, Josefo dice que en su época esta división sigue vigente, pero en *Contra Apión* II 108 habla solamente de cuatro.

[2] Antepasado de los Macabeos o Asmoneos que dio nombre a la dinastía que reinó en Palestina del 134 al 37 a. C.

Asmoneo que alcanzó el sumo sacerdocio[3], hermano del
también sumo sacerdote Simón. Tuvo un hijo, Matías, apo-
dado el Jorobado, cuando Hircano cumplía el primer año
5 de su reinado[4]. Matías a su vez tuvo un hijo, Josefo, en el
noveno año del reinado de Alejandría[5], de Josefo nació
Matías, en el décimo año del reinado de Arquelao[6], y de
Matías nací yo, en el primer año del principado de Gayo
César[7]. Tengo tres hijos: Hircano, el mayor, nació en el
cuarto año del principado de Vespasiano César[8]; Justo, en
6 el séptimo y Agripa, en el noveno[9]. Cito la sucesión crono-
lógica de nuestra familia tal como la he encontrado registrada
en los archivos públicos, sin preocuparme de los que intentan
calumniarnos.

Educación

7 Matías, mi padre, era insigne por su noble
linaje, aunque era más reconocido por su
rectitud, gozando de gran prestigio en Je-
rusalén, nuestra ciudad más importante.
8 Yo fui educado con un hermano de nombre
Matías (mi hermano de padre y madre) y hacía grandes
progresos en mi educación, teniendo fama de una memoria
9 y una inteligencia excepcionales[10]. Apenas salido de la niñez,

[3] 153 a. C. Cf. *I Macabeos* 10, 21.

[4] Hacia el 135 a. C.

[5] Hacia el 70 a. C.

[6] Hacia el 6 a. C.

[7] 37-38 d. C.

[8] Hacia el 73 d. C.

[9] Hacia el 78 d. C.

[10] Se trata sin duda de una educación puramente religiosa basada en la Tora, los cinco libros del Pentateuco; la ejercitación de la memoria era muy importante para la transmisión correcta de los textos que entonces se escribían sin vocales, pues un texto puramente consonántico es susceptible de errores si las lecturas no se apoyan en una tradición oral bien establecida. Cf. *Contra Apión* II 175 y 178.

sobre los catorce años, todos elogiaban mi dedicación al
estudio, y sacerdotes y hombres notables de la ciudad me
frecuentaban para recibir de mí alguna aclaración sobre las
leyes. Cuando tenía unos dieciséis años, decidí obtener expe- 10
riencia de las sectas que existen entre nosotros. Son tres: la
primera, la de los fariseos, la segunda, la de los saduceos, y
la tercera, la de los esenios, como he repetido en tantas
ocasiones[11]. Creía que, si las conocía bien todas, podría
elegir la mejor. Con una dura disciplina y mucho esfuerzo 11
pasé por las tres; pero después de comprobar que la expe-
riencia obtenida en ellas era insuficiente para mí, oí hablar
de un tal Banus, que vivía en el desierto usando como
vestido lo que le proporcionaban los árboles[12] y como ali-
mento lo que producía la tierra espontáneamente, que se
bañaba varias veces, de día y de noche, en agua fría para
purificarse, y me convertí en su discípulo. Viví con él tres 12
años[13] y, una vez cumplido mi propósito, regresé a la ciudad.
A los diecinueve años empecé a participar en la vida pública
siguiendo los principios de la secta de los fariseos, que
presenta semejanzas con la que entre los griegos se denomina
estoica.

Viaje a Roma

Después de haber cumplido los veintiséis 13 3
años, acaeció que fui a Roma por la razón
que voy a referir: en la época en que Félix
era procurador de Judea[14], por un motivo
nimio y fortuito, encarceló a unos sacer-
dotes amigos míos, hombres honorables, y los envió a Roma

[11] Cf. *Guerra de los judíos* II 199; *Antigüedades* XIII 171-173; XVIII 11.

[12] De hojas o corteza de los árboles.

[13] Del 54 al 56 d. C.

[14] Cf. *Hechos de los Apóstoles* 23-24.

14 para que dieran explicaciones al César[15]. Yo deseaba encontrar el modo de salvarlos, sobre todo sabiendo que, ni siquiera en la desgracia, en ningún momento habían olvidado su piedad hacia Dios y se alimentaban de higos y nueces[16], y llegué a Roma después de una travesía plagada de peligros.
15 Resulta que nuestra nave naufragó en medio del Adriático[17]; éramos unos seiscientos y nadamos toda la noche. Al amanecer, gracias a la providencia divina, apareció ante nosotros una nave de Cirene. A mí y a algunos más, en total unos ochenta, que nos adelantamos al resto, nos subieron a bordo.
16 Ya a salvo en Dicearquía, a la que los italos llaman Puteoli[18], entablé amistad con Alítiro, un actor de familia judía muy estimado por Nerón. Por medio de él fui presentado a Popea[19], la mujer del César, y sin demora me ocupé de solicitarle la liberación de los sacerdotes. Cuando hube obtenido de Popea, además de ese favor, considerables obsequios, regresé a mi patria.

Intentos de rebelión

4 17 Allí me encontré ya las primeras revueltas y a muchos que estaban exaltados con la idea de rebelarse contra Roma. Entonces intenté calmar a los agitadores y convencerlos de que cambiaran de actitud, haciéndoles ver contra quiénes se iban a enfrentar: ellos no sólo eran inferiores a los romanos en experiencia bélica, sino

[15] Nerón.

[16] Para evitar comer la carne sacrificada sobre los altares paganos. Cf. *I Corintios* VIII.

[17] Josefo parece que intenta comparar su naufragio con el de San Pablo (cf. *Hechos de los Apóstoles* 27). El viaje de San Pablo se sitúa en el año 60 ó 61, tres o cuatro años antes que el de Josefo.

[18] Puerto cercano a Nápoles, donde también desembarcó San Pablo (cf. *Hechos de los Apóstoles* 28, 13).

[19] Simpatizante de la fe judía.

también en buena fortuna; les aconsejaba que no expusieran 18
precipitadamente y con absoluta irreflexión a su patria, a su familia y a sí mismos a los peores peligros. Les hablaba así 19
e insistía abiertamente para disuadirlos, pues preveía que el desenlace de la guerra sería desastroso para nosotros; pero no logré convencerlos: fue mucho más fuerte la locura de los insensatos.

Pero temiendo que, si insistía en estos razonamientos, 20 5
acabaría por despertar en ellos el odio y la sospecha de estar de parte del enemigo, y para no arriesgarme a que me apresaran y me mataran, como la fortaleza Antonia estaba ya ocupada[20], me retiré al atrio interior del Templo. Cuando 21
Menahén y los jefes de la partida de bandidos fueron ejecutados[21], salí del templo y me reuní con los sumos sacerdotes y los principales de los fariseos. Estábamos muy alarmados 22
viendo al pueblo en armas, y, por lo demás, nosotros no sabíamos qué hacer y éramos incapaces de controlar a los rebeldes. Ante un peligro tan evidente, les decíamos que estábamos de acuerdo con sus planes, pero les aconsejábamos que mantuvieran la calma y dejaran que fuera el enemigo quien atacara, a fin de que se nos pudiera reconocer que tomábamos las armas en legítima defensa. Actuábamos de 23
esta manera esperando que Cestio[22] llegara pronto con un gran ejército y pusiera fin a la insurrección.

[20] La torre Antonia, situada en el ángulo noroeste del Templo, estaba construida sobre una roca de veintidós metros de altura y rodeada de precipicios. Era obra de Herodes el Grande que la llamó así en honor de Marco Antonio.

[21] Menahén estaba al frente de un grupo de rebeldes que se oponían a Roma y fue ejecutado por una facción rival, encabezada por el sacerdote Eleazar. Cf. *Guerra de los judíos* II 433-448.

[22] Gobernador de Siria.

6 24 *Derrota de Cestio. Matanza de judíos en Siria*

Cestio, efectivamente, entró en combate en cuanto llegó, pero fue vencido y cayeron muchos de los suyos. Su derrota fue una desgracia para todo nuestro pueblo, pues con ella los partidarios de la guerra se sintieron más seguros; habiendo vencido a los romanos una vez, concibieron la esperanza de continuar así hasta el final.
25 A esto se añadía otro motivo: los habitantes de las ciudades próximas a Siria habían apresado a los judíos que residían entre ellos y los habían matado, incluidos mujeres y niños, sin que tuvieran ningún cargo contra ellos, pues ni habían hecho intento alguno de rebelarse contra los romanos ni
26 nada hostil o insidioso contra los sirios. Fueron los de Escitópolis[23] los autores de las acciones más abominables y criminales: al ser atacados por enemigos judíos de otros lugares, obligaron a los judíos que vivían con ellos a tomar las armas contra sus compatriotas —lo que nos está prohibido— y con su ayuda vencieron a los invasores. Pero después de la victoria se olvidaron del compromiso con sus conciudadanos y aliados y los mataron a todos, que contaban
27 muchos miles. Otro tanto les ocurrió a los judíos residentes en Damasco. Pero de todo esto ya he hablado con toda precisión en mi obra sobre la *Guerra de los judíos*[24]. Si lo he recordado ahora, ha sido para demostrar a los lectores que la guerra contra los romanos se debió más a la fatalidad que a la iniciativa de los judíos.

[23] Bethsan del Antiguo Testamento. Hoy Beisan.

[24] Cf. *Guerra de los judíos* II 466 ss., 559 ss.

Misión de Josefo en Galilea

Al ser derrotado Cestio, como acabo de 28 7
referir, las autoridades de Jerusalén, viendo que los bandidos y los sediciosos estaban bien provistos de armas y temiendo que, al estar ellos desarmados, pudieran caer en manos de los enemigos —lo que ocurrió más tarde— y como, además, se enteraron de que Galilea no se había sublevado contra los romanos en su totalidad, sino que una parte se mantenía aún tranquila, me enviaron a mí y a otros 29
dos sacerdotes distinguidos, Joazar y Judas, para convencer a esos malvados de que depusieran las armas y hacerles comprender que lo mejor era confiárselas a los notables del pueblo. Se acordó que ellos mantendrían las armas listas para cualquier eventualidad y esperarían a conocer las intenciones de los romanos.

Situación de Galilea: Séforis

Con esas instrucciones llegué a Galilea. 30 8
Encontré a los seforitas muy preocupados por la suerte de su ciudad, ya que los galileos habían decidido saquearla debido a su amistad con los romanos y porque habían ofrecido apoyo y fidelidad a Cestio Galo, prefecto de Siria. Pero yo los libré de todo temor, poniendo al pueblo a 31
su favor, y les permití relacionarse con la frecuencia que quisieran con sus conciudadanos retenidos como rehenes por Cestio en Dora[25], una ciudad de Fenicia. Por otro lado, a los habitantes de Tiberíade los encontré ya en armas por el motivo siguiente:

[25] Hoy Dor, a veinte kilómetros de Haifa.

9 32 En esta ciudad había tres facciones: la
primera, la de los ciudadanos distinguidos,
33 *Tiberíade* estaba dirigida por Julio Capelo. Él y los
suyos, Herodes, hijo de Miaro, Herodes,
hijo de Gamalo, y Compso, hijo de Com-
pso (pues su hermano Crispo, prefecto en otro tiempo del
gran Rey[26], se encontraba en sus propiedades, al otro lado
34 del Jordán), todos ellos aconsejaban en aquel momento
mantenerse fieles a los romanos y al Rey[27]. Pero esa opinión
no era compartida por Pisto, quien, además de estar influido
35 por su hijo Justo, era por naturaleza algo desequilibrado. La
segunda facción, formada por gentes poco significativas, se
36 mostraba a favor de la guerra. Justo, el hijo de Pisto, que
era el jefe de la tercera facción, aparentaba estar indeciso,
pero deseaba ardientemente la revolución, porque pensaba
que un cambio de gobierno le daría ocasión de obtener el
37 poder. Así pues, se presentó en público e intentó hacer creer
al pueblo que su ciudad había sido siempre la capital de
Galilea, al menos en la época de su fundador Herodes el
Tetrarca, quien quería que la ciudad de Séforis dependiera
de la de Tiberíade; ni siquiera en tiempos del rey Agripa, el
padre, habían perdido la primacía, sino que la conservaron
38 hasta que Félix fue nombrado procurador de Judea. Sin
embargo ahora, les decía, tenían la desgracia de haber sido
entregados como regalo por Nerón a Agripa el joven. Séforis,
por su sumisión a los romanos, se había convertido inmedia-
tamente en la capital de Galilea y se habían instalado en ella
39 la banca real y los archivos. Decía éstas y otras muchas
cosas contra el rey Agripa con el fin de incitar al pueblo a la
sedición y añadía que había llegado el momento de empuñar

[26] Herodes Agripa (37-44 d. C.).

[27] Agripa II (48-100 d. C.).

las armas y aliarse con los galileos, quienes se dejarían llevar
de buen grado por el odio que sentían hacia los seforitas, los
cuales todavía guardaban fidelidad a los romanos; era el
momento de llevar a cabo la venganza con un gran ejército. 40
Con esta arenga se ganó a la muchedumbre, pues era un
hábil demagogo que, con el encanto y la perfidia de sus
palabras, triunfaba sobre sus oponentes aunque propusieran
mejores planes; y no era desconocedor de la cultura griega,
lo que le dio ánimos para escribir la historia de estos sucesos
con el propósito de confundir la verdad con su fácil discurso. 41
Pero en el curso del relato iré demostrando la vida indigna
que llevó este hombre y cómo, junto con su hermano, fue
prácticamente el responsable de nuestra ruina[28]. En esa 42
ocasión, Justo, después de convencer a sus conciudadanos
de que tomaran las armas, forzando incluso a muchos que
no querían, salió con todos ellos y quemó las aldeas de
Gadara e Hipo que se encuentran en los límites de Tiberíade
y del territorio de Escitópolis.

Así estaban las cosas en Tiberíade. La 43 10
situación de Giscala era la siguiente: Juan,
Giscala hijo de Leví, al ver que algunas gentes
estaban muy ufanas con la rebelión contra
los romanos, intentaba contenerlos y les
pedía que se mantuvieran leales. Pero a pesar de sus esfuerzos 44
no lo consiguió, pues los pueblos vecinos, gadarenos, gaba-
renos, soganeos y tirios, reunieron un gran ejército y cayeron
sobre Giscala tomándola por la fuerza. Después de haberla
incendiado y asolado, regresaron a sus casas. Entonces Juan, 45
irritado por ello, armó a todos sus partidarios y, enfrentán-
dose a los pueblos mencionados, los venció. A Giscala la

[28] Cf. 88, 279, 336-367, 390-393, 410.

reconstruyó fortificándola y dotándola de murallas para su seguridad futura.

Gamala. Matanza de los judíos babilonios

11 46 Gamala, en cambio, se mantenía fiel a los romanos por el siguiente motivo: Filipo, hijo de Jácimo, lugarteniente del rey Agripa, que había escapado milagrosamente con vida del asedio del palacio real de Jerusalén, vino a caer en otro peligro, el de morir a
47 manos de Menahén y sus bandidos[29]; pero unos babilonios parientes suyos, que se encontraban en Jerusalén, impidieron que los bandidos cometieran el crimen. Filipo esperó allí cuatro días y, al quinto, con una peluca postiza para no ser reconocido, escapó. Al llegar a una de las aldeas de su jurisdicción, situada en los límites de la fortaleza de Gamala, mandó llamar a algunos de sus hombres para que se reunieran
48 con él. Pero afortunadamente la providencia obstaculizó su plan, ya que, de no haber sido así, él, sin duda alguna, hubiera perecido. Aquejado de un repentino acceso de fiebre, escribió una carta a los jóvenes Agripa y Berenice[30] y por
49 medio de uno de sus libertos se la envió a Varo[31]. Éste era, en aquella época, administrador del reino; había sido nombrado por los reyes, que se habían marchado a Beritos[32]
50 para encontrarse con Cestio. Varo, al recibir la carta y enterarse de que Filipo había escapado con vida, lo llevó muy a mal, pensando que los reyes prescindirían de sus servicios cuando Filipo regresara. Entonces hizo comparecer ante el pueblo al portador de la carta y le acusó de haberla falsificado; dijo que mentía al afirmar que Filipo estaba en

[29] Cf. *Guerra judía* II 556 ss., 433 ss.

[30] Los hijos de Agripa I.

[31] Llamado Noaro en *Guerra de los judíos* II 481 y ss.

Jerusalén luchando al lado de los judíos contra los romanos y lo hizo matar. Como el liberto no regresaba, Filipo, que 51
no alcanzaba a comprender el motivo, envió a un segundo mensajero con otra carta y para que le informara de lo que había sucedido con el primero, ya que tardaba tanto. Pero 52
también a este liberto, en cuanto llegó, Varo le acusó falsamente y lo mandó asimismo matar. A Varo le hacían concebir ilusiones los sirios de Cesarea, quienes le aseguraban que Agripa moriría a manos de los romanos por las acusaciones de los judíos y que él, por ser descendiente de reyes, ocuparía el trono. La estirpe real de Varo era, efectivamente, reconocida por todos, como descendiente de Soemo, tetrarca del Líbano. Envanecido con estas pretensiones, Varo guardó las 53
cartas, procurando que el Rey no llegara a conocerlas, y puso vigilantes en todas las salidas de la ciudad para que nadie pudiera escapar e informar al Rey; además, para agradar a los sirios de Cesarea, mandó matar a muchos judíos.

Con la ayuda de los habitantes de Traconítide de Batanea 54
decidió también alzarse en armas contra los judíos babilonios —así los llaman— de Ecbatana[33]. Convocó a los doce judíos 55
más reputados de Cesarea y les ordenó que fueran a Ecbatana y dijeran a sus compatriotas de allí: «Varo ha oído que tenéis intención de levantaros contra el Rey; aunque él no lo cree, nos ha enviado para convenceros de que depongáis las armas; esto sería para él la prueba de que tiene razón, al no creer lo

[32] La actual Beirut.

[33] Batanea, hoy Bashan, y la región oriental de Traconítide estaban expuestas a las incursiones de los árabes. Para proteger esta región que era la ruta directa de Babilonia a Jerusalén, Herodes el Grande había establecido en Batanea una colonia de judíos babilonios bajo la autoridad de Zamaris, abuelo de Filipo (cf. *Antigüedades* XVIII 23 ss.). Ecbatana es una de las fortalezas de esta región. Cf. *Guerra de los judíos* II 481 ss.

56 que dicen de vosotros». Les ordenaba también que
enviaran a setenta personas importantes para que respondieran de la acusación que se les imputaba. Los doce, al llegar a Ecbatana y ver que sus compatriotas no planeaban ninguna insurrección, los persuadieron para que enviaran a
57 los setenta hombres. Ellos, sin la menor sospecha de lo que
iba a ocurrir, los enviaron; éstos llegaron a Cesarea con los doce delegados. Varo les salió al encuentro con el ejército real, los mató a todos, incluidos los delegados, y se dirigió
58 contra los judíos de Ecbatana. Pero uno de los setenta, que
había logrado escapar con vida, se adelantó a comunicárselo a los de Ecbatana, los cuales, cogiendo las armas, se retiraron a la fortaleza de Gamala con sus mujeres e hijos, abandonando sus aldeas llenas de provisiones y de muchos miles de
59 cabezas de ganado. Cuando Filipo lo supo, se dirigió también
a la fortaleza de Gamala. A su llegada, la multitud le gritaba pidiéndole que tomara el mando y declarara la guerra a Varo y a los sirios de Cesarea, pues se había difundido el
60 rumor de que éstos habían matado al Rey. Filipo trató de
contener sus ímpetus recordándoles detalladamente el beneficio que el Rey les había dispensado y el enorme poder de los romanos y diciéndoles que no era conveniente provocar
61 una guerra contra ellos; al final, logró convencerlos. El Rey
a su vez, al enterarse de que Varo se disponía a acabar en un solo día con los judíos de Cesarea —muchos miles, incluidos mujeres y niños—, le mandó llamar y envió a Ecuo Modio para que le sustituyera, como he referido en otro lugar[34]. Filipo conservó la fortaleza de Gamala y mantuvo el territorio circundante fiel a los romanos.

[34] Cf. *Guerra de los judíos* II 483, donde se menciona la destitución de Varo sin dar el nombre de su sucesor. Este relato continúa en 179 ss.

Demolición del templo de Herodes el Tetrarca

Cuando llegué a Galilea y me enteré de 62 12
estos acontecimientos por medio de mensajeros, escribí al Sanedrín de Jerusalén pidiendo instrucciones sobre lo que debía hacer. Me aconsejaron que me quedara allí y me ocupara de Galilea, junto con mis compañeros de
embajada si querían. Éstos, que disponían de mucho dinero 63
procedente de los diezmos que recibían por su condición de sacerdotes, consideraron preferible regresar a casa. Sin embargo, cuando les pedí que esperasen hasta poner en orden
las cosas, accedieron. Así pues, salí con ellos de la ciudad de 64
Séforis y vine a parar a una aldea llamada Betmaus, que dista de Tiberíade cuatro estadios. Desde allí envié un mensaje al Consejo de Jerusalén y a los notables de la ciudad pidiendo
que se reunieran conmigo. Cuando se presentaron —Justo 65
había venido con ellos— les expliqué que mis colegas y yo habíamos sido comisionados por la comunidad de Jerusalén para convencerles de la necesidad de demoler el palacio, construido por Herodes el Tetrarca, donde había representaciones de seres vivos, pues nuestras leyes prohíben este tipo de decoración[35], y les pedí que nos permitieran poner
manos a la obra lo antes posible. Durante mucho tiempo, 66
Capela[36] y los jefes del grupo no parecían dispuestos a dar su consentimiento, pero, presionados por nosotros, acabaron por ceder. Jesús, hijo de Safias[37], quien, como dije al principio, dirigía el partido de los marineros y de las gentes más pobres, se nos adelantó con un grupo de galileos y prendió fuego al palacio, esperando sacar de allí grandes riquezas,

[35] *Éxodo* 20, 4.

[36] Capelo en 32.

[37] Este personaje no ha sido nombrado todavía. Pertenece, sin duda, a la segunda facción, formada por gentes de ínfima categoría. Cf. 35.

pues había visto que algunos techos estaban revestidos de
67 oro. Contra nuestra voluntad, hicieron un considerable sa-
queo. Después de nuestra entrevista con Capela y las auto-
ridades de Tiberíade, salimos de Betmaus con dirección a la
Alta Galilea. Jesús y los suyos mataron a todos los residentes
griegos que antes de la guerra habían sido sus enemigos.
3 68 Al tener noticia de ello, me indigné mucho y, bajando
hasta Tiberíade, me esforzé en rescatar de manos de los
asaltantes cuanto pude del mobiliario del palacio, a saber:
candelabros corintios, mesas reales y una cantidad conside-
rable de plata sin acuñar. Decidí guardar para el Rey todo
69 lo recuperado. Mandé llamar a los diez principales del Consejo
y a Capela, hijo de Antilo, y les confié los objetos recuperados
con la advertencia de no entregarlos a nadie excepto a mí.

Las trapacerías de Juan de Giscala

70 Desde allí, me dirigí con mis compañeros
a Giscala para encontrarme con Juan, pues
quería averiguar cuál era su postura; ense-
guida descubrí sus ansias revolucionarias
71 y sus ambiciones de poder. Me pidió auto-
rización para llevarse el trigo del César, que estaba depositado
en las aldeas de la Alta Galilea; decía que quería emplear el
producto de su venta para reconstruir los muros de su
72 ciudad natal. Pero yo, al darme cuenta de su maniobra y de
lo que intentaba hacer, le dije que no era posible; y puesto
que la comunidad de Jerusalén me había confiado la respon-
sabilidad de los asuntos de aquel lugar, tenía intención de
73 guardar el trigo para los romanos o para mí mismo. Como
no pudo convencerme a mí, se dirigió a los otros embajadores;
éstos, que no tenían ninguna sospecha de lo que podía
ocurrir y estaban harto dispuestos a recibir dinero, se dejaron
sobornar por Juan y votaron que le fuera entregado todo el
trigo almacenado en su región; entonces yo, al quedarme en

minoría frente a dos votos, no hice nada. Todavía añadió Juan 74
otra trapacería más: dijo que los judíos asentados en Cesarea
de Filipo[38], cuando fueron hechos prisioneros por su lugar-
teniente Modio, obedeciendo órdenes del Rey, al no disponer
del aceite puro que usaban, le habían enviado a él un mensaje
pidiéndole que se ocupara de suministrarles una partida,
para no verse obligados a usar el aceite griego y transgredir
así las leyes[39]. Juan no decía esto por religiosidad, sino por 75
una evidente codicia: sabía que allí, en Cesarea, los dos
sextarios[40] se vendían por una dracma mientras que en
Giscala, los ochenta sextarios, por cuatro; envió pues a
Cesarea toda la provisión de aceite, dando a entender que lo
hacía con mi autorización. Yo le había dado permiso, 76
no por mi gusto, sino por miedo a que me lapidase el pueblo
si lo impedía. El caso es que yo consentí y gracias a ese
engaño, Juan consiguió una suma considerable de dinero.

Medidas de Josefo para apaciguar Galilea

Dejé que mis compañeros regresaran de 77 14
Giscala a Jerusalén y yo me ocupé de las
armas, los suministros y las fortificaciones
de las ciudades. Hice venir a los bandidos
más arrojados y, como vi que no había
modo de quitarles las armas, convencí al pueblo de que les
pagara un sueldo como mercenarios, con el argumento de
que era mejor darles voluntariamente un poco de dinero que
ver las posesiones sometidas al pillaje sin poder remediarlo.

---

[38] La antigua Panias, cerca de las fuentes del Jordán, rebautizada Cesarea de Filipo.

[39] A los judíos les estaba prohibido utilizar el aceite extranjero, quizá porque podía estar contaminado por recipientes no purificados. Cf. *Antigüedades* XII 120.

[40] El sextario equivale aproximadamente a medio litro.

78 Hice jurar a los bandidos que no entrarían en nuestro territorio salvo que fueran llamados o no recibiesen su paga y los despedí ordenándoles que no atacaran ni a los romanos ni a sus vecinos. Me preocupaba ante todo mantener la paz
79 en Galilea. A los magistrados de Galilea, setenta en total, quise mantenerlos, bajo pretexto de amistad, como garantía de fidelidad y los convertí en mis camaradas y compañeros de viaje. Contaba con ellos en los juicios y pronunciaba las sentencias con su aprobación, procurando no violar las leyes con decisiones precipitadas y manteniéndome alejado de cualquier corrupción en esos asuntos.

Declaración de integridad

80 Aproximadamente a los treinta años, una edad en la que, aunque uno se mantenga alejado de las malas pasiones, es difícil sustraerse a las calumnias de la envidia, sobre todo cuando se ocupa un puesto que confiere gran autoridad, yo había respetado siempre a las mujeres y había rechazado toda clase de regalos porque me parecían superfluos; es más, ni siquiera aceptaba de quienes me los traían los diezmos que se me debían como
81 sacerdote. Sin embargo, cuando vencí a los sirios que habitaban las ciudades circundantes, tomé parte del botín, que
82 admito haber enviado a mis parientes de Jerusalén. Pero cuando conquisté dos veces Séforis, cuatro veces Tiberíade y una Garaba, y aunque tuve a mi merced a Juan, que había conspirado tanto contra mí, no me vengué de él ni de ninguno de los pueblos que he citado, como se demostrará
83 en el curso del relato. Por eso, creo yo que Dios, para el que no pasan inadvertidos quienes obran bien, me libró de las manos de mis enemigos y me preservó de numerosos peligros, como referiré más tarde.

Envidia de Juan por la popularidad de Josefo

El afecto y la fidelidad que el pueblo de 84 16
Galilea me profesaba eran tales que, cuando sus ciudades fueron tomadas por la fuerza y sus mujeres e hijos esclavizados, no eran tantas las lamentaciones por su propio infortunio como su preocupación por mi seguridad. Esto provocó la envidia de Juan. Me escribió pidiéndome 85
autorización para hacer una cura de salud en los baños termales de Tiberíade[41], y yo, sin sospechar ninguna mala 86
intención por su parte, no me opuse, sino que, es más, escribí personalmente una carta a mis delegados en la administración de Tiberíade para que dispusieran alojamiento para Juan y sus acompañantes y le procuraran generosamente todo lo necesario. En aquel momento yo me encontraba en una aldea de Galilea llamada Caná.

Motín de Tiberíade

Cuando Juan llegó a Tiberíade intentó 87 17
persuadir a la población de que se apartara de mí y se pusiera de su parte. Muchos aceptaron gustosamente su invitación: gentes siempre deseosas de revoluciones, inclinadas por su naturaleza a los cambios y que disfrutan con las disensiones. Sobre todo Justo y su padre Pisto estaban 88
deseando abandonarme y ponerse del lado de Juan; pero con mi rápida actuación desbaraté sus planes. Llegó a mí, 89
enviado por Silas, a quien, como ya he dicho[42], había yo nombrado gobernador de Tiberíade. un mensajero que me puso al corriente de las intenciones de los tiberienses, aconsejándome que me diera prisa, pues si tardaba, la ciudad podía caer en otras manos. En cuanto leí la carta de Silas, 90

[41] Cf. *Guerra de los judíos* II 614 ss.
[42] No en esta obra sino en *Guerra de los judíos* II 616.

tomé doscientos hombres y viajé durante toda la noche, tras haber despachado un correo para advertir a los tiberienses
91 de mi llegada. Al alba, cerca ya de la ciudad, el pueblo me salió al encuentro y Juan iba con ellos. Me saludó muy confundido y temiendo que peligrara su vida si se desvelaba
92 su proceder, se retiró rápidamente a su alojamiento[43]. Al llegar al estadio, despedí a mis guardias personales, excepto a uno, y retuve a diez soldados. Luego, subido en un elevado montón de tierra[44], me dirigí al pueblo de Tiberíade; les
93 aconsejé que no se sublevasen tan precipitadamente, pues eso podría acarrearles algún perjuicio, porque el nuevo gobernador podría sospechar, con razón, que tampoco a él le iban a guardar fidelidad.

Huida de Josefo a Tariquea

94 No había aún terminado de hablar, cuando oí a uno de mis hombres gritar que bajara, pues no era el momento de ocuparme en ganar la amistad de las gentes de Tiberíade, sino de salvar mi vida e intentar escapar
95 de mis enemigos: Juan había escogido entre sus mil soldados a los más fieles y les había ordenado matarme, pues se había
96 enterado de que yo me encontraba solo con mis familiares. Llegaron, pues, las gentes enviadas por Juan y hubieran cumplido su objetivo si yo no hubiese saltado rápidamente del montículo con Jacob, mi guardia personal, y no hubiera recibido la ayuda de un tal Herodes de Tiberíade que me condujo hasta el lago, donde encontré una barca; subí a ella

[43] En *Guerra de los judíos* II 614, Juan pretexta una enfermedad y en una carta pide autorización a Josefo para que le permita ir a tomar las aguas termales en Tiberíade.

[44] Según *Guerra de los judíos* II 619, se trata de un montecillo de seis codos de altura; además, fue el grito de la multitud lo que advirtió a Josefo del peligro.

y en contra de lo previsible, escapé de mis enemigos y llegué a Tariquea[45].

Adhesión de los galileos a Josefo

Los habitantes de esta ciudad, al conocer 97 19
la perfidia de los tiberienses, se indignaron muchísimo y, tomando las armas, me rogaban que les condujera contra ellos, manifestando su deseo de vengar a su general.
Divulgaron lo sucedido por toda Galilea haciendo todo lo 98
posible para excitar a estas gentes contra los tiberienses, y los exhortaban a unirse a ellos en masa para llevar a cabo su propósito con la aprobación de su general. En efecto, llegaron 99
muchos galileos de todas partes con sus armas y me pedían que atacase Tiberíade, la tomase por la fuerza, la arrasara hasta los cimientos y redujera a la esclavitud a sus habitantes, incluidos mujeres y niños. Eso mismo me aconsejaban algunos amigos míos que habían escapado de Tiberíade. Pero yo no 100
podía dar mi aprobación, pues me parecía espantoso iniciar una guerra fratricida; pensaba que la disputa no debía ir más allá de las palabras. Por otra parte, les decía, actuar así tampoco les convenía a ellos, ya que los romanos estaban esperando sus disensiones internas para destruirlos. Con estos argumentos logré calmar la indignación de los galileos.
Juan, al ver fracasado su golpe, temió por su vida y salió 101 20
de Tiberíade con sus soldados en dirección a Giscala y me escribió sobre lo sucedido justificándose: según él, todo había sucedido contra su voluntad, y me rogaba que no abrigara ninguna sospecha contra él; añadía juramentos y algunas terribles imprecaciones, en la idea de que así yo daría crédito a su carta.

[45] Ciudad de Galilea, al norte de Tiberíade. Del griego *tárichos* 'salazón'. Sus peces salados eran célebres en el Imperio Romano. Hoy Magdala.

102 Los galileos (pues otra vez se había levantado en armas
un gran número de ellos en todo el país), sabiendo cuán
malvado y perjuro era aquel hombre, me pedían que los
condujera contra él, y me prometían acabar con él y con
103 Giscala al mismo tiempo. Les expresé mi gratitud por sus
buenas intenciones prometiéndoles que pagaría con creces
su favorable disposición, pero al mismo tiempo les exhortaba
a que se dominaran y me perdonaran si prefería calmar los
desórdenes sin derramamiento de sangre. Una vez que hube
convencido al pueblo de Galilea, me dirigí a Séforis.

Conspiración frustrada en Séforis

104 Los habitantes de esta ciudad habían-
decidido mantenerse fieles a los romanos[46],
pero, alarmados por mi llegada, trataron
de conservar su seguridad desviando mi
105 atención hacia otra parte. Así pues, enviaron
un mensaje a Jesús, el jefe de los bandidos de la frontera de
Ptolemaida[47], ofreciéndole una gran suma de dinero si acep-
taba luchar contra nosotros con toda su tropa, ochocientos
106 hombres en total. Cediendo a sus promesas, Jesús quiso
cogernos desprevenidos antes de que sospechásemos nada.
Envió un mensajero pidiéndome autorización para venir a
saludarme; una vez concedida —pues yo ignoraba la conspi-
ración— tomó a su cuadrilla de bandidos y se apresuró a
107 atacarme. Pero no pudo llevar a término su perversa acción,
pues cuando estaban ya cerca, uno de sus hombres desertó
y vino a prevenirme de su propósito. Así advertido, me
dirigí a la plaza fingiendo ignorar el complot, pero llevé
conmigo a muchos soldados galileos y algunos tiberienses.
108 Después, ordené vigilar cuidadosamente todos los caminos

[46] Cf. 30.

[47] San Juan de Acre, hoy Akko.

y advertí a los centinelas de las puertas que, en cuanto
llegase Jesús, le dejasen entrar sólo a él y a los jefes, e
impidiesen el paso a los demás, y si intentaban entrar por la
fuerza, los golpeasen. Se cumplieron mis órdenes y sólo entró 109
Jesús con unos pocos más. Le pedí que arrojara las armas
inmediatamente bajo pena de muerte y él, atemorizado al
verse rodeado por mis soldados, obedeció. Los miembros de
su escolta que habían sido retenidos fuera de la ciudad
huyeron al enterarse de la detención de su jefe. Entonces llamé 110
aparte a Jesús y le dije que no ignoraba la conspiración
urdida contra mí ni quiénes la habían organizado, pero que
le perdonaría lo que había hecho si se arrepentía y estaba
dispuesto a serme fiel en adelante. Así lo prometió y le dejé 111
marchar, autorizándole a reunirse de nuevo con sus hombres.
A los seforitas los amenacé con castigarlos si no abandonaban
su conducta insensata.

Josefo impide la circuncisión obligatoria de los refugiados

Por ese mismo tiempo llegaron ante mí, 112 23
procedentes de la región de Traconítide
dos magnates, súbditos del rey[48], trayendo
caballos, armas y dinero que habían sacado
clandestinamente de su país. Como los 113
judíos les obligaban a circuncidarse si querían vivir entre
ellos, traté de impedirlo, manifestando que cada hombre
debe honrar a Dios según su propia creencia y no por la
fuerza y que estos hombres no debían arrepentirse de haber
acudido a nosotros buscando la seguridad. Cuando el pueblo
quedó convencido, facilité a los huéspedes con liberalidad
todo lo necesario para su habitual forma de vida.

[48] Agripa II.

Primer encuentro con las tropas romanas

114 El rey Agripa envió un ejército al mando de Ecuo Modio para destruir la fortaleza de Gamala. Pero como el destacamento no era suficiente para rodear la fortaleza, pusieron sitio a Gamala, apostándose a
115 campo abierto. El decurión Ebucio, encargado de la defensa de la Gran Llanura[49], al oír que yo me encontraba en Simoniade[50], aldea situada en la frontera de Galilea, a sesenta estadios de donde él estaba, tomó a los cien jinetes que tenía con él y a unos doscientos infantes aproximadamente, y, además, como tropa auxiliar a los habitantes de la ciudad de Gaba[51]; y, haciendo el trayecto de
116 noche, llegó a la aldea en que yo me encontraba. Me enfrenté a él con un ejército numeroso. Ebucio intentaba atraernos hacia la llanura porque confiaba mucho en su caballería, pero no caímos en la trampa, pues yo me daba cuenta de que la caballería estaría en ventaja si bajábamos a la llanura, dado que nosotros éramos todos de infantería, así que decidí
117 presentar combate allí mismo. Durante un tiempo, Ebucio y los suyos nos hicieron frente valerosamente, pero al ver que en aquel lugar la caballería no servía de nada, fracasado, se retiró a la ciudad de Gaba, después de haber perdido tres
118 hombres en la lucha. Le seguí los pasos con dos mil soldados, y cerca de la ciudad de Besara, en la frontera de Ptolemaida, a veinte estadios de Gaba, donde residía Ebucio, situé a los soldados fuera de la ciudad, con la orden de vigilar estrechamente los caminos para que los enemigos no nos perturbaran

[49] De Esdrelón.

[50] Semunieh, al oeste de Nazaret.

[51] En la llanura de Esdrelón; fundada por Herodes el Grande, fue llamada «ciudad de los caballeros» porque los soldados de caballería licenciados por el rey se establecían allí (cf. *Guerra de los judíos* III 36; *Antigüedades* XV 293).

mientras transportábamos el trigo. Era una cantidad grande, 119
propiedad de la reina Berenice, que, procedente de las aldeas circundantes, había sido almacenada en Besara. Cuando hube cargado los numerosos camellos y asnos que había llevado, envié el trigo a Galilea. Hecho esto, desafié a Ebucio 120
a combate, y como rehusara, pues estaba asombrado de nuestra rapidez de acción y de nuestro valor, me dirigí contra Neapolitano que, según había sabido, acababa de saquear la región de Tiberíade. Neapolitano era comandante 121
de un escuadrón de caballería y estaba encargado de la defensa de Escitópolis. Después de impedir que siguiera causando daños en el territorio de Tiberíade, dediqué mi atención a Galilea.

Juan intenta apartar Galilea de Josefo

Juan, hijo de Leví, que, como ya he dicho, 122 25
residía en Giscala, al saber que todo se desarrollaba conforme a mis deseos y que yo contaba con el favor de mis súbditos y el temor de mis enemigos, no se sintió muy satisfecho; y pensando que mi éxito acarrearía su ruina, sintió una envidia desmedida. Con la esperanza de que, si 123
suscitaba el odio entre mis súbditos, cesaría mi buena suerte, intentó convencer a los habitantes de Tiberíade, Séforis y Garaba —las ciudades más importantes de Galilea— de que me abandonasen y se pusieran a su lado, asegurándoles que él los gobernaría mejor que yo. Los seforitas, como habían 124
optado por el sometimiento a los romanos, no se inclinaban de un lado ni de otro y rechazaron la propuesta; los tiberienses se negaron a abandonarme pero prometieron a Juan su amistad; los habitantes de Garaba, en cambio, se pasaron al partido de éste, animados por Simón, personaje importante en la ciudad y amigo y partidario de Juan. Sin embargo, éstos 125
no confesaban abiertamente su defección por miedo a los

galileos, cuya devoción hacia mí habían podido comprobar en repetidas ocasiones, aunque esperaban en secreto el momento oportuno para tenderme una trampa. En efecto, corrí un gran peligro por lo siguiente:

Los rufianes de Dabarita

126 Unos audaces jóvenes de Dabarita[52] estaban al acecho de la mujer de Ptolomeo, el intendente del Rey, la cual, con gran aparato y protegida por una escolta de caballería, atravesaba la Gran Llanura, desde territorio sometido al Rey[53] hacia la región dominada por
127 los romanos. Los jóvenes se lanzaron de repente sobre la comitiva, obligaron a la mujer a huir y le robaron cuanto llevaba; luego vinieron a verme a Tariquea, con cuatro mulos cargados de vestidos y enseres y, además, una cantidad im-
128 portante de plata, más quinientas piezas de oro. Mi propósito era guardarlo todo para Ptolomeo, pues era de nuestra misma raza y nuestras leyes nos prohíben robar[54], incluso al enemigo; pero dije a los que habían traído el botín que convenía guardar lo que se obtuviese de su venta para
129 reconstruir los muros de Jerusalén. Los jóvenes, decepcionados por no recibir una parte del botín como esperaban, recorrieron las aldeas cercanas a Tiberíade propalando que

[52] Hoy Deburieh, en la ladera occidental del Monte Tabor. Este episodio está relatado en *Guerra de los judíos* II 395 ss., donde el personaje es el propio Ptolomeo, no su mujer.

[53] El reino de Agripa comprendía la parte este y nordeste del mar de Galilea. La mujer de Ptolomeo probablemente se dirigía a Cesarea, y después de haber cruzado la región independiente de la Decápolis debía penetrar en la provincia romana antes de alcanzar la Gran Llanura de Esdrelón.

[54] Cf. *Éxodo* 23, 4.

yo me disponía a entregar su territorio a los romanos y que 130
les había engañado al decirles que guardaba el producto del robo para la reconstrucción de los muros de Jerusalén,
cuando en realidad había decidido devolver lo robado a su 131
dueño. En esto al menos no se equivocaban, pues en cuanto se marcharon, mandé llamar a dos personas notables, Dasión y Janeo, hijo de Leví, que se contaban entre los mejores amigos del Rey, y les ordené que tomaran los objetos robados y se los enviaran a éste, amenazándolos con la muerte si se lo decían a alguien más.

Complot para asesinar a Josefo en Tariquea

Se había difundido por toda Galilea el 132 27
rumor de que yo iba a entregar la región a los romanos, y la población entera, exaltada, exigía mi castigo. Los habitantes de Tariquea también creían que los jóvenes decían la verdad y convencieron a mi guardia personal y a mis soldados de que me abandonasen mientras dormía y se presentaran inmediatamente en el hipódromo para discutir
allí con todos la suerte de su general. Se dejaron convencer 133
y acudieron al lugar, donde ya se había congregado una gran multitud; todos, unánimemente, gritaban que se castigase
a quien tan vilmente les había traicionado. El que más les 134
incitaba era Jesús, hijo de Safias, entonces arconte de Tiberíade, un hombre perverso y capaz de provocar graves desórdenes, agitador y revolucionario sin igual[55]. Pues bien, con las Leyes de Moisés en sus manos, avanzó entonces
hacia el centro y dijo: «Ciudadanos, si no sois capaces de odiar 135
a Josefo por vuestro propio interés, mirad las leyes ancestrales que vuestro general estaba dispuesto a traicionar, y por

[55] La misma frase en *Antigüedades* XVII 325.

respeto a ellas, manifestad vuestra aversión al crimen y castigad al autor de semejante audacia».

136 Después de pronunciar estas palabras, aplaudidas por la multitud, Jesús, con algunos soldados, corrió hacia la casa donde me alojaba con intención de matarme. Yo, ajeno a todo, me había quedado dormido antes del tumulto a causa
137 de la fatiga. Simón, el encargado de mi seguridad personal y el único que se había quedado conmigo, al ver cómo venía la gente hacia nosotros, me despertó y me advirtió del inminente peligro; me pedía que muriera a sus manos, honrosamente, como corresponde a un general, antes de que llegasen los enemigos y me obligasen a suicidarme o me
138 mataran ellos mismos. Eso decía él, pero yo, encomendándome a Dios, me dispuse a comparecer ante el pueblo. Cambié mi vestido por uno negro y, con la espada colgada al cuello, me dirigí al hipódromo por un camino por donde pensaba que no tropezaría con ningún enemigo. Aparecí de repente, me postré en tierra y, humedeciéndola con mis
139 lágrimas, conseguí suscitar la compasión de todos. Al darme cuenta del cambio producido en la gente, traté de dividir sus opiniones antes de que los soldados regresaran de mi casa. Reconocía que, desde su punto de vista, yo era culpable, pero les pedía que primero me permitieran explicar con qué fin había guardado el dinero obtenido de la venta de lo robado, y me dejaría matar después, si así lo ordenaban.
140 Mientras la multitud me pedía que hablara, llegaron los soldados, quienes, al verme, corrieron para matarme; el pueblo les ordenó que se detuvieran y ellos obedecieron con la esperanza de que, en cuanto reconociese que había guardado el dinero para el Rey, me matarían como confeso de traición.

141 Se hizo un silencio total, y entonces les hablé así: «Compatriotas, estoy dispuesto a morir, si la justicia lo exige, pero

antes de mi muerte, quiero deciros la verdad. Conociendo la 142
hospitalidad de esta ciudad que va incrementando su población con el número de personas que, dejando su patria, viene a compartir nuestra suerte, quise reconstruir las murallas con ese dinero que, a pesar de estar destinado a este fin, os ha provocado tanta ira contra mí». Tras estas palabras se 143
levantó un rumor entre los tariqueos y los extranjeros que me expresaban su gratitud y me daban ánimos; en cambio los galileos y los tiberienses mantenían su resentimiento. Hubo discusión entre ellos: unos me amenazaban con castigos, y otros <me animaban> a que no hiciera caso <de los primeros>[56]. Después de haberles prometido que construiría 144
murallas en Tiberíade y en las demás ciudades que las necesitaran, se retiraron confiados a sus casas. Contra toda previsión, pude escapar del peligro que acabo de referir y con mis amigos y veinte soldados regresé a mi casa.

Complot para quemar la casa de Josefo

De nuevo, los bandidos y los promotores 145 30
de la revuelta, temiendo que yo les hiciese pagar por sus actos, se dirigieron con seiscientos soldados a la casa donde residía para incendiarla. A pesar de haber sido 146
advertido de que se acercaban, consideré poco digno escapar y decidí arriesgarme con un golpe de audacia: ordené cerrar las puertas de la casa y luego subí al piso superior y les invité a que enviaran algunos hombres por el dinero[57]; así se aplacaría su cólera, les decía yo. Enviaron al más valiente de 147
sus hombres; yo le hice azotar, ordené cortarle una mano y colgársela al cuello y lo devolví así a los que lo habían

[56] Probablemente hay una laguna en el texto, como supone Thackeray.

[57] Se trata del dinero que habían entregado a Josefo los ladrones de Dabarita.

148 enviado. El espanto y un gran terror se apoderaron de ellos,
por miedo a correr la misma suerte si permanecían allí, pues
se figuraban que yo tenía en el interior más hombres que
ellos. Huyeron rápidamente. Gracias a esta estratagema pude
escapar de este nuevo complot.

Nueva persecución a los refugiados

149 Pero, otra vez, excitaban algunas personas
a la multitud contra mí, diciendo que los
magnates de la corte que habían venido a
mí[58] no debían seguir con vida, ya que se
negaban a adoptar las costumbres de sus
huéspedes; los acusaban también de hechiceros y de ser un
obstáculo para poder liberarse de los romanos. El pueblo se
dejó convencer enseguida, engañado por las palabras desti-
150 nadas a ganar su confianza. Al enterarme, insistí una vez más
ante el pueblo en que no había que perseguir a los refugiados[59]
y ridiculizaba lo absurdo de la acusación de brujería, seña-
lando que si los romanos pudiesen vencer a sus enemigos
mediante hechiceros, no mantendrían tantos miles de solda-
151 dos. Durante algún tiempo, hicieron caso de mis palabras,
pero inducidos por los malos consejeros, volvieron a encole-
rizarse contra los magnates; incluso en una ocasión, entraron
armados en su casa de Tariquea con ánimo de matarlos.
152 Cuando lo supe tuve miedo, porque si se hubiera llegado a
cometer el crimen, la ciudad se haría imposible para quienes
153 quisiesen refugiarse en ella. Así pues, me presenté en casa de
los magnates con algunas personas más y, después de cerrar
las puertas, construí una galería que llevase hasta el lago,
mandé luego traer una nave y, embarcando con ellos, los

[58] Cf. 112.

[59] Cf. 113.

pasé hasta la frontera de Hipo[60]; les pagué el precio de sus
caballos ya que no había podido embarcarlos al tener que
huir en tales circunstancias, y los despedí rogándoles encare-
cidamente que soportaran con valor su infortunio. Me afligía 154
mucho verme obligado a dejar de nuevo abandonados a los
refugiados en territorio enemigo, aunque pensaba que, si
tenía que suceder, era preferible que murieran entre los
romanos que en mi territorio. Sin embargo se salvaron, pues
el rey Agripa les perdonó, y así terminó su aventura.

Tiberíade a favor de Herodes

Los habitantes de Tiberíade escribieron 155 32
al Rey[61] pidiéndole que enviara tropas para
proteger su territorio porque querían
aliarse con él. Eso fue lo que escribieron al
Rey. Pero en cuanto llegué, me pidieron 156
que construyese los muros que les había prometido[62], pues
habían oído que Tariquea ya estaba fortificada. Accedí a
ello, y después de hacer todos los preparativos para la
construcción, ordené a los arquitectos que la llevaran a
cabo. Tres días después de mi partida hacia Tariquea, que 157
dista de Tiberíade treinta estadios, fueron vistos casualmente
unos jinetes romanos que pasaban cerca de la ciudad, lo que
les hizo creer que se acercaba el ejército del Rey. Se 158
pusieron inmediatamente a lanzar gritos de alabanza al Rey
y maldiciones contra mí. Alguien vino corriendo a infor-
marme de sus planes: habían decidido abandonarme. La no- 159
ticia me alarmó enormemente, pues había dado permiso a
mis soldados de Tariquea para marchar a sus casas, ya que

[60] Ciudad griega de la Decápolis, en la frontera del territorio del rey Agripa.

[61] Cf. *Guerra de los judíos* II 632-34.

[62] Cf. 144.

el día siguiente era sábado y no quería que los judíos de
160 Tariquea se vieran perturbados por la presencia de la tropa.
En realidad, siempre que me alojaba allí, prescindía incluso
de mi guardia personal, por haber recibido repetidas pruebas
161 de la lealtad de sus habitantes. Pero esta vez, encontrándome
con sólo siete de mis soldados además de mis amigos, no
sabía qué hacer; mandar llamar a mis tropas no me parecía
oportuno, dado que el día estaba tocando a su fin y, aunque
acudieran, tampoco podrían tomar las armas al día siguiente
porque lo prohibían nuestras leyes[63], por urgente que pare-
162 ciese la necesidad. Por otro lado, aunque permitiera a los
tariqueos y a los residentes extranjeros saquear Tiberíade,
veía que no eran suficientes para ello y que además eso
retrasaría mi partida, ya que —pensaba yo— llegarían antes
163 las tropas del Rey y me expulsarían de la ciudad. Entonces
decidí emplear una estratagema contra aquéllos. Al instante,
puse a mis amigos más fieles a las puertas de Tariquea con
la misión de controlar estrictamente a quien intentase salir;
mandé llamar a los jefes de las familias y les ordené que cada
uno botara un barco con su piloto y me siguiera hasta
164 Tiberíade. Yo mismo, con mis amigos y los soldados que,
como he dicho, eran siete, embarqué con rumbo a Tibe-
ríade.

Estratagema de Josefo contra Tiberíade

165 Cuando los tiberienses comprobaron que
el ejército del Rey no llegaba y vieron
todo el lago lleno de naves, temieron por
su ciudad y, espantados ante la idea de
que los barcos llevasen un gran número de
166 soldados, cambiaron sus planes. Arrojaron las armas y,
con mujeres y niños, salieron a mi encuentro aclamándome

[63] Cf. *I Macabeos* 2, 34 ss.

con grandes alabanzas (no imaginaban que yo estuviera
enterado de sus intenciones). Me rogaban que tuviera com-
pasión de su ciudad. Cuando estuve cerca, ordené a los pilotos 167
echar las anclas lejos aún de la orilla para evitar que los
tiberienses pudiesen comprobar que en los barcos no iban
soldados; entonces, acercándome en una de las naves, les
reproché su insensatez y la facilidad con que, sin ninguna
razón justa, habían sido desleales conmigo. No obstante me 168
mostré decidido a garantizarles el perdón si me enviaban a
diez notables del pueblo. Obedecieron inmediatamente y
enviaron a los hombres que acabo de decir. Los embarqué
hacia Tariquea para que fueran encarcelados.

Castigo del agitador Clito

Gracias a esta estratagema conseguí 169 34
apoderarme, poco a poco, de todo el Con-
sejo, y trasladé a los consejeros a la ciudad
antes mencionada, junto con la mayoría
de los ciudadanos importantes, que eran
casi otros tantos. Cuando el pueblo vio la desdichada situa- 170
ción a que habían llegado, me pidió que castigara al respon-
sable de la sedición. Se trataba de un joven audaz e impetuoso
llamado Clito. Yo consideraba un crimen dar muerte a un 171
compatriota, pero, obligado a castigarle, encargué a Leví,
miembro de mi guardia personal, que le cortara una mano.
El hombre que había recibido la orden tuvo miedo de en- 172
frentarse él solo a la multitud, y para que los tiberienses no
vieran la cobardía de este soldado, llamé a Clito y le dije:
«Puesto que mereces perder las dos manos por haber sido
tan ingrato conmigo, sé tu propio verdugo; si no obedeces,
sufrirás un castigo mayor». Como me suplicara insistente- 173
mente que le dejara al menos una mano, accedí haciéndome
de rogar. Entonces, contento de no perder las dos manos,

cogió una espada y se cortó la izquierda[64]. Eso puso fin a la sedición.

Liberación de los prisioneros de Tiberíade

174 A mi llegada a Tariquea, los tiberienses conocieron la estratagema que había empleado contra ellos y se sorprendieron de que hubiera reprimido su insolencia sin
175 derramamiento de sangre. Hice traer a mi presencia a los prisioneros del pueblo de Tiberíade, entre ellos Justo y su padre Pisto, y los invité a mi mesa. Durante la comida les decía que yo tampoco ignoraba que la potencia militar de los romanos era superior a cualquier otra, pero
176 que no hablaba de ello a causa de los bandidos. Les aconsejé que hicieran lo mismo, a la espera del momento propicio, y sin rebelarse contra mí, su general, pues difícilmente podrían
177 encontrar otro mejor. A Justo le recordé también que antes de mi venida desde Jerusalén, los galileos habían cortado las manos a su hermano, antes de la guerra, ya que le culpaban de falsificar cartas, y que, después de la retirada de Filipo, los gamalitas, sublevados contra los babilonios, habían ma-
178 tado a Cares, pariente de Filipo, y habían torturado salvajemente a su hermano Jesús, el marido de la hermana de Justo. Hablé de todo esto con Justo y sus amigos en el transcurso de la cena, y al romper el día, ordené que fueran puestos en libertad todos los prisioneros.

[64] Cf. *Guerra de los judíos* II 642-44, donde el relato presenta algunas diferencias.

Encuentro de Filipo con Agripa

Poco antes de estos sucesos, Filipo, hijo 179 36
de Jácimo, había salido de la fortaleza de Gamala por la siguiente razón[65]: Al ente- 180
rarse de que Varo había sido depuesto por el rey Agripa y que había ido a sustituirle Ecuo Modio, un viejo amigo y allegado suyo, Filipo escribió a éste una carta contándole sus propias experiencias y rogándole que hiciera llegar a los reyes la carta que le había enviado[66]. Modio, al recibir las cartas y enterarse por ellas 181
de que Filipo se encontraba a salvo, se alegró mucho, y envió la carta a los reyes, que estaban en Beritos[67]. Cuando 182
el rey Agripa supo que los rumores que circulaban sobre Filipo eran falsos (se decía que había tomado el mando de los judíos para declarar la guerra a los romanos), envió una escolta de jinetes a buscarlo. A su llegada, le dispensó una 183
calurosa acogida y lo presentó a los oficiales romanos como el mismo Filipo de quien se rumoreaba que se había levantado contra Roma. Luego le ordenó que volviera inmediatamente a la fortaleza de Gamala con algunos jinetes para sacar de allí a todos sus amigos, y restablecer a los babilonios en Batanea. Le encargó también que tomara las medidas nece- 184
sarias para prevenir cualquier revuelta entre sus subordinados. Filipo se apresuró a cumplir las órdenes del Rey.

Gamala se rebela contra el Rey

Josefo, el hijo de la comadrona, animaba 185 37
a muchos jóvenes audaces a unirse a él y, enfrentándose a los magistrados de Gamala, trataba de persuadirlos a que se apartaran del Rey y tomaran las armas para recuperar su independencia. Obligaron a algunos y mataron

[65] Esta digresión es la continuación de los sucesos relatados en 40-46.

[66] Cf. 48.

[67] Cf. 54.

186 a los que no estaban de acuerdo. Mataron a Cares y con él
a Jesús, uno de sus parientes, y a un hermano de Justo de
Tiberíade, como ya hemos dicho antes[68]. A mí me escribieron
pidiéndome que les enviase un destacamento de soldados y
obreros para levantar los muros de su ciudad. No les negué
187 ninguna de sus dos peticiones. También se levantó contra el
Rey la región de Gaulanítide, hasta la aldea de Solime.

Fortificación de algunas ciudades

Amurallé las aldeas de Seleucia y So-
gane, dotadas de fuertes defensas naturales,
e igualmente otras aldeas, también muy
rocosas, de la Alta Galilea, las llamadas
188 Jamnia, Amerot[69] y Acarabe. Construí
también fortificaciones en la Baja Galilea, en las ciudades de
Tariquea, Tiberíade, Séforis y las aldeas de la Cueva de
Arbel, Bersubé, Selame, Jotapata[70], Cafarat, Como, Sogane,
Pafa y el monte Tabor. A estas poblaciones les suministré
también trigo en abundancia y armas para su seguridad futura.

Juan de Giscala intenta suplantar a Josefo

189 El odio de Juan, hijo de Leví, contra mí
era cada vez más intenso, pues no sopor-
taba mi éxito. Dispuesto a librarse de mí a
toda costa, reconstruyó la muralla de Gis-
190 cala, su ciudad natal, y envió a Jerusalén
a su hermano Simón y a Jonatán, hijo de Sisena, con un
centenar de soldados para pedir a Simón, hijo de Gamaliel,
que convenciese a la comunidad de Jerusalén de que me
destituyeran del gobierno de Galilea y le otorgaran por
191 votación el puesto a él. Este Simón era natural de Jerusalén,

[68] En 177 ss. sólo nombra a Cares, pariente de Filipo, y a Jesús, hermano de Cares y cuñado de Justo.

[69] O Meiron (cf. *Guerra de los judíos* II 573).

[70] Hoy Yodfat, a medio camino entre San Juan de Acre y Tiberíade.

de familia muy ilustre y perteneciente a la secta de los
fariseos, que tiene fama de distinguirse de las demás en la
exacta interpretación de las leyes patrias[71]. Era un hombre 192
de gran inteligencia y buen juicio, capaz de solucionar con
su sabiduría cualquier situación comprometida; además era
amigo íntimo de Juan desde hacía tiempo, y en cambio
estaba por entonces enemistado conmigo. Así pues, aten- 193
diendo a su petición, persuadió a los sumos sacerdotes Anás
y Jesús, hijo de Gamalas, y a otros más de su grupo, a que
cortaran en flor mi carrera sin permitirme alcanzar la cima
de la gloria; les decía que saldrían ganando si me retiraban
el mando de Galilea. Pedía también a Anás y a los suyos que
no se demorasen, no fuera que, prevenido yo, me presentara
en la ciudad con un ejército numeroso. Esas eran las sugeren- 194
cias de Simón; pero el sumo sacerdote Anás opinaba que el
asunto no era tan fácil, pues muchos de los sumos sacerdotes
y de los notables del pueblo podían atestiguar que yo desem-
peñaba bien mis funciones de gobernador militar y acusar a
un hombre a quien, en justicia, no podían imputar nada
sería una iniquidad.

Cuando Simón escuchó las objeciones de Anás, pidió a 195 39
todos que guardaran silencio y no divulgaran la conversación;
pues él se ocuparía personalmente de que yo fuese relevado
de Galilea lo más pronto posible. Mandó llamar al hermano
de Juan y le pidió que enviara regalos a los simpatizantes de
Anás, pues era el medio, decía, de hacerles cambiar rápida-
mente de opinión. Finalmente Simón consiguió su propósito; 196
Anás y los suyos, corrompidos por el dinero, acordaron
expulsarme de Galilea[72], sin que ninguna otra persona de la

[71] Los *nómima* son los preceptos tradicionales que se desarrollan en torno a la ley, *nómos*.

[72] El relato más breve en *Guerra de los judíos* II 627-29.

ciudad[73] lo supiese. Decidieron enviar una delegación formada por personas de distinta condición social, pero con el
197 mismo nivel cultural. Dos de ellos, Jonatán y Ananías, eran plebeyos y de la secta de los fariseos; el tercero, Joazar, de familia de sacerdotes, también fariseo, y Simón, el más
198 joven, era descendiente de sumos sacerdotes. Les ordenaron que, en cuanto entrasen en contacto con los galileos, tratasen de averiguar la razón por la que me eran adictos. Si decían que por ser de Jerusalén, les dirían que los cuatro eran de allí; si era por mi experiencia en las leyes, que tampoco ellos ignoraban las tradiciones patrias, y si su afecto hacia mí se debía a mi condición sacerdotal, les respondieran que dos de ellos también eran sacerdotes.

199 Siguiendo estas instrucciones, dieron a Jonatán y a sus compañeros cuarenta mil piezas de plata[74] del tesoro público.
200 Al tener noticia de que un galileo llamado Jesús se encontraba entonces en Jerusalén con una compañía de seiscientos soldados, le mandaron llamar. Le entregaron la soldada de tres meses, con orden de seguir a Jonatán y a sus hombres como subordinado suyo; reclutaron también a trescientos ciudadanos para que acompañaran a los delegados entregándoles
201 dinero para su manutención. Los reclutados se mostraron de acuerdo y se prepararon para el viaje; Jonatán y los suyos se pusieron en camino con ellos, haciéndose acompañar también
202 del hermano de Juan y cien soldados. Les habían encargado que si yo deponía voluntariamente las armas, me enviaran sano y salvo a Jerusalén, pero si oponía resistencia, me mataran sin el menor temor, puesto que ellos eran quienes
203 habían dado las órdenes. Además, habían enviado una carta a Juan para que preparara la guerra contra mí, y a los

[73] Jerusalén.

[74] Tal vez denarios o piezas de plata de poco valor.

habitantes de Séforis, de Garaba y de Tiberíade les ordenaron enviar refuerzos a Juan.

Josefo decide abandonar Galilea

Tuve noticias de todo eso por una carta 204 41
de mi padre; a él se lo había contado en detalle Jesús, hijo de Gamalas, un íntimo amigo mío, que había asistido a aquella reunión. Sentí un gran dolor ante la ingratitud de mis conciudadanos, comprendiendo que habían ordenado mi muerte por envidia; además, mi padre insistía en su carta en que fuese a su lado, pues decía que anhelaba
ver a su hijo antes de morir. Todo esto se lo comuniqué a mis 205
amigos, y también que tenía intención de dejar la región al cabo de tres días y regresar a mi ciudad natal. La tristeza invadió a todos los que me escucharon; me suplicaban llorando que no los abandonase, pues privarles de mi mando
suponía su perdición. Como yo no cedía a sus ruegos porque 206
estaba preocupado por mi propia seguridad, los galileos, temiendo que, a mi partida, pudieran convertirse en presa fácil para los bandidos, enviaron mensajeros por toda Galilea
para hacer saber mi resolución de partir. Al enterarse de ello, 207
acudieron muchos y de todas partes con mujeres y niños; hacían esto no tanto por amor hacia mí, creo yo, como por el miedo que sentían por ellos mismos, pues suponían que, si me quedaba, nada malo les sucedería. Se reunieron, pues, en masa, en la gran llanura llamada Asoquis[75], donde yo me encontraba.

[75] Sachel Buttauf, entre Jotapata y Nazaret.

Sueño de Josefo

208 Aquella noche tuve un sueño maravilloso.
Cuando me acosté, disgustado e inquieto
por la carta que había recibido, me pareció
209 que alguien a mi lado me decía: «Deja de
atormentar tu espíritu y aleja todo temor,
pues estos sufrimientos te engrandecerán y serás muy afor-
tunado en todo. Tendrás éxito no sólo en esta empresa, sino
en otras muchas. No desfallezcas; recuerda que tendrás que
210 luchar incluso contra los romanos». Después de esa visión
me levanté, impaciente por bajar a la llanura. Al verme,
todo el pueblo de Galilea —incluso mujeres y niños— se
postraron con el rostro por tierra y me suplicaron llorando
que no los dejase a merced de los enemigos y que no me
marchase, exponiendo el país a los ultrajes de sus adversarios.
211 Como yo no cedía a sus ruegos, intentaron obligarme con
juramentos a quedarme con ellos y lanzaban múltiples injurias
contra el pueblo de Jerusalén, por no permitir que su tierra
viviese en paz.

Josefo acepta quedarse en Galilea

212 Cuando escuché sus palabras y vi el-
desaliento de la multitud, cedí a la piedad,
pensando que valía la pena incluso correr
peligros seguros por un pueblo tan nume-
213 roso. Consentí finalmente en quedarme y
ordené que se presentaran cinco mil soldados provistos de
víveres, y a los demás los envié a sus casas. Cuando llegaron
los cinco mil, con ellos y con tres mil soldados de mi ejército
y ochenta jinetes me puse en camino hacia Cabul[76], una
aldea situada en la frontera de Ptolemaida. Mantuve reunidas
allí a todas mis fuerzas, fingiendo prepararme para la guerra
214 contra Plácido. Éste, enviado por Cestio Galo, había llegado

[76] A medio camino entre la llanura de Asoquis y Ptolemaida.

con dos cohortes de infantería y un escuadrón de caballería
para incendiar las aldeas de Galilea, vecinas de Ptolemaida.
Como él levantara una empalizada delante de Ptolemaida,
yo instalé el campamento a una distancia de sesenta estadios
aproximadamente de la aldea de Cabul. Muchas veces hici- 215
mos avanzar nuestras tropas para entablar batalla, pero sólo
llegamos a algunas escaramuzas, pues Plácido, en cuanto se
daba cuenta de que yo estaba resuelto al combate, retrocedía
espantado. Sin embargo no se alejaba de Ptolemaida.

Llegada a Galilea de la delegación de Jerusalén

Por ese mismo tiempo, llegó Jonatán con 216 44
los compañeros de embajada que, como
dije, habían sido enviados desde Jerusalén
por el partido de Simón y del sumo sacer-
dote Anás, con la malvada intención de
prenderme con engaños, ya que no se atrevían a intentarlo
abiertamente. Me envió una carta en los siguientes términos: 217
«Jonatán y los que con él han sido enviados por la comunidad
de Jerusalén saludan a Josefo. Las autoridades de Jerusalén
han sabido que Juan de Giscala ha conspirado contra ti en
numerosas ocasiones y nos han enviado para reprenderle y
advertirle que, en lo sucesivo, debe obedecerte. Como quere- 218
mos contrastar opiniones contigo sobre planes en común, te
invitamos a reunirte con nosotros lo antes posible, pero sin
una gran escolta, pues esta aldea no podría albergar a muchos
soldados».

Me escribían eso considerando dos posibilidades: o que 219
llegase sin armas, y entonces me tendrían a su merced, o que
me presentase con muchos hombres y así podrían conside-
rarme un enemigo. La carta me la trajo un jinete, un joven 220
valiente que en otro tiempo había servido en el ejército del
Rey. Era ya la segunda hora de la noche y estaba cenando
con mis amigos y con las autoridades de Galilea. Mi criado 221

me anunció la llegada de un jinete judío; le dije que le hiciera entrar. Entonces él, sin saludarme, me tendió la carta diciendo: «Los que han llegado de Jerusalén te envían esta carta. Escribe inmediatamente la respuesta porque tengo
222 que regresar enseguida». Mis huéspedes se quedaron atónitos ante el atrevimiento del soldado. Le invité a sentarse y a cenar con nosotros, pero él rehusó. Yo mantenía la carta en la mano tal como la había recibido y continuaba hablando
223 con mis amigos de otros asuntos. Poco después me levanté y, permitiendo que los demás se fueran a descansar, pedí tan sólo a cuatro amigos íntimos que se quedaran conmigo y mandé a un criado que preparara vino. Luego, sin que nadie me viera, abrí la carta. De un vistazo comprendí las inten-
224 ciones de los que la habían escrito y la volví a sellar. Con ella en la mano, como si no la hubiera leído todavía, ordené que dieran al soldado veinte dracmas para los gastos del viaje: él tomó el dinero y me dio las gracias. Me di cuenta de su codicia y de que por ahí se le podía coger fácilmente; entonces le dije: «Si quisieras beber con nosotros, recibirías una dracma
225 por cada copa». Aceptó encantado, y para conseguir más dinero, bebió mucho vino. Cuando estuvo ebrio, ya no pudo guardar sus secretos, y sin que nadie le preguntara, contó el complot que habían preparado y cómo me habían sentenciado a muerte. Después de oírlo, escribí la siguiente respuesta:

226 «Josefo saluda a Jonatán y a sus compañeros. Me alegra saber que habéis llegado bien a Galilea, sobre todo porque podré dejar en vuestras manos el cuidado de los asuntos de la región y regresar a mi ciudad natal, lo que deseaba hacer
227 desde hace tiempo. Sin duda debería ir a vuestro encuentro, no a Jalot[77], sino más lejos incluso, sin que me lo pidierais; os ruego que me perdonéis que no pueda hacerlo, pero debo permanecer en Cabul vigilando a Plácido que ha proyectado llegar hasta Galilea. Venid, pues, vosotros a verme en cuanto leáis esta carta. Deseo que sigáis bien».

Después de escribir la carta, se la entregué al soldado para 228 45
que la llevase; envié con él a treinta galileos de los más respetables, con el encargo de trasmitir mis saludos a aquellos hombres, sin decirles nada más. Puse también junto a cada uno de ellos un soldado de confianza para que le vigilase y para evitar así cualquier conversación entre mis enviados y los amigos de Jonatán. Y se pusieron en camino. Jonatán y 229
sus compañeros, al fracasar su primer intento, me enviaron otra carta que decía así:

«Jonatán y sus compañeros saludan a Josefo. Te exhortamos a reunirte con nosotros, sin escolta, dentro de tres días, en la aldea de Garabot[78], para que podamos oír las acusaciones que has formulado contra Juan».

Manifestaciones populares en favor de Josefo

Cuando hubieron redactado la carta y 230
saludado a los galileos que yo había enviado, se retiraron a Jafa[79], la aldea más importante de Galilea, que está sólidamente fortificada y muy poblada. Todo el pueblo, con mujeres y niños, salió a su encuentro gritando que se marcharan y que no les quitaran, por envidia, a su magnífico general. Jonatán y los suyos se enfurecieron con los gritos, 231
pero no se atrevieron a manifestar su cólera y, sin dignarse responder, se dirigieron a otras aldeas; pero en todas partes eran recibidos por la multitud con las mismas voces; les

---

[77] Aldea situada en la llanura de Esdrelón, en la frontera meridional de Galilea; llamada también Exalot (cf. *Guerra de los judíos* III 38).

[78] Aldea situada a unos diez kilómetros al nordeste del campamento de Josefo en Cabul. Llamada otras veces Garaba.

[79] Sin duda se trata de Jafia (Yafa), cerca de Nazaret.

gritaban que nadie les haría renunciar a tener a Josefo como
232 general. Jonatán y sus compañeros abandonaron estos luga-
res sin haber conseguido nada y se dirigieron a Séforis, la
ciudad más importante de Galilea. Las gentes de allí, que
veían con admiración a los romanos, les salieron a recibir,
233 pero de mí no hablaban ni bien ni mal. Desde Séforis
bajaron hasta Asoquis y en este lugar, lo mismo que en Jafa,
los recibieron también con gritos. Entonces ellos, no pudiendo
reprimir ya su cólera, ordenaron a los soldados que les
acompañaban que apalearan a los vociferantes. Al llegar a
234 Garaba, los recibió Juan con tres mil soldados. Por mi parte,
como me había dado cuenta por su carta de que estaban
decididos a atacarme, salí de Cabul con tres mil soldados,
dejando en el campamento al más fiel de mis amigos, y con
el propósito de estar cerca de ellos, llegué hasta Jotapata, a
cuarenta estadios aproximadamente, y les escribí lo si-
guiente:

235 «Si de todas maneras queréis que vaya a reunirme con
vosotros, de las doscientas cuatro ciudades y aldeas que hay
en Galilea, iré a la que queráis, excepto a Garaba y a
Giscala, pues ésta es la ciudad natal de Juan, y la otra su
aliada y amiga».

Medidas de Josefo contra los delegados de Jerusalén

236 Cuando Jonatán y sus compañeros re-
cibieron esta carta, ya no volvieron a escri-
birme; convocaron un conciliábulo de ami-
gos, al que invitaron a Juan, y deliberaron
237 sobre la forma de atacarme. Juan opinaba
que debían mandar mensajes a todas las ciudades y aldeas
de Galilea, pues en cada una había por lo menos una o dos
personas en desacuerdo conmigo, y convocarlos como para
ir contra un enemigo; pedía también que esta resolución
fuera enviada a Jerusalén para que cuando se supiera allí
que los galileos me habían declarado enemigo, votaran ellos
lo mismo, y si así ocurría, decía, incluso los galileos que
estuvieran a mi favor me abandonarían por miedo. Las pro- 238
puestas de Juan fueron totalmente del agrado de los restantes
miembros de la reunión. Tuve conocimiento de esto hacia la 239
tercera hora de la noche, por Saqueo, uno de los suyos que
se pasó a mi bando y me informó de lo que tramaban. Ya no
había un instante que perder. Escogí a Jacob[80], uno de mis 240
fieles soldados, y le ordené que, con doscientos soldados,
vigilase los caminos que van desde Garaba a Galilea[81], y que
detuviese a todos los que pasaran y me los enviara, sobre
todo a los que llevaran cartas. A Jeremías[82], otro de mis 241
amigos, le envié con seiscientos soldados a la frontera de
Galilea para vigilar los caminos que conducen a Jerusalén;
también a él le ordené detener a los caminantes que llevasen
cartas y que apresara allí mismo a los hombres y me trans-
mitiera las cartas.

Encuentro de Josefo con la delegación de Jerusalén

Después de dar estas instrucciones a los 242 47
emisarios, envié un mensaje a los galileos
ordenándoles que, al día siguiente, cogieran
las armas y víveres para tres días y se
reunieran conmigo en la aldea de Garabot.
Dividí mis tropas en cuatro compañías, organicé mi guardia
personal con los soldados más fieles, puse oficiales al frente
de ellos y les aconsejé que vigilasen para que ningún soldado
desconocido se introdujera en sus filas. Al día siguiente llegué 243
a Garabot hacia la hora quinta y encontré toda la llanura
que está delante de la aldea llena de soldados que habían

80 Cf. 96.

81 Es decir, hacia la parte occidental de Galilea.

82 Cf. 399.

venido de Galilea para ayudarme, como yo les había pedido.
Había acudido también muchísima gente de distintas aldeas.
244 Cuando, puesto en pie, empecé a hablarles, todos me acla-
maron llamándome benefactor y salvador de su provincia.
Les expresé mi agradecimiento y les aconsejé que no atacaran
a nadie ni se ensuciaran las manos con el pillaje, sino que
acamparan en la llanura y se contentaran con sus propias
provisiones, pues, les decía, mi deseo era reprimir las revueltas
sin derramamiento de sangre.

245 Ocurrió que, ese mismo día, los hombres enviados por
Jonatán con sus cartas cayeron en manos de los guardias
que yo había puesto para vigilar los caminos. Los hombres
fueron apresados en el mismo lugar, según mis instrucciones,
y me encontré con unas cartas llenas de calumnias y mentiras
y, sin decir nada a nadie, pensaba en la forma de atacarlos.

246 Cuando se enteraron de mi llegada, Jonatán y sus amigos,
incluido Juan, se retiraron a la casa de Jesús, una gran
fortaleza en nada inferior a una acrópolis. Ocultaron allí
una compañía de soldados, cerraron todas las puertas excepto
una que quedó abierta y esperaban que yo, después del viaje,
247 me acercara a saludarles. Dieron órdenes a los soldados de
que, cuando llegase, me dejaran entrar a mí solo y se lo
impidiesen a los demás; creían que así me tendrían más
fácilmente en sus manos. Pero sus esperanzas quedaron
248 frustradas, pues yo, enterado previamente de la trampa, al
llegar del viaje, acampé enfrente de ellos y simulé que me
249 retiraba a dormir. Los hombres de Jonatán, creyendo que yo
reposaba y que estaba realmente dormido, se apresuraron a
bajar a la llanura para tratar de convencer a la gente de que
250 yo era un mal general. Pero resultó lo contrario: en cuanto
aparecieron se produjo un griterío por parte de los galileos
como muestra de su fervor hacia mí, su general, mientras
que a Jonatán y sus hombres les reprochaban que se hubieran

presentado allí, sin la menor provocación, a alterar el orden
de su provincia. Les pedían que se marchasen, manifestando
su resolución de no aceptar otro general que no fuera yo.
Cuando me informaron de todo esto, ya no dudé en presen- 251
tarme en público. Bajé inmediatamente hacia ellos para
escuchar lo que decían las gentes de Jonatán. En cuanto
aparecí, el pueblo entero se puso a aplaudir y con expresiones
de agradecimiento y aclamaciones reconocían mi generalato.

Discurso de Josefo ante los delegados de Jerusalén

Jonatán y sus compañeros, al oír eso, 252 49
temían que su vida peligrase si los galileos,
por afecto hacia mí, se lanzaban contra
ellos. Pensaron escapar, pero no pudieron,
porque yo les pedí que esperasen, y
asistieron cabizbajos a mi discurso. Después de ordenar a la 253
multitud que interrumpiera las aclamaciones, puse a los
soldados más fieles en los caminos para asegurarnos de que
Juan no nos atacara por sorpresa, y aconsejé a los galileos
que tomasen las armas para evitar el desorden si se producía
algún ataque imprevisto de los enemigos. Entonces comencé 254
por recordar a Jonatán y a los suyos la carta en la que
decían que habían sido enviados por la Comunidad de Jeru-
salén[83] para resolver mis diferencias con Juan, y en la que
me pedían que me reuniera con ellos. Mientras relataba 255
detalladamente esto, extendí la carta delante de todos para
que, ante la prueba del documento, no pudiesen negar nada.
«Veamos pues, dije, Jonatán y vosotros, sus compañeros de 256
embajada: si estuviera inculpado por un delito contra Juan
que comprometiera mi propia vida y pudiese presentar dos

[83] Institución más amplia que el Sanedrín, de la cual dependía la autoridad de Josefo sobre Galilea.

o tres hombres honrados que diesen testimonio de mi proce-
der, es evidente que una vez examinada su conducta moral,
257 os veríais obligados a absolverme de las acusaciones. Pues bien,
para que sepáis que mi gestión en Galilea ha sido excelente,
me parecen pocos tres testigos para quien ha vivido honora-
258 blemente y, por tanto, os presento a todos éstos. Preguntadles
cómo he vivido y si he gobernado aquí con toda dignidad y
honradez. Y a vosotros, galileos, os ruego encarecidamente
que no ocultéis la verdad y que declaréis ante estas personas,
igual que ante los jueces, si no he actuado con rectitud».

0 259 Todavía estaba hablando, cuando se elevaron unánime-
mente sus voces proclamándome bienhechor y salvador;
daban así testimonio de mi conducta pasada y me exhortaban
a continuar en el futuro. Todos juraban que sus mujeres
nunca habían sido ultrajadas, y que jamás habían recibido el
260 menor daño de mí. A continuación, di lectura ante los galileos
a dos de las cartas enviadas por los hombres de Jonatán que
habían sido interceptadas y enviadas a mí por los guardias
que había puesto en los caminos; estaban llenas de calumnias,
y en ellas me acusaban falsamente de actuar más como
261 tirano que como general. Contenían otras muchas cosas que
no eran sino calumnias vergonzosas. Expliqué al pueblo que
tenía en mi poder las cartas porque sus portadores me las
habían entregado voluntariamente, pues no quería que mis
adversarios conocieran la existencia de los puestos de vigi-
lancia y dejaran de escribir.

El pueblo se enfurece contra los delegados de Jerusalén

1 262 Cuando los galileos escucharon esto, muy
excitados, se dispusieron a lanzarse contra
Jonatán y sus compañeros para matarlos.
Y lo habrían hecho si yo no hubiese cal-
mado su cólera. A Jonatán y los suyos
prometí perdonarles lo sucedido a condición de que cambia-

ran su actitud y, de regreso a su patria, dijeran a los que los
habían enviado la verdad sobre mi conducta en los asuntos
de gobierno. Luego les dejé partir, aunque sabía que no 263
cumplirían ninguna de sus promesas. El pueblo ardía de
rabia contra ellos y me pedía que les permitiese castigar a
quienes se habían atrevido a semejantes cosas. Intenté por 264
todos los medios convencerlos de que perdonaran a esos
hombres, sabiendo que toda sedición es funesta para el bien
común; pero el pueblo mantenía invariable su furia y se
lanzó en masa hacia la casa donde se alojaban Jonatán y sus
compañeros. Cuando comprendí que no podía controlar su 265
cólera, salté al caballo y ordené a la multitud que me siguiera
a la aldea de Sogane, que dista de Garaba veinte estadios.
Con esta estratagema conseguí que no pareciera que yo
iniciaba una guerra civil.

Josefo envía una delegación a Jerusalén

Cerca ya de Sogane, hice que la multitud 266 52
se detuviera y les exhorté a que no se
dejasen llevar impetuosamente por su có-
lera, cuando las consecuencias podían ser
fatales[84]; luego, ordené que cien hombres
de edad avanzada y, además, notables, se prepararan para
viajar a Jerusalén a presentar ante el pueblo las quejas
contra los que sembraban la división en el país. «Si se dejan 267
ablandar por vuestras palabras, les dije, pedid a la Comunidad
que dé por escrito la orden de que yo permanezca en Galilea,
y que Jonatán y los suyos se vayan de aquí». Cuando les 268
hube dado esas instrucciones, hicieron inmediatamente los
preparativos y, tres días después de la asamblea, les hice
emprender la marcha con una escolta de quinientos soldados.
También escribí a mis amigos de Samaria para que cuidasen 269

[84] Cf. 267.

de su seguridad durante el trayecto a través de su territorio,
pues Samaria estaba ya bajo dominación romana y era
necesario pasar por allí si se quería ir deprisa; de esta manera,
270 desde Galilea se puede llegar a Jerusalén en tres días. Yo
mismo acompañé a los delegados hasta las fronteras de
Galilea, después de poner vigilantes en los caminos para que
nadie pudiera enterarse fácilmente de su partida. Una vez
hecho esto, establecí mi residencia en Jafa[85].

Intento de insurrección en Tiberíade

271 Los hombres de Jonatán, al fracasar su
acción contra mí, dejaron que Juan regre-
sara a Giscala y ellos se dirigieron a Tibe-
ríade esperando tenerla pronto en sus ma-
nos; pues Jesús, que entonces era su ar-
conte[86], les había escrito que estaba influyendo en el pueblo
para que, cuando ellos llegaran, los acogieran y se pusieran
272 de su parte. Con esa esperanza se pusieron en camino. Silas,
a quien, como he dicho, había dejado al cuidado de Tiberíade,
me notificó todo esto en una carta y me pedía que acudiera
rápidamente. Yo le hice caso y acudí enseguida, aunque al
273 hacerlo puse en peligro mi vida por el motivo siguiente: Las
gentes de Jonatán, que habían llegado ya a Tiberíade, habían
convencido a muchos que estaban en desacuerdo conmigo
de que me abandonasen; pero al enterarse de mi llegada,
temiendo por sus vidas, acudieron a mí, me saludaron y me
felicitaron por la forma en que había restablecido la situación en
Galilea; se alegraban conmigo por el honor que se me dispen-
274 saba. Decían que mi gloria era para ellos motivo de orgullo,
pues habían sido mis maestros y eran mis conciudadanos.

[85] Cf. 230 y la nota.

[86] Niese en su edición omite *árchōn*. Pero en 294 este personaje parece actuar como arconte de la sinagoga.

Me aseguraban que mi amistad hacia ellos era más legítima
que la de Juan y que a pesar de estar deseosos de volver a su
patria, esperarían hasta haber puesto a Juan en mis manos.
Y como lo afirmaban con los juramentos más terribles que 275
se conocen entre nosotros, no me parecía lícito dudar de
ellos. Finalmente, me pidieron que me alojara en otra parte,
pues al día siguiente era sábado y no era conveniente, decían,
causar molestias a la ciudad de Tiberíade.

Reunión en la sinagoga de Tiberíade

Yo me dirigí a Tariquea sin ninguna 276 54
sospecha, dejando, no obstante, en la ciu-
dad algunos hombres encargados de ave-
riguar lo que se decía de mí. Aposté otros
muchos en todo el trayecto entre Tariquea
y Tiberíade, para que me transmitieran las noticias que les
fueran llegando de los que había dejado en la ciudad. Al día 277
iguiente hubo asamblea general en la sinagoga[87], un gran
edificio capaz de albergar a una gran multitud. Entró Jonatán,
pero no se atrevió a hablar claramente de rebelión; dijo
solamente que la ciudad necesitaba un general más capaci- 278
tado. El arconte Jesús, sin embargo, dijo abiertamente y sin
rodeos: «Ciudadanos, es preferible que nosotros obedezcamos
a cuatro hombres y no a uno solo, tratándose además de
hombres de linaje ilustre y de inteligencia poco común», y
señalaba a Jonatán y a sus compañeros. Justo, adelantándose, 279
alabó la propuesta de Jesús, y convenció a algunos hombres
del pueblo. Sin embargo, la mayoría no encontraba de su
agrado estos discursos e inevitablemente se hubiera producido
una revuelta si no se hubiera disuelto la reunión al llegar la
hora sexta, pues los sábados solemos cenar a esa hora. Así,

[87] Literalmente «oratorio». Cf. *Hechos de los Apóstoles* 16, 13, y JUVENAL, *Sátiras* III 296.

Jonatán y los suyos, obligados a aplazar la sesión hasta el día siguiente, se retiraron sin haber conseguido nada.

Llegada inesperada de Josefo a Tiberíade

280 Me comunicaron todo eso enseguida y decidí presentarme en la ciudad al rayar el alba. Llegué, pues, de Tariquea al día siguiente hacia la primera hora y me encontré al pueblo reunido ya en la sinagoga,
281 aunque sin saber para qué había sido convocado. Al verme aparecer de improviso, Jonatán y sus compañeros se quedaron desconcertados; luego decidieron difundir el rumor de que habían sido vistos algunos jinetes romanos en la frontera, en el lugar llamado Homonea[88], a una distancia de treinta
282 estadios de la ciudad. Cuando se extendió esa noticia inventada por ellos, Jonatán y los suyos me suplicaban que no permitiera que su país fuera saqueado por los enemigos; hablaban así porque, con el pretexto de una ayuda urgente, se proponían alejarme y hacer cambiar de opinión a la ciudad, poniéndola en contra mía.

283 Aunque conocía sus intenciones, consentí en ello para que los tiberienses no pensaran que no me preocupaba de su seguridad. Así pues, me puse en camino y como no encontré
284 ningún rastro de los enemigos en el lugar indicado, regresé a marchas forzadas y me encontré con que se habían reunido la asamblea en pleno y la gente del pueblo, y que los hombres de Jonatán estaban haciendo campaña contra mí, acusándome de llevar una vida licenciosa y de no hacer nada para
285 aliviarles el peso de la guerra. Para apoyar sus palabras, presentaban cuatro cartas que, según ellos, habían recibido de las gentes de los confines de Galilea, en las cuales solicitaban

[88] «Concordia». Probablemente Umm Junieh, aldea situada a orillas del Jordán, a unos tres kilómetros al sur de Tariquea y once de Tiberíade.

ayuda, porque en un plazo de tres días tropas romanas de infantería y de caballería iban a saquear su región; insistían en que no dejasen de lado el asunto y acudieran rápidamente.
Al oír esto, los habitantes de Tiberíade, pensando que les 286
decían la verdad, empezaron a gritarme que, en vez de quedarme sentado, debía ir en ayuda de sus compatriotas.
Entonces yo, que había comprendido la mala intención de 287
Jonatán y los suyos, dije que estaba dispuesto a cumplir sus deseos y les prometí marchar sin dilación al lugar del combate; no obstante, puesto que las cartas decían que los romanos habían atacado en cuatro sitios diferentes, propuse dividir el ejército en cinco partes, y poner al frente de cada una a
Jonatán y a sus compañeros. Pues los hombres valientes no 288
sólo deben dar consejos sino asumir el mando ante una necesidad urgente, y yo solamente podía mandar una división.
Mi proposición agradó mucho al pueblo, y aquéllos se 289
vieron obligados a ir a la guerra. Sus planes fracasaron estrepitosamente; no pudieron conseguir lo que habían planeado pues con mi estratagema había desbaratado sus proyectos.

Otra conspiración para apresar a Josefo

Uno de ellos, llamado Ananías, hombre 290 56
malvado y ruin, propuso a la asamblea que se fijara para el día siguiente un ayuno general en honor de Dios y pidió a todos que se presentaran desarmados en el mismo lugar y a la misma hora para manifestar ante Dios que, si no obtenían ayuda de Él, consideraban inútiles todas las armas.
Hablaba de esa manera, no por religiosidad, sino para co- 291
gernos a mí y a los míos desarmados. Me vi obligado a aceptar para que no pareciera que desdeñaba una sugerencia dictada por la piedad. Cuando nos retiramos a nuestras
casas, los partidarios de Jonatán escribieron a Juan pidiéndole 292

que se reuniese con ellos al alba con cuantos soldados pudiese, pues así podría apresarme fácilmente y hacer conmigo lo
293 que quisiera. Juan, en cuanto recibió la carta, se apresuró a obedecer. Por mi parte, al día siguiente, ordené a dos hombres de mi guardia personal, los que tenían fama de ser más valientes y leales, que me acompañasen llevando puñales escondidos bajo la ropa, para poder defendernos en caso de un ataque de los enemigos; yo mismo me puse una coraza, me ceñí una espada disimulándola lo mejor posible y me dirigí a la sinagoga.

294 Jesús, el arconte[89], había ordenado que no dejaran entrar a todos mis hombres. Él mismo se había situado en la puerta y sólo nos permitió la entrada a mis amigos y a mí[90].
295 Estábamos ya celebrando los ritos y nos disponíamos a recitar las plegarias, cuando Jesús se puso en pie y me preguntó en casa de quién estaban depositados los objetos y los lingotes de plata sin acuñar robados en el incendio del palacio real[91]. Hablaba de esto para ganar tiempo hasta que
296 llegara Juan. Le respondí que estaban bajo la custodia de Capela y los diez principales de Tiberíade[92]. «Pregúntales tú mismo, le dije, no te miento». Ellos lo confirmaron; «y las veinte piezas de oro que recibiste por la venta de un lingote
297 ¿qué ha sido de ellas?», dijo. Le contesté que se las había entregado a los delegados enviados por ellos a Jerusalén para gastos de viaje. A eso, Jonatán y los suyos manifestaron que no había actuado correctamente pagando a los delegados
298 con dinero del tesoro público. Estas palabras exasperaron al pueblo que se dio cuenta de la falta de honradez de aquellos

[89] Cf. 271.

[90] Cf. 293 y 303, Jesús deja entrar a los dos guardias personales de Josefo.

[91] Cf. 66-69.

[92] Cf. 32.

hombres; entonces yo, advirtiendo que estaba a punto de producirse un motín, para excitar aún más al pueblo contra esas gentes, dije: «Si no he actuado correctamente pagando vuestra embajada con dinero público, calmad vuestro enojo; pagaré con mi propio dinero las veinte piezas de oro».

Ante esta contestación, Jonatán y los suyos se quedaron 299 58
callados, pero el pueblo se enfureció todavía más contra ellos, pues con su proceder, habían demostrado claramente su injustificada hostilidad hacia mí. Jesús, al ver el cambio 300
producido, pidió que se retirara el pueblo y quedara solo el Consejo, con el pretexto de que con tal alboroto era imposible examinar asuntos tan importantes. Mientras el pueblo gritaba 301
que no me dejaría solo con ellos, llegó un mensajero que comunicó discretamente a las gentes de Jesús que ya se acercaba Juan con sus soldados; entonces Jonatán y sus compañeros ya no pudieron contenerse; tal vez Dios velaba por mi seguridad, pues sin esta circunstancia, sin duda habría muerto a manos de Juan. «Ciudadanos de Tiberíade, exclamó, 302
dejad el asunto de las veinte piezas de oro, pues ésa no es la causa por la que Josefo merece la muerte, sino por haber intentado erigirse en tirano y haberse adueñado del poder engañando al pueblo de Galilea con su palabrería». Mientras hablaba, sus amigos se lanzaron inmediatamente contra mí e intentaron matarme. Cuando mis compañeros vieron lo que 303
pasaba, sacaron sus espadas[93] y les amenazaron con usarlas si me causaban algún daño; el pueblo, a su vez, cogió piedras para lanzárselas a Jonatán, y así me salvó de la violencia de mis enemigos.

No me había alejado mucho, cuando estuve a punto de 304
encontrarme con Juan que llegaba con sus tropas. Tuve miedo y cambié de dirección, huyendo por un camino estre-

[93] Josefo les había hablado sólo de puñales (cf. 293).

cho que conduce al lago; subí a una barca y crucé a Tariquea,
305 escapando de este peligro de manera inesperada. Allí, convoqué inmediatamente a los notables de Galilea y les referí cómo había sido traicionado por Jonatán y sus compañeros
306 y había estado a punto de morir a sus manos. El pueblo de Galilea se enfureció contra ellos y me instaba a que les declarara la guerra sin dudarlo, y que a ellos, los galileos, les permitiera ir contra Juan para acabar con él y, al mismo
307 tiempo, con Jonatán y sus hombres. Aunque estaban muy indignados pude contenerlos, pidiéndoles que esperaran hasta conocer el informe de la delegación que habían enviado a
308 Jerusalén, pues era necesaria su conformidad para actuar, les decía yo. De esa manera logré convencerlos. Por su parte Juan, al ver fracasada su maniobra, regresó a Giscala.

Confirmación de Josefo en su cargo

309 A los pocos días, regresaron nuestros enviados y comunicaron que el pueblo estaba muy indignado contra Anás y Simón, hijo de Gamaliel, porque, sin contar con la opinión de la Comunidad, habían enviado embajadores a Galilea para tratar de conseguir mi destitu-
310 ción[94]; añadieron que el pueblo se había lanzado a sus casas para quemarlas. Traían también cartas en las que las autoridades de Jerusalén, ante la insistencia del pueblo, me confirmaban a mí en el gobierno de Galilea y ordenaban que Jonatán y sus compañeros regresaran rápidamente a sus
311 casas. Me encontré con estas cartas cuando llegué a la aldea de Arbel[95]; allí convoqué a los galileos a una asamblea y

[94] Sobre la intervención de Simón contra Josefo, cf. 190-193 y *Guerra de los judíos* IV 159.

[95] Aldea de Galilea, cerca del lago Genesaret; hoy Irbid.

pedí a los emisarios que refiriesen la cólera y el odio que
había provocado la conducta de las gentes de Jonatán y cómo 312
me habían ratificado en el mando de la provincia; les pedí también que mostraran el documento que contenía la expulsión de Jonatán y los suyos. Me apresuré a hacer llegar a éstos la carta por un mensajero al que encargué que averiguase qué pensaban hacer.

Reacción de los delegados de Jerusalén

Estos hombres, profundamente alterados 313 61
por el contenido de la carta, mandaron llamar a Juan, a los miembros del Consejo de Tiberíade y a las autoridades de Garaba, y se reunieron para examinar lo que debían
hacer. Los tiberienses opinaban que era mejor que ellos 314
siguieran en el gobierno y no abandonaran la ciudad que les habían confiado, sobre todo no estando yo dispuesto a
dejarlos tranquilos, y mentían imputándome esa amenaza. Juan 315
no sólo era de su misma opinión, sino que además les aconsejaba que dos de ellos se presentasen ante el pueblo para acusarme por mi mala administración de la provincia de Galilea y añadía que podría convencerles fácilmente por
su buena reputación y porque la multitud es versátil. Consi- 316
deraron la proposición de Juan la mejor y acordaron enviar a Jerusalén a Jonatán y a Ananías, y dejar a los otros dos en Tiberíade. Para su seguridad los acompañó una escolta de cien soldados.

Josefo intercepta a los emisarios

Los tiberienses tomaron la precaución de 317 62
fortificar los muros y dieron orden a los ciudadanos de tomar las armas; pidieron a Juan que enviara gran número de soldados por si tenían necesidad de refuerzos
contra mí. Juan se encontraba entonces en Giscala. Jonatán 318

y los suyos, que regresaban de Tiberíade, al llegar hacia la media noche a la aldea de Dabarita, situada en los confines de Galilea, en la Gran Llanura[96], cayeron en manos de mis centinelas, que les obligaron a dejar las armas y los apresaron
319 allí mismo de acuerdo con mis instrucciones. Leví, que estaba encargado de la vigilancia, me informó de ello. Esperé dos días como si no supiera nada y luego envié un mensaje a las gentes de Tiberíade aconsejándoles que dejaran las armas y
320 permitieran a los hombres regresar a sus casas. Pero como creían que Jonatán y los suyos habrían llegado ya a Jerusalén, me contestaron con insultos; yo, sin inmutarme, buscaba el
321 modo de engañarlos. Iniciar una guerra contra conciudadanos[97] no me parecía piadoso; quise entonces alejarlos de los tiberienses y escogí a los diez mil mejores soldados, los dividí en tres batallones y les ordené que se mantuvieran
322 emboscados en Adama[98]; puse mil hombres en otra aldea igualmente montañosa, situada a cuatro estadios de Tiberíade, con orden de que bajaran en cuanto recibiesen la señal, y yo,
323 saliendo de la aldea, me situé en un lugar bien visible. Los tiberienses, al verlo, salían continuamente y me cubrían de insultos; su locura llegó a tal extremo que colocaron un magnífico lecho fúnebre, y de pie alrededor de él lloraban por mí entre bromas y risas; yo me divertía con el espectáculo de su locura.

[96] Cf. 126.

[97] Los dos delegados que se quedaron en Tiberíade (cf. 316).

[98] Admitimos la corrección de Thackeray; se espera un nombre de lugar y Adama (Damieh), situada a unos diez kilómetros al sudoeste de Tiberíade, parece conveniente.

Josefo ataca a la ciudad de Tiberíade

Con la intención de coger en una trampa 324 63
a Simón y con él a Joazar[99], les envié un mensaje invitándoles a ir a un lugar cercano a la ciudad bajo la protección de numerosos amigos; quería, les dije, bajar allí para pactar con ellos el reparto del gobierno de Galilea. Simón, 325
llevado por su juventud y su codicia, no dudó en acudir, pero Joazar, que sospechaba la trampa, no se movió. Llegó, pues, Simón escoltado por sus amigos y yo le salí al encuentro; le saludé amistosamente y le di las gracias por haber venido. Al poco rato, dimos un paseo como si quisiera 326
hablar a solas con él, y cuando estábamos lejos de sus amigos, cogiéndole por la cintura, lo llevé hasta la aldea y lo entregué a mis amigos; luego ordené a los soldados que bajaran y con ellos procedí al asalto de Tiberíade. Fue un 327
combate encarnizado por ambas partes y los tiberienses estuvieron a punto de alcanzar la victoria, ya que nuestros soldados habían emprendido la huida; pero yo, al darme cuenta de lo que pasaba, hice una llamada a las tropas y con ellas perseguí a los tiberienses, que iban ganando, hasta la ciudad. Despaché otras tropas hacia el lago con orden de incendiar la primera casa que tomasen. Cuando se produjo 328
el incendio, los tiberienses, creyendo que su ciudad había sido tomada por asalto, atemorizados, arrojaron las armas y vinieron con mujeres y niños a suplicarme que me apiadase de su ciudad. Ante sus ruegos, contuve el furor de los solda- 329
dos y, como era ya de noche, abandoné el asedio junto con mis tropas y me dediqué a los cuidados del cuerpo. Invité a 330
cenar a Simón, le consolé por lo sucedido y le prometí que les daría lo necesario para el viaje y que les dejaría a él y a los suyos regresar a Jerusalén con toda clase de seguridades.

[99] Cf. 197.

La comisión de Jerusalén regresa a su ciudad

4 331 Al día siguiente me presenté en Tiberíade con diez mil soldados; hice acudir al estadio a los notables del pueblo y les pedí que me señalasen a los causantes del levanta-
332 miento. Cuando lo hubieron hecho, envié a los culpables, encadenados, a la ciudad de Jotapata; luego, puse en libertad a Jonatán, a Ananías y a sus compañeros y junto con Simón y Joazar los envié a Jerusalén con quinientos
333 soldados para su protección y lo necesario para el viaje. Los tiberienses vinieron de nuevo a implorar perdón por sus actos, prometiendo reparar sus errores y guardarme lealtad en el futuro; me pedían que salvara lo que quedaba del pillaje para dárselo a los que habían perdido sus pertenencias.
334 Mandé a los que las tenían que las entregasen delante de todos, pero se mostraban remisos a obedecer; al ver a uno de mis soldados con un vestido más lujoso que lo acostumbrado,
335 le pregunté de dónde lo había sacado. Me respondió que procedía del saqueo de la ciudad; entonces le hice azotar y amenacé a todos los demás con castigos mayores si no dejaban a la vista de todos lo que habían cogido. Se recuperaron muchas cosas y devolví a los habitantes de Tiberíade lo que cada uno reconoció como suyo.

Digresión sobre el historiador Justo de Tiberíade

5 336 Llegados a este punto de mi relato, quiero hacer unas breves aclaraciones sobre Justo, quien también ha escrito acerca de estos mismos sucesos, y sobre los demás que, aunque aseguran que escriben historia, se preocupan poco de la verdad y por odio o parcialidad no
337 dudan en mentir. Actúan de modo parecido a los falsificadores de contratos, pero, como no temen castigos semejantes
338 a los de aquéllos, desprecian la verdad. Así Justo, al disponerse a escribir la historia de esta guerra, para aparecer

como un hombre laborioso, me ha calumniado a mí y tampoco ha dicho la verdad sobre su ciudad natal. Por ello, viéndome obligado a defenderme de sus falsos testimonios, voy a decir lo que hasta ahora he callado. Y que nadie se 339
extrañe de que haya esperado tanto tiempo para hablar, pues, aunque el historiador debe decir la verdad, también tiene el derecho a no mostrarse cruel evidenciando las maldades de algunos individuos, y no por benevolencia hacia ellos, sino para mantener su propia moderación.

Pues bien, ¿cómo, Justo —si se me permite dirigirme a 340
él como si estuviera presente—, el más genial de los escritores (tú presumes de ello), cómo es que nos haces a los galileos y a mí responsables de la insurrección de tu ciudad natal contra Roma y contra el Rey? Antes de que yo fuese nombrado 341
gobernador de Galilea por la comunidad de Jerusalén, tú y todos los habitantes de Tiberíade no sólo habíais tomado las armas sino que estabais ya en guerra contra la Decápolis de Siria. En todo caso, tú incendiaste sus aldeas y tu criado cayó en aquella empresa. Y no soy el único que dice esto, 342
está mencionado así en las *Memorias* del emperador Vespasiano[100] y también cómo en Ptolemaida los habitantes de la Decápolis pedían a gritos a Vespasiano que te castigara como responsable de todo. Y habrías sufrido el castigo 343
ordenado por Vespasiano si el rey Agripa, que había obtenido el poder de darte muerte, no te hubiera conmutado la sentencia por un largo período de prisión, atendiendo a los insistentes ruegos de su hermana Berenice. Después, tus 344
intervenciones en la vida pública demostraron claramente tu dudosa conducta y sobre todo tu culpabilidad en el levantamiento de tu ciudad natal contra los romanos. De ello presentaré pruebas enseguida. Quiero también dirigir unas 345

---

[100] Relato oficial hecho sobre las notas de campaña de Vespasiano.

breves palabras a los demás habitantes de Tiberíade y mostrar a los futuros lectores de esta historia que no fuisteis amigos
346 ni de Roma ni del Rey. Las ciudades más importantes de Galilea son Séforis y Tiberíade, tu ciudad natal, Justo. Ahora bien, Séforis, al estar situada en el centro de Galilea y rodeada de numerosas aldeas, hubiera podido emprender fácilmente alguna acción contra los romanos si hubiera querido; sin embargo, como había optado por mantenerse fiel a sus señores, incluso a mí me cerró sus puertas y no permitió que ninguno de sus ciudadanos militara en las filas
347 de los judíos. Con el fin de mantener su seguridad también respecto a nosotros, me engañaron encargándome la fortificación de su ciudad con muros y recibieron de buen grado una guarnición de Cestio Galo, jefe de las legiones romanas de Siria. Fue un desprecio para mí, que gozaba entonces de
348 gran poder y era respetado por todos. Y cuando Jerusalén, nuestra capital, fue sitiada y nuestro templo común corría el peligro de caer en manos de los enemigos, no enviaron ayuda por miedo a parecer que tomaban las armas contra
349 los romanos. En cambio tu ciudad natal, Justo, situada junto al lago de Genesaret, a una distancia de treinta estadios de Hipo, a sesenta de Gadara y a ciento veinte de Escitópolis [101], ciudad bajo la jurisdicción del Rey, sin ninguna otra ciudad judía cerca, hubiera podido mantenerse fiel a Roma sin
350 dificultad, si hubiera querido; además erais una población numerosa y disponíais de armas en abundancia. Sin embargo, según dices tú, el único responsable en aquel momento era yo; y después ¿quién fue el responsable, Justo? Pues sabes bien que antes del sitio de Jerusalén fui apresado por los romanos, que Jotapata y otras muchas fortalezas fueron

[101] Escitópolis era una ciudad independiente bajo soberanía romana, pero nunca fue posesión de Agripa.

tomadas al asalto y que un gran número de galileos cayó en el combate. En ese momento, puesto que ya nada teníais que 351
temer de mí, deberíais haber entregado las armas y haberos presentado al Rey y a los romanos, ya que no habíais entrado en guerra con ellos por propia voluntad sino obliga- 352
dos. Sin embargo esperasteis la llegada de Vespasiano, y cuando ya estaba cerca de los muros con todo su ejército, entonces, espantados, dejasteis las armas. Y con toda seguridad vuestra ciudad habría sido tomada por la fuerza si Vespasiano no hubiera escuchado los ruegos del Rey que pedía perdón por vuestra locura. Por tanto, no soy yo el responsable, sino vosotros que decidisteis la guerra. ¿Olvidas 353
acaso que, a pesar de haber estado tantas veces a mi merced, no os he dado muerte a ninguno, mientras que vosotros en vuestras luchas internas matasteis a ciento ochenta y cinco conciudadanos, y no por lealtad a los romanos ni al Rey, sino por vuestra propia maldad? Entonces yo me encontraba en Jotapata sitiado por los romanos. Y más aún ¿no se 354
encontraban en el sitio de Jerusalén dos mil tiberienses de los cuales unos murieron y otros fueron capturados?

Pero tú dirás que no eras enemigo de Roma, porque en aquel momento te refugiaste junto al Rey; pero afirmo que actuaste así porque tenías miedo de mí. En tu opinión, yo soy 355
un miserable; pero el rey Agripa que te salvó la vida cuando fuiste condenado a muerte por Vespasiano y que te regaló tanto dinero ¿por qué te encarceló después dos veces y te expulsó otras tantas de tu ciudad natal, e incluso una vez te condenó a muerte, aunque luego te perdonó la vida por los insistentes ruegos de su hermana Berenice? Y cuando después 356
de todas tus malas acciones te confió el cargo de secretario y se dio cuenta de que lo desempeñabas deshonestamente, te alejó de su vista. Pero voy a dejar de dar pruebas detalladas de todo eso.

357 Sin embargo, lo que más me asombra de tu desvergüenza
es que te atrevas a decir que de todos los que han escrito
sobre estos acontecimientos eres tú el que mejor los ha
contado, cuando ni conoces lo que ocurrió en Galilea —pues
en esa época te encontrabas en Beritos con el Rey— ni lo
que tuvieron que soportar los romanos o lo que nos infligieron
a nosotros en el sitio de Jotapata. Tampoco has podido
averiguar el papel que yo desempeñé durante el sitio, pues
todos los que hubieran podido informarte de ello murieron
358 en aquella batalla. Tal vez digas que has relatado con exac-
titud lo sucedido en Jerusalén. ¿Cómo es posible, si ni
tomaste parte en la guerra ni has leído las *Memorias* del
César[102]? La mejor prueba es que en ellas está escrito lo
359 contrario. Y si te atreves a decir que tu obra es la mejor de
todas, ¿por qué no la publicaste cuando aún vivían los
emperadores Vespasiano y Tito que habían dirigido la guerra,
y cuando todavía estaban con nosotros el rey Agripa y toda
360 su familia, personas imbuidas de cultura griega? Pues hace
veinte años ya la tenías escrita y entonces hubieras podido
obtener el testimonio de veracidad de los testigos oculares.
En cambio te atreves a publicarlo ahora, cuando esas personas
ya no están entre nosotros y sabes que no te van a desmentir.
361 Yo no he tenido miedo por mi obra como tú, pues
entregué los libros a los propios emperadores cuando los
sucesos estaban casi a la vista. Consciente de haber conser-
vado la verdad en mi obra, no me decepcionaron los testi-
362 monios que recibí sobre ella. También presenté enseguida mi
Historia a otras muchas personas, de las que algunas habían
participado en la guerra, como el rey Agripa y algunos de
363 sus allegados. Y el emperador Tito mostró tanto deseo de que
el público conociera estos sucesos sólo por mis libros, que

102 Tito. Cf. 342 y nota.

los firmó con su propia mano y ordenó su publicación. En 364
cuanto al rey Agripa, tiene escritas sesenta y dos cartas
testimoniando la autenticidad de mi relato. Presento aquí
dos de ellas que, si lo deseas, te permitirán hacerte una idea
de la naturaleza de su contenido.

«El rey Agripa saluda a su queridísimo amigo Josefo. He 365
leído tu libro con sumo placer y me parece que has escrito
con mucha más exactitud que otros que han tratado el tema.
Envíame los demás volúmenes. Te deseo buena salud.»

«El rey Agripa saluda a su queridísimo amigo Josefo. En 366
tu obra se observa que no necesitas ningún tipo de aclaración
para darnos a conocer la totalidad de los hechos desde sus
comienzos. No obstante, cuando nos encontremos, podré
informarte de muchos detalles ignorados.»

Una vez terminada mi *Historia,* Agripa, sinceramente y 367
no con ánimo de adularme (cosa impropia de él), ni tampoco
por ironizar, como dirías tú[103] (pues estaba muy lejos de esas
malas costumbres), seguía dando testimonio de su veracidad,
como todos los lectores de mis obras de historia. Pero cese
aquí esta digresión sobre Justo que me parecía obligada.

Juan de Giscala es abandonado por sus partidarios

Después de atender los asuntos de Tibe- 368 66
ríade[104], convoqué a mis amigos a una
reunión para decidir qué medidas íbamos
a tomar contra Juan. La opinión unánime
de los galileos era que les diera armas a to-
dos ellos para ir contra Juan y castigarle como responsable
del levantamiento. Pero yo no estaba de acuerdo con sus 369
planes, pues deseaba acabar con los disturbios sin derrama-

103 Justo.

104 Vuelve a tomar el relato interrumpido en 336. Cf. *Guerra de los judíos* II 622-625.

miento de sangre; por tanto les aconsejé que hicieran todo lo
posible por averiguar los nombres de los partidarios de
370 Juan. Así lo hicieron, y cuando supe quiénes eran, proclamé
un bando ofreciendo seguridad y ayuda a los hombres de
Juan que estuviesen dispuestos a cambiar de actitud, dándoles
un plazo de veinte días para reflexionar sobre sus propias
conveniencias. En el caso de que no dejasen las armas, les
371 amenazaba con quemar sus casas y confiscar sus bienes. Al
oír eso, los hombres se alarmaron mucho y, deponiendo las
armas, abandonaron a Juan y se unieron a mí; eran cuatro
372 mil. Sólo se quedaron con Juan sus conciudadanos y algunos
extranjeros de la capital de los tirios, unos mil quinientos
aproximadamente. Juan, al ser vencido por mí de esta manera, se quedó en su ciudad natal lleno de miedo.

Ataque a la ciudad de Séforis

7 373 Por ese tiempo, los seforitas, que se sentían seguros por la solidez de sus muros y
porque me veían a mí ocupado en otros
asuntos, se atrevieron a coger las armas [105].
Enviaron un mensaje a Cestio Galo, gobernador de Siria, pidiéndole que viniera enseguida personalmente a hacerse cargo de la ciudad, o que enviara una
374 guarnición. Galo prometió que iría, pero sin precisar cuándo.
Al enterarme de esas negociaciones, me dirigí con mis tropas
375 contra los seforitas y tomé la ciudad al asalto. Con este pretexto, los galileos, que no querían desaprovechar la oportunidad de saciar su odio contra una ciudad a la que detestaban,
se lanzaron a exterminar a la totalidad de la población,
376 incluidos los extranjeros. Irrumpieron en la ciudad y, encontrando las casas vacías, las quemaron, pues sus habitantes,
llenos de miedo, se habían refugiado en la acrópolis. Lo

[105] Cf. *Guerra de los judíos* II 645 ss.

saquearon todo sin ahorrar a sus compatriotas ninguna
forma de pillaje. Este espectáculo me apenó profundamente 377
y les ordené que cesaran, recordándoles que no era piadoso
proceder así contra hombres de la misma raza. Como no 378
escuchaban ni mis exhortaciones ni mis mandatos y su odio
era superior a mis consejos, ordené a mis amigos más fieles
que difundieran el rumor de que los romanos habían irrumpido por la otra parte de la ciudad con un gran ejército.
Procedí así para que, al difundirse esta noticia, se aplacara 379
el ímpetu de los galileos y se salvara la ciudad de los seforitas.
Finalmente la estratagema dio resultado. Pues al oír esta 380
noticia, temiendo por sus vidas, abandonaron el botín y
huyeron, sobre todo al ver que yo, su general, hacía otro
tanto, pues para dar credibilidad al rumor que circulaba,
fingí encontrarme en la misma situación que ellos. Los
seforitas se salvaron contra lo esperado gracias a mi astucia.

Josefo salva Tiberíade de la furia de los galileos

Tiberíade también estuvo a punto de ser 381 68
saqueada por los galileos. El motivo fue el
siguiente: los miembros más importantes
del Consejo escribieron al Rey pidiéndole
que viniese a hacerse cargo de la ciudad.
El Rey prometió que iría, dando la respuesta en una carta 382
que confió a uno de sus criados de raza judía llamado
Crispo para que la llevase a los tiberienses. Los galileos, al 383
reconocer al correo, lo detuvieron y lo trajeron a mi presencia;
la noticia provocó la indignación general y todos recurrieron
a las armas. Al día siguiente, un gran número de personas 384
procedentes de distintos lugares acudió a la ciudad de Asoquis, donde yo residía [106], acusando a gritos a Tiberíade de
traición y de ser aliada del Rey, y pidiéndome que les

[106] Cf. 207 y 233.

permitiera bajar para destruirla por completo, pues odiaban a los tiberienses tanto como a los seforitas.

385 Al oírlos, me preguntaba cómo podría librar a Tiberíade de la furia de los galileos, ya que no podía negar que los tiberienses habían escrito al Rey pidiéndole que fuera, y su
386 respuesta era la verdadera prueba de ello. Tras larga reflexión les dije: «Sé muy bien que los tiberienses han cometido una falta, y no os voy a impedir saquear su ciudad. No obstante, en asuntos tan graves es necesario actuar con juicio. Los tiberienses no han sido los únicos que han traicionado nuestra libertad; otros muchos hombres, incluso de los más conside-
387 rados de Galilea, también lo han hecho. Esperad, pues, hasta que yo descubra exactamente quiénes han sido los culpables y entonces tendréis a todos en vuestras manos, a
388 éstos y a cuantos podáis añadir por vuestra cuenta». Con estas palabras logré convencer al pueblo, y cuando se aplacó su cólera se dispersaron. Ordené que encarcelaran al mensajero del Rey, pero pocos días después, con el pretexto de que un asunto personal urgente me obligaba a salir del territorio del Rey[107], mandé llamar a Crispo y, en secreto, le ordené que emborrachara al soldado encargado de la guardia y
389 huyera junto al Rey, pues nadie le perseguiría. Éste, siguiendo mis instrucciones, logró escapar. Tiberíade, que había estado a punto de ser destruida por segunda vez, gracias a mi habilidad y a mi preocupación por ella, se salvó de tan grave peligro.

[107] Tiberíade formaba parte entonces del territorio de Agripa II (cf. *Guerra de los judíos* II 252; *Antigüedades* XX 59), mientras que Asoquis, donde Josefo residía (cf. 384), parece que no.

Josefo se pone al lado del Rey Agripa

Por ese tiempo, Justo, hijo de Pisto, huyó 390 70
al lado del Rey sin que yo me enterara. Explicaré por qué lo hizo: al estallar la 391
guerra entre los judíos y los romanos, los tiberienses habían acordado someterse al Rey y no rebelarse contra los romanos[108]. Pero Justo los animaba a coger las armas, pues deseaba una insurrección y esperaba obtener el mando de Galilea y de su ciudad natal. Pero no consiguió sus propósitos, pues los galileos, resentidos 392
por el daño que Justo les había infligido antes de la guerra[109], estaban enemistados con los tiberienses y no le aceptaban como general. Yo mismo, a quien la Comunidad de Jerusalén 393
había encomendado el mando de Galilea, más de una vez llegué a tal grado de indignación, que estuve a punto de matar a Justo, pues no podía soportar su falta de honestidad. Y él, temiendo que mi deseo se realizase alguna vez, envió a Crispo a entrevistarse con el Rey, pensando que junto a él viviría más seguro.

Josefo es derrotado por los seforitas

En cuanto a los seforitas que, contra lo 394 71
que se podía esperar, habían escapado del primer peligro[110], enviaron un mensaje a Cestio Galo[111] pidiéndole que viniera rápidamente a hacerse cargo de la ciudad, o que les enviara tropas para rechazar los ataques de los enemigos. Finalmente consiguieron que Galo les enviase un numeroso ejército de infantería y de caballería que aunque llegó de noche fue muy bien acogido. Cuando las tropas ro- 395

[108] Cf. 32 ss.
[109] Cf. 342.
[110] Cf. 373 ss.
[111] Cf. 23 ss.

manas causaron daños en la región vecina, me dirigí con mis soldados a la aldea de Garis[112]; allí levanté una empalizada a veinte estadios de distancia de la ciudad de Séforis. Por la
396 noche me acerqué a la ciudad y asalté sus muros. Con la ayuda de escalas hice entrar a un gran número de mis soldados y me apoderé de la mayor parte de la ciudad. Por nuestro desconocimiento del lugar, pronto nos vimos obligados a retroceder, después de haber dado muerte a doce soldados de infantería y a algunos seforitas; nosotros sólo
397 perdimos un hombre. Luego, en un combate contra la caballería que tuvo lugar en la llanura, después de una larga y tenaz resistencia fuimos derrotados; pues mis soldados, al hacer los romanos un movimiento envolvente, emprendieron la retirada aterrados. En esa batalla perdió la vida un miembro de mi guardia personal llamado Justo, que en otro tiempo había desempeñado el mismo cargo al servicio del Rey.

398 En aquel momento llegaron las tropas del Rey, de caballería y de infantería[113], al mando de Sylas, jefe de la guardia personal. Instaló su campamento a cinco estadios de Julias[114], y estableció puestos de guardia en los caminos, en el que conduce a Seleucia[115] y en el que lleva a la fortaleza de Gamala[116], con el fin de interceptar los auxilios que pudieran recibir los habitantes de Julias de los galileos.

---

[112] Cf. 412.

[113] Cf. 382.

[114] Julias fue llamada así en honor de la hija de Augusto, Julia. Está situada al norte del lago Genesaret, en la orilla izquierda del Jordán.

[115] En Batanea, al nordeste de Julias.

[116] Al este del lago Genesaret, al sureste de Julias.

Encuentro de Josefo con las tropas del Rey

Cuando me enteré de ello, envié dos mil 399 72
soldados al mando de Jeremías, los cuales levantaron una empalizada cerca del río Jordán, a un estadio de Julias, y sólo libraron algunas escaramuzas hasta que yo me uní a ellos con tres mil soldados más. Al día siguiente, tras 400
haber dejado en emboscada a un pelotón de soldados en un barranco cercano a la empalizada, desafié a combate a las tropas del Rey, después de advertir a mis soldados que retrocedieran hasta conseguir que los enemigos se movieran hacia adelante, como en realidad ocurrió. En efecto, Sylas, 401
creyendo que los nuestros huían de verdad, avanzó dispuesto a perseguirlos; entonces los que estaban emboscados le alcanzaron por detrás y provocaron un gran desorden. Yo, 402
inmediatamente, dando un rápido giro, me lancé con mis tropas al encuentro del ejército del Rey y lo puse en fuga. Aquel día mi éxito hubiera sido completo si no se hubiera atravesado algún espíritu maligno: el caballo que yo montaba 403
durante el combate cayó en un lugar pantanoso y me tiró al suelo; como me había fracturado las articulaciones de la muñeca, fui llevado a una aldea llamada Cafarnaún. Cuando 404
mis hombres se enteraron, temiendo que me hubiera sucedido algo más grave, dejaron de perseguir al enemigo y volvieron a mi lado muy preocupados. Mandé llamar a los médicos y, después que me curaron, estuve todo ese día con fiebre; luego por la noche, por consejo de los médicos, fui trasladado a Tariquea.

Sylas y los suyos, al enterarse de mi accidente, cobraron 405 7
nuevos ánimos y, dándose cuenta de que la vigilancia de nuestro campamento estaba desatendida, por la noche pusieron en emboscada un escuadrón de caballería en la otra orilla del Jordán, y al llegar el día nos retaron a combate. Mis tropas respondieron y avanzaron hasta la llanura, pero 406

los jinetes salieron de la emboscada provocando el desorden y haciéndoles huir; mataron a seis de los nuestros. Pero no culminaron su victoria porque al oír que algunos soldados habían atravesado el lago desde Tariquea hasta Julias, se retiraron atemorizados.

Llegada de Vespasiano

407 Al poco tiempo llegó a Tiro Vespasiano acompañado del Rey Agripa. Los tirios empezaron a maldecir al Rey, acusándole de ser enemigo suyo y de los romanos, porque —decían— Filipo [117], el jefe de su campamento, había entregado el palacio real y las tropas
408 romanas que estaban en Jerusalén por orden suya. Al oírlos, Vespasiano reprendió a los tirios por ofender a un hombre que además de ser Rey, era amigo de Roma, pero aconsejó al Rey que enviara a Filipo a Roma donde daría cuenta de
409 los hechos a Nerón. Filipo fue enviado, pero al encontrar a Nerón en una situación desesperada por los desórdenes que se habían producido y por la guerra civil, no pudo entrevistarse con él y regresó junto al Rey.

410 Cuando Vespasiano se presentó en Ptolemaida, las autoridades de la Decápolis de Siria acusaban a gritos a Justo de Tiberíade por haber incendiado sus aldeas. Entonces Vespasiano lo entregó al Rey para que fuera castigado por los funcionarios reales. Pero el Rey le hizo encarcelar ocultándoselo a Vespasiano, como he referido más arriba [118].

411 Los seforitas que salieron al encuentro de Vespasiano para saludarle recibieron una guarnición mandada por Plácido [119], y avanzando con ellos hacia el interior del país*** [120],

[117] Cf. 46 ss.; 179 ss.

[118] Cf. 341-343.

[119] Cf. 213 ss. y 227.

[120] El texto presenta aquí una laguna.

yo les seguía de cerca hasta la llegada de Vespasiano a Galilea. Las circunstancias de su llegada, de qué modo libró 412
conmigo su primer combate en las cercanías de la aldea de Garis [121], cómo me retiré desde allí a Jotapata, mi conducta durante el sitio de esta plaza, cómo fui capturado, apresado y posteriormente liberado y todo lo que aconteció en la Guerra Judía y en el sitio de Jerusalén lo he contado con exactitud en mis libros sobre la guerra de los judíos. Pero 413
considero imprescindible añadir ahora los hechos de mi vida que no están consignados en la *Guerra de los judíos.*

Datos de la vida de Josefo después de la guerra

Cuando acabó el asedio de Jotapa, caí en 414 75
poder de los romanos, que me tuvieron en prisión tratado con toda clase de atenciones, pues Vespasiano me demostraba su estima de muchas maneras. Por indicación suya, me casé con una doncella de las que habían sido capturadas en Cesarea, natural del país. Pero ésta no perma- 415
neció mucho tiempo conmigo, pues murió cuando, ya en libertad, me dirigía hacia Alejandría con Vespasiano. Allí me casé de nuevo. Desde allí fui enviado con Tito al sitio de 416
Jerusalén, donde mi vida estuvo en peligro en repetidas ocasiones, pues los judíos trataban de apoderarse de mí para vengarse y los romanos, por su parte, cada vez que tenían un fracaso, pensaban que se debía a una traición mía, y presentaban continuas quejas al Emperador pidiendo que me castigara por haberles traicionado también a ellos. Pero Tito 417
César, que no ignoraba los avatares de la guerra, con su silencio hacía que cesaran los ataques de sus soldados hacia mí.

Cuando la ciudad de Jerusalén había sido ya tomada por

[121] Los manuscritos presentan Taris. Corregido por Richter según *Guerra de los judíos* III 129.

la fuerza, Tito César me ofreció repetidas veces que tomara todo lo que quisiera de las ruinas de mi patria, y repetía que
418 él daba su autorización. Pero yo, una vez perdida mi ciudad natal, no encontrando nada más preciado que pudiera conservar para consuelo de mis desgracias, pedí a Tito la libertad de los prisioneros; también recibí de él <una colección>[122]
419 de libros sagrados. Poco después, pedí la liberación de mi hermano y de cincuenta amigos míos, y mi petición fue atendida. Con el permiso de Tito entré en el templo donde estaban encerrados un gran número de prisioneros, mujeres y niños, y rescaté a cuantos amigos y familiares pude reconocer, alrededor de ciento noventa; los liberé sin que pagaran
420 rescate, devolviéndolos a su primitiva suerte. Cuando Tito César me envió con Cerealio y mil jinetes a una aldea llamada Técoa[123] para comprobar si el lugar era apropiado para construir una trinchera, de regreso vi a muchos prisioneros que habían sido crucificados, y entre ellos reconocí a tres familiares míos; sentí un gran dolor, y acercándome a
421 Tito le hablé de ello llorando. Inmediatamente ordenó que los descolgasen y les dispensaran toda clase de cuidados. Dos murieron mientras los curaban, pero el tercero sobrevivió.

Josefo, ciudadano romano

76 422 Después que Tito hubo reprimido los disturbios de Judea, sospechando que las tierras que yo poseía en Jerusalén no iban a serme rentables, puesto que iba a instalarse allí una guarnición romana, me concedió otro terreno en la llanura; y cuando me disponía a partir hacia Roma, me aceptó como compañero de travesía, tra-

[122] Posible laguna en el texto.

[123] Entre Jerusalén y Hebrón. Hoy Tékoah.

tándome con gran consideración. A nuestra llegada a Roma, 423
recibí toda clase de atenciones de Vespasiano. Me alojó en la casa que había sido suya antes de subir al poder, me honró con la ciudadanía romana, y me asignó una pensión; no cesó de honrarme sin que disminuyera su bondad hacia mí hasta el fin de sus días, lo cual puso en peligro mi vida por causa de la envidia. En efecto, un judío llamado Jonatán[124], que 424
había provocado una insurrección en Cirene ocasionando la muerte de dos mil personas de esa región a las que había arrastrado, fue encarcelado por el gobernador de la provincia, y cuando fue conducido ante el Emperador, le aseguró que yo le había proporcionado armas y dinero. Pero Vespasiano 425
no se dejó engañar por sus mentiras, sino que le condenó a muerte, y aquél fue ejecutado. También, en otras muchas ocasiones, gentes que envidiaban mi buena suerte inventaron acusaciones contra mí, pero escapé de ellas gracias a la divina providencia. También recibí de Vespasiano como regalo una importante propiedad en Judea.

Por ese tiempo, descontento de la conducta de mi mujer, 426
me divorcié de ella; me había dado tres hijos; dos de ellos han muerto, y el otro, al que llamé Hircano, vive. Más tarde 427
me casé con una mujer de raza judía que había vivido en Creta; sus padres eran de linaje noble y muy conocidos en su país. Por su carácter era superior a las demás mujeres, como demostró a lo largo de su vida. Con ella tuve dos hijos, Justo, el mayor, y Simónides, el siguiente, llamado también Agripa. Ésta ha sido mi vida familiar. 428

Mi situación con los emperadores se ha mantenido sin cambios. Así, a la muerte de Vespasiano, Tito, que le sucedió en el Imperio, me tuvo en la misma estima que su padre y en numerosas ocasiones se ha negado a creer las acusaciones de

[124] Cf. *Guerra de los judíos* VII 437-450.

429 que he sido objeto. El sucesor de Tito, Domiciano, aumentó todavía las consideraciones hacia mí: castigó a los judíos que me habían acusado y ordenó que fuera castigado un esclavo eunuco, el pedagogo de mi propio hijo, que también me había acusado. Me concedió la exención de impuestos por mi finca de Judea, lo cual representa una ventaja considerable para el beneficiario. Domicia, la mujer del César,
430 también fue siempre para mí una gran benefactora. Esto es lo que he hecho a lo largo de toda mi vida. Que los demás juzguen por ello mi conducta como les parezca.

A ti, Epafrodito, el más excelente de los hombres, te dedico el texto completo de mis *Antigüedades*[125], y por el momento, pongo fin en este punto a mi relato.

[125] La *Autobiografía* de Josefo era un apéndice de las *Antigüedades* (cf. *Antigüedades* XX 266).

CONTRA APIÓN

LIBRO I

Propósito y plan de la obra

En mi obra sobre las *Antigüedades,* noble 1 1
Epafrodito[1], creo haber dejado ya suficientemente claro para los que acudan a ella la extrema antigüedad de nuestra raza judía, la singularidad de su origen y su establecimiento en el país que hoy ocupamos. Esta historia, que he contado en griego a partir de nuestros libros sagrados,
abarca un período de cinco mil años[2]. Pero como observo 2
que muchas personas, influenciadas por las calumnias mali-

---

[1] Este personaje, mencionado en *Antigüedades* (I 8), fue secretario de Nerón, al que ayudó a suicidarse. Desterrado, fue condenado a muerte más tarde por Domiciano (SUETONIO, *Domiciano* 14). Como las *Antigüedades* fueron escritas en el 93 y Epafrodito murió en el 95 (DIÓN, LXVII 14), el *Contra Apión* debió de escribirse en el año 94 ó 95. En contra de esto se ha objetado que en la *Autobiografía*, también dedicada a Epafrodito, se habla de Agripa II como ya muerto (65, 359), y según FOCIO (cód. 33), este rey murió el año tercero de Trajano, o sea, el año 100 d. C., aunque este dato no es fiable y tampoco poseemos ninguna moneda de Agripa II posterior a Domiciano.

[2] Se refiere a las *Antigüedades*. Los cinco mil años se dividen en tres mil desde la Creación hasta Moisés (cf. I 39), y dos mil desde Moisés hasta la época de Josefo (cf. I 36; II 226). De hecho, Josefo sólo cuenta 4.223 años desde la Creación hasta Tito *(Antigüedades* X 148).

ciosas de ciertos individuos, no dan crédito a los relatos de mi historia antigua y alegan como prueba del origen relativamente reciente de nuestro pueblo el que no haya sido considerado digno de mención por los historiadores griegos
3 más conocidos, he creído que debía escribir brevemente sobre todos esos puntos, para poner de manifiesto la maldad y la deliberada falsedad de nuestros detractores, enmendar la ignorancia de los otros y dar a conocer a todos los que lo
4 deseen la verdad sobre la antigüedad de nuestra raza. Como testigos de mis afirmaciones pondré a los escritores que, a juicio de los griegos, son más dignos de crédito en lo que a la historia antigua se refiere; a los que han escrito difamaciones y mentiras sobre nosotros los presentaré para que ellos
5 mismos se confundan. Intentaré también explicar las razones por las que nuestro pueblo ha sido mencionado tan poco por los historiadores griegos y, más aún, daré a conocer los autores que no han descuidado nuestra historia a quienes los ignoran o fingen ignorarlos.

Los griegos no son dignos de crédito en lo referente a los sucesos antiguos

2 6 En primer lugar, me sorprenden muchísimo las gentes que creen que sólo hay que acudir a los griegos en lo referente a los sucesos más antiguos y buscar en ellos la verdad, desconfiando de nosotros y de los demás hombres. Pues bien, si lo que interesa es obtener lo justo partiendo de los hechos en sí y no seguir vanas opiniones, desde mi punto de vista lo adecuado
7 es todo lo contrario. Pues encuentro que entre los griegos todo es reciente, de ayer o de anteayer, por así decirlo[3], me

[3] Para este pasaje Josefo parece inspirarse en PLATÓN, *Timeo* 22b y c, donde un sacerdote egipcio habla con Solón en términos semejantes sobre la modernidad de los griegos.

refiero a la fundación de las ciudades, la invención de las artes y la redacción de las leyes; pero de todas las cosas, quizá la más reciente entre ellos es la preocupación por escribir la historia. Sin embargo, los mismos griegos recono- 8
cen que la transmisión del recuerdo de los sucesos que han tenido lugar entre los egipcios, los caldeos y los fenicios —por el momento no incluyo nuestro pueblo en esa relación—, es muy antigua y constante. Todos estos pueblos 9
habitan lugares poco expuestos a los azotes de la atmósfera, y han tenido mucho cuidado de no dejar en el olvido ninguna de las cosas que les han sucedido, sino que fueron siempre consignadas en los documentos oficiales por los hombres más sabios. El territorio de Grecia, por el contrario, ha 10
sufrido innumerables catástrofes que han borrado el recuerdo del pasado[4], y siempre que establecían nuevas formas de vida, los hombres de cada época creían que todo empezaba con ellos. Conocieron la escritura muy tarde y con dificultad; quienes pretenden que su uso es antiquísimo, se vanaglorian de haberla aprendido de los fenicios y de Cadmo. Sin em- 11
bargo, no se podría mostrar ninguna inscripción de aquella época que se haya conservado ni en monumentos sagrados ni oficiales, pues respecto a los hombres que participaron en la expedición contra Troya ha habido muchos años después grandes dudas e investigaciones acerca de si utilizaban la escritura; y la opinión que hoy predomina es que aquéllos desconocían el uso actual de las letras[5]. En resumen, entre los 12
griegos no se ha encontrado absolutamente ningún escrito considerado más antiguo que el poema de Homero, y está

[4] Tal vez se refiere a los diluvios de Ógiges y Deucalión o a los terremotos que ayudaron a la caída del mundo micénico.

[5] Alusión a las discusiones suscitadas entre los eruditos alejandrinos sobre las palabras *sêmata lygrá* 'signos funestos', en *Ilíada* VI 168.

claro que éste es posterior a la Guerra de Troya; incluso se dice que él no dejo su obra por escrito, sino que, transmitida de memoria, se formó más tarde por la reunión de los cantos, a lo cual se deben las numerosas divergencias que en
13 ella se presentan[6]. Los griegos que se han ocupado de escribir historia, como Cadmo de Mileto, Acusilao de Argos y algunos que se citan después de él, vivieron muy poco antes de
14 la expedición de los persas contra Grecia. En cuanto a los primeros filósofos griegos que trataron las cosas celestes y divinas, como Ferécides de Siros, Pitágoras y Tales, escribieron muy poco y todo el mundo reconoce que fueron discípulos de los egipcios y de los caldeos[7] y esto es lo que les parece a los griegos lo más antiguo de todo, e incluso dudan de su autenticidad.

Contradicciones entre los historiadores griegos

3 15 ¿No es absurdo que los griegos estén ciegos hasta el punto de pensar que son los únicos que conocen la Antigüedad y que han transmitido con exactitud la verdad sobre la misma? ¿O es que cualquiera no sería capaz de descubrir fácilmente en los mismos historiadores que sus escritos no están basados en un conocimiento seguro, sino que cada uno emite conjeturas sobre los hechos? Lo más frecuente es que en sus obras se refuten unos a otros y no duden en referir los mismos hechos de la manera más con-
16 tradictoria. Sería inútil enseñar a los que lo saben mejor que

[6] Éste es uno de los pasajes sobre los que Wolf basó sus *Prolegómenos* (1795), dando comienzo a la corriente analítica en la interpretación de Homero.

[7] El único texto que atribuye un origen caldeo o egipcio a la doctrina de Ferécides de Siros. En Apolonio de Tiana y en Plutarco se encuentra la idea de que Tales fue discípulo de los egipcios; la mención de los caldeos es de Josefo.

yo las contradicciones entre Helánico[8] y Acusilao en lo referente a las genealogías, las veces que Acusilao corrige a Hesíodo, o de qué modo Éforo[9] muestra los errores de Helánico en muchos puntos, Timeo[10], los de Éforo, los de Timeo, sus sucesores, y todos, los de Heródoto. Ni siquiera 17
en la historia de Sicilia Timeo pretendió estar de acuerdo con Antíoco, Filisto o Calias; tampoco están de acuerdo los escritores áticos que han tratado sobre los acontecimientos del Ática, ni los historiadores de Argos sobre los acontecimientos argivos. ¿Por qué recurrir a la historia de cada 18
ciudad y a hechos de menor importancia, cuando, incluso en lo referente a la expedición persa y los sucesos que la acompañan, discrepan hasta los escritores más considerados? El propio Tucídides es acusado de falsedad en algunos puntos, a pesar de su reputación de haber escrito la historia más exacta de su tiempo.

Los griegos carecen de anales oficiales fidedignos

De tan enorme discrepancia, numerosas 19 4
razones, y posiblemente de muy distinto tenor, podrían manifestársele a cualquiera que pretenda descubrirlas; por mi parte, yo atribuyo una importancia fundamental a las dos que referiré a continuación. Comenzaré por la que me parece fundamental: la negligencia de los griegos desde 20
los orígenes para consignar en los registros oficiales cada suceso fue motivo de errores y ofreció la posibilidad de mentir a los que más tarde quisieron escribir sobre la antigüedad. Y la redacción de documentos no se descuidó sólo 21
entre los demás griegos, sino que tampoco entre los atenienses,

[8] De Mitilene, siglo V a. C.

[9] Siglo IV a. C.

[10] Siglo III a. C.

de quienes se dice que son autóctonos y preocupados por la
instrucción, se encuentra nada semejante. Sus documentos
oficiales más antiguos, según dicen, son las leyes sobre el
homicidio redactadas por Dracón, quien vivió poco antes de
22 la tiranía de Pisístrato[11]. ¿Y qué decir de los arcadios que se
ufanan de su antigüedad? Aprendieron la escritura más
tarde aún y con dificultad.

Los griegos hacen literatura más que historia

5 23 Así pues, al no haber quedado ningún
documento anterior que pueda informar a
quienes deseen conocer y refutar a los men-
tirosos, se han producido muchas discre-
24 pancias entre los distintos escritores. Pero
a ésta ha de añadirse una segunda causa: los que se dedicaron
a escribir no se esforzaron en buscar la verdad, aunque ésa
es su promesa constante, sino que intentaban demostrar su
25 habilidad literaria. Y se esforzaban en lo que suponían aven-
tajar a los demás de alguna forma. Así, unos se ocuparon de
relatar mitos, otros de encomiar con halagos a las ciudades
o a los reyes, y otros de criticar los acontecimientos o a los
que los habían escrito, pensando obtener la fama de esta
26 manera. En suma, no hay nada más opuesto a la historia
que el método que éstos siguen. Pues la prueba de la verdad
histórica es que todos digan y escriban lo mismo sobre los
mismos hechos, pero cada uno de ellos, dando una versión
diferente de unos mismos hechos, espera aparecer como el
27 más veraz de todos. Por tanto, por elocuencia y talento
literario hemos de dar prioridad a los escritores griegos,
pero no por veracidad histórica en lo concerniente a la

[11] Parece ser que Dracón había redactado un libro de leyes completo, de las cuales Solón sólo mantuvo las referentes al homicidio. La legislación es unos sesenta años anterior a la tiranía de Pisístrato (561 a. C.).

antigüedad, y mucho menos tratándose de la historia nacional
de cada país.

Los judíos, preocupados siempre de sus Escrituras, confiaron su redacción a sacerdotes y profetas

Todo el mundo acepta que entre los 28 6
egipcios y los babilonios desde los tiempos
más remotos el cuidado de los registros y
la reflexión sobre los mismos estuvo a
cargo de los sacerdotes entre los egipcios,
y de los caldeos entre los babilonios; tam-
bién que, entre los pueblos relacionados
con los griegos, los fenicios sobre todo,
utilizaron la escritura en la organización de la vida y como
testimonio de los hechos públicos; por tanto, no considero
necesario insistir en ello. Sin embargo, intentaré demostrar 29
brevemente que nuestros antepasados se ocuparon de sus
documentos tanto como los pueblos citados —por no decir
incluso más—, confiando su redacción a los sumos sacerdotes
y a los profetas[12] y que esta costumbre se ha mantenido
rigurosamente hasta nuestros días y, hablando con más
atrevimiento, debe seguir manteniéndose.

Preocupación de los judíos por asegurar la pureza de raza de los sacerdotes

Desde el principio, no sólo encomendaron 30 7
esta labor a los mejores y a los que estaban
dedicados al culto de Dios, sino que to-
maron precauciones para que la casta de
los sacerdotes se mantuviera pura y sin
mezcla. Pues quien participa del sacerdocio, 31
para procrear debe unirse a una mujer de la misma raza y,
sin considerar la fortuna ni las demás distinciones, investigar

[12] Como advierte Reinach, Josefo confunde voluntariamente la forma en que los sacerdotes del segundo templo conservaban los registros genealógicos con la manera en que fueron escritos los libros del Antiguo Testamento.

sobre su familia, consultando en los archivos la genealogía
32 de sus padres y presentando numerosos testigos [13]. Y esto no
lo hacemos sólo en Judea, sino que, en cualquier parte donde
se encuentre un grupo de nuestra raza, esta regla sobre los
matrimonios es observada rigurosamente por los sacerdotes.
33 Me refiero a los que están en Egipto, en Babilonia o en
cualquier otra parte del mundo donde puedan hallarse dis-
persos algunos de la casta de los sacerdotes; envían a Jerusalén
una relación con el nombre de la familia paterna de su
mujer, los de sus antepasados y quiénes son los que lo
34 testifican. Si se produce una guerra —como ya ha ocurrido
muchas veces cuando invadieron el país Antíoco Epífanes,
Pompeyo el Grande y Quintilio Varo [14], y sobre todo en
35 nuestros días— los sacerdotes supervivientes redactan nuevos
libros a partir de los archivos y verifican la situación de las
mujeres que quedan. No aceptan a las que han estado prisio-
neras, sospechando, como ha ocurrido muchas veces, que
36 han tenido relaciones con un extranjero [15]. La mayor prueba
de su rigor es que nuestros sumos sacerdotes desde hace dos
mil años son nombrados en los registros de padres a hijos [16].
A los que transgreden de alguna manera las normas mencio-
nadas, se les prohíbe acercarse al altar y participar en cual-
quier ceremonia religiosa.

[13] Cf. *Levítico* 21, 7-14.

[14] Pompeyo conquistó Judea en el año 63 a. C.; Quintilio Varo, gobernador de Siria, sofocó la revuelta que estalló a la muerte de Herodes en el año 4 a. C.

[15] Cf. *Antigüedades* III 276 y XIII 292. Sin embargo, el mismo Josefo, que era sacerdote, se casó la primera vez con una cautiva (cf. *Autobiografía* 414).

[16] Cf. *Antigüedades* I 16 y XX 227. Josefo cuenta ochenta y tres sumos sacerdotes desde Aarón hasta la época de Tito.

Respeto de los judíos por sus libros sagrados

Puesto que no se nos permite a todos 37 8
escribir la historia y nuestros escritos no
presentan contradicción alguna, y puesto
que únicamente los profetas han escrito
con toda claridad los hechos contemporá-
neos tal como habían ocurrido, es natural, o más bien
necesario, que no haya entre nosotros una infinidad de 38
libros en contradicción y pugna, sino sólo veintidós, que
contienen las escrituras de todos los tiempos y que, con
razón, son dignos de crédito. De éstos, cinco son de Moisés, 39
los que contienen las leyes y la tradición desde la creación
del hombre hasta la muerte del propio Moisés: abarcan un
período de tres mil años aproximadamente. Desde la muerte 40
de Moisés hasta Artajerjes [17], sucesor de Jerjes como rey de
los persas, los profetas posteriores a Moisés han contado la
historia de su tiempo en trece libros [18]; los cuatro restantes
contienen himnos a Dios y preceptos morales para los hom- 41
bres [19]. También desde Artajerjes hasta nuestros días, cada
acontecimiento ha sido consignado; pero no se les concede
la misma confianza que a los anteriores porque no ha existido
la rigurosa sucesión de los profetas. Los hechos demuestran 42
cómo nos acercamos nosotros a nuestras propias escrituras:
a pesar de haber transcurrido tanto tiempo, nadie se ha
atrevido a añadir, suprimir o cambiar nada en ellas. En el
ser de todos los judíos está implícita desde su nacimiento la
creencia de que esos libros contienen el dogma divino, y de
que hay que respetarlos y morir con alegría por ellos si fuera

[17] Artajerjes, que sucedió a Jerjes en 465 a. C., es identificado por Josefo con Asuero (cf. *Antigüedades* XI 184) según el libro de Ester.

[18] Los trece libros proféticos son, según Josefo: *Josué*, *Jueces - Rut*, *Samuel*, *Reyes*, *Isaías*, *Ezequiel*, *Jeremías - Lamentaciones*, *Profetas menores*, *Job*, *Daniel*, *Crónicas*, *Esdrás - Nehemías* y *Ester*.

[19] *Salmos*, *Proverbios*, *Eclesiastés*, *Cantar de los Cantares*.

43 necesario. Se ha visto con frecuencia a muchos prisioneros soportar torturas y toda clase de muertes en los anfiteatros por no pronunciar una sola palabra contra las leyes y las
44 escrituras que las acompañan. ¿Qué griego soportaría otro tanto por un motivo semejante? Ni siquiera para salvar
45 todos sus escritos soportaría ninguno de ellos el menor daño; pues los consideran improvisados por la intención de sus autores, y eso mismo lo aplican, con razón, a los historiadores antiguos, ya que incluso ahora vemos a algunos de nuestros contemporáneos que se atreven a escribir sobre hechos que ni han presenciado ni se han tomado la molestia
46 de preguntar a los que los conocen. También sobre esta guerra que hemos tenido recientemente algunos autores han escrito historias sin haber estado en los lugares de la acción y sin acercarse a sus actores, sino que, a partir de rumores, han reunido unos pocos datos y, con más desvergüenza que un beodo, los han adornado con el nombre de historia[20].

Apología de su propia historia sobre la guerra judía

9 47 Yo, por el contrario, he escrito un relato verídico tanto sobre el conjunto de la guerra como sobre cada uno de los sucesos, ya que asistí personalmente a todos los
48 acontecimientos. Fui general de los que entre nosotros se denominan galileos mientras fue posible resistir; y luego, hecho prisionero, viví como cautivo entre los romanos. Vespasiano y Tito, manteniéndome bajo vigilancia, me obligaban a estar siempre junto a ellos, al principio encadenado; más tarde, libre de ataduras, fui enviado con
49 Tito desde Alejandría al asedio de Jerusalén. Durante ese tiempo ningún hecho escapó a mi conocimiento; anotaba

[20] THACKERAY (*Josephus* I, pág. 181), cree que Josefo no hace alusión aquí a Justo de Tiberíade (cf. *Autobiografía* 336 y ss.), sino a otros escritores griegos o latinos cuyas obras no conservamos.

cuidadosamente no sólo lo que observaba en el campamento romano sino también los informes de los desertores que únicamente yo podía comprender. En el período de ocio de 50
de que dispuse en Roma, una vez que hube completado la preparación de mi historia, fui ayudado por algunas personas para el griego, y compuse así el relato de los hechos. Tenía yo tanta confianza en la veracidad de mi historia que quise tomar como testigos de ella, antes que a ningún otro, a los que habían sido los jefes supremos de la guerra, Vespasiano y Tito. Fueron los primeros a quienes entregué mis libros, y 51
después a muchos romanos que habían tomado parte en la campaña; los vendí también a muchos de los nuestros, iniciados en la cultura griega, como Julio Arquelao, el muy venerable Herodes[21] y el muy admirable rey Agripa[22]. Todos 52
ellos testimoniaron que yo había puesto gran cuidado en exponer la verdad; no habrían disimulado, ni habrían guardado silencio si, por ignorancia o favoritismo, hubiera desvirtuado u omitido algún hecho.

Algunas personas despreciables han intentado despresti- 53 10
giar mi historia, viendo en ella un paradójico y calumnioso ejercicio de acusación, como los que se proponen a los jóvenes en la escuela; deberían saber que quien promete transmitir a los demás un relato verídico de los hechos, primero, debe conocerlos con exactitud él mismo, bien por haberlos seguido de cerca, bien por haberse informado de quienes los conocen[23]. Eso es lo que creo que he hecho per- 54

[21] Julio Arquelao era cuñado de Agripa II, al haberse casado con Mariamme, hija de Agripa I (cf. *Antigüedades* XIX 355). Este Herodes parece ser un sobrino de Herodes el Grande (cf. *Antigüedades* XVIII 131-138).

[22] Agripa II.

[23] Ése es el programa que diseña para sí mismo Tucídides en el *Prólogo* de su *Historia* (I 22).

fectamente en mis dos obras: el tratado *Sobre las Antigüedades*[24], como ya he dicho, lo he traducido a partir de los libros sagrados, siendo yo de linaje sacerdotal y versado en
55 la filosofía de esos libros, y la *Historia de la Guerra* la escribí después de haber sido actor en muchos acontecimientos, testigo de la mayoría de ellos y, en una palabra, sin haber
56 ignorado nada de lo que allí se dijo o se hizo. ¿Cómo no considerar atrevidos a los que han intentado rebatir mi veracidad? Puede que digan que han leído las memorias de los emperadores[25], pero no han presenciado lo que ocurría entre nosotros, sus enemigos.

11 57 He considerado necesario hacer esta digresión sobre estos puntos porque quería poner de manifiesto la ligereza de los
58 que proclaman su profesión de historiadores. Después de haber dejado suficientemente claro, a mi parecer, que consignar los hechos antiguos es una costumbre tradicional más frecuente entre los bárbaros que entre los griegos, quiero, ante todo, dirigir unas breves palabras a los que intentan probar que nuestro asentamiento es reciente por el hecho de que, según ellos, no se encuentra ninguna mención de nos-
59 otros en los escritores griegos. Luego presentaré testimonios en favor de nuestra antigüedad, sacados de los escritos de otros pueblos, y demostraré que los que han calumniado nuestra raza lo han hecho sin ninguna razón.

[24] Cf. *Antigüedades* I 55 y XX 261.

[25] *Autobiografía* 342 y 358.

Los historiadores griegos no mencionan a los judíos porque no los conocen

Nosotros no habitamos un país costero 60 12
y no nos atrae el comercio ni el trato con otros pueblos que de él se deriva. Nuestras ciudades han sido edificadas lejos del mar, vivimos en un país fértil que cultivamos con afán, nos dedicamos preferentemente a la educación de nuestros hijos, a la observación de las leyes y a las prácticas piadosas que conforme a esas leyes han sido transmitidas, haciendo de ella la tarea más necesaria de toda nuestra vida. Si añadimos a eso nuestra peculiar forma de 61
vida, en los tiempos antiguos no había nada que pudiera relacionarnos con los griegos, como les ocurría a los egipcios que les exportaban sus productos e importaban los de ellos, o a los habitantes de la costa fenicia, que se dedicaron al tráfico y al comercio por su afición al dinero. Nuestros ante- 62
pasados tampoco se dedicaron a la piratería como algunos otros, ni a la guerra, pretendiendo dominar más, aunque el país contaba con miríadas de hombres que no carecían de valor. Por eso, los fenicios que iban en sus naves a traficar 63
con los griegos, se dieron a conocer enseguida y por medio de ellos, los egipcios y todos aquellos cuyas mercancías llevaban los fenicios hasta Grecia a través del inmenso mar. Más tarde, los medos y los persas revelaron su existencia 64
por la conquista de Asia, sobre todo estos últimos por su expedición al otro continente. Los tracios se dieron a conocer por su proximidad, y los escitas, por los navegantes que iban al Ponto Euxino. En una palabra, todos los pueblos que 65
habitaban en la costa, tanto a Oriente como a Occidente, fueron bien conocidos por los que quisieron escribir algo; en cambio, los que habitaban en el interior permanecieron ignorados mucho tiempo. Y eso ocurrió también en Europa, 66
pues la ciudad de Roma que, desde hacía tiempo, había adquirido tanto poderío y había sido tan afortunada con las

armas, no es mencionada ni por Heródoto, ni por Tucídides ni por ninguno de sus contemporáneos; mucho después y
67 con dificultad la conocieron los griegos. Respecto a los galos y los iberos, era tal la ignorancia de los historiadores considerados más exactos, entre los que se cuenta Éforo, que éste creía que los iberos habitaban una sola ciudad, cuando en realidad ocupan una zona muy extensa de Occidente. Y estos autores se han atrevido a escribir sobre estos pueblos,
68 atribuyéndoles costumbres que ni tienen ni les han sido atribuidas. La causa de que desconozcan la verdad es su absoluta falta de trato con estos pueblos; y la de que escriban mentiras, el querer aparentar que su historia abarca más que la de los demás. ¿Cómo habría de sorprendernos todavía que nuestro pueblo sea desconocido para muchos autores y no les haya proporcionado la ocasión de mencionarlo en sus escritos, estando situado tan lejos del mar y habiendo escogido semejante género de vida?

13

Los pueblos vecinos atestiguan la antigüedad de los judíos

69 Imaginad que nosotros, para demostrar que la raza de los griegos no es antigua, alegásemos que en nuestras escrituras no se los menciona, ¿acaso no se echarían a reír dando, pienso yo, las mismas explicaciones que acabo de dar, y presentarían a sus vecinos como
70 testigos de su antigüedad? Eso es precisamente lo que voy a hacer yo. Acudiré, sobre todo, al testimonio de los egipcios y de los fenicios, ya que nadie podría rechazarlo como falso; pues es bien sabido que los egipcios en su totalidad y, entre los fenicios, los tirios están en malas relaciones con nosotros [26].

[26] Según *Ezequiel* 36, 2, Tiro aplaude la destrucción de Jerusalén. Según Josefo *(Guerra de los judíos* II 478), los tirios mataron un gran número de judíos en el año 66 d. C.

En cuanto a los caldeos, no podría decir otro tanto, ya 71
que fueron los fundadores de nuestra raza y por este parentesco mencionan a los judíos en sus escritos. Cuando presente 72
las pruebas suministradas por estos pueblos, mencionaré también a los historiadores griegos que han hablado de los judíos, para que nuestros detractores no tengan ni siquiera ese pretexto para criticarnos.

14

Testimonio del egipcio Manetón

Comenzaré por los escritos de los egipcios. 73
No es posible citar los libros literalmente; pero Manetón [27], un egipcio de raza, iniciado en la cultura griega, como es evidente, pues escribió en lengua griega la historia de su patria traduciéndola de las tablillas sagradas, como él mismo dice, reprocha a Heródoto haber alterado en muchos puntos la historia de Egipto por ignorancia. Pues 74
bien, este Manetón, en el segundo libro de la *Historia de Egipto* escribe sobre nosotros lo siguiente. Citaré sus propias palabras como si le presentara a él mismo como testigo: «Tutimeo [28]. En su reinado, no sé cómo, se hizo sentir contra 75
nosotros la cólera divina y, de improviso, desde el Oriente, unos hombres de raza desconocida tuvieron la audacia de invadir nuestro país y, fácilmente y sin combate, se adueñaron de él por la fuerza. Hicieron prisioneros a sus gobernantes, 76
incendiaron salvajemente las ciudades, arrasaron los templos de los dioses y trataron con gran crueldad a todos los naturales del país, matando a unos y esclavizando a las mujeres e hijos de otros. Finalmente, hicieron rey a uno de 77

[27] Empleamos la forma Manetón como más común. Era un sacerdote egipcio de Heliópolis. Escribió en griego una *Historia de Egipto* para uso del rey Ptolomeo II Filadelfo (283-246 a. C.).

[28] Tutimeo era, de hecho, el rey Didumes de finales de la XIV dinastía.

los suyos, llamado Salitis. Éste se estableció en Menfis, imponiendo tributos en el Alto y en el Bajo Egipto, y dejó guarniciones en los lugares más apropiados. Fortificó especialmente la región del Este, previendo que los asirios se harían un día más fuertes y atacarían por allí, deseosos de su
78 reino. Como en el nomo de Setroita hubiera encontrado una ciudad muy adecuada, situada al este del río Bubastites, llamada, según una antigua tradición teológica, Avaris[29], la reconstruyó y la fortificó con murallas; estableciendo en ella además un ejército de doscientos cuarenta mil soldados para
79 su protección. Acudía allí en verano para medir el trigo y pagar la soldada y también para ejercitar a los soldados cuidadosamente con maniobras con el fin de inspirar respeto a los extranjeros. Tras un reinado de diecinueve años, murió.
80 Después de él, otro rey llamado Bnón ocupó el trono durante cuarenta y cuatro años. El sucesor de éste, Apacnás, reinó treinta y seis años y siete meses; a continuación, Apofis, sesenta y un años, y Annas, cincuenta años y un mes.
81 Después de éstos, Asis, cuarenta y nueve años y dos meses. Éstos fueron sus seis primeros príncipes, cuya mayor ambición
82 fue destruir Egipto hasta la raíz. A este pueblo, en su totalidad, se le daba el nombre de *hicsos*[30], es decir, "reyes pastores", pues en la lengua sagrada *hic* significa rey y *sos* es pastor o pastores en la lengua vulgar; y reuniéndolo así se forma
83 *hicsos*». Algunos dicen que eran árabes. En otra copia se dice que *hic* no significa reyes sino que, por el contrario, quiere decir «pastores cautivos». Pues *hic* en egipcio, y *hac*

[29] Se trata quizá de la ciudad de Tanis, que había tomado el nombre de Avaris durante la dominación de los hicsos.

[30] Manetón da a la palabra *hícsos* el sentido de 'reyes pastores', pero los documentos egipcios los designan como *Hega khasut*, 'jefes de los extranjeros' (cf. B. Gunn-A. Gardiner, «The expulsion of the Hyksos« en Drioton y Vaandier, *Les peuples de l'Orient mediterraéen II: L'Egipte*, París, 1952).

con una aspirada significarían propiamente «cautivos». Esto me parece más verosímil y acorde con la historia antigua.
Manetón dice[31] que los reyes mencionados, los de los pueblos 84
llamados pastores y sus descendientes, dominaron Egipto durante unos quinientos once años, y que, más tarde, los 85
reyes de Tebas y del resto de Egipto se sublevaron contra los pastores y estalló entre ellos una guerra muy larga e importante. En tiempos de un rey de nombre Misfragmutosis[32], 86
los pastores fueron vencidos, refiere aquél, y expulsados del resto de Egipto, se encerraron en un lugar cuyo perímetro abarcaba diez mil aruras[33]. Este lugar se llama Avaris. Refiere 87
Manetón que los pastores lo rodearon completamente con una muralla alta y fuerte para proteger todos sus bienes y su botín[34]. El hijo de Misfragmutosis, Tummosis, intentó so- 88
meterlos mediante el asedio, y tomó posiciones junto a las murallas con un ejército de cuatrocientos ochenta mil hombres. Finalmente, renunció al asedio y estableció un pacto según el cual todos abandonarían Egipto y marcharían sanos y salvos adonde quisieran. Según lo convenido, no menos de 89
doscientos cuarenta mil hombres salieron de Egipto con sus posesiones y sus familias y a través del desierto se dirigieron a Siria. Temiendo el poderío de los asirios, que entonces 90
dominaban Asia, en el territorio que hoy llamamos Judea, levantaron una ciudad suficiente para tantos miles de hombres, a la que llamaron Jerusalén. En otro libro de la *Historia* 91
de Egipto, Manetón dice que a este mismo pueblo, el de

[31] Los párrafos 84-90 no son una cita textual, sino una paráfrasis de Josefo.

[32] Tutmosis III.

[33] Aproximadamente 2,756 hectáreas. Las palabras *tēn perímetron,* añadidas por Josefo, parecen indicar que ha tomado la arura por una medida de longitud.

[34] Cf. 78.

los llamados pastores, se les da el nombre de "cautivos" en los libros sagrados. Y tiene razón. Pues apacentar los rebaños era hereditario entre nuestros más remotos antepasados, y
92 éstos, por su vida nómada, fueron llamados pastores. Por otro lado, no sin razón se les llamó cautivos en los documentos de los egipcios, ya que nuestro antepasado José dijo al rey de Egipto que él era un cautivo, y más tarde, con el permiso del Rey, hizo ir a Egipto a sus hermanos[35].

15 93 Pero examinaré esos hechos con más precisión en otro lugar[36]. De momento, cito a los egipcios como testigos de nuestra antigüedad. Vuelvo de nuevo a la cita de Manetón
94 sobre la cronología. Dice así: «Después que el pueblo de los pastores salió de Egipto hacia Jerusalén, el rey que los había expulsado de Egipto [Tetmosis][37] reinó veinticinco años y cuatro meses. A su muerte, ocupó el trono durante trece
95 años su hijo Quebrón. Después de éste, Amenofis reinó veinte años y siete meses. Su hermana Amesis, veintiún años y nueve meses, y el hijo de ésta, Mefres, doce años y nueve meses; su hijo Misfragmutosis, veinticuatro años y diez meses;
96 el hijo de éste, Tutmosis, nueve años y ocho meses; su hijo Amenofis, treinta años y diez meses; su hijo Or, treinta y seis años y cinco meses; su hija Acenquerés, doce años y un mes.
97 El hermano de ésta, Ratotis, reinó nueve años. Su hijo Acenqueres, doce años y cinco meses; su hijo Acenqueres, doce años y tres meses; su hijo Harmais, cuatro años y un mes; Ramsés, su hijo, un año y cuatro meses; el hijo de éste, Harmeses Miamún, sesenta y seis años y dos meses; Ameno-
98 fis, su hijo, diecinueve años y seis meses. Le sucedió su hijo

[35] Los hijos de Jacob en su conversación con el Faraón se identifican como pastores (cf. *Génesis* 46, 34 y 47, 3).

[36] 227 ss.

[37] Llamado antes Tummosis (cf. 88).

Seti, llamado también Ramsés, que disponía de una caballería y una flota poderosas. Éste nombró gobernador de Egipto a su hermano Harmais, y le confirió todas las prerrogativas reales, pero le ordenó que no llevara la diadema, que no ofendiera a la Reina, la madre de sus hijos, y que respetara a las concubinas reales. Él salió en campaña contra Chipre 99
y Fenicia, y luego contra los asirios y los medos; y todos ellos fueron sometidos a su dominio por las armas o sin combate, atemorizados ante su numeroso ejército. Orgulloso de sus éxitos, continuó su avance, con más audacia todavía, con intención de conquistar las ciudades y las tierras de Oriente. Al cabo de cierto tiempo, Harmais, el que se había 100
quedado en Egipto, hizo sin ningún reparo todo lo contrario de lo que le había encomendado su hermano. Violentó a la Reina, y mantenía relaciones con las concubinas sin reserva; aconsejado por sus amigos, se puso la diadema, y se levantó contra su hermano. El jefe de los sacerdotes de Egipto envió 101
una carta a Seti revelándole todo e informándole de la insurrección de su hermano Harmais. El Rey volvió inmediatamente a Pelusio y recobró su reino. Por él, el país fue 102
llamado Egipto, pues se dice que Seti se llamaba también Egipto, y su hermano Harmais, Dánao.

Según Manetón, los judíos son anteriores a los griegos

Éste es el relato de Manetón. Está claro 103 16
que, si se suma el tiempo transcurrido por los años mencionados, los llamados pastores, nuestros antepasados, expulsados de Egipto, se establecieron en nuestro país trescientos noventa y tres años antes de la llegada de Dánao a Argos[38], y los argivos consideran a éste el personaje más

[38] La suma de las cifras dada por Josefo en el cap. 15 entre la expulsión de los hicsos y Seti es de trescientos treinta y cuatro años. A esta suma ha

104 antiguo de su historia [39]. Así pues, Manetón, partiendo de los
libros egipcios, nos ha dado su testimonio sobre dos puntos
importantísimos: primero, sobre nuestra llegada a Egipto
procedentes de otro lugar, y luego, nuestra salida de allí, tan
lejana en el pasado que precedió casi en mil años a la Guerra
105 de Troya [40]. En cuanto a los hechos que Manetón ha añadido,
no según los libros egipcios, sino, como él mismo reconoce,
según leyendas anónimas, los refutaré punto por punto más
tarde [41], demostrando lo inverosímil de sus embustes.

Testimonios de los fenicios: Díos

17 106 Ahora quiero pasar ya de estos docu-
mentos a los escritos de los fenicios que
tratan de nuestra raza y presentar su testi-
107 monio. Existen entre los tirios, desde hace
muchísimos años, crónicas redactadas y
conservadas cuidadosamente por el Estado sobre los hechos
dignos de recuerdo que han sucedido entre ellos y sobre sus
108 relaciones con otros pueblos. En ellos se dice que el Templo
de Jerusalén fue construido por el rey Salomón ciento cua-
renta y tres años y ocho meses antes de que los tirios
109 fundasen Cartago [42]. Y no sin razón mencionan la fundación
de nuestro templo, pues Hiram, rey de Tiro, era amigo de
nuestro rey Salomón, amistad que había heredado de su

añadido los cincuenta y nueve que más tarde (231) asigna al reinado de Seti, lo que da un total de trescientos noventa y tres años.

[39] Josefo se olvida de Ínaco, el rey más antiguo de Argos.

[40] La cifra parece demasiado elevada, pues la destrucción de Troya se fecha a comienzos del siglo XII a. C. y la salida de los judíos de Egipto tuvo lugar hacia mediados del siglo XIII a. C.

[41] En el cap. 26.

[42] Esta cifra resulta de la duración del reinado de los reyes tirios que Josefo da en el cap. 18.

padre [43]. Compartiendo con Salomón el orgullo por el es- 110
plendor del edificio, le entregó ciento veinte talentos de oro
e hizo cortar las maderas más bellas del monte llamado
Líbano y se las envió para la techumbre. Salomón le mostró
su agradecimiento con muchos regalos, entre otros un terri-
torio de Galilea llamado Kabolón [44]. Pero, sobre todo, les 111
unía la pasión por la sabiduría: se intercambiaban enigmas
que se invitaban a resolver [45]. Salomón era el más hábil y, en
general, resultaba el más sabio. Todavía se conservan entre
los tirios muchas de las cartas que se cruzaron. Para probar 112
que mis afirmaciones sobre las crónicas tirias no son de mi
invención, acudiré al testimonio de Díos [46], absolutamente
digno de crédito en lo relativo a la historia fenicia. En su
historia de Fenicia dice lo siguiente: «A la muerte de Abíbal, 113
ocupó el trono su hijo Hiram. Éste rodeó con un terraplén
la parte oriental de la ciudadela, agrandó la ciudad, unió a
ella el templo de Zeus Olímpico que estaba solo en una isla,
llenando de tierra el espacio intermedio y lo adornó con
ofrendas de oro. Subiendo hasta el monte Líbano, hizo talar
árboles para la construcción de los templos. Se dice que el 114
señor de Jerusalén, Salomón, envió a Hiram enigmas y le
pidió otros a él; el que no pudiera resolverlos pagaría una
suma de dinero al que lo lograse. Hiram aceptó, pero, 115
incapaz de resolver los enigmas, hubo de gastar una gran

[43] Según los textos bíblicos, el amigo de Hiram era el rey David, padre de Salomón. Cf. *1 Reyes* 5, 1; *2 Samuel* 5, 11.

[44] Cf. *1 Reyes* 9, 10-13.

[45] Las negociaciones entre Hiram y Salomón sobre la construcción del templo están referidas en *1 Reyes* 5, parafraseadas por Josefo en *Antigüedades* VIII 50 ss., pero no se hace ninguna referencia a enigmas ni a intercambio de cartas.

[46] No se sabe nada de este autor. Podría tratarse de Elio Díos, autor de una obra sobre Alejandría, o de Leto, que escribió sobre Fenicia.

suma de dinero para pagar la multa. Más tarde, con la ayuda de cierto tirio llamado Abdemón resolvió las cuestiones propuestas y, a su vez, propuso otras que Salomón no pudo resolver, por lo que tuvo que pagar a Hiram una cantidad mayor que la que había recibido».

Testimonio de Menandro de Éfeso

18 116 Tal es el testimonio que ha aportado Díos a mis declaraciones anteriores. A continuación, citaré a Menandro de Éfeso. Éste ha referido los sucesos acontecidos en cada reinado, tanto entre los griegos como entre los bárbaros, después de haberse preocupado de conocer la
117 historia en las crónicas nacionales de cada pueblo. Cuando escribe sobre los reyes de Tiro, al llegar a Hiram dice así[47]: «A la muerte de Abíbal heredó el trono su hijo Hiram, que
118 vivió cincuenta y tres años y reinó treinta y cuatro. Éste levantó de tierra el Euricoro, dedicó la columna de oro que hay en el templo de Zeus, marchó al bosque del llamado monte Líbano y cortó maderas de cedro para los techos de los templos; demolió los templos antiguos y los edificó de
119 nuevo, el de Hércules y el de Astarté, y fue el primero que celebró el despertar de Hércules[48] en el mes de Peritio[49]. Dirigió una campaña contra los iticeos que no pagaban los tributos y no regresó hasta haberlos sometido de nuevo a su
120 dominio. Durante su reinado vivió Abdemón, un joven muchacho que resolvía siempre con éxito las cuestiones planteadas por Salomón, rey de Jerusalén».

[47] Este texto de Menandro de Éfeso está reproducido también en *Antigüedades* VIII 144 ss. No se conoce la época en que vivió este autor.

[48] El «despertar de Hércules» parece haber sido una fiesta fenicia relacionada con el mito según el cual Hércules, muerto por Tifón, vuelve a la vida al contacto de una codorniz que le lleva Iolas.

[49] Febrero.

El tiempo transcurrido entre el reinado de Hiram y la 121
fundación de Cartago se cuenta de la manera siguiente: «A la muerte de Hiram, ocupó el trono su hijo Baleazar, que vivió cuarenta y tres años y reinó diecisiete. Su hijo y sucesor 122
Abdástrato, vivió veintinueve años y reinó nueve. Los cuatro hijos de su nodriza conspiraron contra él y lo asesinaron. Ocupó el trono el mayor de ellos, Metusástrato, hijo de Leástrato, que vivió cincuenta y cuatro años y reinó doce. Le 123
sucedió su hermano Astárimo que vivió cincuenta y cuatro años y reinó nueve. Fue asesinado por su hermano Feles, que se apoderó del trono y gobernó ocho meses, habiendo vivido cincuenta años. A éste le asesinó Itóbal, sacerdote de Astarté, quien vivió sesenta y ocho años y reinó treinta y dos. Le 124
sucedió su hijo Balezor, que vivió cuarenta y cinco años y reinó seis. Su sucesor fue su hijo Meteno, que vivió treinta y dos años y reinó veintinueve. El sucesor de éste fue Pigma- 125
lión, que vivió cincuenta y seis años y reinó cuarenta y siete; en el séptimo año de su reinado, su hermana huyó a Libia donde fundó la ciudad de Cartago»[50]. Así pues, el tiempo 1226
transcurrido desde la subida al trono de Hiram hasta la fundación de Cartago hace un total de ciento cincuenta y cinco años y ocho meses. Como el Templo de Jerusalén fue construido en el año duodécimo del reinado de Hiram[51], desde la construcción del templo hasta la fundación de Cartago transcurrieron ciento cuarenta y tres años y ocho meses.

¿Hace falta añadir más a los testimonios aportados por 127
los fenicios? Vemos que la verdad está sólidamente fundada

[50] En 814, según la fecha más comúnmente admitida.

[51] En *Antigüedades* VIII 62, la fecha que da Josefo para el comienzo de la construcción del templo es el año once del reinado de Hiram; el cuarto del reinado de Salomón según *I Reyes* 6, 1.

en el acuerdo entre los autores y que la llegada de nuestros antepasados al país es muy anterior a la construcción del templo, pues lo construyeron después de haber conquistado enteramente el país. Estos hechos los he demostrado con toda claridad en mis *Antigüedades*[52] a partir de los libros sagrados.

Testimonios de los caldeos: Beroso

19 128 Expondré ahora lo que hay consignado y recordado sobre nosotros entre los caldeos que, incluso en los demás aspectos, presentan una gran semejanza con nuestras
129 escrituras. Está atestiguado por Beroso[53], caldeo de nacimiento, conocido por todos los que se ocupan de la cultura, porque él fue quien introdujo entre los griegos
130 los escritos de los caldeos sobre astronomía y filosofía. Este Beroso, pues, siguiendo los anales más antiguos, ha referido, del mismo modo que Moisés, el diluvio y la aniquilación de los hombres en él, y habla también del arca en que se salvó Noé, el fundador de nuestra raza, cuando fue transportada
131 a la cima de las montañas de Armenia[54]. Luego enumera los descendientes de Noé, de los que da además las épocas, llegando hasta Nabopolasar, rey de Babilonia y de Caldea.
132 En el detallado relato de sus hazañas, refiere de qué manera este rey envió contra Egipto y contra nuestra tierra a su hijo Nabucodonosor con un numeroso ejército, al enterarse de que estos pueblos se habían sublevado, y cómo los venció a todos, quemó el Templo de Jerusalén y trasladó a todo

[52] Cf. *Antigüedades* VIII 31 ss.

[53] Sacerdote del templo de Bel en Babilonia, que vivió al comienzo del helenismo y escribió una *Historia de Babilonia* dedicada a Antíoco Soter.

[54] El texto de Beroso sobre el diluvio es citado por Josefo en *Antigüedades* I 93. Beroso no habla de Noé sino de Jisutro.

nuestro pueblo a Babilonia[55]. El resultado fue que la ciudad quedó despoblada durante setenta años, hasta la época de
Ciro, primer rey de Persia[56]. Añade el autor que el Babilonio 133
conquistó Egipto, Siria, Fenicia y Arabia, superando con sus hazañas a todos los reyes de Caldea y Babilonia anteriores
a él[57]. Citaré las propias palabras de Beroso: «Su padre 134 13
Nabopolasar, enterado de que el sátrapa encargado del gobierno de Egipto, Celesiria y Fenicia se había sublevado[58], como él ya no podía soportar las fatigas, puso al frente de una parte del ejército a su hijo Nabucodonosor, que estaba
en plena juventud, y lo envió contra el rebelde. Nabucodo- 136
nosor trabó combate con él, lo venció y puso de nuevo la región bajo su dominio. Sucedió que, por ese mismo tiempo, su padre Nabopolasar cayó enfermo en Babilonia y murió
después de haber reinado veintiún años. Informado al punto 137
de la muerte de su padre, Nabucodonosor puso en orden los asuntos de Egipto y de los otros países; encomendó a algunos de sus amigos que condujesen a Babilonia a los prisioneros judíos, fenicios, sirios y de los pueblos de Egipto junto con el ejército pesado y el resto del botín; él mismo partió con una pequeña escolta y llegó a Babilonia a través del desierto.

[55] La destrucción del templo tuvo lugar no en el reinado de Nabopolasar, sino en el de su hijo Nabucodonosor. Por lo demás, el incendio del Templo no se menciona en el extracto que sigue.

[56] Setenta años es la duración que Josefo asigna regularmente a la cautividad de Babilonia *(Antigüedades* X 184 y XX 283). El primer asedio de Jerusalén por Nabucodonosor tuvo lugar en el año 598 a. C., pero el incendio y la segunda y principal deportación sucedieron en el 587 a. C., y el edicto de Ciro en el 538 a. C. Josefo sigue la cronología dada en *II Crónicas* 36, 21, sin darse cuenta de que los setenta años no concuerdan con el dato que él mismo da después (cf. 154), basándose en las Escrituras.

[57] Este pasaje está reproducido también en *Antigüedades* X 220 ss.

[58] El faraón Necao, que fue vencido por Nabucodonosor en la batalla de Carquemis.

138 Encontró los asuntos administrados por los caldeos y el trono guardado por el más noble de ellos, y dueño de todo el imperio de su padre, ordenó que a la llegada de los cautivos les asignaran asentamiento en los lugares más fértiles
139 de Babilonia. Con el botín de guerra adornó magníficamente el templo de Bel y los demás, restauró la ciudad antigua, construyó otra fuera de los muros y, con el fin de prevenir que en un posible asedio pudiesen desviar el curso del río y dirigirlo contra la ciudad, levantó tres muros alrededor de la ciudad interior y otros tres alrededor de la exterior; los primeros de ladrillo cocido y asfalto, y los otros sólo de
140 ladrillo. Después de haber fortificado la ciudad de manera notable y haber decorado las puertas de una manera digna de su santidad, construyó un nuevo palacio al lado del de su padre. Describir detalladamente su magnitud y los demás rasgos de su magnificencia sería demasiado largo; sólo diré que, siendo grande y suntuoso en exceso, fue acabado en
141 quince días[59]. En este palacio hizo construir altas terrazas de piedra, dándoles aspecto de colinas. Plantó árboles de todas clases, y ejecutó y dispuso el llamado jardín colgante, porque a su esposa[60], que había sido criada en Media, le gustaban los lugares montañosos».

Otro relato de Beroso

20 142 Esto y otras muchas cosas más refiere Beroso acerca del mencionado rey en el libro tercero de su *Historia de Caldea,* donde critica a los escritores griegos por creer erróneamente que Babilonia fue fundada por Semíramis de Asiria, y haber cometido el error de

[59] Las informaciones de Beroso sobre la magnificencia de las construcciones han sido confirmadas por las excavaciones arqueológicas y por los textos epigráficos. El dato de la construcción del palacio en quince días consta en una inscripción.

[60] Estaba casado con Amitis, hija de Astiages.

escribir que esas obras maravillosas fueron construidas por ella. Y en esto los anales caldeos deben considerarse fiables; 143
y por otro lado, los archivos fenicios concuerdan con el relato de Beroso sobre el rey de Babilonia, cuando atestiguan que sometió Siria y toda Fenicia. En esto al menos coincide 144
también Filóstrato[61] al relatar el sitio de Tiro en sus *Historias,* y Megástenes en el libro cuarto de su *Historia de la India,* donde intenta demostrar que el mencionado rey de Babilonia había superado a Hércules en su valor y en la grandeza de sus hazañas, pues dice que sometió la mayor parte de Libia y de Iberia[62]. Lo expuesto antes sobre el templo de Jerusalén, 145
a saber, su incendio por los invasores babilonios y el comienzo de su reconstrucción cuando Ciro ocupó el trono de Asia, quedará claramente demostrado por el relato de Beroso[63]. En su libro tercero dice así: «Nabucodonosor, después de 146
haber comenzado la muralla de que he hablado, cayó enfermo y murió, tras un reinado de cuarenta y tres años. Su hijo Evilmaraduc se convirtió en dueño del reino. Este príncipe, 147
cuyo gobierno fue arbitrario y violento, víctima de las insidias de su cuñado Neriglisar fue asesinado, después de dos años de reinado. A su muerte obtuvo el poder Neriglisar, el mismo que había conspirado contra él, que reinó cuatro años. Su hijo Laborosoarduc, que era sólo un niño, ocupó el 148
reino durante nueve meses. Se urdió un complot contra él porque daba muestras de maldad, y sus allegados lo mataron a golpes. A su muerte, los conspiradores acordaron entregar 149
el trono a Nabonido, uno de los babilonios que había tomado parte en la conspiración. Durante su reinado se adornaron

[61] Cf. *Antigüedades* X 228, donde se alude al mismo pasaje de Filóstrato.

[62] Cf. *Antigüedades* X 227.

[63] Cf. 132. La cita que sigue no dice nada de eso.

con ladrillo cocido y asfalto los muros de Babilonia que
150 lindan con el río. En el decimoséptimo año de su reinado,
Ciro salió de Persia con un numeroso ejército, sometió todo
151 el resto de Asia y marchó contra Babilonia. Cuando Nabonido tuvo noticias de su marcha, salió al encuentro con su ejército y le hizo frente; pero fue vencido en la batalla y, huyendo con una pequeña escolta, se encerró en la ciudad de
152 Borsipa. Ciro se apoderó de Babilonia y, después de hacer abatir los muros exteriores de la ciudad porque ésta le parecía demasiado fuerte y difícil de tomar, levantó el campo
153 para ir a Borsipa a poner sitio a Nabonido. Pero éste no esperó el asedio sino que se rindió antes; Ciro le trató con humanidad y le hizo abandonar Babilonia, entregándole Carmania para su residencia; Nabonido pasó en aquel lugar el resto de su vida y allí murió».

Beroso coincide con los libros judíos y con los anales egipcios

21 154 Este relato coincide con nuestras Escrituras y contiene la verdad. En efecto, en ellas está escrito que Nabucodonosor, en el decimoctavo año de su reinado[64], destruyó nuestro templo, que desapareció durante cincuenta años[65], que en el segundo año del reinado de Ciro se colocaron nuevos cimientos, y en el segundo del reinado de Darío quedó terminado de nuevo.
155 Añadiré también los anales de los fenicios, pues no hay que omitir pruebas por abundantes que sean; éste es el cómputo

[64] En el decimonoveno año, tuvo lugar el incendio de la ciudad por Nebuzardam, según *II Reyes* 25, 8, y *Jeremías* 52, 12; en el decimoctavo, el apresamiento de la población (cf. *Jeremías* 52, 29).

[65] La destrucción del Templo tuvo lugar en el año 587 a. C., y el edicto de Ciro en el 538 a. C.; en el año segundo de Darío (cf. *Esdras* 4, 24; *Zacarías* 1, 12), se comenzó la reconstrucción del Templo y se terminó cuatro años después (cf. *Esdras* 6, 15).

del tiempo: «En tiempos del rey Itobal, Nabucodonosor 156
puso sitio a Tiro durante trece años. Después de él, Baal
reinó diez años. A continuación, se creó la institución de los 157
jueces, y lo fueron Ecnibal, hijo de Baslec, durante dos meses; Quelbes, hijo de Abdeo, diez meses; el sumo sacerdote Abar, tres meses; los jueces Mitino y Gerástrato, hijo de Abdelimo, seis años. Después de ellos[66] Balator reinó durante
un año. A su muerte enviaron a buscar a Merbal de Babilonia, 158
que reinó cuatro años. Muerto éste, mandaron llamar a su hermano Hiram, que reinó veinte años. Durante su reinado,
Ciro ejerció el poder en Persia». Así pues, el total del tiempo 159
es de cincuenta y cuatro años y tres meses[67]. En efecto, Nabucodonosor comenzó el asedio de Tiro en el (décimo)séptimo año de su reinado, y en el decimocuarto del reinado de
Hiram Ciro el Persa obtuvo el poder. En lo referente al Templo, 160
nuestras Escrituras coinciden con los anales de los caldeos y de los tirios, y los testimonios que apoyan mis afirmaciones sobre la antigüedad de nuestra raza son firmes e indiscutibles.

Los griegos también mencionan a los judíos

Para los que no son demasiado aficionados 161 22
a la discusión, supongo que serán suficientes las explicaciones dadas; pero es preciso satisfacer también las dudas de los que no confían en los documentos de los bárbaros y solamente dan crédito a los griegos, presentándoles a

[66] Las palabras griegas *nôn metaxý* significan "entre ellos", pero las hemos traducido «después de ellos» por parecernos más conveniente al contexto.

[67] El cómputo total del tiempo es de cincuenta y cinco años y tres meses; sin embargo, Josefo no cuenta más que cincuenta y cuatro años y tres meses, tal vez porque toma *metaxý* (cf. nota anterior) en el sentido clásico «entre ellos reinó Balator», sin contar el reinado de éste.

muchos de estos autores que conocen nuestro pueblo y que lo mencionan en sus escritos cuando tienen ocasión.

Pitágoras de Samos

162 Pitágoras de Samos, autor muy antiguo, por su sabiduría y su piedad considerado superior a todos los filósofos, evidentemente, no sólo conoció nuestras costumbres sino que fue un ardiente admirador de
163 ellas. No tenemos ninguna obra reconocida como suya, pero muchos escritores se han ocupado de él. El más célebre de ellos es Hermipo, un hombre interesado en todo género de
164 investigación histórica. En el primer libro de su *Pitágoras* refiere que este filósofo, cuando murió uno de sus íntimos, llamado Califonte, oriundo de Crotona, decía que su alma se comunicaba con él día y noche, y le aconsejaba que no pasara por un lugar en el que se hubiera acostado un asno, se abstuviera de las aguas salobres y se mantuviera alejado
165 de toda calumnia[68]. Añade también lo siguiente: «Practicaba y repetía estos preceptos, imitando las opiniones de los judíos y los tracios y aplicándoselas a sí mismo». En efecto, se dice con razón que este filósofo incorporó a su doctrina muchos de los preceptos de los judíos.

Teofrasto

166 Nuestro pueblo tampoco era desconocido en las ciudades de la Antigüedad, y en algunas se habían difundido muchas de nuestras costumbres que se consideraban dignas de imitación. Lo dice claramente
167 Teofrasto en sus libros *Sobre las leyes*[69], donde refiere que las leyes tirias prohíben utilizar fórmulas de juramento ex-

[68] Cf. *Éxodo* 22, 28; *Levítico* 19, 16.

[69] Esta obra es una recapitulación de las leyes de varios pueblos.

tranjeras, entre las cuales cita el juramento llamado *corbán;* este juramento no podría encontrarse en ninguna otra parte excepto entre los judíos; traducida del hebreo esta palabra significa «regalo de Dios».

Heródoto de Halicarnaso

Tampoco Heródoto de Halicarnaso ha 168
ignorado nuestro pueblo, sino que en cierta manera lo ha mencionado claramente. Hablando de los colcos, en el segundo 169
libro, dice así: «los colcos, los egipcios y los etíopes, dice, son los únicos que practican la circuncisión desde el principio. Los fenicios y los sirios de Palestina reconocen ellos mismos que lo han aprendido de los egipcios. Los sirios de las orillas del río Termodonte y del río Par- 170
tenio[70], y sus vecinos los macrones afirman haberlo aprendido recientemente de los colcos. Éstos son los únicos hombres circuncidados, y está claro que imitan a los egipcios. Sin embargo, entre los egipcios y los etíopes no puedo decir quiénes de ellos han aprendido la circuncisión de los otros»[71].
Así pues, Heródoto ha dicho que los sirios de Palestina se 171
circuncidaban[72], pero de los habitantes de Palestina los judíos son los únicos que lo practican y como él lo sabía, es a ellos a quienes se refiere.

[70] Ríos de Asia Menor.

[71] Cf. Heródoto, II 104. El texto abreviado también está reproducido en *Antigüedades* VIII 262.

[72] Para Heródoto, los sirios de Palestina son los filisteos, pero éstos, al menos en época bíblica, eran incircuncisos.

Quérilo

172 También Quérilo, un poeta muy antiguo[73], menciona a nuestro pueblo como partícipante en la expedición contra Grecia junto al rey de los persas Jerjes. Así, después de enumerar a todos los pueblos, al final menciona también al nuestro, diciendo:

173 «Tras ellos avanzaba una raza de aspecto sorprendente, de sus bocas brotaba la lengua fenicia, habitaban los montes de Sólima, junto a un extenso lago, su cabellera polvorienta estaba rasurada en círculo, y encima llevaban el pellejo de una cabeza de caballo secada al humo».

174 Para todo el mundo está claro, pienso yo, que se refiere a nosotros, pues los montes Sólima están en nuestro país y nosotros los habitamos. También se encuentra allí el lago llamado Asfaltítide, que es el más ancho y extenso de todos los lagos de Siria[74].

175 Así es como nos menciona Quérilo. Los griegos no sólo conocieron a los judíos, sino que incluso admiraron a cuantos tuvieron la oportunidad de encontrar. Y no me refiero a los griegos más sencillos, sino a los admirados especialmente por su sabiduría, como es fácil de comprender.

---

[73] Poeta épico del siglo V.

[74] Josefo identifica los montes Sólima con Hierosolima, Jerusalén, y el extenso lago con el lago Asfaltítide, el Mar Muerto. Pero el pueblo a que se refiere Quérilo parecen ser los etíopes orientales, que se diferencian de los occidentales porque hablan fenicio y habitan al lado de un gran lago, según HERÓDOTO, VII 70. La referencia a los montes Sólima la toma Quérilo de HOMERO, *Odisea* V 383, el cual nombra a estos montes junto con los etíopes. La tonsura en círculo no les está permitida a los judíos *(Levítico* 19, 27), pero era practicada por los árabes *(Jeremías* 9, 25).

Clearco

Clearco, discípulo de Aristóteles, y que 176
no es inferior a ninguno de los peripatéticos, en el primer libro *Sobre el sueño* refiere que su maestro Aristóteles acerca de un judío contaba lo siguiente. Da la palabra al propio Aristóteles. Cito el texto:

«Sería demasido largo decirlo todo, pero será bueno, sin 177
embargo, exponer lo que en aquel hombre tenía cierto carácter maravilloso y filosófico. Te advierto, Hiperóquides, que mis palabras te van a parecer tan extrañas como un sueño. Hiperóquides respondió respetuosamente:

—Ésa es precisamente la razón por la que todos deseamos oírte.

—Bien, dijo Aristóteles, según los preceptos de la retórica, 178
comencemos por describir su raza, para no desobedecer a los maestros de la narrativa.

—Habla como te parezca, dijo Hiperóquides.

—Este hombre era de raza judía, natural de Celesiria; 179
éstos son descendientes de filósofos indios a los que, según dicen, en la India se les da el nombre de calanos[75] y en Siria, el de judíos; toman el nombre del lugar donde residen, ya que el lugar que habitan se llama Judea. El nombre de su ciudad es muy extraño: la llaman Jerusalén. Este hombre, 180
al que muchos recibían como huésped y que descendía del interior hacia la costa, era griego no sólo por su lengua, sino también por su alma. Durante mi estancia en Asia[76], llegó a 181
los mismos lugares que yo y entró en contacto conmigo y con otros estudiosos, tratando de aprender nuestra ciencia.

---

[75] Calano era, en realidad, el nombre de un gimnosofista que siguió al ejército de Alejandro Magno y que se dio muerte prendiéndose fuego delante del ejército. Cf. PLUTARCO, *Alejandro* 6, 5.

[76] En Misia (348-345).

Como él se había relacionado con muchas personas cultiva-
das, nos entregaba, más bien, algo de la suya».
182 Éstas son las palabras de Aristóteles recogidas por Clearco,
y añade que este judío poseía una extraordinaria resistencia
y una gran sobriedad en su forma de vida. Si se desea, se
puede conocer más sobre él en el mismo libro. Por mi parte,
183 procuro no citar más de lo necesario. Esto es lo que dice
Clearco en una digresión —pues el tema que trataba era
otro— y así es como nos menciona.

Hecateo de Abdera

En cuanto a Hecateo de Abdera, filósofo
y a la vez hombre muy bien dotado para
la acción, que floreció en la época del rey
Alejandro y tuvo relación con Ptolomeo,
hijo de Lago, no se ha referido a nosotros
de modo incidental, sino que ha escrito expresamente un
libro sobre los judíos, del cual quiero recorrer brevemente
184 algunos pasajes. Primero indicaré la época. Menciona la
batalla de Ptolomeo contra Demetrio cerca de Gaza que
tuvo lugar once años después de la muerte de Alejandro[77],
en la Olimpíada centésimo decimoséptima, según cuenta
185 Cástor. Después de indicar la Olimpíada, dice: «En aquel
tiempo, Ptolomeo, hijo de Lago, venció en combate cerca de
Gaza a Demetrio, hijo de Antígono, el llamado Poliorcetes».
Todo el mundo está de acuerdo en que Alejandro murió en
la Olimpíada centésimo decimocuarta[78], por tanto es evidente
que nuestro pueblo floreció en tiempos de Ptolomeo y en
186 tiempos de Alejandro. Hecateo añade aún que después de la
batalla de Gaza, Ptolomeo se convirtió en dueño de Siria y
que muchos hombres, conocedores de su bondad y su huma-

[77] 312 a. C.

[78] 323 a. C.

nidad, quisieron marchar con él a Egipto y compartir su
destino. «Uno de ellos, dice, era Ezequías[79], sumo sacerdote 187
de los judíos, de unos sesenta y seis años de edad, que
gozaba de gran estima entre sus compatriotas; era un hombre
inteligente, dotado para la oratoria y experto en los asuntos
políticos como ningún otro. Y eso que el número total de los 188
sacerdotes judíos que reciben el diezmo de los productos y
administran los asuntos públicos es aproximadamente de
mil quinientos». Volviendo de nuevo a Ezequías dice: «Este 189
hombre, que había obtenido tal dignidad, y que estaba en
estrecha relación con nosotros, reunía a algunos amigos y
les daba a conocer todas las peculiaridades de su nación,
pues tenía escrita la historia de su asentamiento y su forma
de gobierno». A continuación, Hecateo da cuenta de nuestro 190
comportamiento con las leyes, que preferimos sufrir todo
antes que transgredirlas, como creemos que debe ser. Con- 191
tinúa: «Por eso, ni las críticas de sus vecinos y de todos los
que los visitan, ni los frecuentes ultrajes de los reyes y de
los sátrapas persas consiguen hacerles cambiar de parecer,
sino que por sus leyes afrontan sin defenderse las torturas y
las muertes más terribles, antes que renegar de las costumbres
de sus padres». Aporta también no pocas pruebas de nuestra 192
firmeza en el cumplimiento de las leyes. Así, refiere que en
cierta ocasión, encontrándose Alejandro en Babilonia y ha-
biendo decidido reconstruir el Templo de Bel que estaba en
ruinas[80], ordenó a todos sus soldados sin distinción que
transportaran tierra para allanar el lugar. Sólo los judíos se
negaron a ello, por lo que hubieron de soportar muchos

[79] Ezequías no figura en la lista de los sumos sacerdotes dada por Josefo en *Antigüedades* XI 345 y XII 34 ss.

[80] Atestiguado por ARRIANO, *Anábasis de Alejandro Magno* VII 17, y ESTRABÓN, XVI 1, 5.

golpes y pagar grandes multas hasta que el Rey les perdonó
193 y les dispensó de esa tarea. «Incluso, dice Hecateo, cuando han ido extranjeros a su país y han levantado templos y altares, los han destruido todos, teniendo que pagar en algunos casos multas a los sátrapas, siendo perdonados en
194 otros». Y añade que su conducta es digna de admiración. Habla también de lo numerosa que se ha hecho nuestra raza: «Muchos miles de judíos fueron deportados a Babilonia por los persas[81], y fueron muchos los que, después de la muerte de Alejandro, pasaron a Egipto y a Fenicia a causa de las
195 revoluciones de Siria». Este mismo autor describe la extensión y la belleza del país que habitamos: «Cultivan casi tres millones de aruras[82] de la tierra mejor y más fértil en toda clase de frutos; ésta es, en efecto, la superficie de Judea».
196 Sobre la belleza y la extensión de la ciudad de Jerusalén, que nosotros habitamos desde tiempos remotos, su numerosa población y la disposición de su templo, el autor hace la
197 siguiente descripción: «Los judíos tiene muchas fortalezas y aldeas diseminadas por el país[83], pero una única ciudad fortificada de cincuenta estadios[84] de contorno aproximadamente, que alberga una población de ciento veinte mil per-
198 sonas, a la que llaman Jerusalén. En medio de la ciudad se eleva un recinto de piedra de unos cinco pletros[85] de largo y cien codos de ancho[86], con dos puertas dobles. Allí hay un

[81] Se trata de la deportación de Nabucodonosor, que Hecateo atribuye a los persas en lugar de los caldeos, confundiendo ambos pueblos.

[82] 825.000 hectáreas.

[83] En tiempos de Josefo Galilea tenía doscientas cuatro ciudades y aldeas *(Autobiografía* 235).

[84] Es una cifra exagerada. El mismo Josefo en *Guerra de los judíos* V 15, habla de treinta y tres.

[85] 150 metros.

[86] Otra exageración. El decreto de Ciro *(Esdras* 6, 3) prescribe 60 codos.

altar cuadrado construido con piedras agrupadas sin tallar, que tiene veinte codos de lado y diez de altura[87]; al lado se encuentra un gran edificio donde están el altar y el candelabro, ambos de oro, de dos talentos de peso[88]. En ellos no se apaga 199
nunca el fuego, ni de día ni de noche. No hay absolutamente ninguna imagen ni exvoto, ni tampoco ninguna planta como arbustos sagrados o cosa semejante. Algunos sacerdotes pasan allí las noches y los días ocupados en purificaciones, y nunca beben vino en el recinto del templo»[89].

Atestigua también el autor que los judíos tomaron parte 200
en las campañas junto al rey Alejandro[90] y después junto a sus sucesores. Él mismo dice haber asistido a un incidente provocado por un judío durante la expedición.Lo citaré a continuación. Dice así: «Marchando yo hacia el Mar Rojo, 201
me acompañaba, junto con los jinetes de mi escolta, un judío llamado Mosolamo[91], hombre inteligente, vigoroso y reconocido por todos, griegos y bárbaros, como el mejor arquero. En cierta ocasión, marchaban muchos soldados por 202
el camino y un adivino consultó los augurios y consideró conveniente que todos se detuvieran. Entonces este hombre preguntó por qué se detenían allí. El adivino le mostró un 203
pájaro, diciéndole que si el ave se detenía allí, convenía que todos se detuvieran; si al levantar el vuelo iba hacia adelante, les convenía avanzar, pero si iba hacia atrás, deberían desandar el camino. Entonces el judío, en silencio, tendió el

[87] Estas dimensiones corresponden al altar de bronce del Templo de Salomón, según *II Crónicas* 4, 1. El altar de que se habla en *Éxodo* 27, 1 y ss., sólo tiene cinco codos de largo, cinco de ancho y tres de alto.

[88] Cf. *I Macabeos* 1, 23.

[89] Cf. *Levítico* 10, 9; *Éxodo* 44, 21.

[90] Los judíos nunca participaron en una expedición con Alejandro Magno.

[91] En hebreo Meshullam (cf. *Esdras* 8, 16).

204 arco, disparó y mató al pájaro. El adivino y algunos otros se
indignaron y le colmaron de maldiciones. «¿Por qué os
enfurecéis, desgraciados?» —les dijo—. Luego, tomando el
ave en sus manos, añadió: «¿Cómo iba a indicaros algo
sensato sobre nuestro camino este pájaro que no ha sabido
predecir su propia salvación? Pues si hubiera podido cono-
cer el futuro, no hubiera venido a este lugar por miedo a que
el judío Mosolamo lo matara con una flecha».
205 Ya está bien de testimonios de Hecateo; los que quieran
saber más, pueden encontrar fácilmente su libro.

Agatárquides

No dudaré en citar también a Agatár-
quides[92], que nos menciona para burlarse
206 de nuestra necedad, como cree él. Narra la
historia de Estratonice[93], cómo vino a Siria
desde Macedonia, abandonando a su ma-
rido Demetrio, y que al negarse Seleuco a tomarla por
esposa, como ella había esperado, consiguió sublevar a An-
207 tioquía mientras él hacia su expedición desde Babilonia. Más
tarde, cuando regresó el Rey tras la toma de Antioquía,
Estratonice huyó a Seleucia, y en vez de escapar rápidamente
cuando aún le era posible, se dejó persuadir por un sueño
208 que se lo prohibía y fue capturada y muerta. Después de este
relato, Agatárquides se burla de la superstición de Estratonice
y cita como ejemplo lo que se dice de nosotros. Escribe lo
209 siguiente: «Los denominados judíos, que habitan la ciudad
más fortificada de todas, a la que sus habitantes llaman

[92] Agatárquides de Cnido (181-146 a. C.), autor de varias obras históricas y geográficas. El fragmento que sigue está parcialmente reproducido en *Antigüedades* XII 6.

[93] Hija de Antíoco I Soter y esposa de Demetrio II. Cuando éste contrajo segundas nupcias, ella fue a Antioquía esperando casarse con Seleuco II Calinico.

Jerusalén, tienen por costumbre descansar cada siete días, y
en ese tiempo ni llevan armas, ni cultivan la tierra, ni desem-
peñan ningún otro trabajo, sino que con las manos extendidas
se dedican a rezar en los templos hasta la tarde. Cuando 210
Ptolomeo, hijo de Lago, invadió con su ejército su territorio[94],
esos hombres, en lugar de defender su ciudad, perseveraron
en su locura, y su patria obtuvo un dueño tiránico, probán-
dose que su ley contenía una costumbre estúpida. Lo ocu- 211
rrido entonces enseñó a todos, excepto a los mismos judíos,
a no recurrir a los sueños y a las supersticiones tradicionales
mas que cuando la razón humana nos deja desamparados en
situaciones críticas». Agatárquides encuentra esto ridículo, 212
pero si se examina sin hostilidad, parece admirable y digno
de los mayores elogios el hecho de que algunos hombres, en
todas las circunstancias, se preocupen más del cumplimiento
de sus leyes y de la piedad hacia Dios que de su vida y de su
patria.

Otros autores griegos que han hablado de los judíos

Creo que puedo aportar la prueba de que 213 23
no ha sido por desconocimiento de nuestro
pueblo sino por envidia u otras razones
vergonzosas por lo que algunos escritores
no nos han mencionado. Jerónimo[95] el que
escribió la *Historia de los sucesores de Alejandro,* era con-
temporáneo de Hecateo y, gracias a su amistad con el rey
Antígono, gobernador de Siria. Pero mientras que Hecateo 214
escribió un libro sobre nosotros, Jerónimo, en cambio, no
nos menciona en ninguna parte de su historia, a pesar de
haber vivido casi en nuestra tierra; tan diferentes son en la
forma de pensar los hombres: a uno le parecimos dignos de

[94] La fecha de este suceso es desconocida.

[95] Jerónimo de Cardia vivió aproximadamente entre el 360 y el 265 a. C.

una mención importante; al otro, una pasión completamente
215 desfavorable le ofuscó. Sin embargo, para probar nuestra antigüedad bastan los documentos egipcios, caldeos y fenicios,
216 a los que se suman tantos escritores griegos. Además de los ya citados, han hablado extensamente de nosotros Teófilo, Teódoto, Mnáseas, Aristófanes, Hermógenes, Evémero, Conón, Zopirión, y tal vez muchos más[96], yo no he podido
217 localizar todos los libros. La mayor parte de los autores mencionados se han equivocado sobre los hechos remotos, porque no han consultado nuestros libros sagrados; pero todos están de acuerdo al testimoniar nuestra antigüedad,
218 tema del presente tratado. Sin embargo Demetrio Falereo, Filón el Viejo y Eupólemo[97] no se apartaron mucho de la verdad. Hay que excusarlos, pues no pudieron seguir nuestras Escrituras con toda exactitud.

Calumnias contra los judíos y contra otros pueblos

219 Me resta todavía por tratar uno de los puntos esenciales anunciados al comienzo de este tratado[98]: demostrar la falsedad de las calumnias y de las injurias con las que algunas personas han atacado a nuestro pueblo, y utilizar contra los que las han escrito su propio
220 testimonio. Que a otros muchos pueblos les ha ocurrido lo

[96] De acuerdo con POLYHÍSTOR (fr. 19), Teófilo trató de las relaciones entre Hiram y Salomón; Teódoto, samaritano, es autor de una obra en verso *Sobre los judíos* (POLYHÍSTOR, fr. 9); Mnáseas (cf. *Contra Apión* I 94 y II 112) vivió en el siglo III; Hermógenes escribió una obra sobre Frigia; Evémero, conocido por su explicación racionalista de los mitos griegos, escribió una novela titulada *Historia Sagrada;* Aristófanes es tal vez el bibliotecario alejandrino. Conón y Zopirión son desconocidos.

[97] Eupólemo y Filón el Viejo son escritores judíos que Josefo toma por griegos. A Demetrio Falereo, ateniense, parece que Josefo lo confunde con otro Demetrio, historiador judío.

[98] *Contra Apión* I 3-4 y 59.

mismo por la animosidad de algunos creo que es un hecho conocido por los lectores más asiduos de los libros de historia; en efecto, algunos han intentado manchar la reputación de pueblos y de ciudades muy ilustres, y difamar su forma de gobierno. Teopompo[99], la de los atenienses, Polícrates, la 221
de los lacedemonios, el autor de *Tres ciudades* —que no es Teopompo, como creen algunos— ha destrozado a Tebas. También Timeo[100], en sus *Historias,* ha calumniado a las ciudades mencionadas y a otras más. Atacan sobre todo a los 222
personajes más célebres, unos por envidia o maldad, otros pensando que la novedad de su lenguaje les va a hacer dignos de recuerdo. Entre los necios no han visto frustrada su esperanza, pero las personas de sano juicio condenan su perversidad.

Los egipcios, primeros autores de estas calumnias

Las calumnias contra nosotros comenzaron 223 25
con los egipcios; después, algunos autores, queriendo agradarles, intentaron alterar la verdad, y ni reconocen la llegada de nuestros antepasados a Egipto tal como ocurrió, ni cuentan con veracidad su salida de allí. Los 224
egipcios han tenido muchos motivos de odio y de envidia. Primero, la dominación que nuestros antepasados ejercieron sobre su país[101] y su prosperidad cuando se marcharon de allí a su propia tierra. Luego, la diferencia entre nuestras

[99] Teopompo de Quíos (378-300 a. C. aproximadamente) tenía fama de ser un escritor áspero y calumniador (cf. NEPOTE, *Alcibiades* 11). Las *Tres ciudades* era un panfleto contra Atenas, Esparta y Tebas, obra del sofista Anaxímenes, que lo puso bajo el nombre de su enemigo Teopompo (cf. PAUSANIAS, IV 18, 3).

[100] Apodado «Detractor» por su maledicencia.

[101] En tiempos del patriarca José, a quien Josefo relaciona con los hicsos.

creencias y las suyas ocasionó un odio profundo, pues nuestra religión difiere tanto de la que ellos practican, cuanto la naturaleza divina se aleja de la de los animales irracionales.
225 Entre ellos es una costumbre hereditaria considerar a los animales como dioses, a los que honran además cada uno a su modo. Estos hombres vacíos e insensatos, acostumbrados desde un principio a tener ideas falsas sobre los dioses, no han sido capaces de imitar la dignidad de nuestra religión, pero han sentido envidia al ver su gran número de seguidores.
226 Algunos de ellos han llegado a tal punto de insensatez y mezquindad, que no han dudado en contradecir a sus antiguas crónicas, sino que, incluso, en la ceguera de su pasión, no se han dado cuenta de que sus escritos los contradecían.

Calumnias de Manetón

26 227 Me detendré primero en un autor cuyo testimonio he utilizado hace poco para
228 probar nuestra antigüedad. Se trata de Manetón, quien había prometido traducir la historia de Egipto de los libros sagrados. Después de decir que nuestros antepasados, llegados a Egipto a millares, dominaron sobre los habitantes, él mismo reconoce que, al ser expulsados más tarde, ocuparon la actual Judea, fundaron Jerusalén y edificaron el Templo. Hasta aquí ha
229 seguido las crónicas. Pero luego, con el pretexto de que va a relatar mitos y rumores, se permite ciertas libertades e introduce relatos inverosímiles sobre los judíos y quiere confundirnos con una multitud de egipcios atacados de lepra y otras enfermedades, condenados, según él, a huir de
230 Egipto. Así pues, tras citar al rey Amenofis, un nombre imaginario, sin atreverse por ello a fijar el tiempo de su reinado, aunque de los otros reyes que menciona da los años con toda exactitud, le aplica ciertas leyendas, olvidándose sin duda de que ha relatado que quinientos dieciocho años

antes tuvo lugar el éxodo de los pastores hacia Jerusalén [102].
Partieron cuando era rey Tetmosis, y desde éste hasta los 231
hermanos Seti y Harmais, los reyes que sucedieron cubren un período de trescientos noventa y tres años. De los cuales se dice que Seti cambió su nombre por el de Egipto y Harmais por el de Dánao. Seti, tras expulsar a su hermano, reinó cincuenta y nueve años, y después de él, su hijo mayor
Ramsés, sesenta y seis. Así, después de haber admitido que 232
habían transcurrido tantos años desde la salida de nuestros padres de Egipto, al intercalar a continuación al mítico rey Amenofis, cuenta que éste deseó contemplar a los dioses al igual que Or [103], uno de sus predecesores en el trono, y comunicó su deseo a su homónimo Amenofis, hijo de Paapis, quien parecía participar de la naturaleza divina por su sabiduría y su capacidad de previsión del futuro [104]. Este homó- 233
nimo suyo le contestó que podría ver a los dioses, si purificaba
todo el país de leprosos y otras personas impuras. El Rey se 234
alegró y reunió a todos los enfermos de Egipto, y resultaron

---

[102] Manetón distingue claramente las dos expulsiones de Egipto, la de los hicsos, que fundaron Jerusalén (85-90), y la de los leprosos con Osarsef, quien con los descendientes de los hicsos habría intentado invadir Egipto (232-250). La identificación del Amenofis bajo el cual se produjo la segunda expulsión es dudosa. Sin embargo, Josefo es injusto con Manetón al decir que Amenofis es un nombre imaginario. Manetón cita tres reyes con este nombre, pero es difícil saber bajo cuál de los tres se produjo el episodio de los impuros. Josefo parece admitir que este Amenofis era sucesor de Ramsés II, hijo de Seti I, pero se equivoca en los cálculos al situar la subida al trono de Amenofis 518 años después del exódo de los hicsos. En efecto, los reinados enumerados entre el éxodo y Seti I dan un total de 334 años, no 393. Si añadimos 59 más 66 de los reinados de Seti y de Ramsés, tendremos 459 años, no 518. Parece ser que Josefo ha contado dos veces los 59 años del reinado de Seti I.

[103] Noveno rey de la XVIII dinastía.

[104] Este personaje podría ser Amenhotep o Amenofis, hijo de Hapi, ministro de Amenofis, cuya estatua fue descubierta por Mariette.

235 ser ochenta mil, y los envió a las canteras [105] al este del Nilo
para que trabajaran y estuvieran separados de los demás
egipcios. Según Manetón, entre ellos había algunos sabios
236 sacerdotes, afectados por la lepra. Entonces Amenofis, el
sabio adivino, tuvo miedo de atraer hacia sí y hacia el Rey
la cólera de los dioses si les forzaba a dejarse ver, y previendo
que algunas gentes se aliarían con los impuros y dominarían
Egipto durante trece años, no se atrevió a comunicárselo al
Rey; lo dejó todo escrito y se suicidó. El Rey cayó en el
237 desaliento. A continuación Manetón dice textualmente lo
siguiente: «Llevaban ya bastante tiempo sufriendo en las
canteras, cuando el Rey a quien habían pedido que les con-
cediera alojamiento y protección consintió en cederles Avaris,
238 la ciudad de los pastores, entonces deshabitada. Esta ciudad,
según la tradición teológica, estaba consagrada desde sus
orígenes a Tifón. Llegaron allí y tomando el lugar como
base de operaciones para una revuelta, eligieron como jefe a
uno de los sacerdotes de Heliópolis llamado Osarsef [106] y
239 juraron obedecerle en todo. Éste les impuso como primera
ley que no adoraran a los dioses, que no se abstuvieran de
ninguno de los animales considerados más sagrados por la
ley divina en Egipto [107], sino que los sacrificaran y los comie-
ran, y que no se unieran con nadie excepto con los hombres
240 ligados por el mismo juramento. Después de haber dictado
estas leyes y otras muchas totalmente contrarias a las cos-
tumbres egipcias, mandó que una multitud de obreros repa-
rara los muros de la ciudad y se prepararan para la guerra

[105] Son las canteras de Tura, citadas por HERÓDOTO, II 8 y 124, que suministraron el material para las pirámides.

[106] Aunque Osarsef es identificado con Moisés, parece una transformación de José, sustituyendo la primera sílaba, erróneamente considerada derivada del hebreo Yahvéh, por el comienzo del nombre de Osiris.

[107] Cf. TÁCITO, *Historias* V 4.

contra el rey Amenofis. Con el apoyo de otros sacerdotes y 241
de algunas personas contaminadas como él, envió una em-
bajada a los pastores expulsados por Tetmosis a la ciudad
llamada Jerusalén y, exponiéndoles su situación y la de sus
compañeros ultrajados como él, les invitó a unirse a ellos en
una expedición contra Egipto. Les prometió conducirlos 242
primero hacia Avaris, la patria de sus antepasados, propor-
cionar abundantemente lo necesario a la muchedumbre y
combatir por ellos cuando fuera preciso y someter fácilmente
el país. Éstos, llenos de alegría, se apresuraron a emprender 243
la marcha todos juntos, unos doscientos mil hombres, y
poco después llegaron a Avaris. Cuando tuvo conocimiento
de la invasión, el rey de Egipto Amenofis se sintió bastante
turbado, pues recordaba la predicción de Amenofis, hijo de
Paapis. Primero reunió una multitud de egipcios y tras 244
deliberar con sus jefes, mandó a buscar los animales sagrados
más venerados en los templos y encomendó a los sacerdotes
de cada distrito que ocultaran las imágenes de los dioses en
el lugar más seguro. A su hijo Seti, también llamado Ramsés 245
por su abuelo Ramsés, que contaba cinco años de edad, se
lo confió a su amigo. Él cruzó el Nilo con los demás egipcios,
unos trescientos mil hombres muy bien adiestrados, y aunque
salió al encuentro de sus enemigos, no entabló batalla; pues 246
pensaba que no había que combatir contra los dioses. Des-
anduvo el camino hacia Menfis, donde tomó el Apis y los
demás animales sagrados que había mandado llevar a ese
lugar, y luego, sin tardanza, subió a Etiopía con todo su
ejército y el pueblo de Egipto, pues el rey de los etíopes
estaba obligado a él por agradecimiento. Éste le acogió y 247
alimentó a toda esa multitud con los productos apropiados
para el consumo humano que producía la tierra y les pro-
porcionó ciudades y aldeas suficientes para el exilio de trece
años impuesto por el destino a Amenofis lejos de su reino y

además estableció un ejército de etíopes en las fronteras de
Egipto para proteger al rey Amenofis y a los suyos.
248 Esto es lo que sucedía en Etiopía. Los solimitas[108] des-
cendieron con los egipcios impuros y trataron a los habitantes
tan sacrílega y cruelmente que la dominación de los mencio-
nados pastores parecía una edad de oro a los que ahora
249 contemplaban sus impiedades. Pues no sólo incendiaron
ciudades y aldeas, ni se contentaron con saquear los templos
y mutilar las estatuas de los dioses, sino que utilizaron de
modo habitual los santuarios como cocinas para asar los
animales sagrados, objeto de veneración. Obligaron a los
sacerdotes y a los profetas a sacrificarlos y degollarlos, y
250 luego los arrojaban fuera, desnudos. Se dice que el sacerdote
que les dio la constitución y las leyes era del linaje de
Heliópolis, llamado Osarsef por el dios Osiris, de Heliópolis,
y que, cuando llegó a este pueblo, cambio su nombre y tomó
el de Moisés».

27

Crítica al relato de Manetón

251 Éstas y otras cosas más, que omito por
abreviar, cuentan los egipcios sobre los
judíos. Manetón añade que Amenofis re-
gresó de Etiopía con un gran ejército así
como su hijo Ramsés, también él al frente
de un ejército; que ambos atacaron a los pastores y a los
impuros y los vencieron; y después de haber matado a gran
número de ellos, persiguieron a los demás hasta las fronteras
252 de Siria. Estas cosas y otras semejantes ha escrito Manetón[109].
Ahora bien, que dice claramente necedades y falsedades lo
voy a demostrar, haciendo una observación preliminar para

[108] Habitantes de Hierosolima (Jerusalén).

[109] Este relato de Manetón no parece histórico. Sin embargo, la expulsión de los israelitas de Egipto está recogida en la Biblia *(Éxodo* 6, 1).

refutar después a otros autores: él nos concede y reconoce
que nuestra raza no es de origen egipcio, sino que nuestros
antepasados llegaron de fuera a dominar Egipto y que pos-
teriormente salieron del país. Pero que los egipcios enfermos 253
no se mezclaron con nosotros más tarde, y que Moisés, el
que guiaba al pueblo, no era uno de ellos, sino que había
vivido muchas generaciones antes, voy a intentar probarlo
por los propios relatos de Manetón.
En primer lugar, la causa sobre la que apoya la fábula es 254 28
ridícula. «El rey Amenofis», dice, «deseaba ver a los dioses».
¿A qué dioses? Si se refiere a los reconocidos por sus leyes,
el buey, la cabra, los cocodrilos y los cinocéfalos, ya los veía.
A los dioses celestiales, ¿cómo iba a poder verlos? ¿Y por 255
qué tenía ese deseo? Porque ¡por Zeus![110] otro rey antes que
él los había visto. Por él había aprendido cómo eran y de
qué forma los había visto, por tanto no tenía necesidad de
un nuevo procedimiento. Pero el adivino con cuya ayuda 256
pensaba el Rey lograr su propósito era un sabio. Entonces
¿cómo no previó que el deseo del Rey era inalcanzable? De
hecho no se cumplió. ¿Y qué sentido tenía eso de que los
dioses eran invisibles a causa de los mutilados y los leprosos?
Los dioses se irritan contra la impiedad, no contra las enfer-
medades del cuerpo. ¿Y cómo se puede reunir casi en un solo 257
día a ochenta mil leprosos y enfermos? ¿Por qué el Rey no
escuchó al adivino? Pues éste le había ordenado que sacara
de Egipto a los enfermos, pero él los encerró en las canteras
como quien tiene necesidad de obreros, no como quien ha
decidido purificar el país. Dice Manetón que el adivino se 258
suicidó al prever la cólera de los dioses y lo que iba a ocurrir
en Egipto. Sin embargo, dejó al Rey su predicción escri-
ta. ¿Por qué no previó el adivino su muerte desde el principio?

[110] Expresión extraña en boca de un judío.

259 ¿Por qué no se opuso inmediatamente al deseo del Rey de ver a los dioses? ¿Era razonable su temor a desgracias que no iban a suceder durante su vida o acaso podía sucederle
260 algo peor que su precipitado suicidio? Pero veamos lo más absurdo de todo: el Rey, informado de estos hechos y temeroso del futuro, no sólo no expulsó, ni siquiera entonces, del territorio a aquellos enfermos de los que se le había ordenado limpiar Egipto, sino que accedió a su petición y, según Manetón, les entregó la ciudad que en otro tiempo había
261 sido habitada por los pastores, llamada Avaris. Dice que se reunieron allí y eligieron un jefe entre los antiguos sacerdotes de Heliópolis, y que éste les enseñó a no adorar a los dioses, a no abstenerse de comer los animales reverenciados entre los egipcios, sino a sacrificarlos y comer de todos ellos, y a no unirse con nadie que no estuviera ligado por el mismo juramento. Hizo jurar al pueblo el compromiso de fidelidad a estas leyes y, tras haber fortificado Avaris, declaró la
262 guerra al Rey. Añade Manetón que envió una embajada a Jerusalén, invitando a los habitantes a unirse a ellos con la promesa de entregarles Avaris, pues esta ciudad había pertenecido a los antepasados de los que vendrían de Jerusalén. Éstos, partiendo de ella, se apoderarían de todo Egipto.
263 Dice a continuación que con doscientos mil soldados atacaron al Rey de Egipto, Amenofis, quien pensando que no debía luchar contra los dioses, huyó inmediatamente a Etiopía después de haber confiado a los sacerdotes la custodia de
264 Apis y otros animales sagrados. Entonces los jerosolimitanos que habían invadido el país revolucionaron las ciudades, incendiaron los templos y degollaron a los sacerdotes: en una palabra, no retrocedieron ante ningún crimen ni ninguna
265 brutalidad. El sacerdote que les había dado su constitución y sus leyes era, según Manetón, originario de Heliópolis, llamado Osarsef por el dios de Heliópolis, Osiris, y cambió

su nombre por el de Moisés. Trece años después —ése era el 266
tiempo del exilio fijado por el destino—, Amenofis, según Manetón, llegó de Etiopía con un numeroso ejército, atacó a los pastores y a los impuros, los venció en el combate y mató a muchos tras perseguirlos hasta las fronteras de Siria[111].

Aquí todavía no es consciente Manetón de la inverosimi- 267 29
litud de sus falsedades. Pues los leprosos y la muchedumbre que les acompañaba, aunque al principio estuvieran indignados contra el Rey y contra los demás que les habían tratado de esa manera de acuerdo con la predicción del adivino, cuando salieron de las canteras y recibieron del Rey una ciudad y un territorio, sin duda se mostrarían más afables con él. Y si hubieran seguido odiándole, habrían podido 268
conspirar contra él solo sin declarar la guerra a todos los egipcios, pues siendo ellos tan numerosos, es evidente que tendrían entre ellos muchos parientes. Y aunque se hubieran 269
decidido a luchar contra otros hombres, no se habrían atrevido a hacerlo contra sus dioses, ni habrían redactado unas leyes totalmente contrarias a las de sus padres, en las cuales se habían educado. Debemos agradecer a Manetón que diga 270
que la violación de las leyes no se debió a la iniciativa de los que habían llegado de Jerusalén, sino de los mismos egipcios y que fueron los sacerdotes, sobre todo, los que lo propusieron e hicieron prestar juramento a la multitud. ¿Cómo no con- 271
siderar absurdo eso de que, cuando ninguno de sus parientes ni de sus amigos se unió a ellos en la revuelta ni tomó parte en los peligros de la guerra, los contaminados enviaran una embajada a Jerusalén y obtuvieran de allí una alianza? ¿Qué 272
amistad o parentesco previo existía entre ellos? Al contrario, eran enemigos y sus costumbres muy distintas. Según él,

[111] Repetición casi textual en 260-266 de lo dicho en 237-250.

atendieron inmediatamente a la promesa de que iban a ocupar Egipto, como si ellos no conocieran ya perfectamente
273 el país del que habían sido expulsados por la fuerza. Y aún, si su situación hubiera sido difícil o mala, es posible que hubieran aceptado el riesgo; pero habitaban una ciudad opulenta y disfrutaban de un país mucho más fértil y extenso que Egipto[112]. Entonces, ¿por qué se iban a exponer a ayudar a antiguos enemigos, ahora enfermos, a quienes ni siquiera sus allegados apoyaban? Pues ellos no preveían que el Rey
274 iba a huir. Al contrario, el propio Manetón dice que el hijo de Amenofis[113] les salió al encuentro en Pelusio con trescientos mil hombres. Y eso sin duda lo sabían los que se encontraban allí. ¿Cómo iban a sospechar el cambio de opinión
275 del Rey y su huida? Dice a continuación que después de conquistar Egipto, los expedicionarios de Jerusalén cometieron muchos crímenes horribles y se los reprocha como si no los hubiera presentado como enemigos, o como si hubiera que inculpar a gentes llamadas de fuera por hacer lo mismo que hacían y habían jurado hacer los de raza egipcia antes de la
276 llegada de aquéllos. Sin embargo, Amenofis, volviendo al ataque, ganó una batalla y, aniquilando a los enemigos, los expulsó hasta Siria. Así pues, para los invasores de cualquier
277 parte, Egipto es una presa fácil. Y los que entonces, de resultas de la fuerza, se hicieron dueños del país, aun sabiendo que Amenofis estaba vivo, no fortificaron las rutas que vienen de Etiopía, y eso que disponían de medios abundantes para ello, ni prepararon otro ejército. «El Rey, dice Manetón, los persiguió hasta Siria, a través de la arena del desierto, acabando con ellos». Es sabido que, incluso sin combatir, es difícil para un ejército atravesarlo.

[112] La exageración es evidente.

[113] En 245 es el propio Amenofis; su hijo no tenía más que cinco años.

Así pues, según Manetón, nuestra raza ni procede de 278 30
Egipto ni se ha mezclado con los hombres de allí. Es posible que muchos de los leprosos y enfermos murieran en las canteras donde vivieron y sufrieron largo tiempo; otros muchos, en las batallas que tuvieron lugar más tarde, y la mayor parte, en la última y en la huida[114].

Refutación a Manetón acerca de Moisés

Me falta por refutar lo que dice Manetón 279 31
acerca de Moisés. Los egipcios consideraban a este hombre admirable y divino, pero quieren apropiárselo por medio de una calumnia inverosímil. Dicen que era uno de los sacerdotes de Heliópolis expulsado de allí a causa de la lepra. En los documentos públicos consta que vivió 280
quinientos dieciocho años antes y que condujo a nuestros antepasados desde Egipto hacia la tierra que habitamos en la actualidad. Que no estaba afectado por una enfermedad 281
de ese género lo prueban sus propias palabras, pues prohibió a los leprosos pemanecer en una ciudad o residir en una aldea; éstos deben errar solos, con los vestidos desgarrados, y a quien los ha tocado o ha vivido bajo su techo lo considera impuro. Incluso, si gracias a los cuidados de la enfermedad 282
el leproso recupera la salud, Moisés le prescribe muchas purificaciones: lavar sus manchas en aguas de manantial y rasurarse completamente el cabello. Le ordena también hacer muchos y diversos sacrificios antes de entrar en la Ciudad Santa[115]. Por el contrario, lo natural hubiera sido que si él 283
hubiera sido víctima de esta enfermedad, empleara cuidados y sentimientos humanitarios con los que padecían la misma

[114] Cf. 75, 104, 252.

[115] Cf. *Levítico* 13, 45-46; 14, aunque no hay ninguna referencia a la Ciudad Santa, sino sólo al «campamento».

284 desgracia que él. Pero no sólo legisló así sobre los leprosos, sino que incluso los que tienen la mínima mutilación en su cuerpo no tienen derecho a ser sacerdotes[116]. Si un sacerdote en funciones sufre un accidente de este tipo, queda privado
285 del cargo. ¿Es verosímil que él haya legislado insensatamente, o que hombres reunidos por semejantes calamidades hayan aceptado unas leyes dictadas contra ellos mismos para su
286 vergüenza y perjuicio? Pero, además, Manetón ha transformado el nombre de la manera más inverosímil: se llamaba, dice, Osarsef. Este nombre no tiene nada que ver con el que le da luego. El verdadero nombre quiere decir "el que fue salvado del agua", pues los egipcios llaman al agua *moi*[117].
287 Creo que resulta suficientemente claro que mientras Manetón sigue los documentos antiguos, no se aparta mucho de la verdad, pero cuando recurre a leyendas carentes de autoridad, las ha mezclado de modo inverosímil o ha hecho caso de afirmaciones dictadas por el odio.

Relato de Queremón

32 288 A continuación quiero someter a examen a Queremón[118]. Este escritor afirma igualmente que ha escrito la historia de Egipto, y después de citar el mismo nombre de Rey que Manetón, Amenofis, y el de su hijo
289 Ramsés, cuenta que Isis se apareció en sueños a Amenofis, reprochándole la destrucción de su templo durante la guerra. El intérprete de los signos sagrados Fritobaites le dijo que si purificaba Egipto de los hombres contaminados, se acabarían

[116] Cf. *Levítico* 22, 16-25.

[117] Esta etimología se encuentra también en *Antigüedades* II 228, añadiendo que *yses* significa 'salvado', y en FILÓN, *Sobre la vida de Moisés* I 4.

[118] Filósofo estoico, director del Museo de Alejandría y preceptor de Nerón.

sus temores. Entonces el Rey reunió a doscientas cincuenta 290
mil personas afectadas y las expulsó. Los conducían Moisés y José, también intérpretes de los signos sagrados. Sus nombres egipcios eran Tisitén para Moisés y Petesef para José.
Llegaron a Pelusio y encontraron allí trescientos ochenta 291
mil hombres abandonados por Amenofis, que no había querido llevarlos a Egipto. Concertaron un tratado con ellos
y marcharon contra Egipto. Amenofis, sin esperar su ataque, 292
huyó a Etiopía dejando a su mujer encinta, la cual se escondió en unas cavernas y dio a luz un hijo llamado Ramsés. Cuando éste se hizo un hombre expulsó a los judíos a Siria, doscientos mil aproximadamente, y recibió a su padre Amenofis a su regreso de Etiopía.

Discrepancias entre Manetón y Queremón

Esto es lo que refiere Queremón. De estos 293 33
relatos resulta evidente, pienso yo, que ambos escritores han mentido. Pues si se hubieran apoyado en un hecho real, semejante discrepancia sería imposible: los que cuentan mentiras no escriben de acuerdo con los demás,
sino que las inventan como les parece. Según Manetón, el 294
deseo del Rey de ver a los dioses fue el origen de la expulsión de los contaminados. Queremón inventa su propia historia:
la aparición de Isis en un sueño. Para aquél fue Amenofis 295
quien aconsejó al Rey la purificación, para éste, fue Fritobaites. También son muy aproximadas sus estimaciones de la multitud: uno habla de ochenta mil hombres, el otro, de
doscientos cincuenta mil. Además, Manetón encierra primero 296
a los enfermos en las canteras, luego les da Avaris como residencia y los incita a la guerra contra los otros egipcios, y fue entonces, según él, cuando pidieron ayuda a los jero-
solimitanos. Para Queremón, una vez expulsados de Egipto, 297
encuentran cerca de Pelusio a trescientas ochenta mil personas

abandonadas por Amenofis y, regresando con ellos, atacan
298 Egipto, y Amenofis huye a Etiopía. Pero lo más notable es que no ha dicho quiénes eran ni de dónde venían tantos miles de soldados, si eran egipcios o habían llegado de fuera. Tampoco ha explicado el motivo por el que el Rey no había querido llevarlos a Egipto, cuando en lo referente a los leprosos ha sido capaz de imaginar la aparición de Isis.
299 Queremón ha unido a José con Moisés, expulsado al mismo tiempo que él, siendo así que murió cuatro generaciones
300 antes que Moisés, unos ciento setenta años [119]. Ramsés, hijo de Amenofis, según Manetón, siendo un muchacho, peleó junto a su padre [120] y compartió con él el exilio en Etiopía. Pero de acuerdo con Queremón, había nacido en una cueva después de la muerte de su padre [121] y, más tarde, obtuvo una victoria contra los judíos, que eran aproximadamente dos-
301 cientos mil, y los expulsó a Siria. ¡Qué ligereza! No dice quiénes eran los trescientos ochenta mil hombres y tampoco dice cómo murieron los cuatrocientos treinta mil [122], si cayeron
302 en combate o se pasaron al lado de Ramsés. Pero lo más sorprendente es que no es posible saber por él a quiénes da el nombre de judíos, o a cuál de los dos grupos aplica esta denominación, si a los doscientos cincuenta mil leprosos o a
303 los trescientos ochenta mil de Pelusio. Sin duda sería una

[119] Cf. *Éxodo* 6, 16 ss. Esta cifra, sin embargo, está en contradicción con la duracción de la estancia de los judíos en Egipto. Cf. *Éxodo* 12, 40, y *Antigüedades* II 204.

[120] Según Manetón (245), Ramsés sólo tenía cinco años cuando su padre Amenofis huyó a Etiopía.

[121] Queremón no hace mención de la muerte, sino de la huida de Amenofis (cf. 272).

[122] El manuscrito dicee 230.000, pero la corrección parece necesaria ya que los 250.000 leprosos (I 290) y los 380.000 hombres de Pelusio (I 291) hacen 630.000. Ramsés expulsó hacia Siria a 200.000 (I 292 y 300), y Josefo se pregunta con razón qué pasó con el resto.

tontería emplear más argumentos en refutar a quienes se refutan por sí mismos. Lo apropiado sería que fueran refutados por otros.

Relato de Lisímaco

A continuación, voy a presentar a Lisí- 304 34
maco [123], quien ha tomado para sus falsedades el mismo argumento que los escritores citados anteriormente, el de los leprosos y los enfermos, pero les ha superado en lo inverosímil de sus invenciones. Es evidente que su obra está inspirada por un odio profundo. Afirma que en tiempos 305
de Bocoris [124], rey de Egipto, el pueblo judío, atacado de lepra, sarna y otras enfermedades, se refugió en los templos donde mendigaba alimentos. Las víctimas de la enfermedad fueron muchísimas y hubo una gran escasez de frutos en Egipto. Bocoris, rey de Egipto, envió a consultar el oráculo 306
de Amón acerca de la escasez. El dios le respondió que limpiara los templos de hombres impíos e impuros, expulsándolos de allí hacia lugares desiertos, que ahogara a los sarnosos y leprosos, porque el sol estaba irritado por su existencia, y que purificara los templos; entonces la tierra daría frutos. Cuando Bocoris recibió el oráculo, convocó a 307
los sacerdotes y a los servidores del altar y les ordenó que hicieran un censo de los impuros y se los entregaran a los soldados para que éstos los condujesen al desierto, y que ataran a los leprosos entre láminas de plomo para arrojarlos al mar. Una vez ahogados los leprosos y los sarnosos, los 308
demás fueron reunidos y abandonados en lugares desiertos para que muriesen. Éstos se reunieron para deliberar sobre

[123] Escritor alejandrino de fecha desconocida. Se sabe por ATENEO, IV 158, que vivió después de Mnaseas (siglo II).

[124] Más adelante (II 16) veremos que este Bocoris vivió mil setecientos años antes que Josefo.

su situación; al llegar la noche, encendieron fuego y antorchas y montaron guardia; a la noche siguiente, después de un
309 ayuno, suplicaron a los dioses por su salvación. Al día siguiente, un tal Moisés les aconsejó que se arriesgasen a seguir un único camino hasta llegar a lugares habitados; les ordenó que no mostraran benevolencia con ningún hombre, que no aconsejaran nunca lo mejor sino lo peor, y que destruyeran los templos y altares de los dioses que encontra-
310 sen. Los demás se mostraron de acuerdo y cumplieron sus consejos. Atravesaron el desierto y, después de muchos sufrimientos, llegaron a un lugar habitado. Ultrajaron a los habitantes, saquearon e incendiaron los templos, hasta llegar al país llamado hoy Judea, donde construyeron una ciudad
311 y se establecieron. Esta ciudad fue llamada Hierósila por la índole de aquéllos. Más tarde, dueños ya del país, le cambiaron el nombre para evitar la vergüenza y llamaron Jerusalén a la ciudad, y a sí mismos, jerosolimitanos[125].

Refutación de Lisímaco

312 Lisímaco ni siquiera ha alcanzado a nombrar al mismo rey que los escritores anteriores, sino que ha inventado un nombre nuevo y, dejando a un lado el sueño y el profeta egipcio, ha llegado hasta Amón
313 para presentar un oráculo sobre sarnosos y leprosos. Cuando dice que una muchedumbre de judíos se había reunido en los templos, ¿ha querido dar ese nombre a los leprosos, o sólo a los judíos aquejados de esas enfermedades? Pues él dice:
314 «el pueblo de los judíos». Pero, ¿qué pueblo? ¿extranjero o indígena? ¿Por qué, si son egipcios, los llama judíos? Y si son extranjeros ¿por qué no dice de dónde venían? Y si el

[125] El relato de Lisímaco se encuentra reproducido en TÁCITO, *Historias* V 3.

Rey había hecho ahogar en el mar a muchos de ellos y expulsado a los restantes al desierto, ¿cómo pudieron sobrevivir tantos? ¿O de qué manera atravesaron el desierto, 315
conquistaron el país que ahora habitamos, fundaron una ciudad y construyeron un templo de renombre universal? No debía haberse contentado con decir solamente el nombre 316
del legislador, sino que debía habernos informado también de su origen y parentesco, y de lo que le indujo a imponerles semejantes leyes acerca de los dioses y acerca de las ofensas que debían infligir a los hombres durante su marcha. Pues si 317
eran egipcios, no habrían cambiado tan fácilmente sus costumbres patrias; y si procedían de otra parte, debían tener algunas leyes conservadas por una larga costumbre. Si hubieran 318
jurado enemistad eterna contra los que los habían expulsado, el relato sería verosímil, pero que se comprometieran a una guerra implacable contra todos los hombres, cuando, si se encontraban en la desgraciada situación que él describe, tendrían necesidad de la ayuda de todo el mundo, indica una extrema locura, no de ellos, sino del mentiroso historiador. Incluso se ha atrevido a decir que dieron el nombre a su ciudad en recuerdo del saqueo de los templos y que lo cambiaron más tarde. Es evidente que este nombre arrastraba 319
la vergüenza y el odio sobre sus descendientes; y ellos, los fundadores de la ciudad, pensaban que se atribuían un honor al llamarla así. Y nuestro hombre, en su borrachera de maledicencia, no se ha dado cuenta de que los judíos no usamos la misma palabra que los griegos para el saqueo de los templos. ¿Qué más se podría decir contra tan desvergon- 320
zado falseador? Pero dado que este libro tiene ya una extensión considerable, comenzaré un segundo libro donde intentaré presentar lo que falta de mi exposición.

LIBRO II

Plan de refutación de Apión

A lo largo del libro primero, mi muy 1 1
estimado Epafrodito, he mostrado la ver-
dad sobre la antigüedad de nuestro pueblo,
apoyándome en los escritos de los fenicios,
caldeos y egipcios, y presentando como
testigos a muchos historiadores griegos. También he mante-
nido una controversia con Manetón, Queremón y algunos
otros. Comenzaré ahora a refutar a los restantes autores que 2
han escrito contra nosotros. Sin embargo, dudo que merezca
la pena rebatir al gramático Apión[126], pues en sus escritos 3
repite lo mismo que otros han dicho antes, ha añadido otras
cosas que le dejan a uno frío, la mayor parte son bufonadas
y, a decir verdad, dan prueba de una gran ignorancia, como
propias de un hombre de carácter mezquino que fue un
charlatán toda su vida. Pero como la mayoría de los hombres, 4
debido a su insensatez, se sienten más atraídos por los
relatos de este tipo que por los escritos serios, y se deleitan
con las injurias y, en cambio, se enojan con los elogios, he

[126] Apión, nacido en Egipto, estudió en Alejandría y enseñó retórica en Roma. En tiempos de Calígula desempeñó un papel activo en la revuelta antijudía. Escribió una *Historia de Egipto* en cinco libros donde se incluían algunos de sus ataques a los judíos, y una obra de erudición sobre Homero.

considerado necesario no dejar sin examen a este autor que ha escrito contra nosotros una acusación como si se tratara
5 de un juicio. Por otra parte, observo que muchos hombres se suelen alegrar cuando a alguien que ha comenzado calumniando a otro se le ponen en evidencia sus propios defectos.
6 No es fácil exponer los argumentos de Apión, ni saber exactamente lo que quiere decir. Pero en el gran desorden y confusión de sus mentiras, se puede entender más o menos que unas vienen a coincidir con la misma idea de los autores examinados antes sobre la salida de Egipto de nuestros antepasados, y otras son una acusación contra los judíos
7 residentes en Alejandría. En tercer lugar, mezcla con esto acusaciones contra las ceremonias de nuestro templo y contra el resto de nuestras leyes.

Lo que dice Apión respecto a Moisés y a las enfermedades de los judíos expulsados de Egipto no tiene sentido

2 8 Que nuestros antepasados no eran de origen egipcio y que no fueron expulsados de allí a causa de enfermedades contagiosas u otras calamidades semejantes creo ha-
9 berlo probado más arriba, no sólo suficientemente sino incluso más allá de lo razonable. Voy a mencionar brevemente
10 lo que añade Apión. En el libro tercero de su *Historia de Egipto* dice lo siguiente: «Moisés, como he oído decir a los egipcios más ancianos, era de Heliópolis; fiel cumplidor de las costumbres de su patria, levantó lugares de oración al aire libre en los recintos que al efecto tenía la ciudad y los orientó todos hacia el
11 Este[127], pues así está orientada también Heliópolis. En lugar

[127] Apión confunde las sinagogas occidentales *(proseuchai)*, o el templo de Onías con el templo de Jerusalén. En Occidente, las sinagogas estaban orientadas al Este, es decir, hacia Jerusalén, pero en la misma Jerusalén esta orientación estaba prohibida para evitar toda confusión con los paganos.

de obeliscos[128], erigió columnas bajo las cuales había una barca esculpida; la sombra proyectada sobre ella por una estatua, al estar al aire libre, describía un círculo que correspondía al
curso del sol en el cielo». Tal es la sorprendente afirma- 12
ción del gramático. Esta falsedad no necesita comentarios, sino que los mismos hechos la evidencian. En efecto, ni el propio Moisés, cuando construyó el primer tabernáculo a Dios, colocó en él ninguna escultura de ese tipo ni recomendó a sus sucesores que lo hicieran. Y Salomón, que más tarde construyó el templo de Jerusalén, prescindió de cualquier tipo de obra superflua como la que ha imaginado Apión.
Afirma haber oído a los ancianos que Moisés era de 13
Heliópolis: está claro que, siendo él más joven, se ha fiado de quienes por su edad debieron de haber conocido a Moisés
y vivido en su época. Y él, a pesar de ser un gramático, no 14
podría decir con certeza cuál fue la patria del poeta Homero, ni la de Pitágoras, que vivió casi ayer o anteayer. En cambio, acerca de Moisés, que vivió tantos años antes que éstos, Apión se muestra tan confiado en los relatos de los ancianos
que hace patente su falsedad. Respecto a la época en que, 15
según él, Moisés guió a los leprosos, los ciegos y los cojos, el exacto gramático, a mi parecer, coincide completamente
con los escritores anteriores a él. Pues bien, Manetón dice 16
que los judíos fueron expulsados de Egipto durante el reinado de Tetmosis, trescientos noventa y tres años antes de la huida de Dánao a Argos; según Lisímaco, el hecho tuvo lugar en el reinado de Bocoris, es decir, hace mil setecientos años. Molón y algunos otros dan las fechas que les parece.
Pero Apión, el más fidedigno de todos, fija con toda precisión 17

[128] Para los obeliscos de Heliópolis, cf. HERÓDOTO, II 111.

el éxodo en la Séptima Olimpíada, y fue en el primer año de la misma, dice, cuando los fenicios fundaron Cartago[129]. Ha añadido lo de Cartago, pensando que era el testimonio más evidente de su veracidad, sin darse cuenta de que con ello
18 conseguía su propia refutación. Pues, si en lo referente a esta colonia debemos dar crédito a los documentos de los fenicios, en ellos está escrito que el rey Hiram precede en ciento
19 cincuenta y cinco años a la fundación de Cartago[130]. Más arriba, a partir de los documentos fenicios, he presentado pruebas de que Hiram era amigo de Salomón, el que edificó el templo de Jerusalén, y de que contribuyó generosamente a su construcción[131]. Pero Salomón edificó el templo seiscientos doce años después de la salida de los judíos de
20 Egipto[132]. Después de haber dado a la ligera la misma cifra de los expulsados que Lisímaco[133] —dice que eran ciento diez mil—, añade Apión el motivo extraordinario y verosímil
21 que, en su opinión, explica el nombre del sábado. «Cuando llevaban seis días de camino, dice, les salieron úlceras en las ingles y por ello decidieron descansar el séptimo día al llegar sanos y salvos al país llamado actualmente Judea. A ese día le llamaron sábado conservando el término egipcio, pues los
22 egipcios llaman a la úlcera en las ingles *sabbo*». ¿Cómo no reírse de esta tontería, o por el contrario, indignarse ante la

[129] Para la cronología del éxodo que dan Manetón y Lisímaco véanse I 103-4 y notas, y I 305 ss. y notas. La fecha propuesta por Apión corresponde al 752 a. C. y tiene por objeto hacer coincidir la fundación de Cartago con la de Roma.

[130] Cf. I 126.

[131] Cf. I 110 ss.

[132] Esta cifra no concuerda con la que da la Biblia, cuatrocientos ochenta años según *I Reyes* 6, 1, ni tampoco con la que da JOSEFO, en *Antigüedades* VIII 61, pero sí con la de *Antigüedades* XX 230.

[133] El extracto de Lisímaco en I 404 s. no da ninguna cifra.

desvergüenza que permite escribir cosas semejantes? ¡Está claro que los ciento diez mil hombres sufrieron de úlceras en
las ingles! Pero si eran ciegos, cojos o enfermos de todo tipo, 23
como asegura Apión, no habrían podido caminar ni un solo día. Ahora bien, si fueron capaces de atravesar un extenso desierto y de vencer combatiendo a todos los enemigos que se les enfrentaban, no es posible que todos a la vez se vieran
aquejados de úlceras al cabo de seis días. No es natural que 24
tal enfermedad surja espontáneamente en las personas que por fuerza se ven obligadas a caminar; en los ejércitos muchos miles de hombres caminan durante muchos días seguidos las etapas establecidas. Por otra parte, no se puede creer que esto les haya sobrevenido de repente; eso sería lo más absurdo
de todo. El sorprendente Apión, después de afirmar que 25
llegaron a Judea en seis días[134], dice a continuación que Moisés subió al monte llamado Sinaí, que está entre Egipto y Arabia, permaneció allí oculto cuarenta días y, cuando descendió, entregó las leyes a los judíos. Sin embargo, ¿cómo es posible que fueran los mismos hombres los que permanecieran cuarenta días en un desierto sin agua y atravesaran todo el
espacio en seis días? El cambio gramatical que hace en el 26
nombre del sábado denota o mucha desvergüenza o una tremenda ignorancia; pues *sabbo* y sábado son muy diferentes.
Sábado en la lengua de los judíos significa el cese de todo 27
trabajo, mientras que *sabbo* significa entre los egipcios, tal como él dice, úlcera en la ingle.

[134] Apión dice que descansaron el séptimo día, pero no dice que lo hicieran en Judea (II 21).

Apión pretende hacer pasar por egipcios a los judíos

3 28 Éstas son algunas de las novedades que el egipcio Apión ha introducido acerca de Moisés y de la expulsión de Egipto de los judíos, en contradicción con otros autores. ¿Por qué habría que extrañarse de que mienta sobre nuestros antepasados di-
29 ciendo que eran egipcios de raza, cuando este Apión miente sobre sí mismo en sentido contrario? Nacido en el Oasis de Egipto[135] y siendo más egipcio que nadie, como podría decirse, ha renegado de su verdadera patria y de su raza y, cuando se hace pasar por alejandrino, confiesa la ignominia
30 de su raza. Es natural que llame egipcios a los que odia y quiere insultar. Pues si él no pensara que los egipcios son el pueblo más despreciable, no habría escapado de esa raza: los hombres que están orgullosos de su patria se sienten halagados al ser llamados ciudadanos de la misma y censuran
31 a los que sin derecho se arrogan ese título. Los egipcios manifiestan uno de estos dos sentimientos respecto a nosotros: o simulan un parentesco con nosotros para obtener prestigio, o nos arrastran hacia ellos para hacernos partícipes de su
32 mala reputación. El noble Apión, cuando nos calumnia, parece querer pagar a los alejandrinos el derecho de ciudadanía que le concedieron y, conociendo su odio hacia los judíos que habitan con ellos en Alejandría, ha decidido injuriarlos, alcanzando a todos los demás judíos, mintiendo desvergonzadamente sobre unos y otros.

[135] El Gran Oasis, en el Alto Egipto, al este de Tebas.

Acusaciones de Apión contra los judíos de Alejandría

Veamos, pues, las graves y horribles acu- 33 4
saciones que ha dirigido contra los judíos que habitan en Alejandría: «Llegados de Siria, dice, se establecieron junto a un mar sin puertos, cerca de los rompientes de las olas». Ahora bien, si este sitio merece un reproche, Apión se 34
lo hace a su patria no real, sino supuesta, Alejandría. Pues el barrio marítimo forma también parte de la ciudad y es, como todos reconocen, el más hermoso para residir. No sé 35
qué habría dicho Apión si los judíos se hubieran instalado cerca de la necrópolis en vez de hacerlo junto al palacio real[136]. Si los judíos han ocupado ese lugar por la fuerza, sin 36
haber sido expulsados más tarde, es una prueba de su valentía. Alejandro les concedió este lugar para su residencia[137] y entre los macedonios tuvieron su misma consideración y hasta nuestros días su tribu ha llevado el nombre de macedonios. Si ha leído las cartas del rey Alejandro y de Ptolomeo, 37
hijo de Lago, si ha tenido a su alcance los decretos de los posteriores reyes de Egipto, así como la estela que se eleva en Alejandría, que contiene los derechos otorgados a los judíos por César el Grande[138], si conocía todo eso, digo, y se ha atrevido a escribir lo contrario, es un malvado; pero si no conocía nada de ello, es un ignorante. Y cuando se extraña 38
de que siendo judíos hayan sido llamados alejandrinos, demuestra la misma ignorancia. Pues todos los hombres convocados para habitar una colonia, aunque sean de origen

[136] El barrio judío estaba situado al nordeste de Alejandría, cerca del puerto y del palacio real. La necrópolis estaba al oeste de la ciudad.

[137] Cf. *Guerra de los judíos* II 487 s. El establecimiento de los judíos en Alejandría no parece haber sido anterior a Ptolomeo Soter (cf. *Antigüedades* XII 8).

[138] La estela de César el Grande, mencionada en *Antigüedades* XIV 188, corresponde en realidad a Augusto.

completamente diferente entre sí, reciben el nombre de los
39 fundadores de la misma. ¿Para qué citar a otros pueblos? Entre nosotros mismos, los que habitan en Antioquía son llamados antioqueos, ya que su fundador Seleuco les concedió el derecho de ciudadanía [139]. Igualmente, los judíos de Éfeso y los del resto de Jonia tienen el mismo nombre que los ciudadanos indígenas, derecho que les otorgaron los sucesores
40 de Alejandro [140]. ¿No han compartido los romanos generosamente su nombre con casi todos los hombres y no sólo con personas individuales, sino con grandes naciones enteras? Así, los antiguos iberos, los etruscos y los sabinos son llama-
41 dos romanos [141]. Y si Apión suprime esta clase de ciudadanía, que deje de llamarse alejandrino. Pues, nacido, como dije antes, en lo más profundo de Egipto ¿cómo podría ser él alejandrino si se suprime la ciudadanía por concesión como pide para nosotros? Ciertamente, los egipcios son el único pueblo a quien los romanos, dueños actualmente del mundo,
42 han negado la participación de cualquier otra ciudadanía [142]. Pero Apión es tan noble que, mientras pretende participar

[139] Seleuco I Nicator, fundador de la dinastía seléucida (cf. *Antigüedades* XII 119). Los derechos de los judíos antioqueos fueron inscritos en tablillas de bronce cuando Tito visitó Alejandría. Cf. *Guerra de los judíos* VII 110.

[140] Antíoco II Teós (262-246 a. C.) sobre todo. Cf. *Antigüedades* XII 125.

[141] Una exageración respecto a los iberos. Vespasiano había concedido el *Ius Latii,* que es un privilegio inferior a la ciudadanía romana, a toda la Península Ibérica en el año 75 (cf. TÁCITO, *Historias* III 53, 70).

[142] Otra exageración. Los egipcios eran considerados por los emperadores romanos inferiores a los griegos. Pero podían obtener la ciudadanía romana en las siguientes condiciones: debían conseguir primero la ciudadanía alejandrina (cf. PLINIO a Trajano, *Epístola* 6 y *Epístola* 10, y TRAJANO a Plinio, *Epístola* 7); los egipcios, aun después de obtenida la ciudadanía romana, no podían ejercer las funciones que daban acceso al Senado (cf. DIÓN CASIO, LI 17, 2).

de algo que le está prohibido, se dedica a denunciar a los que lo han obtenido justamente. No fue la falta de habitantes que quisieran poblar la ciudad que Alejandro había fundado con tanto esfuerzo la razón por la que éste reunió allí a algunos de los nuestros, sino que, después de haber probado cuidadosamente la virtud y la lealtad de todos, concedió este
privilegio a los nuestros. Estimaba tanto a nuestro pueblo 43
que, según el testimonio de Hecateo, en reconocimiento de la bondad y lealtad que le habían demostrado los judíos, añadió a otros favores la exención de tributos para Samaria [143].
Ptolomeo, hijo de Lago, compartía los sentimientos de Ale- 44
jandro hacia los judíos residentes en Alejandría. Les confió las fortalezas de Egipto, pensando que las guardarían leal y valerosamente [144]; y como quería fortalecer su dominio sobre Cirene y las restantes ciudades de Libia, envió una parte de
los judíos a establecerse allí [145]. Su sucesor Ptolomeo, llamado 45
Filadelfo, no sólo devolvió todos los judíos que tenía prisioneros, sino que incluso nos dio dinero en muchas ocasiones y, lo que es más importante, quiso conocer nuestras leyes y
leer nuestras Sagradas Escrituras [146]. Envió una embajada a 46
los judíos pidiéndoles que le enviaran hombres que le tradujesen la ley; y no confió a cualquiera el cuidado de que se hiciera bien la transcripción, sino a Demetrio Falereo, Andreas y Aristeas; Demetrio era el hombre más sabio de su

[143] Sólo tres distritos de Samaria, no todo el país, fueron cedidos a los judíos exentos de tributo por Demetrio II. Cf. *I Macabeos* 11, 34 y 10, 38.

[144] Aunque Josefo exagera, sí había algunas guarniciones judías en Egipto; una de ellas es mencionada en *Guerra de los judíos* I 191, y *Antigüedades* XIV 133.

[145] En tiempos de Sila, los judíos de Cirene formaban una de las cuatro clases (cf. *Antigüedades* XIV 115).

[146] Este párrafo procede de la llamada «Carta de Aristeas», parafraseada por Josefo en *Antigüedades* XII 12 ss.

47 tiempo, y los otros a quienes encargó la supervisión de este trabajo, sus guardias personales. Sin duda no habría deseado conocer nuestras leyes y la sabiduría de nuestros antepasados, si hubiera despreciado a los hombres que las utilizaban en vez de admirarlos mucho.

Aprecio de los reyes de Egipto y de los emperadores romanos por los judíos de Alejandría

5 48 Apión no ha advertido la gran bienquerencia que han demostrado hacia nosotros, sucesivamente, casi todos los reyes de sus antepasados macedonios. En efecto, Ptolomeo III, llamado Evérgetes, después de haber conquistado toda Siria, no hizo sacrificios a los dioses de Egipto en acción de gracias por su victoria, sino que vino a Jerusalén y, según nuestros ritos, ofreció numerosos sacrificios
49 a Dios e hizo ofrendas dignas de la victoria[147]. Ptolomeo Filométor y su esposa Cleopatra confiaron a los judíos todo su reino; los estrategos de todo su ejército eran dos judíos, Onías y Dositeo[148], cuyos nombres ridiculiza Apión cuando debería admirar sus acciones y, en vez de injuriarlos, agradecerles que salvaran Alejandría, cuya ciudadanía se atribuye.
50 Pues, cuando los alejandrinos estaban en guerra con la reina Cleopatra y corrían peligro de ser aniquilados miserablemente, esos hombres negociaron un acuerdo y evitaron la desgracia de una guerra civil[149]. «Pero, más tarde, dice Apión,

[147] No atestiguado por ningún otro texto.

[148] Ptolomeo VI Filométor reinó del 181 al 145 a. C. Cleopatra II era su hermana y esposa. Este Onías pudiera ser el fundador del templo de Leontópolis. Dositeo es desconocido.

[149] A la muerte de Filométor en el año 146 a. C., su esposa Cleopatra proclamó rey a su joven hijo Ptolomeo Filopátor Neos. El hermano del difunto rey, Ptolomeo Evérgetes (II) Fiscón, llamado por los alejandrinos, vino de Cirene, dio muerte al joven rey, se casó con la reina y se adueñó del trono.

Onías condujo un gran ejército contra la ciudad, en la cual se encontraba Termo, el embajador de los romanos»[150]. Yo 51
diría que actuó correctamente y con toda razón, pues Ptolomeo, llamado Fiscón, al morir su hermano Ptolomeo Filométor, vino de Cirene con el propósito de expulsar del reino a Cleopatra[151] y a los hijos del Rey y apoderarse injustamente del reino. Por ese motivo, Onías emprendió una guerra contra 52
él en defensa de Cleopatra, y ni siquiera en el peligro traicionó la lealtad que había tenido a sus reyes. Díos dio claro testi- 53
monio de su justicia, pues, Ptolomeo Fiscón no se lanzó a luchar contra el ejército de Onías, sino que cogió a todos los judíos de la ciudad con sus mujeres e hijos y los puso desnudos y atados bajo los elefantes para que murieran aplastados por esos animales, a los que había embriagado con este fin. Sin embargo, resultó lo contrario de lo que había preparado[152]: los elefantes, dejando a los judíos tendidos 54
ante ellos, atacaron a los amigos de Fiscón y mataron a un gran número. Más tarde, Ptolomeo tuvo una terrible aparición que le prohibía maltratar a aquellos hombres. Y como 55
su concubina favorita, a la que unos llaman Ítaca y otros Irene, le suplicase que no cometiera una impiedad semejante, él accedió e hizo penitencia por lo que ya había hecho y por lo que había planeado hacer. Por eso, los judíos de Alejandría, como es sabido, decidieron con razón celebrar este día en el que claramente habían merecido de Dios su salvación. Pero 56
Apión, que lo calumnia todo, se ha atrevido incluso a ca-

[150] L. Minucio Termo, que ya había ayudado a Fiscón en el año 154 en Chipre.

[151] Desde aquí hasta 113 el manuscrito presenta una laguna que el editor ha rellenado con la traducción latina realizada a instancias de Casiodoro, ministro del rey Teodorico.

[152] El episodio de los elefantes en 3 *Macabeos* 4-5, se atribuye a Ptolomeo IV Filopátor (225-205 a. C.).

lumniar a los judíos por haber hecho la guerra a Fiscón, cuando debería alabarlos por ello. También menciona a Cleopatra, la última reina de Alejandría, y nos reprocha la hostilidad que nos demostró en vez de ocuparse en censurarla
57 a ella, que cometió toda clase de injusticias y de crímenes contra sus parientes, contra sus maridos, que además la amaban, o contra los romanos en general y los emperadores, benefactores suyos; que incluso llegó a matar en el templo a su hermana Arsínoe que no le había causado ningún daño [153]; que asesinó traidoramente a su hermano [154] y despojó a los
58 dioses patrios y las tumbas de sus antepasados [155]; que a pesar de haber recibido el reino del primer César, tuvo la osadía de rebelarse contra su hijo y sucesor, y seduciendo a Antonio con su pasión amorosa, lo convirtió en enemigo de su patria y traidor a sus amigos, despojando a unos de su
59 rango real y empujando a otros hasta el crimen. Pero ¿qué más se puede decir si, abandonando en el combate naval al que era su marido y padre de sus hijos, le obligó a entregar
60 su ejército y su mando para seguirla? Finalmente, cuando Alejandría fue tomada por César [156], se encontró en tal situación que no halló otra esperanza de salvación que el suicidio, por el hecho de que se había mostrado cruel y desleal con todos. ¿No crees que debemos estar orgullosos de que, como dice Apión, en tiempo de hambre se haya negado a repartir
61 trigo a los judíos? Ciertamente, ella recibió el castigo que merecía; nosotros, en cambio, contamos con César como el mayor testigo de la ayuda y la fidelidad que le prestamos

[153] El asesinato tuvo lugar en el templo de Ártemis en Éfeso según JOSEFO, *Antigüedades* XV 89, y en Mileto, según APIANO, *Bellum Civile* V 9.

[154] Su esposo y hermano Ptolomeo XV fue envenenado por ella en Roma, en el año 44 a. C.

[155] Cf. *Antigüedades* XV 90.

[156] Octavio, año 30 a. C.

contra los egipcios [157]; contamos también con el Senado, y sus decretos y con las cartas de César Augusto en las que se reconocen nuestros méritos. Apión debía haber examinado 62
esas cartas y haber analizado, según su género, los testimonios redactados bajo Alejandro y todos los Ptolomeos, así como lo establecido por el Senado y por los más importantes generales romanos. Pues si Germánico no pudo distribuir 63
trigo a todos los habitantes de Alejandría, ello es prueba de una mala cosecha y de la escasez de trigo, pero no es una acusación contra los judíos [158]; la opinión de todos los emperadores sobre los judíos que vivían en Alejandría es bien conocida. La administración del trigo les fue retirada a ellos 64
igual que a los demás alejandrinos, pero conservaron la gran confianza que en otro tiempo les habían otorgado los reyes, esto es, la custodia del río y de toda la [frontera] [159], pues nunca fueron considerados indignos de ella.

Conducta ejemplar de los judíos de Alejandría

Pero Apión insiste: «¿Cómo es que, sien- 65 6
do ciudadanos, no adoran a los mismos dioses que los alejandrinos?» A lo cual yo respondo: ¿Por qué vosotros, que sois todos egipcios, peleáis unos contra otros encarnizadamente y sin tregua en una guerra religiosa [160]? ¿Acaso 66
dejamos de llamaros a todos vosotros egipcios y, en general, hombres, por adorar animales contrarios a nuestra naturaleza

[157] Julio César fue apoyado en su guerra con Alejandría por un contingente de judíos. Cf. *Antigüedades* XIV 127 ss.; *Guerra de los judíos* I 187 ss.

[158] Germánico, sobrino de Tiberio, visitó Egipto en el año 10 d. C. No repartió trigo a los judíos porque no los consideró ciudadanos.

[159] Cf. *Guerra de los judíos* I 175: un destacamento judío guardaba las vías de acceso a Pelusio.

[160] Para estas rivalidades entre cultos locales, cf. JUVENAL, *Sátira* 15, 33 ss.; *Contra Apión* I 225.

y alimentarlos con sumo cuidado, siendo así que nuestra
67 especie parece ser única e idéntica? Si entre vosotros los
egipcios las creencias son tan diferentes, ¿por qué te sorpren-
des de que hombres que han llegado a Alejandría de otra
parte hayan continuado observando sus leyes, establecidas
68 primitivamente, a este respecto? Nos hace también respon-
sables de la sedición; y si puede acusar de esto con razón a
los judíos instalados en Alejandría ¿por qué nos culpa a
todos dondequiera que estemos viviendo por el hecho de
que todo el mundo reconozca la concordia que existe entre
69 nosotros? Además, cualquiera podrá darse cuenta de que los
autores de la sedición han sido ciudadanos de Alejandría
semejantes a Apión. Mientras los griegos y los macedonios
fueron dueños de esta ciudad, no llevaron a cabo ninguna
sedición contra nosotros, sino que toleraban nuestras antiguas
solemnidades. Pero, cuando el número de egipcios fue cre-
ciendo entre aquéllos a causa de los desórdenes de la época,
las sediciones fueron constantes. Con todo, nuestra raza
70 permaneció pura. Así pues, ellos fueron el origen de este problema,
pues el pueblo egipcio nunca tuvo la firmeza de los macedo-
nios ni la prudencia de los griegos; todos adoptaron las
malas costumbres de los egipcios y manifestaron su antigua
71 enemistad hacia nosotros. Lo que se atreven a reprocharnos
a nosotros se cometió en otra parte. Como la mayoría de
ellos no lograron obtener el derecho de ciudadanía, llaman
extranjeros a los que, como es sabido, recibieron de los
72 señores este privilegio. Pues a los egipcios no parece que les
haya concedido ese derecho ningún rey, ni en nuestra época
ningún emperador. En cambio, a nosotros Alejandro nos
contó entre los ciudadanos, los reyes aumentaron nuestros
privilegios y los romanos han tenido a bien mantenerlos
73 siempre. Apión ha intentado que se nos derogaran porque no
levantamos estatuas de los emperadores, como si éstos lo

ignorasen o necesitasen la defensa de Apión. Debería mejor
admirar la magnanimidad y la moderación de los romanos
que no obligan a sus súbditos a transgredir las leyes de sus
padres, sino que aceptan los honores que les ofrecen de
manera piadosa y legítima, porque los honores que se tributan
por necesidad o violencia carecen de agradecimiento. Así, los 74
griegos y algunos otros creen que es bueno erigir estatuas, y
se complacen haciendo pintar los retratos de sus padres,
esposas e hijos; algunos, incluso, adquieren estatuas de per-
sonas que no tienen nada que ver con ellos; otros las hacen
de sus esclavos favoritos. ¿Qué hay, pues, de extraño en
verles rendir este honor a sus príncipes y señores? Ahora 75
bien, nuestro legislador [desaprobó esta práctica] no como
si en una profecía se nos hubiera prohibido honrar el poder
romano, sino desdeñando algo que le parecía inútil para
Dios y para los hombres y por ello prohibió que se constru-
yeran imágenes inanimadas de todo ser vivo y con mayor
razón de Dios [161], como se probará después. Sin embargo, no 76
ha prohibido honrar a los hombres de bien después de Dios
con honores de otra clase con los cuales ensalzamos a los
emperadores y al pueblo romano. Hacemos continuos 77
sacrificios por ellos [162] y celebramos tales ceremonias a ex-
pensas de todos los judíos todos los días, pero no ofrecemos
nunca sacrificios a expensas de la comunidad... [163]. Solamente
concedemos a los emperadores este honor supremo que
negamos a cualquier otro hombre. Esto es la respuesta 78
general a Apión por lo que ha dicho sobre Alejandría.

[161] Cf. *Éxodo* 20, 4.

[162] En el Templo de Jerusalén se hacían sacrificios dos veces al día por la salud del emperador y del pueblo romano, según *Guerra de los judíos* II 197.

[163] Según FILÓN, *Legatio ad Caium* 157, el emperador se hacía cargo de los gastos de estos sacrificios.

7 79 *La absurda leyenda de la adoración de una cabeza de asno*

Admiro también a los que han dado pábulo a tales cosas, me refiero a Posidonio [164] y Apolonio Molón, porque nos acusan de no dar culto a los mismos dioses que los demás. Para ello mienten igualmente e inventan calumnias absurdas sobre nuestro templo, sin darse cuenta de que actúan impíamente, aunque no hay nada más vergonzoso para los hombres libres que mentir, por el motivo que sea y, sobre todo, a propósito de un templo famoso entre todos los hombres y apreciado por su gran santidad.
80 Apión se ha atrevido a decir que en ese santuario los judíos habían colocado una cabeza de asno a la que adoraban y consideraban digna de gran veneración [165]; afirma que el hecho se supo cuando Antíoco Epífanes saqueó el templo y
81 se encontró la cabeza, de oro y de un precio considerable. A esto le respondo en primer lugar que, aunque tal cosa hubiera existido entre nosotros, él, como egipcio, no tendría nada que reprocharnos, porque el asno no es inferior a los hurones, los machos cabríos u otros animales que los egipcios tienen
82 por dioses. En segundo lugar, ¿cómo no se ha dado cuenta de que los hechos le censuran su increíble mentira? Siempre hemos tenido las mismas leyes, de las cuales nos servimos constantemente, y cuando circunstancias adversas han cubierto de vejaciones a nuestra ciudad, igual que a

[164] Posidonio de Apamea (135-51 a. C. aproximadamente), filósofo estoico e historiador, amigo de Pompeyo y de Cicerón.

[165] Esta calumnia aparece de distintas formas. TÁCITO, *Historias* V 3 ss., refiere que Moisés, siguiendo una manada de asnos salvajes, descubrió agua en el desierto. DIODORO (fr. XXXIV) afirma que Antíoco Epífanes encontró en el templo la estatua de un hombre barbado (Moisés), cabalgando sobre un asno. La calumnia del culto al asno pasó posteriormente a los cristianos (cf. TERTULIANO, *Apología* 16).

otras, y Antíoco el Piadoso [166], Pompeyo el Grande, Licinio Craso [167] y, recientemente, Tito César, vencedores en la guerra, han ocupado el templo [168], no han encontrado allí nada semejante, sino el más puro sentido religioso, sobre el cual no tenemos nada que ocultar a los demás. Pero que Antíoco 83
saqueó injustamente el templo [169], a lo que llegó por necesidad de dinero sin haberse declarado enemigo, que nos atacó a nosotros, sus aliados y amigos, y que no encontró allí nada ridículo, lo han atestiguado muchos y dignos historiadores, 84
como Polibio de Megalópolis, Estrabón el Capadocio, Nicolás de Damasco, Timágenes [170], el cronógrafo Cástor [171] y Apolodoro [172]. Todos dicen que Antíoco, escaso de dinero, violó los pactos y saqueó el templo de los judíos, que estaba lleno de oro y plata. Esto es lo que Apión debiera haber tenido en 85
cuenta si él mismo no hubiera tenido un corazón de asno y una desvergüenza de perro, animales a los que suelen adorar los de su raza. Su mentira está fuera de cualquier razonamiento. Nosotros no concedemos honor ni prerrogativa 86
alguna a los asnos, como hacen con los cocodrilos o las víboras los egipcios, que consideran dichosos y merecedores de la divinidad a los que son mordidos por las víboras o devorados por los cocodrilos. Entre nosotros como entre 87
otras gentes sensatas, los asnos transportan la carga que se

[166] Antíoco Sidetes, llamado el Piadoso, tomó Jerusalén en el año 130 a. C. (cf. *Antigüedades* XIII 244).

[167] Licinio Craso fue gobernador de Siria los años 54-53 a. C. (cf. *Antigüedades* XIV 105 ss.).

[168] Año 70 d. C.

[169] Año 167 a. C. (cf. *I Macabeos* 1, 54 ss.).

[170] Historiador del siglo I a. C.

[171] Cf. I 184.

[172] Autor de una obra histórica y de una obra sobre mitología griega, vivió en el siglo II a. C.

les pone encima, y si se acercan a las eras a comer o no
cumplen su tarea reciben muchos golpes, ya que se utilizan
88 en el trabajo y en la agricultura. Pero, o Apión es muy torpe
para inventar mentiras o no ha sabido concluirlas justamente
a partir de un hecho, pues ninguna calumnia contra nosotros
puede tener éxito.

8 89

Otra calumnia: el asesinato ritual

Apión cuenta otra fábula de procedencia
griega, que está llena de maldad contra
nosotros. Sobre esto bastará decir que, si
alguien se atreve a hablar de religiosidad,
conviene que no ignore que es menos impuro
violar el recinto del templo que calumniar a los sacerdotes.
90 Pero estos autores dedican más atención a defender a un rey
sacrílego que a escribir los hechos exactos y verídicos sobre
nosotros y sobre nuestro templo. Quieren defender a Antíoco
y encubrir la deslealtad y el sacrilegio que cometió contra
nuestro pueblo a causa de su escasez de dinero, inventando
contra nosotros la calumnia que voy a referir a continuación.
91 Apión se ha convertido en el portavoz de los otros y dice que
Antíoco encontró en el templo un lecho donde había un
hombre acostado y delante de él una mesa llena de manjares,
peces, animales terrestres y volátiles. El hombre estaba estu-
92 pefacto. Al entrar el Rey, le saludó al instante con adoración,
como si le trajese un gran alivio. Cayendo de rodillas, con la
mano derecha extendida, le pidió su libertad. El Rey le dijo
que confiara en él y le dijera quién era, por qué vivía allí y
cuál era la razón de aquella comida. Entonces el hombre,
entre gemidos y lágrimas, le contó su desgracia en tono
93 lastimoso. Dijo, continúa Apión, que era griego y que mien-
tras recorría la provincia ganándose la vida, había sido
capturado de repente por hombres de raza extranjera que le
habían llevado al templo y encerrado allí. No dejaban que

nadie le viera y le preparaban toda clase de manjares para
que engordara. Al principio, tuvo aquello por un inesperado 94
beneficio y le produjo contento, luego sospechas, y más
tarde estupor. Finalmente, tras preguntar a los servidores
que le atendían, conoció la ley inefable de los judíos, en
nombre de la cual era alimentado, constumbre que practica-
ban todos los años en una época determinada. Atrapaban a 95
un viajero griego y lo cebaban durante un año. Luego lo
llevaban a un bosque donde lo mataban. Sacrificaban su
cuerpo según sus ritos, comían sus vísceras y, durante la
inmolación, juraban mantener su enemistad contra los grie-
gos; luego, arrojaban a una fosa los restos de la víctima.
Refiere después Apión que aquel hombre había dicho que le 96
quedaban ya pocos días de vida y que había suplicado al
Rey que por respeto a los dioses de los griegos y para vencer
las insidias de los judíos contra su raza, le librase de los
males que le amenazaban. Semejante fábula no sólo está 97
llena de toda clase de efectos dramáticos, sino que abunda
en cruel desvergüenza y no libra a Antíoco del sacrilegio
como creen los que han escrito esto en su favor. En efecto, 98
éste no entró en el templo porque sospechara algo semejante,
sino que, como dicen, lo encontró allí inesperadamente.
Fue, pues, deliberadamente injusto, impío y ateo, sea cual
sea el exceso de falsedad que con toda facilidad se percibe en
el relato. Como es sabido, nuestras leyes no se diferencian 99
solamente de las de los griegos, sino también, y sobre todo,
de las de los egipcios y de las de otros muchos pueblos.
Ahora bien, ¿cuál de estos pueblos no ha tenido que viajar
alguna vez por nuestra tierra? ¿Y por qué íbamos a actuar
sólo contra los griegos derramando su sangre en una conjura
renovada? ¿Cómo es posible que todos los judíos se reunieran 100
junto a estas víctimas y que sus vísceras bastaran para que
las probaran tantos miles de hombres, según dice Apión?

¿Por qué después de haber descubierto a este hombre, quien-
101 quiera que haya sido, no hace constar su nombre? ¿Cómo es que el rey no lo condujo a su patria con gran pompa si, actuando así, podía haber conseguido una excelente reputación de hombre piadoso y amigo eximio de los griegos, obteniendo a la vez de todo el mundo importantes recursos
102 contra el odio de los judíos? Pero dejemos esto. A los insensatos conviene refutarlos no con palabras, sino con hechos. Todos los que han visto la construcción de nuestro templo saben cómo era y conocen las barreras infranqueables
103 que defendían su pureza[173]. Tenía cuatro pórticos concéntricos y cada uno de ellos tenía su propia guardia, según establecía la ley. En el pórtico exterior podían entrar todos, incluso los extranjeros, únicamente se prohibía la entrada a las mujeres
104 durante la menstruación; en el segundo pórtico entraban todos los judíos y sus mujeres cuando estaban puras de toda mancha; en el tercero, los judíos varones sin mancha y purificados; en el cuarto, los sacerdotes revestidos de sus ropas sacerdotales; en el santuario sólo podían entrar los príncipes de los sacerdotes revestidos de las ropas sacerdotales
105 que les son propias. El culto está dispuesto tan minuciosamente en cada uno de sus detalles que la entrada de los sacerdotes está fijada a determinadas horas. Por la mañana, al abrirse el templo, debían entrar para ofrecer los sacrificios tradicionales y, otra vez a mediodía, hasta que se cerraba.
106 No está permitido llevar al templo ni siquiera un vaso; en el interior no hay más que un altar, una mesa, un incensario y un candelabro[174], todo lo cual está mencionado en la ley.

[173] Para la descripción del templo que sigue cf. *Antigüedades* XV 380, y *Guerra de los judíos* V 184.

[174] En *Guerra de los judíos* V 216, sólo se menciona la mesa, el incensario y el candelabro, pero no el altar.

Allí no hay nada más; ni se celebra ningún tipo de ceremonia 107
secreta que no pueda revelarse, ni se sirve ninguna comida en el interior. Todo lo que acabo de decir lo puede testimoniar todo el pueblo y también los propios hechos. Aunque haya 108
cuatro tribus de sacerdotes[175] y cada una de ellas comprenda más de cinco mil personas, ofician en grupos en días determinados; transcurridos éstos, otros sacerdotes que les suceden acuden a los sacrificios. Se reúnen en el templo a mediodía y reciben de sus predecesores las llaves y el número exacto de vasos, sin que sea introducida en el templo ninguna cosa que tenga que ver con la comida o la bebida. Pues está 109
prohibido incluso presentar ante el altar esa clase de cosas, a excepción de las que se preparan para los sacrificios. Así pues, ¿qué podemos decir de Apión, quien sin examinar los hechos, ha presentado cosas tan increíbles? Es vergonzoso, pues ¿no ha prometido, como gramático, presentar un relato verídico de la historia? Conociendo la piedad observada en 110
nuestro templo, no la ha tenido en cuenta, ha inventado el secuestro del hombre griego, un banquete secreto, unas comidas costosas y suntuosas y unos esclavos entrando en un lugar cuyo acceso está prohibido incluso a los judíos más nobles si no son sacerdotes. Esto es una impiedad horrible y 111
una mentira deliberada para engañar a los que no han querido examinar la verdad. En realidad, lo que ha intentado con esos crímenes y misterios es perjudicarnos.

[175] Los cuatro grupos sacerdotales que volvieron con Zorobabel (cf. *Esdras* 2, 36). Éste es el único pasaje que atestigua la existencia de esta división al final de la época del segundo templo, donde, de ordinario, se cuentan veinticuatro clases de sacerdotes (cf. *Autobiografía* 2). La cifra de cinco mil por grupo es, sin duda, exagerada.

Otra invención: Un idumeo, disfrazado de Apolo, roba una cabeza de asno en el templo

9 112 Apión ridiculiza de nuevo a los judíos
como muy supersticiosos, añadiendo a su
fábula el testimonio de Mnáseas[176]. Dice
que este autor refiere que durante la guerra
que sostuvieron los judíos contra los idu-
meos, hace ya mucho tiempo en una ciudad
idumea llamada Dora[177], un hombre lla-
mado Zabido, que daba culto a Apolo, fue a entrevistarse
con los judíos y les prometió entregarles a Apolo, el dios de
113 Dora, que vendría a nuestro templo si todos se alejaban. Y
toda la muchedumbre de los judíos lo creyó. Entonces Zabido
construyó un artefacto de madera, fijó en él tres hileras de
lámparas y se lo colocó alrededor. Se paseó así, de forma
que, para los que estaban lejos, parecía una constelación de
114 estrellas caminando por la tierra. Asombrados por el inespe-
rado espectáculo, los judíos se mantuvieron a distancia y en
silencio. Zabido, con toda tranquilidad, llegó al templo,
arrancó la cabeza de oro del asno —así lo escribe para
115 hacerse el gracioso— y volvió de nuevo a Dora a toda prisa.
¿No podríamos decir nosotros que Apión carga excesivamente
el asno, es decir a sí mismo, con el peso de sus disparates y
mentiras? Escribe sobre lugares que no existen y cambia las
116 ciudades de sitio sin saberlo. Idumea, situada junto a Gaza,
limita con nuestro país y no tiene ninguna ciudad que se
llame Dora. En cambio, en Fenicia, hay una ciudad llamada
Dora cerca del monte Carmelo, que nada tiene que ver con
las necedades de Apión, ya que está a cuatro días de camino
117 de Idumea. ¿Y por qué continúa acusándonos de no tener los
mismos dioses que los demás, si nuestros padres se dejaron

[176] Mnáseas de Patara, polígrafo del siglo III a. C.

[177] Dor o Dora, en la costa de Palestina entre Cesarea y el Monte Carmelo.

convencer tan fácilmente de que Apolo iba a llegar junto a
ellos y creyeron verle paseándose por la tierra con las estrellas?
¡Seguro que no habían visto anteriormente una lámpara 118
quienes celebran sus fiestas con tantas y tan bellas lumina-
rias[178]! ¡Y cuando avanzaba a través del país, entre tantos
miles de habitantes, nadie le salió al encuentro! ¡Y en plena
guerra encontró las murallas sin centinelas! Omito lo demás,
pero las puertas del Templo tenían sesenta codos de altura, 119
veinte de anchura[179], todas eran doradas y casi de oro macizo;
cada día las cerraban doscientos hombres[180], por lo menos,
y estaba prohibido dejarlas abiertas. Y aquel portador de 120
lámparas las abrió fácilmente él solo, supongo, y salió lle-
vándose la cabeza de asno. Y ésta ¿volvió por sí sola a
nosotros, o el que la había cogido la llevó de nuevo al
templo para que la encontrara Antíoco, proporcionando a
Apión una segunda fábula?

El supuesto juramento de odio a los griegos[181]

Ha inventado también que nosotros ha- 121 10
cemos un juramento ante Dios, que ha
creado el cielo, la tierra y el mar, de no
mostrar benevolencia hacia ningún extran-
jero y especialmente hacia los griegos[182]. 122
Una vez puesto a mentir, debería haber dicho «hacia ningún
extranjero y especialmente hacia los egipcios». Pues así el
juramento estaría en consonancia con los embustes del prin-

[178] Especialmente la fiesta de los Tabernáculos y la fiesta de la Dedicación, llamada también de las Luces (cf. *Antigüedades* XII 325).

[179] Treinta codos por quince, según *Guerra de los judíos* V 202.

[180] Veinte hombres para cerrar cada puerta según *Guerra de los judíos* VI 293.

[181] Reinach opina que el párrafo 121-124 tendría más sentido a continuación del 95.

[182] Cf. TÁCITO, *Historias* V 5: «adversus omnes alios hostile odium».

cipio, si verdaderamente nuestros antepasados fueron expulsados por sus parientes egipcios no por su maldad, sino
123 por sus enfermedades. De los griegos estamos demasiado alejados tanto por la situación geográfica como por las costumbres para que sintamos hacia ellos odio o envidia. Al contrario, ha ocurrido que muchos de ellos han adoptado nuestras leyes; algunos las han conservado, otros no sopor-
124 taron su rigidez y las abandonaron. Pero ninguno de ellos ha dicho jamás que nos haya oído pronunciar ese juramento. Al parecer, únicamente Apión lo ha oído: la razón es que él mismo lo ha inventado.

Las calamidades de los judíos son una prueba de la injusticia de sus leyes

11 125 También merece admiración la extraordinaria sagacidad de Apión por lo que voy a decir. Afirma que la prueba de que nuestras leyes no son justas y de que no adoramos a Dios como se debe es que no somos amos sino esclavos, unas veces de una nación, otras de otra, y que nuestra ciudad ha sufrido diversas desgracias. Como si ellos estuvieran acostumbrados desde la Antigüedad a ser dueños de la ciudad más apta para
126 gobernar y no a estar dominados por los romanos. ¿Quién podría tolerar de ellos una jactancia semejante? Entre los demás hombres nadie podría admitir que el discurso de
127 Apión no se dirige convenientemente hacia él mismo. Pocos pueblos han tenido la oportunidad de dominar durante un cierto tiempo, y a éstos también los han sometido al yugo extranjero los reveses de la fortuna: los pueblos en su mayoría
128 han estado sometidos a otros con frecuencia. Sólo los egipcios tuvieron el privilegio excepcional de no servir a ninguno de los dominadores de Asia o de Europa, porque los dioses, según dicen ellos, se refugiaron en su país y se salvaron

adoptando figura de animales[183], ellos, que no han tenido un solo día de libertad en ninguna época, ni siquiera con sus reyes nacionales. No voy a echarles en cara el trato que reci- 129
bieron de los persas, que no una vez, sino muchas, asolaron sus ciudades, destruyeron sus templos y degollaron a los que tomaron por dioses. No conviene imitar la ignorancia de 130
Apión, quien no ha considerado las desgracias de los atenienses ni las de los lacedemonios, a pesar de que, según la opinión general, han sido, los unos, los más valientes, y los otros, los más piadosos de los griegos[184]. Paso por alto las 131
desgracias que les sucedieron durante su vida a reyes famosos por su piedad como Creso; omito el incendio de la Acrópolis de Atenas, el del Templo de Éfeso, el de Delfos y miles más; nadie ha reprochado estos desastres a sus víctimas, sino a sus autores. Apión ha encontrado una nueva forma de acu- 132
sación contra nosotros, olvidándose de las desgracias de su propio país, Egipto; sin duda le ha cegado Sesostris, el mítico rey de Egipto[185]. ¿No podríamos citar nosotros a nuestros reyes David y Salomón que sometieron a muchos pueblos? Pues bien, dejémoslos; pero es que Apión ignora lo 133
que todo el mundo conoce, que los egipcios, sin diferenciarse nada de los esclavos, sirvieron a los persas y después a los macedonios, los siguientes dominadores de Asia. En cambio 134
nosotros fuimos libres y dominamos incluso las ciudades de alrededor durante ciento veinte años aproximadamente, hasta la época de Pompeyo el Grande[186]. Y cuando los romanos hubieron vencido en la guerra a todos los reyes, sólo a los

---

183 Cf. Ovidio, *Metamorfosis* V 321-331.

184 Cf. *Hechos de los Apóstoles* 17, 22.

185 Posible alusión a la ceguera que sufrieron Sesostris y su hijo. Cf. Heródoto, II 111.

186 Desde la insurrección de los Macabeos en 168 a. C.

nuestros, merced a su lealtad, los mantuvieron como aliados y amigos.

Entre los judíos no ha habido hombres de genio, según Apión

12 135 Pero nosotros —dice— no hemos proporcionado hombres dignos de admiración que hayan innovado en las artes o que hayan sobresalido por su sabiduría. Y enumera a Sócrates, Zenón, Cleantes y otros semejantes. Y a continuación, lo que es colmo de las sorpresas, se añade él mismo a los mencionados y felicita a Alejan-
136 dría por tener un ciudadano así, y hace bien. Con toda certeza tenía necesidad de dar testimonio de sí mismo, pues ante todos los demás aparecía como un granuja charlatán cuya vida era tan corrompida como su lenguaje; y habría que compadecerse de Alejandría, si se sintiera orgullosa de él. En cuanto a los hombres nacidos entre nosotros, no menos dignos de elogio que otros, los conocen bien quienes han leído mis *Antigüedades*.

Refutación de otras acusaciones de Apión

13 137 Tal vez debiera dejar sin respuesta el resto de las acusaciones para que sea el mismo Apión su propio acusador y el de los egipcios. En efecto, nos reprocha que sacrifiquemos animales domésticos y que no
138 comamos cerdo, y se burla de la circuncisión. Sacrificar animales domésticos es una práctica que tenemos en común con el resto de los hombres, y Apión, al criticar esta costumbre, revela su origen egipcio. Si hubiera sido griego o macedonio no se habría indignado, pues estos pueblos se jactan de ofrecer a los dioses hecatombes y comen las víctimas en los banquetes; y el mundo no ha quedado vacío de rebaños
139 por ello, como temía Apión. Al contrario, si todos siguieran las costumbres de los egipcios, el universo se habría despo-

blado de hombres y estaría lleno de animales salvajes a los que ellos consideran dioses y alimentan cuidadosamente. Y 140
si alguien le hubiera preguntado a quiénes consideraba los más sabios y más piadosos entre los egipcios, sin duda hubiera contestado que a los sacerdotes. Desde los orígenes, 141
dicen, los reyes encomendaron a éstos dos funciones: el culto de los dioses y la práctica de la sabiduría. Pues bien, todos sus sacerdotes están circuncidados y se abstienen de comer cerdo[187]; tampoco entre los demás egipcios hay uno solo que sacrifique un cerdo a los dioses. ¿Acaso Apión 142
tenía la mente ciega, cuando, intentando injuriarnos a nosotros en favor de los egipcios, acaba acusándolos a ellos, quienes no sólo practican las costumbres que él censura, sino que, incluso, han enseñado la circuncisión a otros pueblos, como dice Heródoto?[188]. Por eso, me parece justo que 143
Apión, por maldecir las leyes de su patria, haya sufrido el castigo merecido. Pues hubo de ser circuncidado a consecuencia de una úlcera en los órganos genitales, pero la circuncisión no le sirvió de nada, ya que su carne se gangrenó y murió entre dolores atroces. Los hombres prudentes deben 144
observar estrictamente las leyes de su patria sobre la religión y no menospreciar las de los demás. Apión se apartó de sus leyes y mintió sobre las nuestras. Así acabó Apión. Que éste sea también el fin de mi discurso sobre él.

Refutación de Apolonio Molón y de Lisímaco

Puesto que Apolonio Molón, Lisímaco 145 14
y algunos otros, unas veces por ignorancia, pero casi siempre por malquerencia, han manifestado opiniones injustas y falsas sobre nuestro legislador Moisés y sobre nuestras leyes, acusándole a éste calumniosamente de mago e impostor

[187] Sobre la circuncisión de los egipcios, cf. HERÓDOTO, II 37 y 104.

[188] Cf. HERÓDOTO, II 104.

y diciendo que nuestras leyes son maestras de vicio y no de virtud, quiero hacer un breve relato de nuestro sistema político en su conjunto y en sus detalles, en la medida que
146 me sea posible[189]. Creo que quedará claro que, en lo referente a la piedad, las relaciones sociales, el sentido humanitario en general y también el de la justicia, la perseverancia en el trabajo y el menosprecio de la muerte, nuestras leyes están
147 muy bien establecidas. Y yo invito a quienes se encuentren con este libro a que lo lean sin envidia: no he pretendido escribir un panegírico de nosotros mismos; al contrario, considero que entre tantas acusaciones falsas que han sido lanzadas contra nosotros, la defensa más justa es la que se
148 deduce de las leyes que seguimos observando. Sobre todo porque Apolonio no ha reunido sus acusaciones, como Apión, sino que las ha esparcido aquí y allá, unas veces injuriándonos como ateos y misántropos, y acusándonos otras de cobardes e incluso en algún lugar, de insensatos. Dice también que somos los bárbaros más ineptos y, en consecuencia, los únicos
149 que no hemos aportados nada útil a la humanidad. Creo que todo eso quedará refutado claramente, si consigo demostrar que lo que prescriben nuestras leyes y lo que nosotros observamos con exactitud es precisamente lo contrario de lo que
150 él dice. Pues si me veo obligado a mencionar legislaciones de otros contrarias a las nuestras, los culpables de ello han sido los que pretenden demostrar, por comparación, la inferioridad de las nuestras. Con lo cual, ya no podrán afirmar, creo yo, que no tenemos esas leyes de las que citaré las más importantes, ni que no somos entre todos los pueblos los que mejor las observan.

[189] La defensa de la legislación judía que hace Josefo presenta muchas semejanzas con los *Hipotética* de Filón.

Moisés, el legislador más antiguo

Resumiendo un poco el discurso, diría, 151 15
en primer lugar, que quienes se han preocupado del orden y de una ley común y han sido los primeros en llevarlo a la práctica, por su civilización y virtud natural merecerían en justicia el reconocimiento de su superioridad frente a los que viven sin ley ni orden. De hecho, cada 152
pueblo intenta remontar sus leyes hacia el pasado lo más lejos posible, para que no parezca que han imitado a otros, sino que son ellos los que han enseñado a vivir legalmente a los demás. Estando así las cosas, la virtud del legislador 153
consiste en comprender lo que es mejor y en hacer aceptar las leyes instituidas por él a los que han de usarlas; y la del pueblo consiste en mantenerse firme en sus convicciones sin cambiar nada en ellas ni en la prosperidad ni en la desgracia.

Pues bien, yo afirmo que nuestro legislador supera en 154
antigüedad a cualquiera de los legisladores que se recuerdan. Los Licurgos, los Solones, Zaleuco de Locros y todos cuantos son admirados entre los griegos parecen nacidos ayer o anteayer comparados con él, pues la palabra «ley» no era conocida entre los griegos de la Antigüedad. Homero, que no 155
emplea ese término en ninguna parte de su obra[190], es testigo de ello, ya que la ley no existía en su época. Los pueblos eran gobernados por máximas indefinidas y por las órdenes de los reyes, y durante mucho tiempo siguieron utilizando normas no escritas, muchas de las cuales se iban modificando de acuerdo con las circunstancias. Nuestro legislador, que 156
vivió en la más remota Antigüedad —esto lo reconocen

[190] En efecto, la palabra *nómos*, 'ley', no aparece en los poemas homéricos; en ellos la norma de conducta, lo que se puede hacer, se expresa mediante la palabra *thémis*, y son los reyes los que de boca en boca han aprendido esas prescripciones y los que deciden lo que puede hacerse. *Nómos* aparece por primera vez en Heródoto.

incluso nuestros detractores—, se mostró como el mejor guía y consejero del pueblo. Y después de haber determinado en su legislación toda la organización de la vida de los hombres, los persuadió a aceptarla y dispuso que fuera conservada sin modificaciones para siempre.

La obra de Moisés

16 157 Veamos la primera gran obra de Moisés. Cuando nuestros antepasados decidieron abandonar Egipto para regresar a la tierra de sus padres, fue él quien se hizo cargo de aquellos millares de hombres, los libró de numerosas dificultades y los puso a salvo. Tuvieron que atravesar un desierto sin agua y con grandes extensiones de arena, vencer en combate a los enemigos y defender a sus
158 hijos, sus mujeres y también el botín[191]. En todo esto se mostró el mejor jefe, el consejero más prudente y el más auténtico protector de todos. Dispuso que el pueblo entero dependiera de él y aunque contaba con la obediencia de
159 todos, no se aprovechó de ello para su beneficio personal. En las circunstancias en que los jefes adquieren el poder absoluto y la tiranía y acostumbran a los pueblos a vivir sin leyes, Moisés, elevado a ese grado de poder, consideró, por el contrario, que debía vivir piadosamente y proporcionar al pueblo las mejores leyes, considerando que era el mejor modo de manifestar su propia virtud y de procurar la salva-
160 ción más segura a los que lo habían elegido jefe. Como su intención era noble y el éxito coronaba sus acciones, pensó con razón que Dios era su guía y su consejero. Tras convencerse a sí mismo primero de que la voluntad divina inspiraba todos sus actos y todos sus pensamientos, creyó que, ante

[191] Cf. *Éxodo* 12, 35-37.

todo, debía inculcar esta idea en el pueblo, pues los que creen que Dios vela por sus vidas, no se permiten ningún pecado. Así fue nuestro legislador; no un mago ni un impos- 161
tor, como dicen injustamente los que nos calumnian, sino semejante a ese Minos que alaban los griegos y a los demás legisladores que le siguieron. Unos atribuyen sus leyes a Zeus, 162
otros las hacen remontar a Apolo y su oráculo de Delfos, porque creen que eso es verdad, o porque suponen que así van a ser obedecidas más fácilmente. Comparando unas leyes 163
con otras, podemos saber quién fue el que instituyó las mejores y encontró los preceptos más justos sobre la religión. Éste es el momento de hablar de ello.

Son innumerables las diferencias parciales de las cos- 164
tumbres y las leyes entre los hombres; pero se podrían resumir así: unos han confiado el poder político a las monarquías, otros a las oligarquías y otros al pueblo[192]. Nuestro 165
legislador, sin embargo, no puso su mirada en ninguna de estas formas de gobierno, sino que instituyó lo que podría llamarse, haciendo violencia a la lengua, teocracia[193], poniendo la soberanía y la autoridad en manos de Dios. Con- 166
venció a la gente de que se fijara sólo en Él, como autor de todos los bienes, los que son comunes a la humanidad y los que los mismos judíos han recibido por medio de sus plegarias en los momentos difíciles, y como alguien a cuyo conocimiento nada puede escapar, ni de nuestras acciones ni de nuestros pensamientos. Moisés lo representó como único, 167
no creado e inmutable por toda la eternidad; de belleza superior a toda forma mortal, cognoscible para nosotros por su poder, pero incognoscible en su esencia. No digo nada 168

[192] Clasificación platónica, que se encuentra también en otros autores como Polibio, Cicerón, etc.

[193] Esta palabra parece ser invención de Josefo.

por el momento sobre el hecho de que los más sabios filósofos
griegos, inspirados en las enseñanzas dadas por primera vez
por Moisés, hayan adoptado esta concepción de Dios[194];
pero que es bella y que está en consonancia con la naturaleza
y la grandeza divina lo han atestiguado claramente. Pitágoras,
Anaxágoras, Platón, los filósofos estoicos que les sucedieron
y casi todos los demás han manifestado su acuerdo con esta
169 concepción de la naturaleza divina. Pero mientras que éstos
dirigieron su filosofía a unos pocos y no se atrevieron a dar
a conocer su verdadera creencia al pueblo, que estaba ligado
a antiguas opiniones, nuestro legislador, adaptando sus actos
a sus preceptos, no sólo convenció a sus contemporáneos,
sino que inculcó también a los descendientes de éstos una fe
170 inmutable en Dios. La razón de que aventajara siempre a los
demás se debe al carácter de su legislación, dirigida a lo útil;
pues no consideró la piedad como parte de la virtud, sino
todas las demás virtudes —la justicia, la templanza, la forta-
leza y la armonía de los ciudadanos en todo— como parte
171 de la piedad. Todas nuestras acciones, conversaciones y
razonamientos se refieren a nuestra piedad para con Dios y
no dejó ninguna de estas cosas sin examinar ni determinar.
Dos son las formas de educación e instrucción moral: la
172 enseñanza del precepto y la práctica de las costumbres. Pues
bien, los otros legisladores adoptaron opiniones diferentes,
y cada uno escogió de estas dos formas la que le pareció,
descuidando la otra. Por ejemplo, los lacedemonios y los
cretenses educaban con la práctica, no con el precepto[195], en
cambio los atenienses y casi todos los demás griegos prescri-

[194] La teoría de que los filósofos griegos se inspiran en la Biblia fue propuesta por primera vez por Aristobulo (siglo II a. C.) y adoptada después por Filón y otros escritores.

[195] Cf. PLUTARCO, *Licurgo* 13.

bían por medio de leyes lo que se debía hacer y lo que no,
pero se preocupaban poco de acostumbrar al pueblo en la
práctica de dichas leyes.

Moisés armonizó el precepto y la práctica

Nuestro legislador puso mucho cuidado 173 17
en armonizar ambos procedimientos. Ni
dejó sin explicación la práctica de las cos-
tumbres ni permitió que el texto de la ley
quedara sin efecto. Comenzando desde la
primera educación y el modo de vida privada de cada uno,
no ha dejado nada, por insignificante que sea, al capricho de
quienes debían servirse de la ley. Incluso los alimentos de 174
que hay que abstenerse o los que se pueden comer, las
personas con las cuales se puede compartir la vida, el tiempo
que se ha de dedicar al trabajo y al descanso; todo eso lo
delimitó y reguló por la ley para que, viviendo sometidos a
ella como a un padre o un dueño, no cometamos ningún
pecado voluntariamente o por ignorancia. Pues tampoco 175
dejó el pretexto de la ignorancia, sino que presentó la ley
como la forma de instrucción más hermosa y más necesaria.
Y ordenó que se escuchara no una vez, ni dos, ni muchas,
sino que cada semana, abandonando las demás ocupaciones,
nos reuniéramos para oírla y aprenderla correctamente. Esto
es lo que todos los legisladores parecen haber olvidado.

Todos los judíos conocen la ley

La mayoría de los hombres están tan 176 18
lejos de vivir según las propias leyes que
casi ni conocen, y cuando cometen un
delito se enteran por otros de que las han
transgredido. Los que entre ellos desempeñan 177
los cargos más altos y más importantes reconocen su igno-
rancia, puesto que ponen a su lado para dirigir la adminis-
tración de los asuntos a quienes se consideran expertos en
leyes. Cualquiera de nosotros al que le pregunten las leyes, 178

las dirá todas con más facilidad que su propio nombre. Así, aprendiéndolas de memoria desde el despertar de la inteligencia, las tenemos grabadas en nuestras almas[196]; es raro que alguien las viole y es imposible eludir el castigo con excusas.

La unidad de creencias, motivo de la concordia entre los judíos

19 179 Ésta es ante todo la razón de nuestra admirable concordia: tener una sola e idéntica concepción de Dios y una perfecta uniformidad de vida y costumbres, lo cual produce una bellísima armonía en los ca-
180 racteres de los hombres. Somos los únicos de los que nadie podrá oír opiniones contradictorias acerca de Dios, cosa que es frecuente en otros pueblos, no sólo entre los hombres comunes, que hablan de la divinidad según el sentimiento que les invade, sino entre sus mismos filósofos, que se atreven en sus discursos a suprimir a Dios o a privarle de su providencia sobre los hombres. Tampoco
181 se encontrarán diferencias en las ocupaciones de nuestra vida. Nosotros tenemos trabajos comunes y sobre Dios una única doctrina conforme a la ley, según la cual nada escapa a su mirada. Que todas las ocupaciones de la vida han de tener como fin la piedad, es algo que se puede oír incluso a las mujeres y a los servidores.

Respeto de los judíos por la tradición

20 182 Ésta ha sido también la causa de la acusación que se nos ha hecho de no haber producido inventores de nuevas artes ni hombres de pensamiento[197]. En efecto, los otros pueblos piensan que está bien no mantener las costumbres de sus padres y consideran extraordinaria la sabiduría de los que se atreven a transgredirlas.
Para nosotros, por el contrario, la única sabiduría y la única 183
virtud consiste en no llevar a cabo absolutamente ninguna acción ni tener ningún pensamiento contrario a las leyes instituidas desde el principio. Lo que justamente podría probar que la ley está bien establecida, pues cuando no es así, los intentos de corregirla demuestran que tiene necesidad de ello.

[196] Cf. *Deuteronomio* 6, 7; 11, 19.

[197] Cf. II 135 y 148.

Principios de la teocracia

Para nosotros, que tenemos la convic- 184 21
ción de que la ley ha sido instituida desde un principio según la voluntad de Dios, sería impío no observarla. ¿Qué se podría cambiar en ella? ¿Se podría encontrar algo más hermoso? ¿Qué se podría introducir en ella de otras leyes para mejorarla? ¿Se cambiaría el conjunto de la constitución? 185
¿Puede haber una ley más hermosa y más justa que la que atribuye a Dios el gobierno de todo el Estado y encarga a los sacerdotes que lo administren, confiando al sumo sacerdote la autoridad sobre los demás? El legislador, desde el principio, 186
no puso a éstos en su rango por su riqueza o por otras ventajas accidentales, sino que encargó principalmente la celebración del culto divino a quienes aventajaban a los demás en elocuencia y sabiduría. Esto comprendía la rigurosa 187
observancia de la ley y de las otras ocupaciones. Pues los sacerdotes fueron los encargados de vigilar a todos, de dirimir los litigios y de castigar a los condenados.

¿Puede existir un gobierno más santo que éste? ¿Se puede 188 22
honrar a Dios de manera más conveniente que preparando a todo el pueblo para la piedad y confiando a los sacerdotes funciones elegidas, de modo que toda la administración del Estado esté organizada como una ceremonia religiosa? Aun 189
dedicándoles un corto número de días, los otros pueblos no

pueden observar los misterios y ritos de iniciación como los llaman, mientras que nosotros los observamos con agrado y
190 con una decisión inmutable toda la vida. ¿Cuáles son los mandatos y las prohibiciones de nuestra ley? Son sencillos y conocidos. El primero es el que se refiere a Dios: Dios, perfecto y bienaventurado, gobierna el universo; se basta a sí mismo y a todos los seres; es principio, medio y fin de todas las cosas; se manifiesta por sus obras y sus beneficios, y no existe nada más evidente que Él, aunque nosotros no
191 podemos expresar su forma y su grandeza. Toda materia, por muy preciosa que sea, es indigna de representar su imagen; todo arte que intente reproducirla se hace inútil. No conocemos ni imaginamos nada semejante, y es impío represen-
192 tarlo[198]. Contemplamos sus obras: la luz, el cielo, la tierra, el sol y la luna, los ríos y el mar, la generación de los animales, el crecimiento de los frutos. Todo esto lo ha creado Dios, no con sus manos y su esfuerzo, ni con ninguna ayuda, cosa de la que no tiene necesidad, sino que por su voluntad las cosas existieron inmediatamente tal como Él quiso[199]. Todos deben seguirle y servirle con la práctica de la virtud, pues ésa es la manera más santa de servir a Dios.

El culto

23 193 Hay un solo templo para un único Dios —pues lo semejante siempre ama lo semejante—[200], común para todos, igual que Dios es también común para todos. Los sacerdotes han de estar a su servicio continuamente, y al frente de ellos estará siempre el más distin-
194 guido por su linaje. Éste, junto con los otros sacerdotes,

[198] Cf. *Éxodo* 20, 4.

[199] Cf. *Génesis* 1.

[200] Cf. Platón, *Gorgias* 510b; Aristóteles, *Ética Nicomáquea* VIII 1155.

ofrecerá sacrificios a Dios, guardará las leyes, juzgará las controversias y castigará a los condenados. Si alguien le desobedece, será castigado como si hubiera cometido una
impiedad contra el mismo Dios. Hacemos sacrificios, no para 195
embriagarnos —pues esto no es del agrado de Dios— sino
para hacernos prudentes. En los sacrificios, primero debemos 196
rogar por la salvación común, después por nosotros mismos, pues hemos nacido para la comunidad, y el que la antepone
a su propio interés se hace más agradable a Dios. Debemos 197
pedir a Dios, no que nos conceda bienes —pues nos los ha dado de grado y los ha puesto a disposición de todos— sino que podamos recibirlos y conservarlos después de haberlos
recibido. La ley prescribe purificaciones antes de los sacrifi- 198
cios, después de un funeral, de un parto, de estar con una mujer y en otros muchos casos.

Normas sobre el matrimonio

¿Cuáles son las leyes sobre el matrimonio? 199 24
La ley reconoce una sola unión, la unión natural con una mujer, y solamente si tiene por finalidad la procreación[201]. Abomina de la unión entre varones y castiga con la
muerte a quien la intenta[202]. Ordena contraer matrimonio sin 200
preocuparse de la dote, sin raptar a la mujer y sin persuadirla con engaños o mentiras; se debe pedir su mano al que sea dueño de concederla y esté cualificado por el parentesco[203].
La mujer, dice la ley, es inferior al hombre en todo[204]. Por 201
eso debe obedecer, no para humillarse, sino para ser dirigida, pues Dios concedió la fuerza al hombre. El marido no debe

[201] Esta restricción no está mencionada en la Biblia.

[202] Cf. *Levítico* 18, 22.

[203] Cf. *Levítico* 18, 6 y ss.

[204] Cf. *Génesis* 3, 16.

unirse más que con su mujer; seducir a la mujer de otro es un pecado. Si alguien lo hiciera, ninguna excusa le libraría de la muerte, y tampoco si hubiera violentado a una virgen pro-
202 metida a otro o si hubiera seducido a una casada[205]. La ley ordena alimentar a todos los hijos y prohíbe a las mujeres abortar o destruir el semen por cualquier otro medio; una mujer sería considerada infanticida por destruir una vida y disminuir la raza[206]. Por la misma razón, si alguien tiene relaciones con una mujer después de su parto, no puede ser
203 considerado puro[207]. Incluso después de las relaciones legítimas de marido y mujer, la ley prescribe abluciones[208]; supone que el alma se contamina al haber pasado a otro lugar, pues el alma sufre por estar albergada en el cuerpo y también cuando se separa de él por la muerte[209]. Por eso la ley ha ordenado purificaciones en todos esos casos.

La educación de los niños

25 204 La ley no permite que en el nacimiento de los niños se celebren fiestas que sirvan de pretexto para embriagarse; al contrario, ha dispuesto la sobriedad en el inicio de su educación. Ordena que se enseñe a los niños a leer y que aprendan las leyes y las acciones de sus antepasados[210]; éstas para que puedan imitarlas y aquéllas para que, educados en ellas, no las transgredan poniendo como excusa su ignorancia.

[205] Cf. *Deuteronomio* 22, 22-27; *Levítico* 20, 10.
[206] La ley no contiene ninguna disposición contra el aborto.
[207] Cf. *Levítico* 12.
[208] Cf. *Levítico* 15, 18.
[209] Idea esenia; cf. *Guerra de los judíos* II 154 ss.
[210] Cf. *Deuteronomio* 6, 7; 11, 19.

Ritos funerarios

La ley ha previsto ceremonias piadosas 205 26
para con los muertos, que no consisten en entierros lujosos ni en distinguidos monumentos funerarios[211], sino en confiar a los familiares más cercanos el cumplimiento de los ritos fúnebres; todos los que se encuentran con el cortejo deben unirse a la familia y llorar con ella[212]. Después de la ceremonia se debe purificar la casa y a sus habitantes[213].

Respeto a los padres y otros mandatos

La ley ordena el respeto a los padres en 206 27
segundo lugar, después del respeto a Dios[214] y condena a la lapidación[215] a quien no corresponda a sus beneficios o les falte en lo más mínimo. Dice que los jóvenes deben respetar a todo anciano[216] ya que Dios es la suprema
ancianidad[217]. No permite que se oculte nada a los amigos, 207
pues no existe amistad sin una confianza absoluta[218]. Y si surge una enemistad, prohíbe revelar los secretos. Si un juez acepta soborno, es castigado con la muerte[219]. Mostrar indiferencia ante un suplicante al que se pueda ayudar implica

[211] No hay ninguna prescripción a este respecto en la Ley, pero sí la hay en el Talmud.
[212] Tampoco hay nada de esto en la Ley, y sí en el Talmud.
[213] Cf. *Números* 19, 11 ss.; *Levítico* 21, 1; 22, 4.
[214] Cf. *Éxodo* 20, 12; *Deuteronomio* 5, 16.
[215] Cf. *Deuteronomio* 21, 18 ss.
[216] Cf. *Levítico* 19, 32.
[217] En *Daniel* 7, 9, Dios es llamado «ei anciano de muchos días».
[218] Doctrina esenia (cf. *Guerra de los judíos* II 8, 7) que no aparece en la Ley.
[219] Cf. *Éxodo* 23, 8; *Deuteronomio* 16, 19; 27, 25. Pero en ningún lugar se menciona la pena de muerte.

208 culpabilidad[220]. Nadie podrá coger lo que no ha dejado en depósito[221], ni tocar lo que pertenezca a otros[222]; no se devengarán intereses[223]. Éstas y otras muchas normas semejantes regulan nuestra vida en común.

Sobre los entranjeros

28 209 Es digna de tener en cuenta la preocupación del legislador por la equidad para con los extranjeros. Está claro que ha previsto la mejor manera de que no corrompamos nuestras costumbres ni impidamos
210 que las compartan con nosotros los que lo deseen. Acepta con benevolencia a cuantos quieran venir a vivir bajo nuestras mismas leyes, considerando que el parentesco no se produce sólo por el linaje, sino también por la elección de la forma de vida[224]. Sin embargo, no quiso que se mezclasen en nuestra vida privada los que vienen de paso.

Humanidad de la ley

29 211 Nos ha dado otros mandatos cuya exposición es obligada: proporcionar fuego, agua y alimentos a cuantos lo necesiten, mostrar el camino[225], no dejar a nadie sin sepultura[226] y ser justos incluso con los enemigos
212 declarados. En efecto, no permite devastar su país con incendios[227], ni talar los árboles frutales[228]; incluso prohíbe

---

[220] Sólo como precepto moral; cf. *Deuteronomio* 15, 7 ss.

[221] Cf. *Levítico* 5, 21.

[222] Cf. *Éxodo* 20, 15; 22, 1 ss.; *Levítico* 19, 11; *Deuteronomio* 5, 17.

[223] Cf. *Éxodo* 22, 25; *Levítico* 25, 36 y ss.; *Deuteronomio* 23, 7.

[224] Cf. *Éxodo* 22, 21; 23, 9; *Levítico* 19, 33; *Deuteronomio* 9, 19; 23, 7.

[225] Cf. *Deuteronomio* 27, 18.

[226] Cf. *Deuteronomio* 21, 23.

[227] No aparece en la Ley.

[228] Cf. *Deuteronomio* 20, 19.

despojar a los caídos en combate[229] y se ha preocupado de que se evite el ultraje a los prisioneros, y sobre todo a las mujeres[230]. Nos ha dado tan cumplida lección de clemencia 213
y humanidad que ni siquiera ha descuidado a los animales irracionales, autorizando su uso solamente según la ley y prohibiéndolo en cualquier otro caso[231]. No se debe matar a los animales que se refugian en las casas buscando protección[232]. Tampoco permite que se mate a los padres junto con las crías[233], y ordena que, incluso en territorio enemigo, se respete a los animales de labor y que no se les mate[234]. Así 214
se ha preocupado en todo de la moderación, sirviéndose de las leyes mencionadas para enseñarnos y estableciendo contra los transgresores sanciones que no admiten excusa.

Castigos y recompensas

En la mayoría de los casos, la transgre- 215 30
sión de la ley se castiga con la muerte: si alguien comete adulterio[235], viola a una muchacha[236], se atreve a seducir a un varón[237], o si el seducido consiente. Si se trata de esclavos la ley es igualmente inflexible. En lo que se 216
refiere a los delitos sobre medidas y pesos, la venta injusta y fraudulenta, el robo, la sustracción de algo que no ha sido dejado en depósito, todas estas faltas son castigadas con

---

[229] No está en la Ley.

[230] Cf. *Deuteronomio* 21, 10 ss.

[231] Está prohibido hacer trabajar al buey y al asno en sábado. Cf. *Deuteronomio* 5, 14.

[232] Esta prescripción no está en la Ley.

[233] Cf. *Levítico* 22, 28; *Deuteronomio* 22, 6.

[234] No está en la Ley.

[235] Cf. *Levítico* 10, 20.

[236] Solamente si la muchacha es virgen o está prometida. Cf. *Deuteronomio* 22, 23.

[237] Cf. *Levítico* 20, 13.

penas[238] no semejantes a las de otras legislaciones, sino más
217 severas. Si alguien intenta cometer una injusticia con los padres o una impiedad contra Dios, es castigado inmediata-
218 mente con la muerte[239]. Sin embargo, los que viven conforme a la ley no reciben ninguna recompensa de plata o de oro, ni siquiera una corona de olivo o de apio o cualquier otra distinción semejante proclamada por el heraldo, sino que cada uno, con el testimonio de su propia conciencia y de acuerdo con la profecía del legislador y la firme promesa de Dios, confía en que quienes han observado las leyes y, si era necesario morir por ellas, han dado generosamente su vida, recibirán de Dios una nueva existencia y una vida mejor en
219 el ciclo de las edades. Yo dudaría en escribir estas cosas si por los hechos no estuviera claro para todo el mundo que muchos de los nuestros y en muchas ocasiones han preferido soportarlo todo valerosamente antes que pronunciar una sola palabra contra la ley.

La observancia de las leyes entre los judíos es admirable

31 220 Si nuestro pueblo no fuera conocido por todos los hombres y nuestra voluntaria
221 observancia de las leyes no fuera evidente, en el caso de que un autor que hubiera compuesto una historia se la leyera a los griegos o dijera que se había encontrado en cualquier parte fuera del mundo conocido con hombres que tienen una idea tan santa de Dios y que han permanecido fieles a esas leyes durante siglos, yo creo que todos se admirarían debido a los
222 continuos cambios que entre ellos se han producido. A los que han intentado redactar una constitución y unas leyes semejantes los griegos les han reprochado siempre el haber

[238] Cf. *Levítico* 19, 11-13, 35-36; *Deuteronomio* 25, 13 ss.

[239] Cf. *Deuteronomio* 21, 18; *Levítico* 24, 13.

compuesto algo, si bien maravilloso, fundado, según ellos, en bases imposibles. Paso por alto a los demás filósofos que se han ocupado de cuestiones semejantes en sus obras. Pero 223
Platón, admirado entre los griegos por haber superado a todos los filósofos por la dignidad de su vida y por la fuerza de su talento y su elocuencia persuasiva, es constantemente ridiculizado y poco menos que ultrajado por los que se consideran hábiles políticos. No obstante, si alguien exami- 224
na atentamente sus leyes, encontraría que son más fáciles que las nuestras y más cercanas a las costumbres de la mayoría; el propio Platón reconoce que no sería seguro inculcar la idea verdadera de Dios a la multitud ignorante[240].
Pero para algunos, las obras de Platón son sólo discursos 225
vacíos bellamente escritos y el legislador más admirado es Licurgo; todos alaban a Esparta por haberse mantenido fiel a sus leyes durante largo tiempo[241]. Así pues, hay que reco- 226
nocer que la obediencia a las leyes es una prueba de virtud. Pero que comparen los admiradores de los lacedemonios la duración de este pueblo con los más de dos mil años de nuestra constitución[242]. Y además, que reflexionen sobre esto: 227
los lacedemonios durante el tiempo que fueron independientes y tuvieron libertad, decidieron guardar con exactitud sus leyes, pero cuando los reveses de la fortuna les afectaron, las olvidaron casi todas. En cambio nosotros, que hemos sufrido 228
mil desgracias debidas a los cambios de los príncipes que reinaron en Asia, ni siquiera en los peligros más extremos hemos traicionado nuestras leyes, y no es que las hayamos seguido por pereza o molicie, sino que, si alguien quisiera

[240] PLATÓN (*Timeo* 28c) dice no se puede comunicar a todo el mundo la verdadera naturaleza del demiurgo.

[241] CICERÓN (*Pro Flaco* 63) y PLUTARCO (*Licurgo* 30), entre otros.

[242] Desde Moisés hasta Tito.

observarlo, encontraría que nos imponen pruebas y trabajos mucho mayores que la supuesta dureza impuesta a los lace-
229 demonios. Los que no cultivaban la tierra ni se fatigaban en oficios, libres de todo trabajo, pasaban su vida alegremente
230 en la ciudad ejercitando su cuerpo en la belleza, utilizando a otros como servidores para todas las cosas de la vida y recibiendo de ellos la comida preparada, dispuestos a hacer y sufrir lo que fuera por obtener una sola cosa hermosa y humana: vencer a todos contra quienes emprendieron una
231 guerra. Excuso decir que ni siquiera en eso tuvieron éxito, pues no uno solo, sino muchos en grupo, descuidando en numerosas ocasiones lo ordenado por la ley, se rindieron con sus armas a los enemigos[243].

Firmeza de los judíos ante la muerte

2 232 ¿Acaso se han conocido entre nosotros, no digo tantos, sino dos o tres hombres que hayan traicionado las leyes o temido a la muerte? No me refiero a la muerte más fácil, la que sobreviene en los combates, sino a la que va acompañada de tortura del cuerpo, que parece
233 ser la más amarga de todas. Yo por mi parte pienso que algunos de nuestros dominadores nos maltrataban no por odio a los que estaban sometidos a su poder, sino porque querían contemplar el espectáculo más admitable: ver si existen hombres convencidos de que su único mal consiste
234 en verse obligados a hacer o decir algo contra sus leyes. No hay que extrañarse de que, por las leyes, nos enfrentemos a la muerte con más valor que todos los otros pueblos. Pues

[243] Quizá el primer ejemplo de ese proceder, impropio de lo que se espera de un espartano, lo constituya la rendición durante la Guerra del Peloponeso de los hoplitas espartanos sitiados en Esfacteria por fuerzas atenienses al mando de Demóstenes y Cleón. Cf. TUCÍDIDES, IV 37-38.

los demás no soportan fácilmente ni siquiera aquellas de nuestras costumbres que parecen más llevaderas, me refiero al trabajo personal, la alimentación frugal, no dejar al azar o al deseo de cada uno el comer, el beber, las relaciones sexuales o los gastos, y aceptar el descanso fijado inmutablemente. Los que marchan al encuentro de los enemigos espada 235
en mano y los ponen en fuga al primer choque no son capaces de enfrentarse a los mandatos que rigen nuestra forma de vida. En cambio nosotros obedecemos gustosamente estas prescripciones de la ley y, además, nos sobra valor para demostrarlo en el combate.

Crítica de la religión griega

Por otra parte, los Lisímaco, los Molón, 236 33
y otros escritores semejantes, despreciables sofistas, engañadores de la juventud, nos injurian como si fuéramos los más viles de los hombres. Yo no hubiera querido so- 237
meter a examen las leyes de los otros pueblos, pues es tradicional entre nosotros observar nuestras propias leyes, y no criticar las de los extranjeros. Incluso nuestro legislador nos prohibió explícitamente ridiculizar o hablar mal de los que otros consideran dioses, a causa del propio nombre de Dios[244]. Pero como nuestros acusadores creen confundirnos 238
en la comparación, no puedo guardar silencio, sobre todo cuando lo que voy a decir ahora no ha sido inventado por nosotros sino expuesto por muchos y muy estimados autores. 239
Entre los griegos más admirados por su sabiduría ¿quién no ha reprochado a los poetas más ilustres y a los legisladores más autorizados el haber sembrado desde el principio entre los pueblos tales ideas sobre los dioses? Han dado a conocer 240
el número de dioses que han querido, nacidos unos de otros

[244] Cf. *Éxodo* 22, 28.

y engendrados de formas diversas. Los distinguen por sus lugares de residencia y su forma de vida como a las especies animales: unos bajo tierra[245], otros en el mar[246], los más
241 ancianos encadenados en el Tártaro[247]. A los dioses a los que se ha asignado el cielo, se les ha sometido a uno que es padre de nombre, pero de hecho es un tirano y un déspota. Por eso imaginaron intrigas urdidas contra él por su esposa, su hermano y su hija, a la que había engendrado de su cabeza, para apoderarse de él y hacerle prisionero[248], como él mismo había hecho con su padre.

4 242 Los hombres que se distinguen por su inteligencia consideran esto, con razón, digno de censura y, además, encuentran ridículo estar obligados a creer que unos dioses sean jóvenes imberbes y otros ancianos barbudos; que se ocupen de diferentes oficios: que uno sea herrero[249], otra tejedora[250], otro guerrero y luche con los hombres[251], que otros toquen la
243 cítara[252] o se diviertan con el arco[253]. Además, se producen disputas entre ellos y rivalidades por causa de los hombres, hasta el punto de que no sólo llegan a las manos entre sí, sino que, incluso, se lamentan de haber sido heridos y mal-
244 tratados por los mortales[254]. Y, en el colmo de la grosería, ¿no es absurdo que atribuyan a casi todos los dioses, varones
245 y hembras, uniones y amores sin freno? Después, el más noble y primero de todos, el propio padre, contempla con indiferencia cómo son apresadas o arrojadas al mar mujeres que, seducidas por él, quedaron encinta[255], y no puede salvar a sus propios hijos, sometido como está al destino, ni puede soportar su muerte sin llorar. Esto está muy bien; pero 246
aún hay más: en el cielo el adulterio es visto por los dioses con tanta desvergüenza que algunos reconocen, incluso, que envidian a los que están implicados en él[256]. Pues, ¿qué no iba a suceder cuando el más viejo, el rey, ni siquiera pudo reprimir el deseo de poseer a su esposa el tiempo de llegar a la alcoba[257]? Hay dioses que han estado al servicio de los 247
hombres: unas veces construyendo edificios[258] a cambio de un salario[259], otras, como pastores; otros están encadenados como malhechores en una cárcel de bronce[260]. ¿Qué hombre en su sano juicio no se sentiría empujado a reprender a los inventores de todo esto y a condenar la gran estupidez de los que lo admiten? Otros han divinizado el terror y el miedo, la 248
rabia y la astucia. ¿A cuál de entre las peores pasiones no han representado con la naturaleza y la forma de un dios? Han persuadido a las ciudades a que ofrezcan sacrificios a los más favorables. Así pues, se han visto en la necesidad 249
absoluta de creer que algunos dioses son otorgadores del bien y de denominar a otros «dioses que alejan las desgracias». En consecuencia, los desvían con favores y presentes igual que a los hombres más malvados, como si esperaran recibir algún mal de ellos si no les pagaran.

[245] Hades, Perséfone.
[246] Posidón, Anfitrite, Proteo.
[247] Los Titanes.
[248] Cf. Homero, *Ilíada* I 393.
[249] Hefesto.
[250] Atenea.
[251] Ares.
[252] Apolo.
[253] Apolo y Ártemis.
[254] Cf. Homero, *Ilíada* V 335 ss.; 375 ss.

[255] Dánae, Ío, Leto, Sémele.
[256] Cf. Homero, *Odisea* V 118 s.
[257] Cf. Homero, *Ilíada* XIV 312 ss.
[258] Posidón y Apolo. Cf. *Ilíada* XXI 442-45.
[259] Apolo. Cf. *Ilíada* XXI 448 ss.
[260] Los Titanes.

5 250 *Negligencia de los legisladores griegos en materia de religión*

¿Cuál es, pues, la causa de tal anomalía y de tal error con respecto a la divinidad? Yo pienso que sus legisladores no han comprendido desde el principio la verdadera naturaleza de Dios y que tampoco, en la medida que pudieron comprenderla, la han sabido definir para conformar respecto a ella el resto de su organización
251 política. Como si se tratara de una cosa sin importancia, han permitido a los poetas presentar a los dioses que quisieron sometidos a todas las pasiones, y a los políticos, conceder el derecho de ciudadanía mediante un decreto a cualquier dios
252 extranjero que les pareciera útil. En este aspecto, pintores y escultores han gozado también de gran libertad entre los griegos, concibiendo cada uno una forma: uno lo modelaba de arcilla, otro lo dibujaba y los artistas más renombrados utilizaban el marfil y el oro, materiales apropiados para
253 invenciones siempre nuevas. Luego, algunos dioses que gozaron de grandes honores en otro tiempo, han envejecido,
254 por decirlo con el mayor respeto. Otros que han sido introducidos recientemente reciben culto; y algunos templos quedan desiertos, se construyen otros nuevos según la voluntad de cada uno cuando, por el contrario, deberían mantener inmutables el concepto de Dios y el honor que se le tributa.

6 255 *Analogías entre las leyes de Platón y las de los judíos*

Apolonio Molón se contaba entre los insensatos y ciegos; sin embargo, a los filósofos griegos que han hablado según la verdad no les ha pasado desapercibido nada de lo que acabo de decir, ni tampoco han ignorado los fríos pretextos de las alegorías. Por ello con razón las han despreciado y en la verdadera y adecuada
256 concepción de Dios coinciden con nosotros. Partiendo de

esta idea, Platón declara[261] que ningún poeta debe ser admitido en la República y excluye a Homero con palabras elogiosas, después de haberle coronado y rociado con perfume, para que no oscurezca la correcta concepción de Dios con sus mitos. Pero Platón imita a nuestro legislador, sobre 257
todo al prescribir a los ciudadanos como principal educación que aprendan con exactitud todas las leyes, y también en las medidas que tomó para que los extranjeros no se mezclasen al azar sino que el Estado se mantuviera puro con ciudadanos fieles a las leyes. Sin haber reflexionado en nada de esto, 258
Apolonio Molón nos ha acusado de no aceptar a personas que han tenido antes otras creencias acerca de Dios[262] y de no querer convivir con quienes han elegido otra forma de vida. Pero esta práctica no es nuestra en particular, sino que 259
es común a todos los pueblos, no sólo a los griegos sino incluso a los más reputados entre los griegos. Los lacedemonios tenían la costumbre de expulsar a los extranjeros y no permitían a sus propios ciudadanos viajar, temiendo en ambos casos la corrupción de sus leyes. Tal vez se les pueda 260
reprochar con razón su falta de sociabilidad por no conceder a nadie el derecho de ciudadanía ni el de residencia entre ellos. Nosotros, sin embargo, no creemos que debamos imitar 261
las costumbres de otros, pero aceptamos con agrado a los que quieren participar de las nuestras. Y esto, en mi opinión, es una prueba de humanidad y de magnanimidad.

261 Cf. PLATÓN, *República* III 398a.
262 Véase II 148.

Castigos de la impiedad entre los atenienses

262 Acerca de los lacedemonios no diré nada más. Pero los atenienses, que consideraban su ciudad común a todos, ¿qué actitud tuvieron a este respecto? Apolonio ha ignorado que castigaban implacablemente a quienes pronunciaban una sola palabra contra sus leyes
263 sobre los dioses. Pues ¿por qué razón murió Sócrates? Ni había entregado su patria a los enemigos ni había saqueado ningún templo; pero estableció nuevas fórmulas de juramento[263], y bromeando solía decir, por Zeus, que un demonio se comunicaba con él —según se cuenta—. Por eso fue
264 condenado a morir bebiendo la cicuta. Además, el acusador le culpaba de corromper a los jóvenes induciéndolos a despreciar la constitución y las leyes de la patria. Así pues,
265 Sócrates, ciudadano ateniense, sufrió tal castigo. Anaxágoras era de Clazómenas[264]; sin embargo, como los atenienses consideraban al sol un dios, mientras él decía que era una masa de metal incandescente, por muy pocos votos no lo
266 condenaron a muerte. Ofrecieron públicamente un talento por la cabeza de Diágoras de Melos[265] por burlarse de sus misterios, según se decía. Y Protágoras[266], si no se hubiera apresurado a huir, habría sido detenido y condenado a muerte por haber escrito algo que contradecía las opiniones
267 de los atenienses sobre los dioses. ¿Por qué iba a extrañarnos que actuaran así con hombres tan dignos de crédito si ni siquiera perdonaron la vida a las mujeres? En efecto, hicieron matar a la sacerdotisa Nino[267], que había sido acusada de iniciar en el culto de dioses extranjeros; esto estaba prohibido

[263] «Por el perro» era la fórmula de juramento favorita de Sócrates.
[264] 499-427, aproximadamente.
[265] Contemporáneo de Anaxágoras.
[266] Siglo V a. C.
[267] Introdujo cultos frigios.

por la ley entre ellos, y la pena para los que introducían un dios extranjero era la muerte. Los que tenían tal ley, eviden- 268
temente, no creían que los dioses de los otros pueblos lo fueran realmente, o no se habrían opuesto a la ventaja de disfrutar de un número de dioses mayor.

Los escitas y los persas también castigan la impiedad

Esto por lo que se refiere a los atenienses. 269
Los escitas, que se complacen en los sacrificios humanos y que no son muy diferentes de las bestias, creen, sin embargo, que deben proteger sus costumbres. A Anacarsis, a quien los griegos admiraban por su sabiduría, lo condenaron a muerte al regresar a su patria porque creyeron que volvía impregnado de las costumbres griegas[268]. También 270
entre los persas podríamos encontrar a muchos hombres castigados por la misma razón. Está claro que a Apolonio le agradaban las leyes de los persas y que sentía admiración por éstos, porque los griegos se beneficiaron de su valor y de la coincidencia con sus ideas religiosas. De esto último, cuando incendiaron sus templos, y de su valor, cuando por poco les hacen esclavos. Llegó a ser imitador de las costumbres persas, ultrajando a las mujeres extranjeras y mutilando a sus hijos. Entre nosotros, la pena establecida contra quien 271
maltrata así incluso a un animal irracional es la muerte[269]. Y nada tiene poder para apartarnos de estas leyes, ni el temor a nuestros señores, ni la envidia a las instituciones estimadas por otros pueblos.

No hemos ejercitado nuestro valor para emprender 272
guerras por ambición, sino para conservar nuestras leyes.

[268] Cf. HERÓDOTO, IV 76.
[269] Cf. *Levítico* 22, 24. Pero no se habla de pena de muerte.

Soportamos pacientemente cualquier otro tipo de humilla-
ción, pero cuando alguien pretende obligarnos a modificar
nuestras normas, entonces emprendemos guerras por encima
de nuestras fuerzas y nos mantenemos firmes en las desdichas
273 hasta las últimas consecuencias. ¿Por qué habríamos de en-
vidiar las leyes de los otros cuando vemos que no son
observadas ni siquiera por sus autores? Pues, ¿cómo no iban
a despreciar los lacedemonios su constitución insociable y su
menosprecio del matrimonio, y los eleos y tebanos las rela-
274 ciones antinaturales entre varones? Estas prácticas, que en
otro tiempo consideraban muy honrosas y apropiadas, aun-
que de hecho no las abandonaron completamente, no las
275 confiesan. Incluso repudian las leyes referentes a las mismas,
que en otro tiempo estuvieron tan vigentes entre los griegos,
que atribuyeron a los dioses las uniones entre varones [270] y,
por la misma razón, los matrimonios entre hermanos [271],
poniéndolo de excusa para sus propios placeres anormales y
contrarios a la naturaleza.

Otros pueblos eluden y violan sus leyes

18 276 Por el momento no voy a hablar de los
castigos desde los comienzos y de cuantas
escapatorias para eludirlos han ofrecido
la mayoría de los legisladores a los culpa-
bles, determinando una multa en caso de
adulterio y el matrimonio en caso de seducción; ni tampoco
de las excusas que ofrecen en caso de impiedad para negarlo,
aunque se intentara una investigación. En efecto, entre la
mayoría, transgredir las leyes ha llegado a ser una ocupación.
277 Pero no ocurre así entre nosotros; aunque seamos despojados

[270] Zeus y Ganimedes.
[271] Zeus y Hera.

de nuestras riquezas, de nuestras ciudades y de los demás
bienes, la ley, al menos, permanece inmortal para nosotros.
No hay un solo judío, por muy lejos que se encuentre de su
patria o por muy atemorizado que esté por un amo cruel,
que no tema más a la ley que a éste. Si estamos tan vinculados 278
a nuestras leyes a causa de su virtud, se nos debe reconocer
que tenemos unas leyes excelentes. Y si se considera que
somos fieles a unas malas leyes hasta ese punto ¿qué castigo
no merecerían los que transgreden otras que son mejores?

La ley judía ha sido adoptada por varios pueblos

Puesto que una larga duración es consi- 279 39
derada la prueba más segura de todas las
cosas, yo podría considerar ésta como tes-
timonio de la virtud de nuestro legislador
y de la revelación acerca de Dios que Él nos
ha transmitido. Habiendo transcurrido un tiempo incon- 280
mensurable, si se compara la época en que vivió Moisés con
la de los demás legisladores, se puede ver que durante todo
ese tiempo las leyes han sido aprobadas por nosotros y han
originado cada vez más la envidia de todos los demás hom-
bres. Los primeros, los filósofos griegos, aparentemente 281
observaban las leyes patrias; sin embargo, en sus escritos y
en su filosofía siguieron a Moisés, teniendo la misma idea de
Dios y enseñando una vida sencilla y la concordia entre los
hombres. Y por otro lado, muchos pueblos y desde hace 282
mucho tiempo, han demostrado gran interés por nuestras
prácticas piadosas, y no hay una sola ciudad griega, ni un
solo pueblo bárbaro donde no se haya extendido nuestra
costumbre del descanso semanal y donde los ayunos, el
encendido de las lámparas y muchas de nuestras leyes respecto
a la comida no sean observadas. Se esfuerzan también en 283
imitar nuestra concordia y nuestra generosidad, nuestro
amor al trabajo en los oficios y nuestra firmeza en defensa

284 de las leyes ante la tortura. Pero lo más admirable es que nuestra ley ha obtenido la fuerza por sí misma, sin el encanto seductor del placer; y de la misma manera que Dios está extendido por todo el universo, la ley ha avanzado entre todos los hombres. Cada hombre que reflexione sobre su
285 patria y su casa, no dudará de mis palabras. Es, pues, necesario que nuestros detractores acusen a todos los hombres de malicia voluntaria por haber querido seguir leyes extranjeras y malas en vez de las suyas propias y buenas o que dejen de
286 denigrarnos. Nosotros no pretendemos ninguna cosa criticable honrando a nuestro legislador y creyendo en sus palabras proféticas acerca de Dios; y aunque nosotros mismos no comprendiéramos la virtud de nuestras leyes, sin duda el gran número de hombres que las siguen nos hubiera inducido a tener un elevado concepto de ellas.

Recapitulación

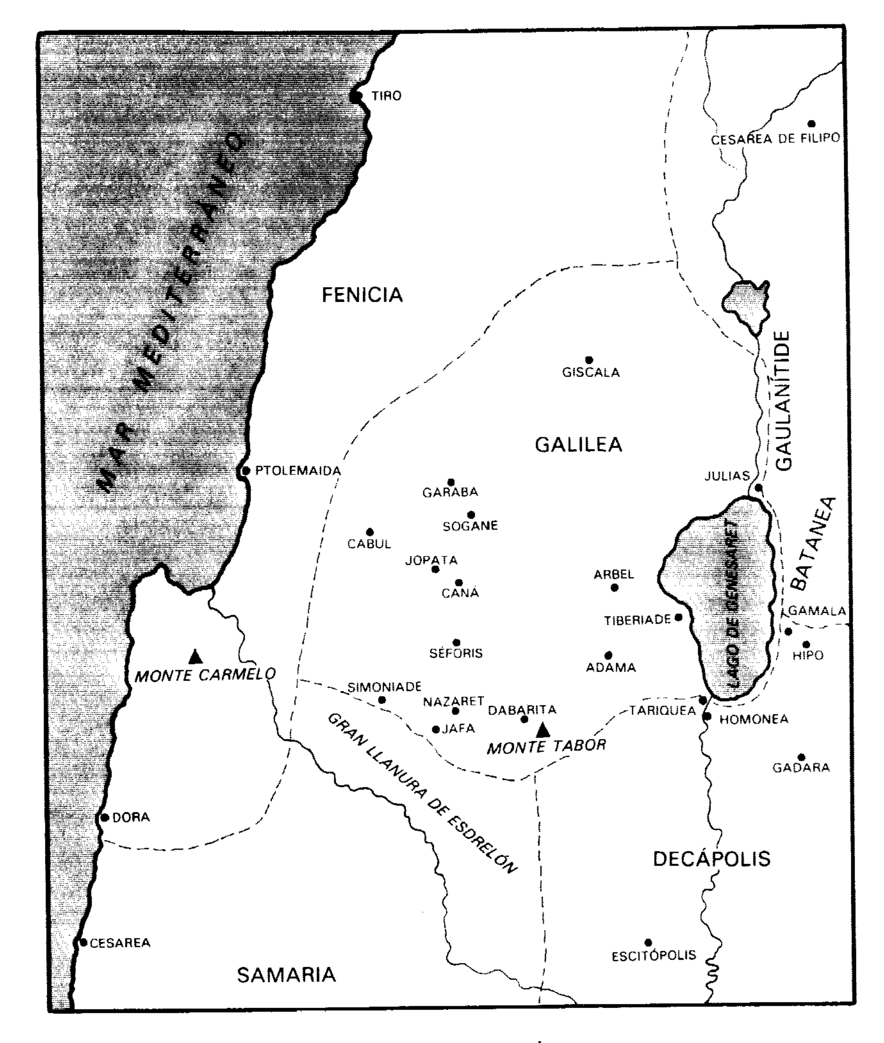
10 287 En mis escritos sobre las *Antigüedades* he dado una explicación detallada de nuestras leyes y de nuestra constitución; lo he mencionado aquí en la medida en que era necesario, no para reprobar las costumbres de los otros ni para alabar las nuestras, sino para refutar a los que han escrito injustamente sobre nosotros, atacando
288 vergonzosamente la propia verdad. Creo haber cumplido suficientemente en esta obra la promesa que hice al principio. Efectivamente, he demostrado que nuestra raza se remonta a una antigüedad remota aunque nuestros acusadores dicen que es muy reciente. También he presentado muchos testigos antiguos que nos mencionan en sus obras, aunque para
289 nuestros detractores no exista ninguno. Ellos dicen que nuestros antepasados eran egipcios; yo he demostrado que llegaron a Egipto desde otro lugar. Ellos afirman falsamente que los judíos fueron expulsados de Egipto a causa de sus

enfermedades corporales. Ha quedado bien claro que regresaron a su tierra por voluntad propia y con una salud
excelente. Ellos han calumniado a nuestro legislador como al 290
más despreciable, pero Dios dio testimonio de su virtud en la Antigüedad, y después de Dios, el tiempo.

Conclusión

Sobre las leyes no hay necesidad de ex- 291 41
tenderse más. Pues han demostrado por sí mismas que no enseñan la impiedad sino la piedad más verdadera; que no invitan al odio sino a la participación de todos en los bienes; que son enemigas de la injusticia y que se preocupan de la justicia, rechazando la pereza y el lujo y enseñando la
moderación y el trabajo; que condenan las guerras de con- 292
quista, pero preparan a los hombres para que las defiendan valientemente; son inflexibles en los castigos, insensibles a los sofismas, apoyándose siempre en los actos, pues, para
nosotros, éstos son más claros que cualquier documento. Por 293
lo cual, me atrevería a decir que nosotros hemos iniciado a otros pueblos en muchas y hermosas ideas. Pues ¿qué puede haber más hermoso que la piedad inviolable? ¿Qué más
justo que la obediencia de las leyes? ¿Qué más beneficioso 294
que vivir en armonía unos con otros y no separarse en la adversidad ni provocar disensiones en la prosperidad por arrogancia, sino despreciar la muerte en la guerra, aplicarse a las artes o a la agricultura en la paz y creer que Dios extiende su mirada y su autoridad en todo y por todas
partes? Si estos preceptos hubieran sido escritos anteriormente 295
por otros pueblos o hubieran sido observados con más firmeza, nosotros, como discípulos, les deberíamos agradecimiento. Pero si vemos que nadie los observa mejor que nosotros y hemos demostrado que la invención de estas leyes es cosa nuestra, entonces, que los Apiones, los Molones

y todos los que gozan mintiendo y calumniando, queden
296 refutados. A ti, Epafrodito, que amas la verdad ante todo, y por medio de ti a los que quieran igualmente conocer nuestro origen, te dedico este libro y el anterior.



Galilea y regiones vecinas

Gaulanítide, Batanea, etc.: Reino de Agripa II; Decápolis: región independiente; el resto: bajo la autoridad de procuradores romanos

ÍNDICE DE NOMBRES

Ap. = *Contra Apión* *Vit.* = *Autobiografía*

ÍNDICE GENERAL